This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Span 5001.1

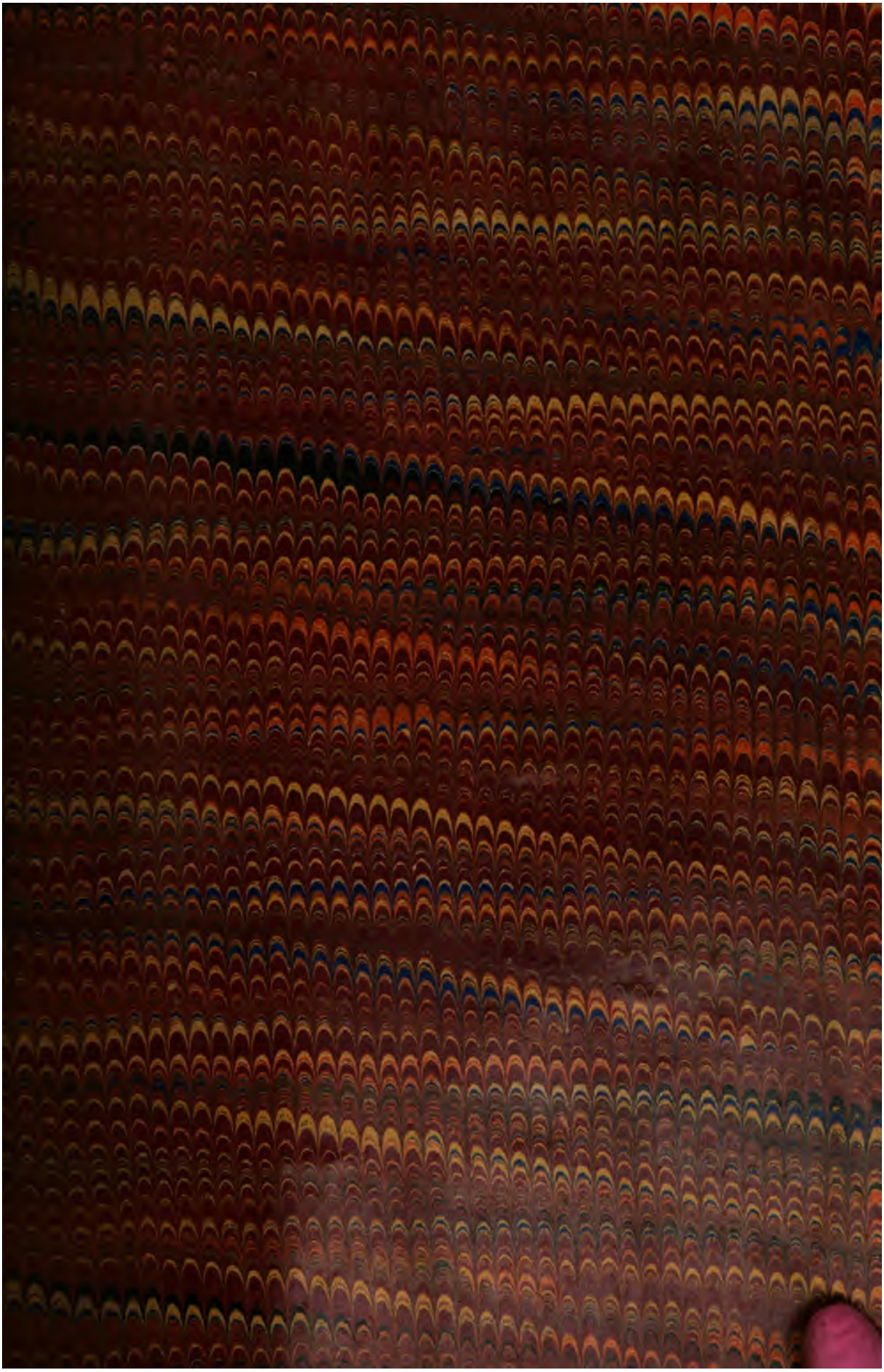
Harvard College Library.

FROM THE

SALES FUND.

Established under the will of FRANCIS SALES, Instructor in Harvard College, 1816–1854. This will requires the income to be expended for books "in the Spanish language or for books illustrative of Spanish history and literature."

Received 26 July, 1899.



OBRAS

COMPLETAS

DE CERVANTES.

TOMO V.

OBRAS

COMPLETAS

DE CERVANTES

DEDICADAS Á S. A. R. EL SERMO. SR. INFANTE

DON SEBASTIAN GABRIEL DE BORBON Y BRAGANZA.

TOMO V.

EL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIJOTE DE LA MANCHA:

TEXTO CORREGIDO CON ESPECIAL ESTUDIO DE LA PRIMERA EDICION,
POR D. J. E. HARTZENBUSCH.

TOMO III.

ARGAMASILLA DE ALBA,
IMPRENTA DE DON MANUEL RIVADENEYRA,
(casa que fué prision de Cervántes).

1863.

Span 5001.1

Sales fund

APROBACION.

Por comision del señor doctor Gutierre de Cetina, Vicario general desta Villa de Madrid, Corte de Su Majestad, he visto este libro de la *Segunda Parte del Ingenioso Caballero Don Quijote de la Mancha*, por MIGUEL DE CERVÁNTES SAAVEDRA, y no hallo en él cosa indigna de un cristiano celo, ni que disuene de la decencia debida á buen ejemplo ni virtudes morales; ántes mucha erudicion y aprovechamiento, así en la continencia de su bien seguido asunto, para extirpar los vanos y mentirosos libros de caballerías, cuyo contagio habia cundido más de lo que fuera justo, como en la lisura del lenguaje castellano, no adulterado con enfadosa y estudiada afectacion (vicio con razon aborrecido de hombres cuerdos); y en la correccion de vicios, que generalmente toca, ocasionado de sus agudos discursos, guarda con tanta cordura las leyes de reprehension cristiana, que aquel que fuere tocado de la enfermedad que pretende curar, en lo dulce y sabroso de sus medicinas gustosamente habrá bebido, cuando ménos lo imagine, sin empacho ni asco alguno, lo provechoso de la detestacion de su vicio, con que se hallará (que es lo más difícil de conseguirse) gustoso y reprehendido. Ha habido muchos que por no haber sabido templar ni mezclar á propósito lo útil con lo dulce, han dado con todo su molesto trabajo en tierra; pues no pudiendo imitar á Diógenes en lo filósofo y docto, atrevida, por no decir licenciosa y desalumbradamente, le pretenden imitar en lo cínico, entregándose á maldicientes, inventando casos que no pasaron, para hacer capaz al vicio que tocan de su áspera reprehension; y por ventura descubren caminos para seguirle, hasta entónces ignorados, con que vienen á quedar, si no reprehensores, á lo ménos maestros dél. Hácense odiosos á los bien entendidos, con el pueblo pierden el crédito, si alguno tuvieron, para admitir sus escritos; y los vicios que arrojada é imprudentemente quisieron corregir, en muy peor estado que ántes; que no todas las postemas á un mismo tiempo están dispuestas para admitir las recetas ó cauterios; ántes algunas mucho mejor reciben las blandas y suaves me-

dicinas, con cuya aplicacion el atentado y docto médico consigue el fin de resolverlas: término que muchas veces es mejor que no el que se alcanza con el rigor del hierro. Bien diferente han sentido de los escritos de MIGUEL CERVÁNTES, así nuestra nacion como las extrañas, pues como á milagro desean ver el autor de libros que con general aplauso, así por su decoro y decencia, como por la suavidad y blandura de sus discursos, han recebido España, Francia, Italia, Alemania y Flándes. Certifico con verdad que en veinte y cinco de Febrero deste año de seiscientos y quince, habiendo ido el ilustrísimo señor don Bernardo de Sandoval y Rojas, Cardenal, Arzobispo de Toledo, mi señor, á pagar la visita que á su Ilustrísima hizo el Embajador de Francia, que vino á tratar cosas tocantes á los casamientos de sus príncipes y los de España, muchos caballeros franceses de los que vinieron acompañando al Embajador, tan corteses como entendidos y amigos de buenas letras, se llegaron á mí y á otros capellanes del Cardenal, mi señor, deseosos de saber qué libros de ingenio andaban más validos; y tocando acaso en éste, que yo estaba censurando, apénas oyeron el nombre de MIGUEL DE CERVÁNTES, cuando se comenzaron á hacer lenguas, encareciendo la estimacion en que, así en Francia como en los reinos sus confinantes, se tenian sus obras: la *Galatea*, que alguno dellos tiene casi de memoria, la *Primera Parte* desta, y las *Novelas*. Fueron tantos sus encarecimientos, que me ofrecí llevarles que viesen el autor dellas, que estimaron con mil demostraciones de vivos deseos. Preguntáronme muy por menor su edad, su profesion, calidad y cantidad. Halléme obligado á decir que era viejo, soldado, hidalgo y pobre; á que uno respondió estas formales palabras: *Pues ¿á tal hombre no le tiene España muy rico y sustentado del erario público?* Acudió otro de aquellos caballeros con este pensamiento y con mucha agudeza, y dijo: *Si necesidad le ha de obligar á escribir, plega á Dios que nunca tenga abundancia, para que con sus obras, siendo él pobre, haga rico á todo el mundo.* Bien creo que está para censura un poco larga; alguno dirá que toca los límites de lisonjero elogio; mas la verdad de lo que cortamente digo, deshace en el crítico la sospecha, y en mí el cuidado: ademas que el dia de hoy no se lisonjea á quien no tiene con qué cebar el pico del adulador, que aunque afectuosa y falsamente dice de burlas, pretende ser remunerado de véras.— En Madrid, á veinte y siete de Febrero de mil seiscientos y quince.— *El Licenciado Marquez Torres.*

EPISTOLA

DEDICATORIA AL CONDE DE LÉMOS.

Enviando á vuestra Excelencia, los dias pasados, mis comedias, ántes impresas que representadas, si bien me acuerdo, dije que *Don Quijote* quedaba calzadas las espuelas para ir á besar las manos á vuestra Excelencia; y ahora digo que se las ha calzado y se ha puesto en camino; y si él allá llega, me parece que habré hecho algun servicio á vuestra Excelencia, porque es mucha la priesa que de infinitas partes me dan á que le envie, para quitar el ámago y la náusea que ha causado otro *Don Quijote*, que, con nombre de *Segunda Parte*, se ha disfrazado y corrido por el orbe. Y el que más ha mostrado desearle ha sido el grande Emperador de la China; pues en lengua chinesca, habrá un mes que me escribió una carta con un propio, pidiéndome, ó por mejor decir, suplicándome, se le enviase, porque queria fundar un colegio, donde se leyese la lengua castellana, y queria que el libro que se leyese fuese el de la *Historia de Don Quijote;* juntamente con esto, me decia que fuese yo á ser el rector del tal colegio. Preguntéle al portador si Su Majestad le habia dado para mí alguna ayuda de costa. Respondióme que ni por pensamiento. «Pues, hermano, le respondí yo, vos os podeis volver á vuestra China, á las diez, ó á las veinte, ó á las que venis despachado, porque yo no estoy con salud para ponerme en tan largo viaje; ademas que, sobre estar enfermo, estoy muy sin dineros; y emperador por emperador y monarca por monarca, en Nápoles tengo al grande Conde de Lémos, que sin tantos titulillos de colegios ni rectorías, me sustenta, me ampara, y hace más merced que la que yo acierto á desear.» Con esto le despedí, y con esto me despido, ofreciendo á vuestra Excelencia *Los Trabajos de Persíles y Sigismunda*, libro á quien daré fin dentro de cuatro meses, *Deo volente;* el cual ha de ser, ó el más malo ó el mejor que en nuestra lengua se haya compuesto (quiero decir de los de entretenimiento); y digo que me arrepiento de haber dicho *el más malo*, porque, segun la opinion de mis amigos, ha de llegar al extremo de bondad posible. Venga vuestra Excelencia con la salud que es deseado; que ya estará *Persíles* para besarle las manos, y yo los piés, como criado que soy de vuestra Excelencia. De Madrid, último de Octubre de mil seiscientos y quince.

Criado de vuestra Excelencia,

MIGUEL DE CERVÁNTES SAAVEDRA.

PROLOGO AL LECTOR.

¡Válame Dios, y con cuánta gana debes de estar esperando ahora, lector ilustre, ó quier plebeyo, este Prólogo, creyendo hallar en él venganzas, riñas y vituperios del autor del segundo *Don Quijote!* digo de aquel que dicen que se engendró en Tordesillas y nació en Tarragona. Pues en verdad que no te he de dar este contento; que puesto que los agravios despiertan la cólera en los más humildes pechos, en el mio ha de padecer excepcion esta regla. Quisieras tú que le diera del asno, del mentecato y del atrevido; pero no me pasa por el pensamiento: castíguele su pecado, con su pan se lo coma, y allá se lo haya. Lo que no he podido dejar de sentir es, que me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo, que no pasase por mí, ó si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, y no en la más alta ocasion que vieron los siglos pasados y los presentes, ni esperan ver los venideros. Si mis heridas no resplandecen á los ojos de quien las mira, son estimadas á lo ménos en la estimacion de los que saben dónde se cobraron; que el soldado más bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga; y es esto en mí de manera, que si ahora me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera ántes haberme hallado en aquella faccion prodigiosa, que sano ahora de mis heridas, sin haberme hallado en ella. Las que el soldado muestra en el rostro y en los pechos,

estrellas son que guian á los demas al cielo de la honra, y hacen desear la justa alabanza; y hase de advertir que no se escribe con las canas, sino con el entendimiento, el cual suele mejorarse con los años. He sentido tambien que me llame invidioso, y que, como á ignorante, me describa qué cosa sea la invidia; que en realidad de verdad, de dos que hay, yo no conozco sino á la santa, á la noble y bien intencionada; y siendo esto así, como lo es, no tengo yo de perseguir á ningun sacerdote, y más si tiene por añadidura ser Familiar del Santo Oficio; y si él lo dijo por quien parece que lo dijo, engañóse de todo en todo; que del tal adoro el ingenio, admiro las obras y la ocupacion contínua y virtuosa. Pero, en efecto, le agradezco á este señor autor el decir que mis novelas son más satíricas que ejemplares, pero que son buenas: — y no lo pudieran ser si no tuvieran de todo.

Paréceme que me dices que ando muy limitado, y que me contengo mucho en los términos de mi modestia, sabiendo que no se ha de añadir afliccion al afligido, y que la que debe de tener este señor sin duda es grande, pues no osa parecer á campo abierto y al cielo claro, encubriendo su nombre, fingiendo su patria, como si hubiera hecho alguna traicion de lesa majestad. Si por ventura llegares á conocerle, dile de mi parte que no me tengo por agraviado; que bien sé lo que son tentaciones del demonio, y que una de las mayores es ponerle á un hombre en el entendimiento que puede componer y imprimir un libro, con que gane tanta fama como dineros, y tantos dineros cuanta fama; y para confirmacion desto, quiero que, en tu buen donaire y gracia, le cuentes este cuento.

Habia en Sevilla un loco, que dió en el más gracioso disparate y tema que dió loco en el mundo; y fué, que hizo un cañuto de caña, puntiagudo en el fin; y en cogiendo algun perro en la calle ó en cualquiera otra parte, con el un pié le cogia el uno suyo, y el otro le alzaba con la mano, y como mejor podia le acomodaba el cañuto en la parte que, soplándole, le ponia redondo como una

pelota; y en teniéndolo desta suerte, le daba dos palmaditas en la barriga y le soltaba, diciendo á los circunstantes, que siempre eran muchos: «¿Pensarán vuesas mercedes ahora que es poco trabajo hinchar un perro!»—¿Pensará vuesa merced ahora que es poco trabajo hacer un libro!—Y si este cuento no le cuadrare, dirásle, lector amigo, éste, que tambien es de loco y de perro.

Habia en Córdoba otro loco, que tenia por costumbre de traer encima de la cabeza un pedazo de losa de mármol ó un canto no muy liviano; y en topando algun perro descuidado, se le ponia junto, y á plomo dejaba caer sobre él el peso; amohinábase el perro, y dando ladridos y aullidos, no paraba en tres calles. Sucedió pues que, entre los perros en que descargó la carga, fué uno un perro de un bonetero, á quien queria mucho su dueño. Bajó el canto, dióle en la cabeza, alzó el grito el molido perro, vióla y sintiólo su amo, asió de una vara de medir, y salió al loco y no le dejó hueso sano, y á cada palo que le daba, decia: «¡Perro, ladron! ¿á mi podenco! ¿No viste, cruel, que era podenco mi perro!» Y repitiéndole el nombre de *podenco* muchas veces, envió al loco hecho una alheña. Escarmentó el loco, y retiróse, y en más de un mes no salió á la plaza, al cabo del cual tiempo volvió con su invencion y con más carga. Llegábase donde estaba el perro, y mirándole muy bien de hito en hito, y sin querer ni atreverse á descargar la piedra, decia: «Este es podenco; ¡guarda!» En efecto, todos cuantos perros topaba, aunque fuesen alanos ó gozques, decia que eran podencos; y así, no soltó más el canto. Quizá de esta suerte le podrá acontecer á este historiador: que no se atreverá á soltar más la losa de su ingenio en libros, que en siendo malos, son más duros que las peñas. Dile tambien que de la amenaza que me hace, que me ha de quitar la ganancia con su libro, no se me da un ardite; que acomodándome al entremes famoso de *La Perendenga*, le respondo que me viva el Veinticuatro mi señor, y Cristo con todos. Vívame el gran Conde de Lémos, cuya cristiandad y liberalidad, bien conocida, contra todos los golpes

de mi corta fortuna me tiene en pié; y vívame la suma caridad del ilustrísimo de Toledo, don Bernardo de Sandoval y Rojas; y siquiera no haya emprentas en el mundo, y siquiera se impriman contra mí más libros que tienen letras las coplas de Mingo Revulgo. Estos dos príncipes, sin que los solicite adulacion mia ni otro género de aplauso, por sola su bondad, han tomado á su cargo el hacerme merced y favorecerme, en lo que me tengo por más dichoso y más rico que si la fortuna por camino ordinario me hubiera puesto en su cumbre. La honra, puédela tener el pobre, pero no el vicioso; la pobreza puede anublar á la nobleza, pero no escurecerla del todo; pues como la virtud dé alguna luz de sí, aunque sea por los inconvenientes y resquicios de la estrecheza, viene á ser estimada de los altos y nobles espíritus, y por el consiguiente favorecida. Y no le digas más, ni yo quiero decirte más á tí, sino advertirte que consideres que esta *Segunda Parte de Don Quijote*, que te ofrezco, es cortada del mismo artífice y del mismo paño que la primera, y que en ella te doy á Don Quijote dilatado, y finalmente muerto y sepultado, porque ninguno se atreva á levantarle nuevos testimonios, pues bastan los pasados; y basta tambien que un hombre honrado haya dado noticia destas discretas locuras, sin querer de nuevo entrarse en ellas; que la abundancia de las cosas, aunque sean buenas, hace que no se estimen; y la carestía, áun de las malas, se estima en algo. Olvidábaseme de decirte que esperes el *Persíles*, que ya estoy acabando, y la *Segunda Parte de Galatea.*

EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

SEGUNDA PARTE.

CAPITULO PRIMERO.

De lo que el Cura y el Barbero pasaron con Don Quijote cerca de su enfermedad.

Cuenta Cide Hamete Benengeli en la Segunda Parte desta historia, y tercera salida de Don Quijote, que el Cura y el Barbero se estuvieron casi un mes sin verle, por no renovarle y traerle á la memoria las cosas pasadas; pero no por esto dejaron de visitar á su sobrina y á su ama, encargándolas tuviesen cuenta con regalarle, dándole á comer cosas confortativas y apropiadas para el corazon y el celebro, de donde procedia, segun buen discurso, toda su mala ventura: las cuales dijeron que así lo hacian y lo harian con la voluntad y cuidado posible, porque echaban de ver que su señor por momentos iba dando muestras de estar en su entero juicio; de lo cual recibieron los dos gran contento, por parecerles que habian acertado en haberle traido encantado en el carro de los bueyes, como se contó en la Primera Parte

desta tan grande como puntual historia, en sus últimos capítulos; y así, determinaron de visitarle y hacer experiencia de su mal y cura; aunque tenian casi por imposible que la tuviese; y acordaron de no tocarle en ningun punto de la andante caballería, por no ponerse á peligro de descoser los de la herida, que tan tiernos estaban.

Visitáronle en fin, y halláronle sentado en la cama, vestida una almilla de bayeta verde, con un bonete colorado toledano; y estaba tan seco y amojamado, que no parecia sino hecho de carne momia. Fueron dél muy bien recebidos; preguntáronle por su salud, y él dió cuenta de sí y de ella con mucho juicio y con muy elegantes palabras; y en el discurso de su plática vinieron á tratar en esto que llaman razon de estado y modos de gobierno, enmendando este abuso y condenando aquél, reformando una costumbre y desterrando otra, haciéndose cada uno de los tres un nuevo legislador, un Licurgo moderno, ó un Solon flamante: y de tal manera renovaron la república, que no pareció sino que la habian puesto en una fragua, y sacado otra de la que pusieron. Y habló Don Quijote con tanta discrecion en todas las materias que se tocaron, que los dos examinadores creyeron indubitadamente que estaba del todo bueno y en su entero juicio.

Halláronse presentes á la plática la Sobrina y Ama, y no se hartaban de dar gracias á Dios de ver á su señor con tan buen entendimiento; pero el Cura, mudando el propósito primero, que era de no tocarle en cosa de caballerías, quiso hacer de todo en todo experiencia si la sanidad de Don Quijote era falsa ó verdadera: y así, de lance en lance, vino á contar algunas nuevas que habian venido de la Corte, y

entre otras, dijo que se tenia por cierto que el Turco bajaba con una poderosa armada, y que no se sabia su designio, ni adónde habia de descargar tan gran nublado; y con este temor, con que casi cada año nos toca arma, estaba puesta en ella toda la cristiandad, y Su Majestad habia hecho proveer las costas de Nápoles y Sicilia y la isla de Malta.

A esto respondió Don Quijote: « Su Majestad ha hecho como prudentísimo guerrero en proveer sus estados con tiempo, porque no le halle desapercebido el enemigo; pero si se tomara mi consejo, aconsejárale yo que usara de una prevencion, de la cual Su Majestad, á la hora de agora, debe estar muy ajeno de pensar en ella. »

Apénas oyó esto el Cura, cuando dijo entre sí: « Dios te tenga de su mano, pobre Don Quijote; que me parece que te despeñas de la alta cumbre de tu locura hasta el profundo abismo de tu simplicidad. »

Mas el Barbero, que ya habia dado en el mismo pensamiento que el Cura, preguntó á Don Quijote cuál era la advertencia de la prevencion que decia era bien se hiciese; quizá podria ser tal, que se pusiese en la lista de los muchos advertimientos impertinentes que se suelen dar á los príncipes.

« El mio, señor rapador, dijo Don Quijote, no será impertinente, sino perteneciente.

—No lo digo por tanto, replicó el Barbero, sino porque tiene mostrado la experiencia que todos ó los más arbitrios que se dan á Su Majestad, ó son imposibles ó disparatados, ó en daño del Rey ó del reino.

—Pues el mio, respondió Don Quijote, ni es imposible ni disparatado, sino el más fácil, el más justo y el más

mañero y breve que puede caber en pensamiento de arbitrante alguno.

—Ya tarda en decirle vuesa merced, señor Don Quijote, dijo el Cura.

—No querria, dijo Don Quijote, que le dijese yo aquí agora, y amaneciese mañana en los oidos de los señores consejeros, y se llevase otro las gracias y el premio de mi trabajo.

—Por mí, dijo el Barbero, doy la palabra, para aquí y para delante de Dios, de no decir lo que vuesa merced dijere, á rey ni á Roque, ni á hombre terrenal; juramento que aprendí del romance del cura que en el prefacio avisó al Rey del ladron que le habia robado las cien doblas y la su mula la andariega.

—No sé historias, dijo Don Quijote; pero sé que es bueno ese juramento, en fe de que sé que es hombre de bien el señor Barbero.

—Cuando no lo fuera, dijo el Cura, yo le abono y salgo por él, que en este caso no hablará más que un mudo, so pena de pagar lo juzgado y sentenciado.

—Y á vuesa merced, ¿quién le fia, señor Cura? dijo Don Quijote.

—Mi profesion, respondió el Cura, que es de guardar secreto.

—¡Cuerpo de tal! dijo á esta sazon Don Quijote; ¿hay más, sino mandar Su Majestad por público pregon que se junten en la Corte, para un dia señalado, todos los caballeros andantes que vagan por España? que aunque no viniesen sino media docena, tal podria venir entre ellos que solo bastase á destruir toda la potestad del Turco. Esténme vues-

tras mercedes atentos, y vayan conmigo. ¿Por ventura es cosa nueva deshacer un solo caballero andante un ejército de docientos mil hombres, como si todos juntos tuvieran una sola garganta ó fueran hechos de alfeñique? Si no, díganme: ¡cuántas historias están llenas destas maravillas! ¡Habia, enhoramala para mí (que no quiero decir para otro), de vivir hoy el famoso don Belianis, ó alguno de los del innumerable linaje de Amadis de Gaula! que si alguno destos hoy viviera, y con el Turco se afrontara, á fe que no le arrendara la ganancia. Pero Dios mirará por su pueblo, y deparará alguno que, si no tan bravo como los pasados andantes caballeros, á lo ménos no les será inferior en el ánimo... y Dios me entiende, y no digo más.

—¡Ay! dijo á este punto la Sobrina: ¡que me maten, si no quiere mi señor volver á ser caballero andante!»

A lo que dijo Don Quijote: «Caballero andante he de morir; y baje ó suba el Turco cuando él quisiere y cuan poderosamente pudiere; que otra vez digo que Dios me entiende.»

A esta sazon dijo el Barbero: «Suplico á vuesas mercedes que se me dé licencia para contar un cuento breve, que sucedió en Sevilla, que, por venir aquí como de molde, me da gana de contarle.»

Dió la licencia Don Quijote, y el Cura y los demas le prestaron atencion, y él comenzó desta manera:

«En la casa de los locos de Sevilla estaba un hombre, á quien sus parientes habian puesto allí por falto de juicio: era graduado en cánones por Osuna; pero aunque lo fuera por Salamanca, segun opinion de muchos, no dejara de ser loco. Este tal graduado, al cabo de algunos años de recogimiento,

se dió á entender que estaba cuerdo y en su entero juicio, y con esta imaginacion, escribió al Arzobispo, suplicándole encarecidamente, y con muy concertadas razones, le mandase sacar de aquella miseria en que vivia; pues, por la misericordia de Dios, habia ya cobrado el juicio perdido; pero que sus parientes, por gozar de la renta de su hacienda, le tenian allí, y á pesar de la verdad, querian que fuese loco hasta la muerte. El Arzobispo, persuadido de muchos billetes concertados y discretos, mandó á un capellan suyo se informase del Retor de la casa si era verdad lo que aquel licenciado le escribia, y que asimismo hablase con él; y que si le pareciese que tenia juicio, le sacase y pusiese en libertad. Hízolo así el Capellan, y el Retor le dijo que aquel hombre áun se estaba loco; que puesto que hablaba muchas veces como persona de grande entendimiento, al cabo disparaba con tantas necedades, que en muchas y en grandes igualaban á sus primeras discreciones, como se podia hacer la experiencia, hablándole. Quiso hacerla el Capellan; y poniéndole con el loco, habló con él una hora y más, y en todo aquel tiempo jamas el loco dijo razon torcida ni disparatada; ántes habló tan atentadamente, que el Capellan fué forzado á creer que el loco estaba cuerdo. Y entre otras cosas que el loco le dijo fué, que el Retor le tenia ojeriza, por no perder los regalos que sus parientes le hacian porque dijese que áun estaba loco y con lúcidos intervalos; y que el mayor contrario que en su desgracia tenia era su mucha hacienda; pues por gozar della sus enemigos, ponian dolo y duda en la merced que Nuestro Señor le habia hecho en volverle de bestia en hombre. Finalmente, él habló de manera, que hizo sospechoso al Retor, codiciosos y desalmados á sus parientes, y á

él tan discreto, que el Capellan se determinó á llevársele consigo á que el Arzobispo le viese, y tocase con la mano la verdad de aquel negocio. Con esta buena fe, el buen Capellan pidió al Retor mandase dar los vestidos, con que allí habia entrado, al Licenciado : volvió á decir el Retor que mirase lo que hacia, porque sin duda alguna el Licenciado áun se estaba loco. No sirvieron de nada para con el Capellan las prevenciones y advertimientos del Retor, para que dejase de llevarle; obedeció el Retor, viendo ser órden del Arzobispo; pusieron al Licenciado sus vestidos, que eran nuevos y decentes; y como él se vió vestido de cuerdo y desnudo de loco, suplicó al Retor que por caridad le diese licencia para ir á despedirse de sus compañeros los locos. El Capellan dijo que él le queria acompañar, y ver los locos que en la casa habia. Subieron, en efeto, y con ellos algunos que se hallaron presentes; y llegado el Licenciado á una jaula adonde estaba un loco furioso, aunque entónces sosegado y quieto, le dijo : « Hermano mio, mire si me manda algo; que me voy á mi casa; que ya Dios ha sido servido, por su infinita bondad y misericordia, sin yo merecerlo, de volverme mi juicio. Ya estoy sano y cuerdo; que acerca del poder de Dios ninguna cosa es imposible : tenga grande esperanza y confianza en él; que pues á mí me ha vuelto á mi primer estado, tambien le volverá á él, si en él confia. Yo tendré cuidado de enviarle algunos regalos que coma; y cómalos en todo caso; que le hago saber que imagino (como quien ha pasado por ello) que todas nuestras locuras proceden de tener los estómagos vacíos y los celebros llenos de aire : esfuércese, esfuércese; que el descaecimiento en los infortunios apoca la salud y acarrea la muerte. »

»Todas estas razones del Licenciado escuchó otro loco, que estaba en otra jaula, frontero de la del furioso; y levantándose de una estera vieja donde estaba echado y desnudo en cueros, preguntó á grandes voces quién era el que se iba sano y cuerdo. El Licenciado respondió: «Yo soy, hermano, el que me voy; que ya no tengo necesidad de estar más aquí, por lo que doy infinitas gracias á los cielos, que tan grande merced me han hecho.

»—Mirad lo que decís, Licenciado; no os engañe el diablo, replicó el loco: sosegad el pié, y estaos quedito en vuestra casa, y ahorraréis la vuelta.

»—Yo sé que estoy bueno, replicó el Licenciado, y no habrá para qué tornar á andar estaciones.

»—¿Vos, bueno! dijo el loco: agora bien, ello dirá. Andad con Dios; pero yo os voto á Júpiter, cuya majestad yo represento en la tierra, que por solo este pecado que hoy comete Sevilla, en sacaros desta casa y en teneros por cuerdo, tengo de hacer un tal castigo en ella, que quede memoria dél por todos los siglos de los siglos, amén. ¿No sabes tú, Licenciadillo menguado, que lo podré hacer, pues, como digo, soy Júpiter Tonante, que tengo en mis manos los rayos abrasadores, con que puedo y suelo amenazar y destruir el mundo! Pero con sola una cosa quiero castigar á este ignorante pueblo, y es con no llover en él ni en todo su distrito y contorno por tres enteros años, que se han de contar desde el dia y punto en que ha sido hecha esta amenaza en adelante. ¡Tú libre, tú sano, tú cuerdo! y ¡yo loco, y yo enfermo, y yo atado! Así pienso llover, como pensara ahorcarme.»

»A las voces y á las razones del loco estuvieron los cir-

cunstantes atentos; pero nuestro Licenciado, volviéndose á nuestro Capellan y asiéndole de las manos, le dijo: «No tenga vuesa merced pena, señor mio, ni haga caso de lo que este loco ha dicho; que si él es Júpiter, y no quisiere llover, yo, que soy Neptuno, el padre y el dios de las aguas, lloveré todas las veces que se me antojare y fuere menester.»

»Rióse el Retor y los presentes, por cuya risa se medio corrió y respondió el Capellan: «Con todo eso, señor Neptuno, no será bien enojar al señor Júpiter: vuesa merced se quede en su casa; que otro dia, cuando haya más comodidad y más espacio, volveremos por vuesa merced.» Desnudaron al Licenciado, quedóse en casa, y acabóse el cuento.»

—Pues ¿éste es el cuento, señor Barbero, dijo Don Quijote, que por venir aquí como de molde, no podia dejar de contarle! ¡Ah, señor rapista, señor rapista! y ¡cuán ciego es aquel que no ve por tela de cedazo! Y ¿es posible que vuesa merced no sabe que las comparaciones que se hacen de ingenio á ingenio, de valor á valor, de hermosura á hermosura y de linaje á linaje son siempre odiosas y mal recebidas! Yo, señor Barbero, no soy Neptuno, el diòs de las aguas, ni procuro que nadie me tenga por discreto, no lo siendo; sólo me fatigo por dar á entender al mundo el error en que está en no renovar en sí el felicísimo tiempo donde campeaba la Orden de la andante caballería; pero no es merecedora la depravada edad nuestra de gozar tanto bien como el que gozaron las edades donde los andantes caballeros tomaron á su cargo y echaron sobre sus espaldas la defensa de los reinos, el amparo de las doncellas, el socorro de los huérfanos y pupilos, el castigo de los soberbios y el premio de los humildes. Los más de los caballeros que agora

se usan... ántes les crujen los damascos, los brocados y otras ricas telas de que se visten, que la malla con que se arman. Ya no hay caballero que duerma en los campos, sujeto al rigor del cielo, armado de todas armas desde los piés á la cabeza; ya no hay quien, sin sacar los piés de los estribos, arrimado á su lanza, sólo procure descabezar, como dicen, el sueño, como lo hacian los caballeros andantes; ya no hay ninguno que saliendo deste bosque, éntre en aquella montaña, y de allí pise una estéril y desierta playa del mar, las más veces proceloso y alterado, y hallando en ella y en su orilla un pequeño batel sin remos, vela, mástil ni jarcia alguna, con intrépido corazon se arroje en él, entregándose á las implacables olas del mar profundo, que ya le suben al cielo y ya le bajan al abismo; y él, puesto el pecho á la incontrastable borrasca, cuando ménos se cata se halla tres mil y más leguas distante del lugar donde se embarcó; y saltando en tierra remota y no conocida, le suceden cosas dignas de estar escritas, no en pergaminos, sino en bronces; mas agora ya triunfa la pereza de la diligencia, la ociosidad del trabajo, el vicio de la virtud, la arrogancia de la valentía, y la teórica de la práctica de las armas, que sólo vivieron y resplandecieron en las edades del oro de los andantes caballeros. Si no, díganme, ¿quién más honesto y más valiente que el famoso Amadis de Gaula? ¿Quién más discreto que Palmerin de Inglaterra? ¿Quién más acomodado y manual que Tirante el Blanco? ¿Quién más galan que Lisuarte de Grecia? ¿Quién más acuchillado ni acuchillador que don Belianis? ¿Quién más intrépido que Perion de Gaula? ó ¿quién más acometedor de peligros que Felixmarte de Hircania? ó ¿quién más sincero que Esplandian? ¿Quién más arrojado

que don Cirongilio de Tracia? ¿Quién más bravo que Rodamonte? ¿Quién más prudente que el rey Sobrino? ¿Quién más atrevido que Reináldos? ¿Quién más invencible que Roldan? y ¿quién más gallardo y más cortés que Rugero, de quien decienden hoy los duques de Ferrara, segun Turpin en su Cosmografía? Todos estos caballeros, y otros muchos que pudiera decir, señor Cura, fueron caballeros andantes, luz y gloria de la caballería. Destos, ó tales como éstos, quisiera yo que fueran los de mi arbitrio; que á serlo, Su Majestad se hallara bien servido, y ahorrara de mucho gasto, y el Turco se quedara pelando las barbas. Y con esto no quiero quedarme en mi casa, puesto que no me saque el Capellan della; y si Júpiter, como ha dicho el Barbero, no lloviere, aquí estoy yo, que lloveré cuando se me antojare : digo esto porque sepa el señor bacía que le entiendo.

—En verdad, señor Don Quijote, dijo el Barbero, que no lo dije por tanto, y así me ayude Dios como fué buena mi intencion, y que no debe vuesa merced sentirse.

—Si puedo sentirme ó no, respondió Don Quijote, yo me lo sé.»

A esto dijo el Cura : «Aun bien que yo casi no he hablado palabra hasta ahora; y no quisiera quedar con un escrúpulo que me roe y escarba la conciencia, nacido de lo que aquí el señor Don Quijote ha dicho.

—Para otras cosas más graves, respondió Don Quijote, tiene licencia el señor Cura; y así, puede decir su escrúpulo, porque no es de gusto andar con la conciencia escrupulosa.

—Pues con ese beneplácito, respondió el Cura, digo que mi escrúpulo es, que no me puedo persuadir en ninguna ma-

nera á que toda la caterva de caballeros andantes, que vuesa merced, señor Don Quijote, ha referido, hayan sido real y verdaderamente personas de carne y hueso en el mundo; ántes imagino que todo es ficcion, fábula y mentira, y sueños contados por hombres despiertos, ó por mejor decir, medio dormidos.

—Ese es otro error, respondió Don Quijote, en que han caido muchos, que no creen que haya habido tales caballeros en el mundo; y yo muchas veces, con diversas gentes y ocasiones, he procurado sacar á la luz de la verdad este casi comun engaño; pero algunas veces no he salido con mi intencion, y otras sí, sustentándola sobre los hombros de la verdad; la cual verdad es tan cierta, que estoy por decir que con mis propios ojos vi á Amadis de Gaula, que era un hombre alto de cuerpo, blanco de rostro, bien puesto de barba, aunque negra, de vista entre blanda y rigurosa, corto de razones, tardo en airarse y presto en deponer la ira. Y del modo que he delineado á Amadis, pudiera, á mi parecer, pintar y describir todos cuantos caballeros andantes andan en las historias en el orbe; que por la aprehension que tengo de que fueron como sus historias cuentan, y por las hazañas que hicieron y condiciones que tuvieron, se pueden sacar por buena filosofía sus faciones, sus colores y estaturas.

—¿Qué tan grande le parece á vuesa merced, mi señor Don Quijote, preguntó el Barbero, debia de ser el gigante Morgante?

—En esto de gigantes, respondió Don Quijote, hay diferentes opiniones, si los ha habido ó no en el mundo; pero la Santa Escritura, que no puede faltar un átomo en la ver-

dad, nos muestra que los hubo, contándonos la historia de aquel filisteazo de Golías, que tenia siete codos y medio de altura, que es una desmesurada grandeza. Tambien en la isla de Sicilia se han hallado canillas y espaldas tan grandes, que su grandeza manifiesta que fueron gigantes sus dueños, y tan grandes como grandes torres; que la simetría saca esta verdad de duda. Pero con todo esto, no sabré decir con certidumbre qué tamaño tuviese Morgante, aunque imagino que no debió de ser muy alto; y muéveme á ser deste parecer hallar en la historia donde se hace mencion particular de sus hazañas, que muchas veces dormia debajo de techado; y pues hallaba casa donde cupiese, claro está que no era desmesurada su grandeza.

—Así es», dijo el Cura; el cual gustando de oirle decir tan grandes disparates, le preguntó que qué sentia acerca de los rostros de Reináldos de Montalban y de don Roldan, y de los demas doce Pares de Francia, pues todos habian sido caballeros andantes.

«De Reináldos, respondió Don Quijote, me atrevo á decir que era ancho de rostro, de color bermejo, los ojos bailadores y algo saltados, puntoso y colérico en demasía, amigo de ladrones y de gente perdida. De Roldan, ó Rotolando, ú Orlando (que con todos estos nombres le nombran las historias), soy de parecer y me afirmo que fué de mediana estatura, ancho de espaldas, algo estevado, moreno de rostro y barbitaheño, velloso en el cuerpo y de vista amenazadora, corto de razones, pero muy comedido y bien criado.

—Si no fué Roldan más gentil hombre que vuesa merced ha dicho, replicó el Cura, no fué maravilla que la señora Angélica la Bella le desdeñase y dejase por la gala, brío y

donaire que debia de tener el morillo barbiponiente á quien ella se entregó; y anduvo discreta de adamar ántes la blandura de Medoro que la aspereza de Roldan.

—Esa Angélica, respondió Don Quijote, señor Cura, fué una doncella destraida, andariega y algo antojadiza, y tan lleno dejó el mundo de sus impertinencias como de la fama de su hermosura. Despreció mil señores, mil valientes y mil discretos, y contentóse con un pajecillo barbilucio, sin otra hacienda ni nombre que el que le pudo dar de agradecido la amistad que guardó á su amigo. El gran cantor de su belleza, el famoso Ariosto, por no atreverse ó por no querer cantar lo que á esta señora le sucedió despues de su ruin entrego, que no debieron de ser cosas demasiadamente honestas, la dejó donde dijo:

Y cómo del Catay recibió el cetro,
Quizá otro cantará con mejor pletro.

Y sin duda que esto fué como profecía; que los poetas tambien se llaman *vates*, que quiere decir *adivinos*. Vese esta verdad clara, porque despues acá un famoso poeta andaluz lloró y cantó sus *Lágrimas*, y otro famoso y único poeta castellano cantó su *Hermosura*.

—Dígame, señor Don Quijote, dijo á esta sazon el Barbero, ¿no ha habido algun poeta que haya hecho alguna sátira á esa señora Angélica, entre tantos como la han alabado?

—Bien creo yo, respondió Don Quijote, que si Sacripante ó Roldan fueran poetas, que ya me hubieran jabonado á la doncella; porque es propio y natural de los poetas

desdeñados y no admitidos de sus damas, fingidas ó no fingidas (en efeto, de aquellas á quien ellos escogieron por señoras de sus pensamientos), vengarse con sátiras y libelos: venganza por cierto indigna de pechos generosos; pero hasta agora no ha llegado á mi noticia ningun verso infamatorio contra la señora Angélica, que trujo revuelto el mundo.

—¡Milagro!» dijo el Cura; y en esto oyeron que el Ama y la Sobrina, que ya habian dejado la conversacion, daban grandes voces en el patio, y acudieron todos al ruido.

CAPITULO II.

Que trata de la notable pendencia que Sancho Panza tuvo con la sobrina y ama de Don Quijote, con otros sucesos graciosos.

Cuenta la historia que las voces que oyeron Don Quijote, el Cura y el Barbero eran de la Sobrina y Ama, que las daban diciendo á Sancho Panza, que pugnaba por entrar á ver á Don Quijote, y ellas le defendian la puerta: «¿Qué quiere este mostrenco en esta casa? Idos á la vuestra, hermano; que vos sois, y no otro, el que destrae y sonsaca á mi señor, y le lleva por esos andurriales.»

A lo que Sancho respondió: «Ama de Satanas, el sonsacado y el destraido y el llevado por esos andurriales soy yo, que no tu amo. El me llevó por esos mundos, y vosotras os engañais en la mitad del justo precio: él me sacó de mi casa con engañifas, prometiéndome una ínsula, que hasta agora la espero.

—¡Malas ínsulas te ahoguen, respondió la Sobrina, Sancho maldito! y ¿qué son ínsulas? ¿Es alguna cosa de comer, golosazo, comilon, que tú eres?

—No es de comer, replicó Sancho, sino de gobernar y regir, mejor que cuatro ciudades y que cuatro alcaldías de Corte.

—Con todo eso, dijo el Ama, no entraréis acá, saco de maldades y costal de malicias: id á gobernar vuestra casa y á labrar vuestros pegujares, y dejaos de pretender ínsulas ni ínsulos.»

Grande gusto recebian el Cura y el Barbero de oir el coloquio de los tres; pero Don Quijote, temeroso que Sancho se descosiese, y desbuchase algun monton de maliciosas necedades, y tocase en puntos que no le estarian bien á su crédito, le llamó, y hizo á las dos que callasen y le dejasen entrar. Entró Sancho, y el Cura y el Barbero se despidieron de Don Quijote, de cuya salud desesperaron, viendo cuán puesto estaba en sus desvariados pensamientos, y cuán embebido en la simplicidad de sus malandantes caballerías; y así, dijo el Cura al Barbero: «Vos veréis, compadre, cómo, cuando ménos lo pensemos, nuestro hidalgo sale otra vez á volar la ribera.

—No pongo yo duda en eso, respondió el Barbero; pero no me maravillo tanto de la locura del caballero como de la simplicidad del escudero, que tan creido tiene aquello de la ínsula, que creo que no se lo sacarán del casco cuantos desengaños pueden imaginarse.

—Dios los remedie, dijo el Cura, y estemos á la mira: veremos en lo que pára esta máquina de disparates de tal caballero y de tal escudero, que parece que los forjaron á los dos en una mesma turquesa, y que las locuras del señor sin las necedades del criado no valian un ardite.

—Así es, dijo el Barbero, y holgara mucho saber qué tratarán ahora los dos.

—Yo aseguro, respondió el Cura, que la Sobrina, ó el Ama, nos lo cuenta despues; que no son de condicion que dejarán de escucharlo.»

En tanto Don Quijote se encerró con Sancho en su aposento, y estando solos, le dijo: «Mucho me pesa, Sancho, que hayas dicho y digas que yo fuí el que te saqué de tus casillas, sabiendo que yo no me quedé en mis casas. Juntos salimos, juntos fuimos y juntos peregrinamos; una misma fortuna y una misma suerte ha corrido por los dos; si á tí te mantearon una vez, á mí me han molido ciento, y esto es lo que te llevo de ventaja.

—Eso estaba puesto en razon, respondió Sancho; porque, segun vuesa merced dice, más anejas son á los caballeros andantes las desgracias, que á sus escuderos.

—Engáñaste, Sancho, dijo Don Quijote, segun aquello: *quando caput dolet*, etc.

—No entiendo otra lengua que la mia, respondió Sancho.

—Quiero decir, dijo Don Quijote, que cuando la cabeza duele, todos los miembros duelen; y así, siendo yo tu amo y señor, soy tu cabeza, y tú mi parte, pues eres mi criado; y por esta razon, el mal que á mí me toca ó tocare, á tí te ha de doler, y á mí el tuyo.

—Así habia de ser, dijo Sancho; pero cuando á mí me manteaban como á miembro, se estaba mi cabeza detras de las bardas, mirándome volar por los aires, sin sentir dolor alguno; y pues los miembros están obligados á dolerse del mal de la cabeza, habia de estar obligada ella á dolerse dellos.

—¿Querrás tú decir agora, Sancho, respondió Don Quijote, que no me dolia yo cuando á tí te manteaban! Y si lo dices, no lo digas ni lo pienses, pues más dolor sentia yo

entónces en mi espíritu, que tú en tu cuerpo. Pero dejemos esto aparte por agora; que tiempo habrá donde lo ponderemos y pongamos en su punto; y dime, Sancho amigo, ¿qué es lo que dicen de mí por ese lugar? ¿En qué opinion me tiene el vulgo? ¿en qué los hidalgos y en qué los caballeros? ¿Qué dicen de mi valentía? ¿qué de mis hazañas? y ¿qué de mi cortesía? ¿Qué se platica del asunto que he tomado, de resucitar y volver al mundo la ya olvidada Orden caballeresca? Finalmente, quiero, Sancho, me digas lo que acerca desto ha llegado á tus oidos; y esto me has de decir, sin añadir al bien ni quitar al mal cosa alguna; que de los vasallos leales es decir la verdad á sus señores en su ser y figura propia, sin que la adulacion la acreciente, ú otro vano respeto la disminuya: y quiero que sepas, Sancho, que si á los oidos de los príncipes llegase la verdad desnuda, sin los vestidos de la lisonja, otros siglos correrian, otras edades serian tenidas por más de hierro que la nuestra; que entiendo que, de las que ahora se usan, es la dorada. Sírvate este advertimiento, Sancho, para que discreta y bien intencionadamente pongas en mis oidos la verdad de las cosas que supieres de lo que te he preguntado.

—Eso haré yo de muy buena gana, señor mio, respondió Sancho, con condicion que vuesa merced no se ha de enojar de lo que dijere, pues quiere que lo diga en cueros, sin vestirlo de otras ropas de aquellas con que llegaron á mi noticia.

—En ninguna manera me enojaré, respondió Don Quijote: bien puedes, Sancho, hablar libremente y sin rodeo alguno.

—Pues lo primero que digo, dijo, es que el vulgo tiene

á vuesa merced por grandísimo loco, y á mí por no ménos mentecato. Los hidalgos dicen que no conteniéndose vuesa merced en los límites de la hidalguía, se ha puesto *don* y se ha arremetido á caballero, con cuatro cepas y dos yugadas de tierra, y con un trapo atras y otro adelante. Dicen los caballeros que no querrian que los hidalgos se opusiesen á ellos, especialmente aquellos hidalgos escuderiles, que dan humo á los zapatos y toman los puntos de las medias negras con seda verde.

—Eso, dijo Don Quijote, no tiene que ver conmigo, pues ando siempre bien vestido y jamas remendado; roto, bien podria ser, y si roto, más de las armas que del tiempo.

—En lo que toca, prosiguió Sancho, á la valentía, cortesía, hazañas y asunto de vuesa merced, hay diferentes opiniones. Unos dicen, «loco, pero gracioso»; otros, «valiente, pero desgraciado»; otros, «cortés, pero impertinente»; y por aquí van discurriendo en tantas cosas, que ni á vuesa merced ni á mí nos dejan hueso sano.

—Mira, Sancho, dijo Don Quijote, donde quiera que está la virtud en eminente grado, es perseguida: pocos ó ninguno de los famosos varones que pasaron, dejó de ser calumniado de la malicia. Julio César, animosísimo, prudentísimo y valentísimo capitan, fué notado de ambicioso y algun tanto no limpio ni en sus vestidos ni en sus costumbres. Alejandro, á quien sus hazañas le alcanzaron el renombre de Magno... dicen dél que tuvo sus ciertos puntos de borracho. De Hércules, el de los muchos trabajos, se cuenta que fué lascivo y muelle. De don Galaor, hermano de Amadis de Gaula, se murmura que fué más que demasiadamente rijoso, y de su hermano, que fué lloron. Así que ¡oh San-

cho! entre tantas calumnias de buenos, bien pueden pasar las mias, como no sean más de las que has dicho. . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . (1).

—Ahí está el toque ¡cuerpo de mi padre! replicó Sancho.

—Pues ¿hay más? preguntó Don Quijote.

—Aun la cola falta por desollar, dijo Sancho. Lo de hasta aquí son tortas y pan pintado; mas si vuesa merced quiere saber todo lo que hay acerca de las caloñas que le ponen, yo le traeré aquí, luego al momento, quien se las diga todas, sin que les falte una meaja; que anoche llegó el hijo de Tomé Carrasco, que viene de estudiar de Salamanca, hecho bachiller; y yéndole yo á dar la bienvenida, me dijo que andaba ya en libros la historia de vuesa merced, con nombre de EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA; y dice que me mientan á mí en ella con mi mesmo nombre de Sancho Panza, y á la señora Dulcinea del Toboso, con otras cosas que pasamos nosotros á solas, que me hice cruces, de espantado, cómo las pudo saber el historiador que las escribió.

—Yo te aseguro, Sancho, dijo Don Quijote, que debe de ser algun sabio encantador el autor de nuestra historia; que á los tales no se les encubre nada de lo que quieren escribir.

—Y ¡cómo, dijo Sancho, si era sabio y encantador, pues,

(1) Véase al fin del tomo la nota correspondiente á esta página, nota necesaria para leer ó entender sin dificultad esta *Segunda Parte*.

segun dice el Bachiller Sanson Carrasco (que así se llama el que dicho tengo), el autor de la historia se llama Cide Hamete Berengena!

—Ese nombre es de moro, respondió Don Quijote.

—Así será, respondió Sancho; porque, por la mayor parte, he oido decir que los moros son amigos de berengenas.

—Tú debes, Sancho, dijo Don Quijote, errarte en el sobrenombre de ese *Cide*, que en arábigo quiere decir *señor*.

—Bien podria ser, replicó Sancho; mas si vuesa merced gusta que yo haga venir aquí al Bachiller, iré por él en volandas.

—Harásme mucho placer, amigo, dijo Don Quijote; que me tiene suspenso lo que me has dicho, y no comeré bocado que bien me sepa, hasta ser informado de todo.

—Pues yo voy por él», respondió Sancho; y dejando á su señor, se fué á buscar al Bachiller, con el cual volvió de allí á poco espacio, y entre los tres, pasó un graciosísimo coloquio.

CAPITULO III.

Del ridículo razonamiento que pasó entre Don Quijote, Sancho Panza y el Bachiller Sanson Carrasco.

Pensativo ademas quedó Don Quijote, esperando al Bachiller Carrasco, de quien esperaba oir las nuevas de sí mismo, puestas en libro, como habia dicho Sancho; y no se podia persuadir á que tal historia hubiese, pues áun no estaba enjuta en la cuchilla de su espada la sangre de los enemigos que habia muerto, y ya querian que anduviesen en estampa sus altas caballerías. Con todo eso, imaginó que

algun sabio, ó ya amigo ó enemigo, por arte de encantamento las habria dado á la estampa; si amigo, para engrandecerlas y levantarlas sobre las más señaladas de caballero andante; si enemigo, para aniquilarlas y ponerlas debajo de las más viles que de algun vil escudero se hubiesen escrito; « puesto (decia entre sí) que nunca hazañas de escuderos se escribieron »; y cuando fuese verdad que la tal historia hubiese, siendo de caballero andante, por fuerza habia de ser grandílocua, alta, insigne, magnífica y verdadera. Con esto se consoló algun tanto; pero desconsolóle pensar que su autor era moro, segun aquel nombre de *Cide;* y de los moros no se podia esperar verdad alguna, porque todos son embelecadores, falsarios y quimeristas. Temíase no hubiese tratado sus amores con alguna indecencia, que redundase en menoscabo y perjuicio de la honestidad de su señora Dulcinea del Toboso; deseaba que hubiese declarado su fidelidad y el decoro que siempre la habia guardado, menospreciando reinas, emperatrices y doncellas de todas calidades, teniendo á raya los ímpetus de los naturales movimientos; y así, envuelto y revuelto en estas y otras muchas imaginaciones, le hallaron Sancho y Carrasco, á quien Don Quijote recibió con mucha cortesía.

Era el Bachiller, aunque se llamaba Sanson, no muy grande de cuerpo, aunque muy gran socarron; de color macilenta, pero de muy buen entendimiento. Tendria hasta veinte y cuatro años, cariredondo, de nariz chata y de boca grande, señales todas de ser de condicion maliciosa y amigo de donaires y de burlas, como lo mostró en viendo á Don Quijote, poniéndose delante dél de rodillas, diciéndole: « Déme vuestra grandeza las manos, señor Don Quijote de

la Mancha; que, por el hábito de San Pedro que visto, aunque no tengo otras Ordenes que las cuatro primeras, que es vuesa merced uno de los más famosos caballeros andantes que ha habido, ni áun habrá, en toda la redondez de la tierra. ¡Bien haya el sabio Cide Hamete Benengeli, que la historia de vuestras grandezas dejó escritas, y rebien haya el curioso que tuvo cuidado de hacerlas traducir de arábigo en nuestro vulgar castellano, para universal entretenimiento de las gentes!»

Hízole levantar Don Quijote, y dijo: «Desa manera, ¿verdad es que hay historia mia, y que fué moro y sabio el que la compuso?

—Es tan verdad, señor, dijo Sanson, que tengo para mí que el dia de hoy están impresos más de doce mil libros de la tal historia; si no, dígalo Portugal, Barcelona y Valencia, donde se han impreso, y áun hay fama que se está imprimiendo en Ambéres, y á mí se me trasluce que no ha de haber nacion ni lengua donde no se traduzga.

—Una de las cosas, dijo á esta sazon Don Quijote, que más debe de dar contento á un hombre virtuoso y eminente, es verse, viviendo, andar con buen nombre por las lenguas de las gentes, impreso y en estampa: dije con buen nombre, porque siendo al contrario, ninguna muerte se le igualara.

—Si por buena fama y si por buen nombre va, dijo el Bachiller, sólo vuesa merced lleva la palma á todos los caballeros andantes; porque el moro en su lengua y el cristiano en la suya tuvieron cuidado de pintarnos muy al vivo la gallardía de vuesa merced, el ánimo grande en acometer los peligros, la paciencia en las adversidades, y el sufrimiento

así en las desgracias como en las heridas, la honestidad y continencia en los amores tan platónicos de vuesa merced y de mi señora doña Dulcinea del Toboso...

—Nunca, dijo á este punto Sancho Panza, he oido llamar con *don* á mi señora Dulcinea, sino solamente *la señora Dulcinea del Toboso*, y ya en esto anda errada la historia.

—No es objecion de importancia ésa, respondió Carrasco.

—No por cierto, respondió Don Quijote; pero dígame vuesa merced, señor Bachiller, ¿qué hazañas mias son las que más se ponderan en esa historia?

—En eso, respondió el Bachiller, hay diferentes opiniones, como hay diferentes gustos: unos se atienen á la aventura de los molinos de viento, que á vuesa merced le parecieron Briareos gigantes; otros á la de los batanes; éste á la descripcion de los dos ejércitos, que despues parecieron ser dos manadas de carneros; aquél encarece la del muerto que llevaban á enterrar á Segovia; uno dice que á todas se aventaja la de la libertad de los galeotes; otro, que ninguna iguala á la de los dos gigantes benitos, con la pendencia del valeroso vizcaíno.

—Dígame, señor Bachiller, dijo á esta sazon Sancho, ¿entra ahí la aventura de los yangüeses, cuando á nuestro buen Rocinante se le antojó pedir cotufas en el golfo?

—No se le quedó nada, respondió Sanson, al sabio en el tintero: todo lo dice y todo lo apunta, hasta lo de las cabriolas que el buen Sancho hizo en la manta.

—En la manta no hice yo cabriolas, respondió Sancho; en el aire sí, y áun más de las que yo quisiera.

—A lo que yo imagino, dijo Don Quijote, no hay historia humana en el mundo que no tenga sus altibajos, espe-

cialmente las que tratan de caballerías, las cuales nunca pueden estar llenas de prósperos sucesos.

—Con todo eso, respondió el Bachiller, dicen algunos que han leido la historia, que se holgaran se les hubieran olvidado á los autores della algunos de los infinitos palos que en diferentes encuentros dieron al señor Don Quijote.

—Ahí entra la verdad de la historia, dijo Sancho.

—Tambien pudieran callarlos por equidad, dijo Don Quijote; pues las acciones que ni mudan ni alteran la verdad de la historia, no hay para qué escribirlas, si han de redundar en menosprecio del héroe de la historia. A fe que no fué tan piadoso Enéas como Virgilio le pinta, ni tan prudente Ulíses como le describe Homero.

—Así es, replicó Sanson; pero uno es escribir como poeta, y otro como historiador: el poeta puede contar ó cantar las cosas, no como fueron, sino como debian ser; y el historiador las ha de escribir, no como debian ser, sino como fueron, sin añadir ni quitar á la verdad cosa alguna.

—Pues si es que se anda á decir verdades ese señor moro, dijo Sancho, á buen seguro que entre los palos de mi señor se hallen los mios; porque nunca á su merced le tomaron la medida de las espaldas, que no me la tomasen á mí de todo el cuerpo; pero no hay de qué maravillarme; pues, como dice el mismo señor mio, del dolor de la cabeza han de participar los miembros.

—Socarron sois, Sancho, respondió Don Quijote; á fe que no os falta memoria cuando vos quereis tenerla.

—Cuando yo quisiese olvidarme de los garrotazos que me han dado, dijo Sancho, no lo consentirán los cardenales, que áun se están frescos en las costillas.

—Callad, Sancho, dijo Don Quijote, y no interrumpais al señor Bachiller, á quien suplico pase adelante en decirme lo que se dice de mí en la referida historia.

—Y de mí, dijo Sancho; que tambien dicen que soy yo uno de los principales presonajes della.

—*Personajes*, que no *presonajes*, Sancho amigo, dijo Sanson.

—¿Otro reprochador de voquibles tenemos! dijo Sancho; pues ándense á eso, y no acabaremos en toda la vida.

—Mala me la dé Dios, Sancho, respondió el Bachiller, si no sois vos la segunda persona de la historia, y que hay tal que precia más oiros hablar á vos que al más pintado de toda ella; puesto que tambien hay quien diga que anduvistes demasiadamente de crédulo en creer que podia ser verdad el gobierno de aquella ínsula, ofrecida por el señor Don Quijote, que está presente.

—Aun hay sol en las bardas, dijo Don Quijote; y miéntras más fuere entrando en edad Sancho, con la experiencia que dan los años estará más idóneo y más hábil para ser gobernador, que no está agora.

—Por Dios, sèñor, dijo Sancho, la isla que yo no gobernase con los años que tengo, no la gobernaré con los años de Matusalen: el daño está en que la dicha ínsula se entretiene no sé dónde, y no en faltarme á mí el caletre para gobernarla.

—Encomendadlo á Dios, Sancho, dijo Don Quijote; que todo se hará bien, y quizá mejor de lo que vos pensais; que no se mueve la hoja en el árbol sin la voluntad de Dios.

—Así es verdad, dijo Sanson; que si Dios quiere, no le faltarán á Sancho mil ínsulas que gobernar, cuánto más una.

—Gobernadores he visto por ahí, dijo Sancho, que, á mi parecer, no llegan á la suela de mi zapato, y con todo eso, los llaman señoría y se sirven con plata.

—Esos no son gobernadores de ínsulas, replicó Sanson, sino de otros gobiernos más manuales; que los que gobiernan ínsulas, por lo ménos han de saber gramática.

—Con la *grama* bien me avendria yo, dijo Sancho; pero con la *tica*, ni me tiro ni me pago; porque no la entiendo. Pero dejando esto del gobierno en las manos de Dios (que me eche á las partes donde más de mí se sirva), digo, señor Bachiller Sanson Carrasco, que infinitamente me ha dado gusto que el autor de la historia haya hablado de mí de manera que no enfaden las cosas que de mí se cuentan; que á fe de buen escudero, que si hubiera dicho de mí cosas que no fueran muy de cristiano viejo como soy; que nos habian de oir los sordos.

—Eso fuera hacer milagros, respondió Sanson.

—Milagros ó no milagros, dijo Sancho, cada uno mire cómo habla ó cómo escribe de las presonas, y no ponga á trochemoche lo primero que le viene al magin.

—Una de las tachas que ponen á la tal historia, dijo el Bachiller, es que su autor puso en ella una novela, intitulada *El Curioso impertinente;* no por mala ni por mal razonada, sino por no ser de aquel lugar ni tener que ver con la historia de su merced del señor Don Quijote.

—Yo apostaré, replicó Sancho, que ha mezclado el hideperro berzas con repollos.

—Ahora digo, dijo Don Quijote, que no ha sido sabio el autor de mi historia, sino algun ignorante hablador, que, á tiento y sin algun discurso, se puso á escribirla, salga lo

que saliere, como hacia Orbaneja, el pintor de Ubeda, el cual, preguntándole qué pintaba, respondia : «Lo que saliere.» Tal vez pintaba un gallo, de tal suerte y tan mal parecido, que era menester que con letras góticas escribiese junto á él : *éste es gallo :* y así debe de ser de mi historia, que tendrá necesidad de comento para entenderla.

—Eso no, respondió Sanson; porque es tan clara, que no hay cosa que dificultar en ella : los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran; y finalmente, es tan trillada y tan leida y tan sabida de todo género de gentes, que apénas han visto algun rocin flaco, cuando dicen : «Allí va Rocinante.» Y los que más se han dado á su letura son los pajes. No hay antecámara de señor, donde no se halle un *Don Quijote :* unos le toman, si otros le dejan; éstos le prestan, y aquellos le piden. Finalmente, la tal historia es del más gustoso y ménos perjudicial entretenimiento que hasta agora se haya visto, porque en toda ella no se descubre, ni por semejas, una palabra deshonesta ni un pensamiento ménos que católico.

—A escribir de otra suerte, dijo Don Quijote, no fuera escribir verdades, sino mentiras; y los historiadores que de mentiras se valen habian de ser quemados, como los que hacen moneda falsa; y no sé yo qué le movió al autor á valerse de novelas y cuentos ajenos, habiendo tanto que escribir en los mios; sin duda se debió de atener al refran: «De paja y de heno, etc.» Pues en verdad que en sólo manifestar mis pensamientos, mis sospiros, mis lágrimas, mis buenos deseos y mis acometimientos, pudiera hacer un volúmen, mayor (ó tan grande) que el que pueden hacer todas las obras del Tostado. En efeto, lo que yo alcanzo, se-

ñor Bachiller, es que para componer historias, y libros de cualquier suerte que sean, es menester un gran juicio y un maduro entendimiento : decir gracias y escribir donaires es de grandes ingenios. La más discreta figura de la comedia es la del bobo, porque no lo ha de ser el que quiere dar á entender que es simple. La historia es como cosa sagrada, porque ha de ser verdadera, y donde está la verdad, está Dios en cuanto á verdad; pero, no obstante esto, hay algunos que así componen y arrojan libros de sí, como si fuesen buñuelos.

—No hay libro tan malo, dijo el Bachiller, que no tenga algo bueno.

—No hay duda en eso, replicó Don Quijote; pero muchas veces acontece que los que tenian méritamente granjeada y alcanzada gran fama por sus escritos, en dándolos á la estampa la perdieron del todo ó la menoscabaron en algo.

—La causa deso es, dijo Sanson, que como las obras impresas se miran despacio, fácilmente se ven sus faltas; y tanto más se escudriñan, cuanto es mayor la fama del que las compuso. Los hombres famosos por sus ingenios, los grandes poetas, los ilustres historiadores, siempre ó las más veces son envidiados de aquellos que tienen por gusto y particular entretenimiento juzgar los escritos ajenos, sin haber dado algunos propios á la luz del mundo.

—Eso no es de maravillar, dijo Don Quijote; porque muchos teólogos hay, que no son buenos para el púlpito, y son bonísimos para conocer las faltas ó sobras de los que predican.

—Todo eso es así, señor Don Quijote, dijo Carrasco; pero quisiera yo que los tales censuradores fueran más mi-

sericordiosos y ménos escrupulosos, sin atenerse á los átomos del sol clarísimo de la obra de que murmuran; que si *aliquando bonus dormitat Homerus*, consideren lo mucho que estuvo despierto, por dar la luz de su obra con la ménos sombra que pudiese; y quizá podria ser que lo que á ellos les parece mal, fuesen lunares, que á las veces acrecientan la hermosura del rostro que los tiene; y así, digo que es grandísimo el riesgo á que se pone el que imprime un libro, siendo de toda imposibilidad imposible componerle tal, que satisfaga y contente á todos los que le leyeren.

—El que de mí trata, dijo Don Quijote, á pocos habrá contentado.

—Antes es al reves; que como *stultorum infinitus est numerus*, infinitos son los que han gustado de la tal historia; y algunos han puesto falta y dolo en la memoria del autor, pues se le olvidó de contar quién fué el ladron que hurtó el Rucio á Sancho (que allí no se declara), y sólo se infiere de lo escrito que se le hurtaron; y de allí á poco le vemos á caballo sobre el mesmo jumento, sin haber parecido. Tambien dicen que se le olvidó poner lo que Sancho hizo de aquellos cien escudos que halló en la maleta en Sierra Morena, que nunca más los nombra; y hay muchos que desean saber qué hizo dellos ó en qué los gastó, que es uno de los puntos sustanciales que faltan en la obra.»

Sancho respondió: «Yo, señor Sanson, no estoy ahora para ponerme en cuentas ni cuentos; que me ha tomado un desmayo de estómago, que si no le reparo con dos tragos de lo añejo, me pondrá en la espina de Santa Lucía. En casa lo tengo, mi oislo me aguarda; en acabando de comer daré la vuelta, y satisfaré á vuesa merced y á todo el mundo de lo

que preguntar quisieren, así de la pérdida del jumento, como del gasto de los cien escudos»: y sin esperar respuesta ni decir otra palabra, se fué á su casa.

Don Quijote pidió y rogó al Bachiller se quedase á hacer penitencia con él. Tuvo el Bachiller el envite, quedóse, añadióse al ordinario un par de pichones, tratóse en la mesa de caballerías, siguióle el humor Carrasco, acabóse el banquete, durmieron la siesta, volvió Sancho, y renovóse la plática pasada.

CAPITULO IV.

Donde Sancho Panza satisface al Bachiller Sanson Carrasco de sus dudas y preguntas, con otras cosas dignas de saberse y de contarse.

Volvió Sancho á casa de Don Quijote, y volviendo al pasado razonamiento, dijo: «A lo que el señor Sanson dijo, que se deseaba saber por quién, ó cómo ó cuándo, se me hurtó el jumento, respondiendo digo, que la noche misma que huyendo de la Santa Hermandad nos entramos en Sierra Morena, despues de la aventura sin ventura de los galeotes y de la del difunto que llevaban á Segovia, mi señor y yo nos metimos entre una espesura, adonde mi señor abrazado con su lanza, y yo con el costal del matalotaje, molidos y cansados de las pasadas refriegas, nos pusimos á dormir en el suelo como si fuera sobre cuatro colchones de pluma; especialmente yo dormí con tan pesado sueño, que quien quiera que fué, tuvo lugar de llegar y llevarse al Rucio, sin que yo lo sintiese. Amaneció, y apénas hube despertado, cuando miré por el jumento, y no le vi; acudiéronme lágrimas á los ojos y hice una lamentacion, que si no la puso el autor de nues-

tra historia, puede hacer cuenta que no puso cosa buena. Al cabo de no sé cuántos dias, viniendo con la señora Princesa Micomicona, conocí mi asno, y que venia sobre él, en hábito de gitano, aquel Gines de Pasamonte, aquel embustero y grandísimo maleador, que quitamos mi señor y yo de la cadena.

—No está en eso el yerro, replicó Sanson, sino en que ántes de haber parecido el jumento, dice el autor que iba á caballo Sancho en el mesmo Rucio.

—A eso, dijo Sancho, no sé qué responder, sino que el historiador se engañó, ó ya seria descuido del impresor.

—Así es sin duda, dijo Sanson. Pero ¿qué se hicieron los cien escudos?

—Deshiciéronse, respondió Sancho. Yo los gasté en pro de mi persona y de la de mi mujer y de mis hijos, y ellos han sido causa de que mi mujer lleve en paciencia los caminos y carreras que he andado, sirviendo á mi señor Don Quijote; que si, al cabo de tanto tiempo, volviera sin blanca y sin el jumento á mi casa, negra ventura me esperaba. Y si hay más que saber de mí, aquí estoy; que responderé al mesmo Rey en presona; y nadie tiene para qué meterse en si truje ó no truje, si gasté ó no gasté; que si los palos que me dieron en estos viajes se hubieran de pagar á dinero, aunque no se tasaran sino á cuatro maravedís cada uno, en otros cien escudos no habia para pagarme la mitad; y cada uno meta la mano en su pecho, y no se ponga á juzgar lo blanco por negro, y lo negro por blanco; que cada uno es como Dios le hizo, y áun peor muchas veces.

—Yo tendré cuidado, dijo Carrasco, de avisar al autor de la historia, que si otra vez la imprimiere, no se le olvide

esto que el buen Sancho ha dicho; que será realzarla un buen coto más de lo que ella se está.

—¿Hay otra cosa que enmendar en esa leyenda, señor Bachiller? preguntó Don Quijote.

—Sí debe de haber, respondió él; pero ninguna debe de ser de la importancia de las ya referidas.

—Y ¿por ventura, dijo Don Quijote, promete el autor Segunda Parte?

—Sí promete, respondió Sanson; pero dice que no la ha hallado, ni sabe quién la tiene; y así, estamos en duda si saldrá ó no; y así por esto como porque algunos dicen: «nunca Segundas Partes fueron buenas»; y otros: «de las cosas de Don Quijote, bastan las escritas», se duda que no ha de haber Segunda Parte; aunque algunos, que son más joviales que saturninos, dicen: «vengan más quijotadas; embista Don Quijote y hable Sancho Panza, y sea lo que fuere; que con eso nos contentamos.»

—Y ¿á qué se atiene el autor? dijo Don Quijote.

—A que, respondió Sanson, en hallando que halle la historia, que él va buscando con extraordinarias diligencias, la dará luego á la estampa, llevado más del interes que de darla se le sigue, que de otra alabanza alguna.»

A lo que dijo Sancho: «¿Al dinero y al interes mira el autor! Maravilla será que acierte, porque no hará sino harbar, harbar, como sastre en vísperas de pascuas: y las obras que se hacen apriesa nunca se acaban con la perfecion que requieren. Atienda ese señor moro, ó lo que es, á mirar lo que hace; que yo y mi señor le daremos tanto ripio á la mano en materia de aventuras y de sucesos diferentes, que pueda componer, no sólo Segunda Parte, sino ciento. Debe

de pensar el buen hombre sin duda que nos dormimos aquí en las pajas; pues ténganos el pié al herrar, y verá del que cosqueamos. Lo que yo sé decir es, que si mi señor tomase mi consejo, ya habíamos de estar en esas campañas deshaciendo agravios y enderezando tuertos, como es uso y costumbre de los buenos andantes caballeros.»

No habia bien acabado de decir estas razones Sancho, cuando llegaron á sus oidos relinchos de Rocinante, los cuales relinchos tomó Don Quijote por felicísimo agüero, y determinó de hacer de allí á tres ó cuatro dias otra salida; y declarando su intento al Bachiller, le pidió consejo por qué parte comenzaria su jornada; el cual le respondió que era su parecer que fuese al reino de Aragon, y á la ciudad de Zaragoza, adonde se habian de hacer unas solemnísimas justas por las fiestas de San Jorge, en las cuales podria ganar fama sobre todos los caballeros aragoneses, que seria ganarla sobre todos los del mundo. Alabóle ser honradísima y valentísima su determinacion, y advirtióle que anduviese más atentado en acometer los peligros, á causa que su vida no era suya, sino de todos aquellos que le habian de menester, para que los amparase y socorriese en sus desventuras.

«Deso es de lo que yo reniego, señor Sanson, dijo á este punto Sancho; que así acomete mi señor á cien hombres armados como un muchacho goloso á media docena de badeas. ¡Cuerpo del mundo, señor Bachiller! Sí, que tiempos hay de acometer y tiempos de retirar, y no ha de ser todo *Santiago*, y *cierra*, *España*; y más, que yo he oido decir (y creo que á mi señor mismo, si mal no me acuerdo) que en los extremos de cobarde y de temerario está el medio de la valentía; y si esto es así, no quiero que huya sin te-

ner para qué, ni que acometa cuando la demasía del riesgo pide otra cosa; pero sobre todo, aviso á mi señor que, si me ha de llevar consigo, ha de ser con condicion que él se lo ha de batallar todo, y que yo no he de estar obligado á otra cosa que á mirar por su persona en lo que tocare á su limpieza y á su regalo; que en esto, yo le bailaré el agua delante; pero pensar que tengo de poner mano á la espada, aunque sea contra villanos malandrines de hacha y capellina, es pensar en lo excusado. Yo, señor Sanson, no pienso granjear fama de valiente, sino del mejor y más leal escudero que jamas sirvió á caballero andante; y si mi señor Don Quijote, obligado de mis muchos y buenos servicios, quisiere darme alguna ínsula, de las muchas que su merced dice que se ha de topar por ahí, recibiré mucha merced en ello; y cuando no me la diere, nacido como cualquiera soy, y no ha de vivir el hombre en hoto de otro, sino de Dios: y más, que tan bien, y áun quizá mejor, me sabrá el pan, desgobernado, que siendo gobernador: y ¿sé yo por ventura si en esos gobiernos me tiene aparejada el diablo alguna zancadilla, donde tropiece y caiga, y me deshaga las muelas? Sancho nací, y Sancho pienso morir. Pero si con todo esto, de buenas á buenas, sin mucha solicitud y sin mucho riesgo, me deparase el cielo alguna ínsula ú otra cosa semejante, no soy tan necio que la desechase; que tambien se dice: «cuando te dieren la vaquilla, corre con la soguilla»; y «cuando viene el bien, mételo en tu casa».

—Vos, hermano Sancho, dijo Carrasco, habeis hablado como un catedrático; pero con todo eso, confiad en Dios y en el señor Don Quijote, que os ha de dar un reino, no que una ínsula.

—Tanto es lo de más como lo de ménos, respondió Sancho; aunque sé decir al señor Carrasco, que no echara mi señor el reino que me diera, en saco roto; que yo he tomado el pulso á mí mismo, y me hallo con salud para regir reinos y gobernar ínsulas; y esto ya otras veces lo he dicho á mi señor.

—Mirad, Sancho, dijo Sanson, que los oficios mudan las costumbres, y podria ser que viéndoos gobernador, no conociésedes á la madre que os parió.

—Eso allá se ha de entender, respondió Sancho, con los que nacieron en las malvas, y no con los que tienen sobre el alma cuatro dedos de enjundia de cristianos viejos, como yo los tengo. No, sino llegaos á mi condicion, que ¡sabrá usar de desagradecimiento con alguno!

—Dios lo haga, dijo Don Quijote, y ello dirá, cuando el gobierno venga; que ya me parece que le trayo entre los ojos.»

Dicho esto, rogó al Bachiller que, si era poeta, le hiciese merced de componerle unos versos, que tratasen de la despedida que pensaba hacer de su señora Dulcinea del Toboso, y que advirtiese que en el principio de cada verso habia de poner una letra de su nombre, de manera que, con todos los versos, juntando las primeras letras, se leyese DULCINEA DEL TOBOSO. El Bachiller respondió, que, puesto que él no era de los famosos poetas que habia en España (que decian que no eran sino tres y medio), que no dejaria de componer los tales metros; aunque hallaba una dificultad grande en su composicion, á causa que las letras que contenian el nombre eran diez y siete; y que si hacia cuatro castellanas de á cuatro versos, sobraba una letra; y si de á cinco,

á quien llaman décimas ó redondillas, faltaban tres letras; pero con todo eso, procuraria embeber una letra lo mejor que pudiese, de manera que en las cuatro castellanas se incluyese el nombre de *Dulcinea del Toboso.*

«Ha de ser así en todo caso, dijo Don Quijote; que si allí no va el nombre patente y de manifiesto, no hay mujer que no crea que para ella se hicieron los metros.»

Quedaron en esto y en que la partida seria de allí á cuatro dias. Encargó Don Quijote al Bachiller la tuviese secreta, especialmente al Cura y á Maese Nicolas, y á la Sobrina y al Ama, porque no estorbasen su honrada y valerosa determinacion: todo lo prometió Carrasco. Con esto se despidió, encargando á Don Quijote que de todos sus buenos ó malos sucesos le avisase, habiendo comodidad; y así se despidieron, y Sancho fué á poner en órden lo necesario para su jornada.

CAPITULO V.

De la discreta y graciosa plática que pasó entre Sancho Panza y su mujer Teresa Panza, y otros sucesos dignos de felice recordacion.

Llegando á escribir el traductor desta historia este quinto capítulo, dice que le tiene por apócrifo, porque en él habla Sancho Panza con otro estilo del que se podia prometer de su corto ingenio, y dice cosas tan sutiles, que no tiene por posible que él las supiese; pero que no quiso dejar de traducirlo, por cumplir con lo que á su oficio debia, y así prosiguió diciendo:

Llegó Sancho á su casa tan regocijado y alegre, que su mujer conoció su alegría á tiro de ballesta, tanto que la

obligó á preguntarle : « ¿Qué traeis, Sancho amigo, que tan alegre venis? »

A lo que él respondió : « Mujer mia, si Dios quisiera, bien me holgara yo de no estar tan contento como muestro.

—No os entiendo, marido, replicó ella, y no sé qué quereis decir en eso de que os holgárades, si Dios quisiera, de no estar contento; que magüer tonta, no sé yo quién recibe gusto de no tenerle.

—Mirad, Teresa, respondió Sancho, yo estoy alegre porque tengo determinado de volver á servir á mi amo Don Quijote, el cual quiere la vez tercera salir á buscar las aventuras; y yo vuelvo á salir con él, porque lo quiere así mi necesidad, junto con la esperanza, que me alegra, de pensar si podré hallar otros cien escudos como los ya gastados; puesto que me entristece el haberme de apartar de tí y de mis hijos; y si Dios quisiera darme de comer á pié enjuto y en mi casa, sin traerme por vericuetos y encrucijadas (pues lo podia hacer á poca costa, y con no más de quererlo), claro está que mi alegría fuera más firme y valedera, pues que la que tengo va mezclada con la tristeza del dejarte : así que, dije bien que holgara, si Dios quisiera, de no estar contento.

—Mirad, Sancho, replicó Teresa, despues que os hicistes miembro de caballero andante, hablais de tan rodeada manera, que no hay quien os entienda.

—Basta que me entienda Dios, mujer, respondió Sancho; que él es el entendedor de todas las cosas : y quédese esto aquí, y advertid, hermana, que os conviene tener cuenta estos tres dias con el Rucio, de manera que esté para armas tomar : dobladle los piensos, requerid la albarda y las demas jarcias, porque no vamos á bodas, sino á rodear el mundo,

y á tener dares y tomares con gigantes, con endriagos y con vestiglos, y á oir silbos, rugidos, bramidos y baladros; y áun todo esto fuera flores de cantueso, si no tuviéramos que entender con yangüeses y con moros encantados.

— Bien creo yo, marido, replicó Teresa, que los escuderos andantes no comen el pan de balde; y así, quedaré rogando á Nuestro Señor os saque presto de tanta mala ventura.

—Yo os digo, mujer, respondió Sancho, que si no pensase ántes de mucho tiempo verme gobernador de una ínsula, aquí me caeria muerto.

—Eso no, marido mio, dijo Teresa: viva la gallina, aunque sea con su pepita. Vivid vos, y llévese el diablo cuantos gobiernos hay en el mundo. Sin gobierno salistes del vientre de vuestra madre, sin gobierno habeis vivido hasta ahora, y sin gobierno os iréis, ú os llevarán, á la sepultura, cuando Dios fuere servido: como esos hay en el mundo que viven sin gobierno, y no por eso dejan de vivir, y de ser contados en el número de las gentes. La mejor salsa del mundo es la hambre, y como ésta no falta á los pobres, siempre comen con gusto. Pero mirad, Sancho, si por ventura os viéredes con algun gobierno, no os olvideis de mí y de vuestros hijos. Advertid que Sanchico tiene ya quince años cabales, y es razon que vaya á la escuela, si es que su tio el Abad le ha de dejar hecho de la Iglesia. Mirad tambien que Mari-Sancha, vuestra hija, no se morirá si la casamos; que me van dando barruntos que desea tanto tener marido como vos deseais veros con gobierno; y, en fin, en fin, mejor parece la hija mal casada que bien abarraganada.

—A buena fe, respondió Sancho, que si Dios me lleva á tener algo qué de gobierno, que tengo de casar, mujer

mia, á Mari-Sancha tan altamente, que no la alcancen sino con llamarla señoría.

—Eso no, Sancho, respondió Teresa: casadla con su igual, que es lo más acertado; que si de los zuecos la sacais á chapines, y de saya parda de catorceno á verdugado y saboyanas de seda, y de una *Marica* y un *tú* á una *doña tal* y señoría, no se ha de hallar la mochacha, y á cada paso ha de caer en mil faltas, descubriendo la hilaza de su tela basta y grosera.

—Calla, boba, dijo Sancho; que todo será usarlo dos ó tres años; que despues le vendrá el señorío y la gravedad como de molde: y cuando no, ¿qué importa? Séase ella señoría, y venga lo que viniere.

—Medíos, Sancho, con vuestro estado, respondió Teresa; no os querais alzar á mayores, y advertid al refran que dice: «Al hijo de tu vecino, límpiale las narices y métele en tu casa.» Por cierto que ¡seria gentil cosa casar á nuestra María con un condazo ó con un caballerote, que, cuando se le antojase, la pusiese como nueva, llamándola de villana, hija del destripaterrones y de la pelaruecas! No en mis dias, marido: ¡para eso, por cierto, he criado yo á mi hija! Traed vos dineros, Sancho; y el casarla dejadlo á mi cargo; que ahí está Lope Tocho, el hijo de Juan Tocho, mozo rollizo y sano, y que le conocemos, y sé que no mira de mal ojo á la mochacha; y con éste, que es nuestro igual, estará bien casada, y la tendremos siempre á nuestros ojos, y seremos todos unos, padres y hijos, nietos y yernos, y andará la paz y la bendicion de Dios entre todos nosotros; y no casármela vos ahora en esas córtes y en esos palacios grandes, adonde ni á ella la entiendan ni ella se entienda.

—Ven acá, bestia y mujer de Barrabas, replicó Sancho, ¿por qué quieres tú ahora, sin qué ni para qué, estorbarme que no case á mi hija con quien me dé nietos que se llamen señoría? Mira, Teresa, siempre he oido decir á mis mayores que el que no sabe gozar de la ventura cuando le viene, que no se debe quejar si se le pasa; y no seria bien que ahora, que está llamando á nuestra puerta, se la cerremos: dejémonos llevar deste viento favorable que nos sopla. (Por este modo de hablar, y por lo que más abajo dice Sancho, dijo el traductor desta historia que tenia por apócrifo este capítulo.) ¿No te parece, animalia, prosiguió Sancho, que será bien dar con mi cuerpo en algun gobierno provechoso, que nos saque el pié del lodo, y casar á Mari-Sancha con quien yo quisiere... y verás cómo te llaman á tí doña Teresa Panza, y te sientas en la iglesia sobre alcatifa, almohadas y arambeles, á pesar y despecho de las hidalgas del pueblo? ¡No, sino estaos siempre en un sér, sin crecer ni menguar, como figura de paramento! Y en esto no hablemos más; que Sanchica ha de ser condesa, aunque tú más me digas.

—¿Veis cuánto decís, marido? respondió Teresa; pues con todo eso, temo que este condado de mi hija ha de ser su perdicion: vos haced lo que quisiéredes, ora la hagais duquesa ó princesa; pero séos decir que no será ello con voluntad ni consentimiento mio. Siempre, hermano, fuí amiga de la igualdad, y no puedo ver entonos sin fundamento. *Teresa* me pusieron en el bautismo, nombre mondo y escueto, sin añadiduras ni cortapisas, ni arrequives de dones ni donas; *Cascajo* se llamó mi padre; y á mí, por ser vuestra mujer, me llaman *Teresa Panza;* que á buena razon me habian de llamar *Teresa Cascajo;* pero allá van reyes do

quieren leyes; y con este nombre me contento, sin que me le pongan un *don* encima, que pese tanto, que no le pueda llevar; y no quiero dar qué decir á los que me vieren andar vestida á lo condesil ó á lo de gobernadora; que luego dirán : « Mirad ¡qué entonada va la pazpuerca! ¡Ayer no se hartaba de estirar de un copo de estopa, y iba á misa, cubierta la cabeza con la falda de la saya en lugar de manto, y ya hoy va con verdugado, con broches y con entono, como si no la conociésemos! » Si Dios me guarda mis siete ó mis cinco sentidos, ó los que tengo, no pienso dar ocasion de verme en tal aprieto : vos, hermano, idos á ser gobierno ó ínsulo, y entonaos á vuestro gusto; que mi hija ni yo, por el siglo de mi madre, que no nos hemos de mudar un paso de nuestra aldea. La mujer honrada, la pierna quebrada y en casa; y la doncella honesta, el hacer algo es su fiesta. Idos con vuestro Don Quijote á vuestras aventuras, y dejadnos á nosotras con nuestras malas venturas; que Dios nos las mejorará, como seamos buenas: y yo no sé, por cierto, quién le puso á él don, que no tuvieron sus padres ni sus agüelos.

—Ahora digo, replicó Sancho, que tienes algun familiar en ese cuerpo. ¡Válate Dios, la mujer, y qué de cosas has ensartado unas en otras, sin tener piés ni cabeza! ¿Qué tienen que ver el Cascajo, los broches, los refranes y el entono con lo que yo digo! Ven acá, mentecata é ignorante (que así te puedo llamar, pues no entiendes mis razones y vas huyendo de la dicha) : si yo dijera que mi hija se arrojara de una torre abajo, ó que se fuera por esos mundos, como se quiso ir la infanta doña Urraca, tenias razon de no venir con mi gusto; pero si en dos paletas, y en ménos de un abrir y cerrar de ojos, te la chanto un don y una señoría á

cuestas, y te la saco de los rastrojos, y te la pongo en toldo y en peana y en un estrado de más almohadas de velludo que tuvieron todos en su linaje los Almohades de Marruécos, ¿por qué no has de consentir y querer lo que yo quiero?

—¿Sabeis por qué, marido? respondió Teresa: por el refran que dice: «Quien te cubre te descubre.» Por el pobre todos pasan los ojos como de corrida, y en el rico los detienen; y si el tal rico fué un tiempo pobre, allí es el murmurar y el mal decir y el peor pensar de los maldicientes; que los hay por esas calles á montones, como enjambres de abejas.

—Mira, Teresa, respondió Sancho, y escucha lo que agora quiero decirte; quizá no lo habrás oido en todos los dias de tu vida: y yo agora no hablo de mio; que todo lo que pienso decir son sentencias del padre predicador que la cuaresma pasada predicó en este pueblo; el cual, si mal no me acuerdo, dijo que todas las cosas presentes que los ojos están mirando, se presentan, están y asisten en nuestra memoria mucho mejor y con más vehemencia que las cosas pasadas.» Todas estas razones, que aquí va diciendo Sancho, son las segundas por quien dice el traductor (que tiene por apócrifo este capítulo) que exceden á la capacidad de Sancho, el cual prosiguió diciendo: «De donde nace que cuando vemos alguna persona bien aderezada, y con ricos vestidos compuesta, y con pompa de criados, parece que por fuerza nos mueve y convida á que la tengamos respeto, puesto que la memoria en aquel instante nos represente alguna bajeza ó ignominia en que vimos á la tal persona, la cual ignominia, ahora sea de pobreza ó de linaje, como ya pasó, no es, y sólo es lo que vemos presente; y si éste, á

quien la fortuna sacó del borrador de su bajeza (que por estas mesmas razones lo dijo el padre) á la alteza de su prosperidad, fuere bien criado, liberal y cortés con todos, y no se pusiere en cuentos con aquellos que por antigüedad son nobles, ten por cierto, Teresa, que no habrá quien se acuerde de lo que fué, sino quien reverencie lo que es, si no fueren los invidiosos, de quien ninguna próspera fortuna está segura.

—Yo no os entiendo, marido, replicó Teresa; haced lo que quisiéredes, y no me quebreis más la cabeza con vuestras arengas y retóricas; y si estais revuelto en hacer lo que decís...

—*Resuelto* has de decir, mujer, dijo Sancho, y no *revuelto.*

—No os pongais á disputar, marido, conmigo, respondió Teresa: yo hablo como Dios es servido, y no me meto en más dibujos; y digo que si estais persuadido en tener gobierno, que lleveis con vos á vuestro hijo Sancho, para que desde agora le enseñeis á tener gobierno: que bien es que los hijos hereden y aprendan los oficios de sus padres.

—En teniendo gobierno, dijo Sancho, enviaré por él por la posta, y te enviaré dineros; que no me faltarán, pues nunca falta quien se los preste á los gobernadores, cuando no los tienen; y vístele de modo que disimule lo que es, y parezca lo que ha de ser.

—Enviad vos dinero, dijo Teresa; que yo os lo vestiré como un palmito.

—En efecto, quedamos de acuerdo, dijo Sancho, de que ha de ser condesa nuestra hija.

—El dia que yo la viere condesa, respondió Teresa, ése

haré cuenta que la entierro; pero otra vez os digo que hagais lo que os diere gusto; que con esta carga nacemos las mujeres, de estar obedientes á los maridos, aunque sean unos porros»: y en esto comenzó á llorar tan de veras, como si ya viera muerta y enterrada á Sanchica.

Sancho la consoló, diciéndole que ya que la hubiese de hacer condesa, la haria todo lo más tarde que ser pudiese. Con esto se acabó su plática, y, al otro dia, Sancho volvió á ver á Don Quijote, para dar órden en su partida.

CAPITULO VI.

De lo que le pasó á Don Quijote con su Sobrina y con su Ama; y es uno de los más importantes capítulos de toda la historia.

En tanto que Sancho Panza y su mujer Teresa Cascajo pasaron la inverisímil referida plática, no estaban ociosas la Sobrina y el Ama de Don Quijote, que por mil señales iban coligiendo que su tio y señor queria desgarrarse la vez tercera, y volver al ejercicio de su, para ellas, mal andante caballería. Procuraban por todas las vías posibles apartarle de tan mal pensamiento; pero todo era predicar en desierto y majar en hierro frio. Con todo esto, entre otras muchas razones, que, al otro dia, con él pasaron, le dijo el Ama: «En verdad, señor mio, que si vuesa merced no afirma el pié llano, y se está quedo en su casa, y se deja de andar por los montes y por los valles como ánima en pena, buscando esas que dice que se llaman aventuras, á quien yo llamo desdichas, que me tengo de quejar en voz y en grito á Dios y al Rey, que pongan remedio en ello.»

A lo que respondió Don Quijote: «Ama, lo que Dios res-

ponderá á tus quejas, yo no lo sé, ni lo que ha de responder Su Majestad, tampoco; y sólo sé que si yo fuera rey, me excusara de responder á tanta infinidad de memoriales impertinentes como cada dia le dan; que uno de los mayores trabajos que los reyes tienen, entre otros muchos, es el estar obligados á escuchar á todos y á responder á todos: y así, no querria yo que cosas mias le diesen pesadumbre.»

A lo que dijo el Ama: «Díganos, señor: en la Corte de Su Majestad ¿no hay caballeros?

—Sí, respondió Don Quijote, y muchos, y es razon que los haya para adorno de la grandeza de los príncipes y para ostentacion de la majestad real.

—Pues ¿por qué no seria vuesa merced, replicó ella, uno de los que á pié quedo sirviesen á su Rey y señor, estándose en la Corte?

—Mira, amiga, respondió Don Quijote: no todos los caballeros pueden ser cortesanos, ni todos los cortesanos pueden ni deben ser caballeros andantes. De todos ha de haber en el mundo; y aunque todos seamos caballeros, va mucha diferencia de los unos á los otros; porque los cortesanos, sin salir de sus aposentos ni de los umbrales de la Corte, se pasean por todo el mundo, mirando un mapa, sin costarles blanca ni padecer calor ni frio, hambre ni sed; pero nosotros, los caballeros andantes verdaderos, al sol, al frio, al aire, á las inclemencias del cielo, de noche y de dia, á pié y á caballo, medimos toda la tierra con nuestros mismos piés, y no solamente conocemos los enemigos pintados, sino en su mismo sér; y en todo trance y en toda ocasion los acometemos, sin mirar en niñerías ni en las leyes de los desafíos, si lleva ó no lleva más corta la lanza ó la espada, si trae

sobre sí reliquias ó algun engaño encubierto, si se ha de partir y hacer tajadas el sol ó no, con otras ceremonias deste jaez, que se usan en los desafíos particulares de persona á persona, que tú no sabes, y yo sí.

»Y has de saber más: que al buen caballero andante, aunque vea diez gigantes que con las cabezas, no sólo tocan, sino pasan las nubes, y que á cada uno le sirven de piernas dos grandísimas torres, y que los brazos semejan árboles de gruesos y poderosos navíos, y cada ojo como una gran rueda de molino, y más ardiendo que un horno de vidrio, no le han de espantar en manera alguna; ántes con gentil continente y con intrépido corazon los ha de acometer y embestir, y, si fuere posible, vencerlos y desbaratarlos en un pequeño instante, aunque viniesen armados de unas conchas de un cierto pescado, que dicen que son más duras que si fuesen de diamantes, y en lugar de espadas trujesen cuchillos tajantes de damasquino acero, ó porras ferradas con puntas asimismo de acero, como yo las he visto más de dos veces. Todo esto he dicho, Ama mia, porque veas la diferencia que hay de unos caballeros á otros; y seria razon que no hubiese príncipe que no estimase en más esta segunda, ó por mejor decir, primera especie de caballeros andantes; que, segun leemos en sus historias, tal ha habido entre ellos, que ha sido la salud, no sólo de un reino, sino de muchos.

—¡Ah, señor mio! dijo á esta sazon la Sobrina; advierta vuesa merced que todo eso que dice de los caballeros andantes es fábula y mentira; y sus historias, ya que no las quemasen, merecian que á cada una se le echase un sambenito, ó alguna señal en que fuese conocida por infame y por gastadora de las buenas costumbres.

—¡Por el Dios que me sustenta, dijo Don Quijote, que si no fueras mi sobrina derechamente, como hija de mi misma hermana, que habia de hacer un tal castigo en tí, por la blasfemia que has dicho, que sonara por todo el mundo! ¡Cómo! ¿Que es posible que una rapaza, que apénas sabe menear doce palillos de randas, se atreva á poner en lengua y á censurar las historias de los caballeros andantes! ¿Qué dijera el señor Amadis, si lo tal oyera! Pero á buen seguro que él te perdonara, porque fué el más humilde y cortés caballero de su tiempo, y demas grande amparador de las doncellas; mas tal te pudiera haber oido, que no te fuera bien dello; que no todos son corteses ni bien mirados; algunos hay follones y descomedidos: ni todos los que se llaman caballeros lo son de todo en todo; que unos son de oro, otros de alquimia, y todos parecen caballeros; pero no todos pueden estar al toque de la piedra de la verdad. Hombres bajos hay, que revientan por parecer caballeros, y caballeros altos hay, que parece que á posta mueren por parecer hombres bajos: aquéllos se levantan ó con la ambicion ó con la virtud, éstos se abajan ó con la flojedad ó con el vicio; y es menester aprovecharnos del conocimiento discreto para distinguir estas dos maneras de caballeros, tan parecidos en los nombres y tan distintos en las acciones.

—¡Válame Dios! dijo la Sobrina: ¡que sepa vuesa merced tanto, señor tio, que si fuese menester en una necesidad, podria subir en un púlpito, é irse á predicar por esas calles, y que con todo esto, dé en una ceguera tan grande y en una sandez tan conocida, que se dé á entender que es valiente siendo viejo, que tiene fuerzas estando enfermo, y que endereza tuertos estando por la edad agobiado, y sobre

todo que es caballero no lo siendo, porque aunque lo puedan ser los hidalgos, no lo son los pobres!

—Tienes mucha razon, Sobrina, en lo que dices, respondió Don Quijote; y cosas te pudiera yo decir cerca de los linajes, que te admiraran; pero, por no mezclar lo divino con lo humano, no las digo. Mirad, amigas: á cuatro suertes de linajes (y estadme atentas) se pueden reducir todos los que hay en el mundo, que son estos: unos, que tuvieron principios humildes, y se fueron extendiendo y dilatando hasta llegar á una suma grandeza; otros, que tuvieron principios grandes, y los fueron conservando y los conservan y mantienen en el sér que comenzaron; otros, que aunque tuvieron principios grandes, acabaron en punta como pirámide, habiendo diminuido y aniquilado su principio hasta parar en nonada, como lo es la punta de la pirámide, que respeto de su basa ó asiento no es nada; otros hay, y éstos son los más, que ni tuvieron principio bueno, ni razonable medio, y así tendrán el fin sin nombre, como el linaje de la gente plebeya y ordinaria. De los primeros, que tuvieron principio humilde, y subieron á la grandeza que agora conservan, te sirva de ejemplo la casa otomana, que de un humilde y bajo pastor, que le dió principio, está en la cumbre que la vemos. Del segundo linaje, que tuvo principio en grandeza, y la conserva sin aumentarla, serán ejemplo muchos príncipes que por herencia lo son y se conservan en ella, sin aumentarla ni diminuirla, conteniéndose en los límites de sus estados pacíficamente. De los que comenzaron grandes y acabaron en punta, hay millares de ejemplos; porque todos los Faraones y Tolomeos de Egipto, los Césares de Roma, con toda la caterva (si es que se les

puede dar este nombre) de infinitos príncipes, monarcas, señores, medos, asirios, persas, griegos y bárbaros, todos estos linajes y señoríos han acabado en punta y en nonada, así ellos como los que les dieron principio, pues no será posible hallar agora ninguno de sus decendientes, y si le hallásemos, seria en bajo y humilde estado. Del linaje plebeyo no tengo que decir sino que sirve sólo de acrecentar el número de los que viven, sin que merezca otra fama ni otro elogio su grandeza. De todo lo dicho quiero que infirais, bobas mias, que es grande la confusion que hay entre los linajes, y que solos aquellos parecen grandes y ilustres, que lo muestran en la virtud y en la riqueza y liberalidad de sus dueños. Dije virtud, riqueza y liberalidad, y es porque el grande que fuere vicioso, será vicioso grande, y el rico no liberal será un avaro mendigo; que al poseedor de las riquezas no le hace dichoso el tenerlas, sino el gastarlas, y no el gastarlas como quiera, sino el saberlas bien gastar. Al caballero pobre no le queda otro camino para mostrar que es caballero, sino el de la virtud, siendo afable, bien criado, cortés y comedido y oficioso (no soberbio, no arrogante, no murmurador), y sobre todo caritativo; que con dos maravedís que con ánimo alegre dé al pobre, se mostrará tan liberal como el que á campana herida da limosna; y no habrá quien le vea adornado de las referidas virtudes, que aunque no le conozca, deje de juzgarle y tenerle por de buena casta, y el no serlo seria milagro; y siempre la alabanza fué premio de la virtud, y los virtuosos no pueden dejar de ser alabados. Dos caminos hay, hijas, por donde pueden ir los hombres y llegar á ser ricos y honrados: el uno es el de las letras, otro el de las armas. Yo tengo más

armas que letras, y nací, segun me inclino á las armas, debajo de la influencia del planeta Marte: así que, á mí me es forzoso seguir por su camino, y por él tengo de ir á pesar de todo el mundo; y será en balde cansaros en persuadirme á que no quiera yo lo que los cielos quieren, la fortuna ordena y la razon pide, y sobre todo, mi voluntad desea; pues con saber, como sé, los innumerables trabajos que son anejos al andante caballería, sé tambien los infinitos bienes que se alcanzan con ella, y sé que la senda de la virtud es muy estrecha, y el camino del vicio ancho y espacioso, y sé que sus fines y paraderos son diferentes; porque el del vicio, dilatado y espacioso, acaba en muerte; y el de la virtud, angosto y trabajoso, acaba en vida, y no en vida que se acaba, sino en la que no tendrá fin; y sé, como dice el gran poeta castellano nuestro, que

Por estas asperezas se camina
De la inmortalidad al alto asiento,
Do nunca arriba quien de allí declina.

—¡Ay desdichada de mí! dijo la Sobrina, ¡que tambien mi señor es poeta! Todo lo sabe, todo lo alcanza: yo apostaré que si quisiera ser albañil, que supiera fabricar una casa como una jaula.

—Yo te prometo, Sobrina, respondió Don Quijote, que si estos pensamientos caballerescos no me llevasen tras sí todos los sentidos, que no habria cosa que yo no hiciese, ni curiosidad que no saliese de mis manos, especialmente jaulas y palillos de dientes.»

A este tiempo llamaron á la puerta, y preguntando quién llamaba, respondió Sancho Panza que él era; y apénas le

hubo conocido el Ama, cuando corrió á esconderse por no verle: tanto le aborrecia. Abrióle la Sobrina, salió á recebirle con los brazos abiertos su señor Don Quijote, y encerráronse los dos en su aposento, donde tuvieron otro coloquio, que no le hace ventaja el pasado.

CAPITULO VII.

De lo que pasó Don Quijote con su escudero, con otros sucesos famosísimos.

Apénas vió el Ama que Sancho Panza se encerraba con su señor, cuando dió en la cuenta de sus tratos; y imaginando que de aquella consulta habia de salir la resolucion de su tercera salida, y tomando su manto, toda llena de congoja y pesadumbre, se fué á buscar al Bachiller Sanson Carrasco, pareciéndole que por ser bien hablado, y amigo fresco de su señor, le podria persuadir á que dejase tan desvariado propósito. Hallóle paseándose por el patio de su casa, y en viéndole, se dejó caer ante sus piés, trasudando y congojosa.

Cuando la vió Carrasco con muestras tan doloridas y sobresaltadas, le dijo: «¿Qué es esto, señora Ama! ¿Qué le ha acontecido, que parece que se le quiere arrancar el alma?

—No es nada, señor Sanson mio, sino que mi amo se sale; sálese, sin duda.

—Y ¿por dónde se sale, señora? preguntó Sanson: ¿hásele roto alguna parte de su cuerpo?

—No se sale, respondió ella, sino por la puerta de su locura: quiero decir, señor Bachiller de mi ánima, que quiere salir otra vez (que con esta será la tercera) á buscar por ese mundo lo que él llama aventuras; que yo no puedo enten-

der cómo les da este nombre. La vez primera nos le volvieron atravesado sobre un jumento, molido á palos; la segunda vino en un carro de bueyes, metido y encerrado en una jaula, adonde él se daba á entender que estaba encantado; y venia tal el triste, que no le conociera la madre que le parió : flaco, amarillo, los ojos hundidos en los últimos camaranchones del celebro; que para haberle de volver algun tanto en sí, gasté más de seiscientos huevos, como lo sabe Dios y todo el mundo, y mis gallinas, que no me dejarán mentir.

—Eso creo yo muy bien, respondió el Bachiller; que ellas son tan buenas, tan gordas y tan bien criadas, que no dirán una cosa por otra, si reventasen. En efecto, señora Ama, ¿no hay otra cosa, ni ha sucedido otro desman alguno, sino el que se teme que quiere hacer el señor Don Quijote?

—No, señor, respondió ella.

—Pues no tenga pena, respondió el Bachiller, sino váyase en hora buena á su casa, y téngame aderezado de almorzar alguna cosa caliente, y de camino vaya rezando la oracion de Santa Apolonia, si es que la sabe; que yo iré luego allá, y verá maravillas.

—¡Cuitada de mí! replicó el Ama : ¿la oracion de Santa Apolonia dice vuesa merced que rece? Eso fuera si mi amo lo hubiera de las muelas; pero no lo ha sino de los cascos.

—Yo sé lo que digo, señora Ama: váyase, y no se ponga á disputar conmigo, pues sabe que soy bachiller por Salamanca, que no hay más que bachillear», respondió Carrasco; y con esto se fué el Ama, y el Bachiller fué luego á buscar al Cura, á comunicar con él lo que se dirá á su tiempo.

En el que estuvieron encerrados Don Quijote y Sancho, pasaron las razones que con mucha puntualidad y verdadera relacion cuenta la historia.

Dijo Sancho á su amo: «Señor, ya yo tengo relucida á mi mujer á que me deje ir con vuesa merced, aunque dice que quisiera ella que...

—*Reducida* has de decir, Sancho, dijo Don Quijote; que no *relucida*.

—Una ó dos veces, respondió Sancho, si mal no me acuerdo, he suplicado á vuesa merced que no me enmiende los vocablos, si es que entiende lo que quiero decir en ellos, y que cuando no los entienda, diga: «Sancho, ó diablo, no te entiendo»; y si yo no me declarare, entónces podrá enmendarme; que yo soy tan fócil...

—No te entiendo, Sancho, dijo luego Don Quijote; pues no sé qué quiere decir «soy tan *fócil*».

—«Tan *fócil*» quiere decir, respondió Sancho: «soy tan *así*».

—Ménos te entiendo agora, replicó Don Quijote.

—Pues si no me puede entender, respondió Sancho, no sé cómo lo diga: no sé más, y Dios sea conmigo.

—Ya, ya caigo, respondió Don Quijote, en ello: tú quieres decir que eres tan *dócil*, blando y mañero, que tomarás en cuenta lo que yo te dijere, y pasarás por lo que te enseñare.

—Apostaré yo, dijo Sancho, que desde el emprincipio me caló y me entendió, sino que quiso turbarme, por oirme decir otras docientas patochadas.

—Podria ser, replicó Don Quijote. Y, en efecto, ¿qué dice Teresa?

—Teresa dice, dijo Sancho, que ate bien mi dedo con vuesa merced, y que hablen cartas y callen barbas, porque quien destaja no baraja, pues más vale un toma que dos te daré; y yo digo que el consejo de la mujer es poco, y el que no le tòma es loco.

—Y yo lo digo tambien, respondió Don Quijote. Decid, Sancho amigo: pasad adelante; que hablais hoy de perlas.

—Es el caso, replicó Sancho, que, como vuesa merced mejor sabe, todos estamos sujetos á la muerte, y que hoy somos y mañana no, y que tan presto se va el cordero como el carnero, y que nadie puede prometerse en este mundo más horas de vida de las que Dios quisiere darle; porque la muerte es sorda, y cuando llega á llamar á las puertas de nuestra vida, siempre va de priesa, y no la harán detener ni ruegos, ni fuerzas, ni cetros, ni mitras, segun es pública voz y fama, y segun nos lo dicen por esos púlpitos.

—Todo eso es verdad, dijo Don Quijote; pero no sé dónde vas á parar.

—Voy á parar, dijo Sancho, en que vuesa merced me señale salario conocido, de lo que me ha de dar cada mes, el tiempo que le sirviere, y que el tal salario se me pague de su hacienda; que no quiero estar á mercedes, que llegan tarde ó mal ó nunca: con lo mio me ayude Dios. En fin, yo quiero saber lo que gano, poco ó mucho que sea; que sobre un huevo pone la gallina, y muchos pocos hacen un mucho, y miéntras se gana algo, no se pierde nada. Verdad sea que si sucediese (lo cual ni lo creo ni lo desespero) que vuesa merced me diese la ínsula que me tiene prometida, no soy tan ingrato ni llevo las cosas tan por los cabos, que no querré que se aprecie lo que montare la renta de la

tal ínsula, y se descuente de mi salario, gata por cantidad.

—Sancho amigo, respondió Don Quijote, á las veces tan buena suele ser una rata como una gata.

—Ya entiendo, dijo Sancho: yo apostaré que habia de decir *rata*, y no *gata;* pero no importa nada, pues vuesa merced me ha entendido.

—Y tan entendido, respondió Don Quijote, que he penetrado lo último de tus pensamientos y sé al blanco que tiras con las innumerables saetas de tus refranes. Mira, Sancho, yo bien te señalaria salario, si hubiera hallado en alguna de las historias de los caballeros andantes ejemplo que me descubriese y mostrase por algun pequeño resquicio qué es lo que los escuderos solian ganar cada mes ó cada año; pero yo he leido todas ó las más de sus historias, y no me acuerdo haber leido que ningun caballero andante haya señalado conocido salario á su escudero; sólo sé que todos servian á merced, y que cuando ménos se lo pensaban, si á sus señores les habia corrido bien la suerte, se hallaban premiados con una ínsula ó con otra cosa equivalente, y por lo ménos quedaban con título y señoría. Si con estas esperanzas de acrecentamiento, vos, Sancho, gustais de volver á servirme, sea en buena hora; que pensar que yo he de sacar de sus términos y quicios la antigua usanza de la caballería andante, es pensar en lo excusado. Así que, Sancho mio, volveos á vuestra casa y declarad á vuestra Teresa mi intencion; y si ella gustare y vos gustáredes de estar á merced conmigo, *benè quidem;* y si no, tan amigos como de ántes; que si al palomar no le falta cebo, no le faltarán palomas: y advertid, hijo, que vale más buena esperanza que ruin posesion, y buena oferta que mala paga. Hablo desta manera, Sancho,

por daros á entender que tambien, como vos, sé yo arrojar refranes como llovidos; y finalmente, quiero decir, y os digo, que si no quereis venir á merced conmigo y correr la suerte que yo corriere, que Dios quede con vos y os haga un santo; que á mí no me faltarán escuderos más obedientes, más solícitos, y no tan empachados ni tan habladores como vos.»

Cuando Sancho oyó la firme resolucion de su amo, se le anubló el cielo y se le cayeron las alas del corazon, porque tenia creido que su señor no se iria sin él por todos los haberes del mundo: y así, estando suspenso y pensativo, entró Sanson Carrasco, y el Ama y la Sobrina, deseosas de oir con qué razones persuadia á su señor que no tornase á buscar las aventuras.

Llegó Sanson, socarron famoso, y abrazándole como la vez primera, con voz levantada le dijo: «¡Oh flor de la andante caballería! ¡oh luz resplandeciente de las armas! ¡oh honor y espejo de la nacion española! ¡plega á Dios todopoderoso, donde más largamente se contiene, que la persona ó personas que pusieren impedimento y estorbaren tu tercera salida, que no la hallen en el laberinto de sus deseos ni jamas se les cumpla lo que más desearen!» Y volviéndose al Ama, le dijo: «Bien puede la señora Ama no rezar más la oracion de Santa Apolonia; que yo sé que es determinacion precisa de las esferas que el señor Don Quijote vuelva á ejecutar sus antiguos y nuevos pensamientos; y yo encargaria mucho mi conciencia si no instigase y persuadiese á este caballero que no tenga más tiempo encogida y detenida la fuerza de su valeroso brazo y la bondad de su ánimo valentísimo, porque defrauda con su tardanza el de-

recho de los tuertos, el amparo de los huérfanos, la honra de las doncellas, el favor de las viudas y el arrimo de las casadas, y otras cosas deste jaez, que tocan, atañen, dependen y son anejas á la Orden de la caballería andante. Ea, señor Don Quijote mio, hermoso y bravo, ántes hoy que mañana se ponga vuesa merced, y su gran rocin, en camino; y si alguna cosa faltare para ponerlo en ejecucion, aquí estoy yo para suplirla con mi persona y hacienda; y si fuere necesidad servir á su magnificencia de escudero, lo tendré á felicísima ventura. »

A esta sazon dijo Don Quijote, volviéndose á Sancho: « ¿No te dije yo, Sancho, que me habian de sobrar escuderos? Mira ¡quién se ofrece á serlo, sino el ínclito Bachiller Sanson Carrasco, perpétuo trastulo y regocijador de los patios de las escuelas salmanticenses, sano de su persona, ágil de sus miembros, callado, sufridor así del calor como del frio, así de la hambre como de la sed, con todas aquellas partes que se requieren para ser escudero de un caballero andante! Pero no permita el cielo que, por seguir mi gusto, desbarate y quiebre la coluna de las letras y el vaso de las ciencias, y tronque la palma eminente de las buenas y liberales artes. Quédese el nuevo Sanson en su patria, y honrándola, honre juntamente las canas de sus ancianos padres; que yo con cualquier escudero estaré contento, ya que Sancho no se digna de venir conmigo.

—Sí digno », respondió Sancho, enternecido y llenos de lágrimas los ojos; y prosiguió : « No se dirá por mí, señor mio : « el pan comido y la compañía deshecha. » Sí, que no vengo yo de alguna alcurnia desagradecida; que ya sabe todo el mundo, y especialmente mi pueblo, quién fueron los

Panzas, de quien yo deciendo; y más, que tengo conocido y calado por muchas buenas obras y por más buenas palabras, el deseo que vuesa merced tiene de hacerme merced; y si me he puesto en cuentas de tanto más cuanto acerca de mi salario, ha sido por complacer á mi mujer, la cual, cuando toma la mano á persuadir una cosa, no hay mazo que tanto apriete los aros de una cuba, como ella aprieta á que se haga lo que quiere; pero, en efeto, el hombre ha de ser hombre, y la mujer mujer; y pues yo soy hombre donde quiera (que no lo puedo negar), tambien lo quiero ser en mi casa, pese á quien pesare: y así, no hay más que hacer sino que vuestra merced ordene su testamento con su codicilo, en modo que no se pueda revolcar, y pongámonos luego en camino, porque no padezca el alma del señor Sanson, que dice que su conciencia le lita que persuada á vuesa merced á salir vez tercera por ese mundo; y yo de nuevo me ofrezco á servir á vuesa merced fiel y legalmente, tan bien y mejor que cuantos escuderos han servido á caballeros andantes en los pasados y presentes tiempos.»

Admirado quedó el Bachiller de oir el término y modo de hablar de Sancho Panza; que puesto que habia leido la primera historia de su señor, nunca creyó que era tan gracioso como allí le pintan; pero oyéndole decir ahora «testamento y codicilo que no se pueda *revolcar*», en lugar de «testamento y codicilo que no se pueda *revocar*», creyó todo lo que dél habia leido, y confirmólo por uno de los más solemnes mentecatos de nuestros siglos, y dijo entre sí que tales dos locos como amo y mozo no se habrian visto en el mundo. Finalmente, Don Quijote y Sancho se abrazaron y quedaron amigos; y con parecer y beneplácito del gran Car-

rasco, que por entónces era su oráculo, se ordenó que de allí á tres dias fuese su partida, en los cuales habria lugar de aderezar lo necesario para el viaje y de buscar una celada de encaje, que en todas maneras, dijo Don Quijote que la habia de llevar. Ofreciósela Sanson, porque sabia no se la negaria un amigo suyo que la tenia; puesto que estaba más escura por el orin y el moho, que clara y limpia por el terso acero.

Las maldiciones que las dos, Ama y Sobrina, echaron al Bachiller no tuvieron cuento; mesaron sus cabellos, arañaron sus rostros, y al modo de las endechaderas que se usaban, lamentaban la partida como si fuera la muerte de su señor. El designio que tuvo Sanson para persuadirle á que otra vez saliese, fué hacer lo que adelante cuenta la historia, todo por consejo del Cura y del Barbero, con quien él ántes lo habia comunicado. En resolucion, en aquellos tres dias Don Quijote y Sancho se acomodaron de lo que les pareció convenirles; y habiendo aplacado Sancho á su mujer, y Don Quijote á su Sobrina y á su Ama, al anochecer, sin que nadie lo viese sino el Bachiller, que quiso acompañarles media legua del lugar, se pusieron en camino del Toboso, Don Quijote sobre su buen Rocinante, y Sancho sobre su antiguo Rucio, proveidas las alforjas de cosas tocantes á la bucólica, y la bolsa de dineros, que le dió Don Quijote para lo que se ofreciese. Abrazóle Sanson, y suplicóle le avisase de su buena ó mala suerte, para alegrarse con ésta ó entristecerse con aquélla, como las leyes de su amistad pedian. Prometióselo Don Quijote, dió Sanson la vuelta á su lugar, y los dos tomaron la de la gran ciudad del Toboso.

CAPITULO VIII.

Donde se cuenta lo que le sucedió á Don Quijote, yendo á ver su señora, Dulcinea del Toboso.

¡Bendito sea el poderoso Alá! dice Hamete Benengeli al comienzo deste octavo capítulo; ¡bendito sea Alá! repite tres veces; y dice que da estas bendiciones por ver que tiene ya en campaña á Don Quijote y á Sancho, y que los letores de su agradable historia pueden hacer cuenta que desde este punto comienzan las hazañas y donaires de Don Quijote y de su escudero; persuádeles que se les olviden las pasadas caballerías del *Ingenioso Hidalgo*, y pongan los ojos en las que están por venir, que desde agora en el camino del Toboso comienzan, como las otras comenzaron en los campos de Montiel; y no es mucho lo que pide para tanto como él promete, y así prosigue diciendo:

Solos quedaron Don Quijote y Sancho, y apénas se hubo apartado Sanson, cuando comenzó á relinchar Rocinante y á sospirar el Rucio, que de entrambos, caballero y escudero, fué tenido á buena señal y por felicísimo agüero; aunque, si se ha de contar la verdad, más fueron los sospiros y rebuznos del Rucio que los relinchos del rocin, de donde coligió Sancho que su ventura habia de sobrepujar y ponerse encima de la de su señor, fundándose, no sé si en astrología judiciaria que él sé sabria, puesto que la historia no lo declara; sólo le oyeron decir que cuando tropezaba ó caia, se holgara no haber salido de casa, porque del tropezar ó caer no se sacaba otra cosa sino el zapato roto ó las costillas quebradas; y aunque tonto, no andaba en esto muy fuera de camino.

Díjole Don Quijote: «Sancho amigo, la noche se nos va entrando á más andar, y con más escuridad de la que habíamos menester para alcanzar á ver con el dia al Toboso, adonde tengo determinado de ir ántes que en otra aventura me ponga, y allí tomaré la bendicion y buena licencia de la sin par Dulcinea, con la cual licencia pienso y tengo por cierto de acabar y dar felice cima á toda peligrosa aventura; porque ninguna cosa desta vida hace más valientes á los caballeros andantes, que verse favorecidos de sus damas.

—Yo así lo creo, respondió Sancho; pero tengo por dificultoso que vuesa merced pueda hablarla ni verse con ella, en parte á lo ménos que pueda recebir su bendicion, si ya no se la echa desde las bardas del corral, por donde yo la vi, la vez primera, cuando le llevé la carta donde iban las nuevas de las sandeces y locuras que vuesa merced quedaba haciendo en el corazon de Sierra Morena.

—¡Bardas de corral se te antojaron aquellas, Sancho, dijo Don Quijote, adonde ó por donde viste aquella jamas bastantemente alabada gentileza y hermosura! No debian de ser sino galerías ó corredores ó lonjas, ó cómo las llaman, de ricos y reales palacios.

—Todo pudo ser, respondió Sancho; pero á mí bardas me parecieron, si no es que soy falto de memoria.

—Con todo eso, vamos allá, Sancho; replicó Don Quijote; que como yo la vea, eso se me da que sea por bardas que por ventanas ó por resquicios ó verjas de jardines; que cualquier rayo que del sol de su belleza llegue á mis ojos alumbrará mi entendimiento y fortalecerá mi corazon de modo, que quede único y sin igual en la discrecion y en la valentía.

—Pues, en verdad, señor, respondió Sancho, que cuando yo vi ese sol de la señora Dulcinea del Toboso, que no estaba tan claro, que pudiese echar de sí rayos algunos; y debió de ser que como su merced estaba aechando aquel trigo que dije, el mucho polvo que sacaba se le puso como nube ante el rostro y se le escureció.

—¿Que todavía das, Sancho, dijo Don Quijote, en decir, en pensar, en creer y en porfiar que mi señora Dulcinea aechaba trigo, siendo eso un menester y ejercicio que va desviado de todo lo que hacen y deben hacer las personas principales que están constituidas y guardadas para otros ejercicios y entretenimientos, que muestran á tiro de ballesta su principalidad! Mal se te acuerdan á tí ¡oh Sancho! aquellos versos de nuestro poeta, donde nos pinta las labores que hacian, allá en sus moradas de cristal, aquellas cuatro ninfas que del Tajo amado sacaron las cabezas, y se sentaron á labrar en el prado verde aquellas ricas telas que allí el ingenioso poeta nos describe, que todas eran de oro, sirgo y perlas compuestas y tejidas; y desta manera debia de ser la de mi señora cuando tú la viste; sino que la envidia que algun mal encantador debe de tener á mis cosas, todas las que me han de dar gusto trueca y vuelve en diferentes figuras que ellas tienen; y así temo que en aquella historia, que dicen que anda impresa de mis hazañas, si por ventura ha sido su autor algun sabio mi enemigo, habrá puesto unas cosas por otras, mezclando con una verdad mil mentiras, divertiéndose á contar otras acciones, fuera de lo que requiere la continuacion de una verdadera historia. ¡Oh envidia, raíz de infinitos males y carcoma de las virtudes! Todos los vicios, Sancho, traen un no sé qué de deleite

consigo; pero el de la envidia no trae sino disgustos, rancores y rabias.

—Eso es lo que yo digo tambien, respondió Sancho; y pienso que en esa leyenda ó historia, que nos dijo el Bachiller Carrasco que de nosotros habia visto, debe de andar mi honra á «coche acá, cinchado», y como dicen, al estricote, aquí y allí, barriendo las calles. Pues á fe de bueno, que no he dicho yo mal de ningun encantador, ni tengo tantos bienes, que pueda ser envidiado. Bien es verdad que soy algo malicioso y que tengo mis ciertos asomos de bellaco; pero todo lo cubre y tapa la gran capa de la simpleza mia, siempre natural y nunca artificiosa; y cuando otra cosa no tuviese sino el creer, como siempre creo, firme y verdaderamente en Dios y en todo aquello que tiene y cree la santa Iglesia católica, romana, y el ser enemigo mortal, como lo soy, de los judíos, debian los historiadores tener misericordia de mí y tratarme bien en sus escritos. Pero digan lo que quisieren; que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano; aunque, por verme puesto en libros y andar por ese mundo de mano en mano, no se me da un higo que digan de mí todo lo que quisieren.

—Eso me parece, Sancho, dijo Don Quijote, á lo que sucedió á un famoso poeta destos tiempos, el cual, habiendo hecho una maliciosa sátira contra todas las damas cortesanas, no puso ni nombró en ella á una dama, que se podia dudar si lo era ó no, la cual, viendo que no estaba en la lista de las demas, se quejó al poeta, diciéndole que ¿qué habia visto en ella para no ponerla en el número de las otras? y que alargase la sátira, y la pusiese en el ensanche; si no, que mirase para lo que habia nacido. Hízolo así el

poeta, y púsola cual no digan dueñas, y ella quedó satisfecha por verse con fama, aunque infame. Tambien viene con esto lo que cuentan de aquel pastor que puso fuego y abrasó el templo famoso de Diana, contado por una de las siete maravillas del mundo, sólo porque quedase vivo su nombre en los siglos venideros; y aunque se mandó que nadie le nombrase, ni hiciese por palabra ó por escrito mencion de su nombre porque no consiguiese el fin de su deseo, todavía se supo que se llamaba Eróstrato. Tambien alude á esto lo que sucedió al grande emperador Cárlos Quinto con un caballero en Roma. Quiso ver el Emperador aquel famoso templo de la Rotunda, que en la antigüedad se llamó el templo de todos los dioses, y ahora, con mejor advocacion, se llama de Todos los Santos, y es el edificio que más entero ha quedado de los que alzó la gentilidad en Roma, y es el que más conserva la fama de la grandiosidad y magnificencia de sus fundadores. El es de hechura de una media naranja, grandísimo en extremo, y está muy claro, sin entrarle otra luz que la que le concede una ventana (ó por mejor decir, claraboya) redonda, que está en su cima, desde la cual mirando el Emperador el edificio, estaba con él y á su lado un caballero romano, declarándole los primores y sutilezas de aquella gran máquina y memorable arquitetura, y habiéndose quitado de la claraboya, dijo al Emperador: «Mil veces, Sacra Majestad, me vino deseo de abrazarme con Vuestra Majestad y arrojarme de aquella claraboya abajo, por dejar de mí fama eterna en el mundo.

»—Yo os agradezco, respondió el Emperador, el no haber puesto tan mal pensamiento en efeto; y de aquí adelante no os pondré yo en ocasion que volvais á hacer prueba

de vuestra lealtad; y así, os mando que jamas me hableis ni esteis donde yo estuviere»; y tras estas palabras le hizo una gran merced. Quiero decir, Sancho, que el deseo de alcanzar fama es activo en gran manera. ¿Quién piensas tú que arrojó á Horacio del puente abajo, armado de todas armas, en la profundidad del Tibre? ¿Quién abrasó el brazo y la mano á Mucio? ¿Quién impelió á Curcio á lanzarse en la profunda sima ardiente, que apareció en la mitad de Roma? ¿Quién, contra todos los agüeros que en contra se le habian mostrado, hizo pasar el Rubicon á Julio César? Y, con ejemplos más modernos, ¿quien barrenó los navíos y dejó en seco y aislados los valerosos españoles guiados por el cortesísimo Cortés en el Nuevo Mundo? Todas estas y otras grandes y admirables hazañas son, fueron y serán obras de la fama, que los mortales desean como premio y parte de la inmortalidad que sus famosos hechos merecen; puesto que los cristianos católicos, y andantes caballeros, más habemos de atender á la gloria de los siglos venideros, que es eterna en las regiones etéreas y celestes, que á la vanidad de la fama, que en este presente y acabable siglo se alcanza, la cual fama, por mucho que dure, en fin se ha de acabar con el mesmo mundo, que tiene su fin señalado: así que, ¡oh Sancho! nuestras obras no han de salir del límite que nos tiene puesto la religion cristiana, que profesamos. Hemos de matar en los gigantes, á la soberbia; á la avaricia y envidia, en la generosidad y buen pecho; á la ira, en el reposado continente y quietud del ánimo; á la gula y al sueño, en el poco comer que comemos y en el mucho velar que velamos; á la lujuria y lascivia, en la lealtad que guardamos á las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos; á

la pereza, con andar por todas las partes del mundo buscando las ocasiones que nos puedan hacer y hagan, sobre cristianos, famosos caballeros. Ves aquí, Sancho, los medios por donde se alcanzan los extremos de alabanzas que consigo trae la buena fama.

—Todo lo que vuesa merced hasta aquí me ha dicho, dijo Sancho, lo he entendido muy bien; pero, con todo eso, querria que vuesa merced me sorbiese una duda, que agora en este punto me ha venido á la memoria.

—*Asolviese*, quieres decir, Sancho, dijo Don Quijote. Di en buen hora; que yo responderé lo que supiere.

—Dígame, señor, prosiguió Sancho: esos Julios ó Agostos, y todos esos caballeros hazañosos que ha dicho, que ya son muertos, ¿dónde están agora?

—Los gentiles, respondió Don Quijote, sin duda están en el infierno; los cristianos, si fueron buenos cristianos, ó están en el purgatorio ó en el cielo.

—Está bien, dijo Sancho; pero sepamos ahora: esas sepulturas, donde están los cuerpos desos señorazos, ¿tienen delante de sí lámparas de plata, ó están adornadas las paredes de sus capillas de muletas, de mortajas, de cabelleras, de piernas y de ojos de cera? Y si desto no, ¿de qué están adornadas?»

A lo que respondió Don Quijote: «Los sepulcros de los gentiles fueron por la mayor parte suntuosos templos: las cenizas del cuerpo de César se pusieron sobre una pirámide de piedra de desmesurada grandeza, á quien hoy llaman en Roma la Aguja de San Pedro. Al emperador Adriano le sirvió de sepultura un castillo tan grande como una buena aldea, á quien llamaron *Moles Hadriani*, que agora es el cas-

tillo de Santángel en Roma. La reina Artemisa sepultó á su marido Mausolo en un sepulcro que se tuvo por una de las siete maravillas del mundo; pero ninguna destas sepulturas, ni otras muchas que tuvieron los gentiles, se adornaron con mortajas, ni con otras ofrendas y señales que mostrasen ser santos los que en ellas estaban sepultados.

—A eso voy, replicó Sancho. Y dígame agora: ¿cuál es más, resucitar á un muerto ó matar á un gigante?

—La respuesta está en la mano, respondió Don Quijote: más es resucitar á un muerto.

—Cogido le tengo, dijo Sancho. Luego la fama del que resucita muertos, da vista á los ciegos, endereza los cojos y da salud á los enfermos, y delante de su sepultura arden lámparas, y están llenas sus capillas de gentes devotas que de rodillas adoran sus reliquias, mejor fama será, para este y para el otro siglo, que la que dejaron y dejaren cuantos emperadores gentiles y caballeros andantes ha habido en el mundo.

—Tambien confieso esa verdad, respondió Don Quijote.

—Pues esta fama, estas gracias, estas perrogativas (¿cómo llaman á esto?), replicó Sancho, tienen los cuerpos y las reliquias de los santos, que con aprobacion y licencia de nuestra santa madre Iglesia tienen lámparas, velas, mortajas, muletas, pinturas, cabelleras, ojos, piernas, con que aumentan la devocion y engrandecen su cristiana fama. Los cuerpos de los santos, ó sus reliquias, llevan los reyes sobre sus hombros, besan los pedazos de sus huesos, adornan y enriquecen con ellos sus oratorios y sus más preciados altares.

—¿Qué quieres que infiera, Sancho, de todo lo que has dicho? dijo Don Quijote.

—Quiero decir, dijo Sancho, que nos demos á ser san-

tos, y alcanzaremos más brevemente la buena fama que pretendemos: y advierta, señor, que ayer ó ántes de ayer (que, segun há poco, se puede decir desta manera) canonizaron ó beatificaron dos frailecitos descalzos, cuyas cadenas de hierro, con que ceñian y atormentaban sus cuerpos, se tiene ahora á gran ventura el besarlas y tocarlas, y están en más veneracion que está, segun dicen, la espada de Roldan en la armería del Rey, nuestro señor, que Dios guarde. Así que, señor mio, más vale ser humilde frailecito, de cualquier Orden que sea, que valiente y andante caballero; más alcanzan con Dios dos docenas de diciplinas que dos mil lanzadas, ora las den á gigantes, ora á vestiglos ó á endriagos.

—Todo eso es así, respondió Don Quijote; pero no todos podemos ser frailes, y muchos son los caminos por donde lleva Dios á los suyos al cielo: religion es la caballería, caballeros santos hay en la gloria.

—Sí, respondió Sancho; pero yo he oido decir que hay más frailes en el cielo que caballeros andantes.

—Eso es, respondió Don Quijote, porque es mayor el número de los religiosos que el de los caballeros.

—Muchos son los andantes, dijo Sancho.

—Muchos, respondió Don Quijote; pero pocos los que merecen nombre de caballeros.»

En estas y otras semejantes pláticas se les pasó aquella noche y el dia siguiente, sin acontecerles cosa que de contar fuese, de que no poco le pesó á Don Quijote. En fin, al anochecer descubrieron la gran ciudad del Toboso, con cuya vista se le alegraron los espíritus á Don Quijote y se le entristecieron á Sancho, porque no sabia la casa de Dulcinea, ni en su vida la habia visto, como casi no la habia visto su

señor: de modo que el uno por verla, y el otro por no haberla visto, estaban alborotados, y no imaginaba Sancho qué habia de hacer, como su señor no le enviase primero al Toboso. Finalmente, ordenó Don Quijote entrar en la ciudad entrada la noche; y en tanto que la hora se llegaba, se quedaron entre unas encinas que cerca del Toboso estaban, y llegado el determinado punto, entraron en la ciudad, donde no les sucedió cosa que á cosa llegara.

CAPITULO IX.

Donde se cuenta lo que en él se verá.

Media noche era por filo, poco más á ménos, cuando Don Quijote y Sancho dejaron el monte y entraron en el Toboso. Estaba el pueblo en un sosegado silencio, porque todos sus vecinos dormian y reposaban á pierna tendida, como suele decirse. Era la noche entreclara, puesto que quisiera Sancho que fuera del todo escura, por hallar en su escuridad disculpa de sus enredos. No se oia en todo el lugar sino ladridos de perros, que atronaban los oidos de Don Quijote y turbaban el corazon de Sancho. De cuando en cuando rebuznaba un jumento, gruñian puercos, mayaban gatos, cuyas voces de diferentes sonidos se aumentaban con el silencio de la noche, todo lo cual tuvo el enamorado caballero á mal agüero; pero con todo esto dijo á Sancho: «Sancho, hijo, guía al palacio de Dulcinea: quizá podrá ser que la hallemos despierta.

—¿A qué palacio tengo de guiar ¡cuerpo del sol! respondió Sancho? que en el que yo vi á su grandeza no era sino casa muy pequeña.

—Debia de estar retirada entónces, respondió Don Quijote, en algun pequeño apartamiento de su alcázar, solazándose á solas con sus doncellas, como es uso y costumbre de las altas señoras y princesas.

—Señor, dijo Sancho, ya que vuesa merced quiere, á pesar mio, que sea alcázar la casa de mi señora Dulcinea, ¿es hora ésta por ventura de hallar la puerta abierta? Y ¿será bien que demos aldabazos para que nos oyan y nos abran, metiendo en alboroto y rumor toda la gente? ¿Vamos por dicha á llamar á casa de nuestras mancebas, como hacen los abarraganados, que llegan y llaman y entran á cualquier hora, por tarde que sea?

—Hallemos primero una por una el alcázar, replicó Don Quijote; que entónces yo te diré, Sancho, lo que será bien que hagamos; y advierte, Sancho, que, ó yo veo poco, ó aquel bulto grande y sombra que desde aquí se descubre, la debe de hacer el palacio de Dulcinea.

—Pues guíe vuesa merced, respondió Sancho: quizá será así; aunque yo lo veré con los ojos y lo tocaré con las manos, y así lo creeré yo como creer que es ahora de dia.»

Guió Don Quijote, y habiendo andado como docientos pasos, dió con el bulto que hacia la sombra, y vió una gran torre, y luego conoció que el tal edificio no era alcázar, sino la iglesia principal del pueblo, y dijo: «Con la iglesia hemos dado, Sancho.

—Ya lo veo, respondió Sancho, y ¡plega á Dios que no demos con nuestra sepultura! que no es buena señal andar por los cimenterios á tales horas., y más habiendo yo dicho á vuesa merced, si mal no me acuerdo, que la casa desta señora ha de estar en una callejuela sin salida.

—¡Maldito seas de Dios, mentecato! dijo Don Quijote: ¿adónde has tú hallado que los alcázares y palacios reales estén edificados en callejuelas sin salida!

—Señor, respondió Sancho, en cada tierra su uso: quizá se usa aquí en el Toboso edificar en callejuelas los palacios y edificios grandes; y así, suplico á vuesa merced me deje buscar por estas calles ó callejuelas que se me ofrecen: podria ser que en algun rincon topase con ese alcázar (que le vea yo comido de perros), que así nos trae corridos y asendereados.

—Habla con respeto, Sancho, de las cosas de mi señora, dijo Don Quijote, y tengamos la fiesta en paz, y no arrojemos la soga tras el caldero.

—Yo me reportaré, respondió Sancho; pero ¿con qué paciencia podré llevar que quiera vuesa merced que, de sola una vez que vi la casa de nuestra ama, la haya de saber siempre y hallarla á media noche, no hallándola vuesa merced, que la debe de haber visto millares de veces!

—Tú me harás desesperar, Sancho, dijo Don Quijote. Ven acá, hereje: ¿no te he dicho mil veces que en todos los dias de mi vida apénas he visto á la sin par Dulcinea, ni jamas atravesé los umbrales de su palacio, y que sólo estoy enamorado de oidas y de la gran fama que tiene de hermosa y discreta?

—Ahora lo oigo, respondió Sancho, y digo que, pues vuesa merced no la ha visto, ni yo tampoco.

—Eso no puede ser, replicó Don Quijote; que por lo ménos, ya me has dicho tú que la viste aechando trigo, cuando me trujiste la respuesta de la carta que le envié contigo.

—No se atenga á eso, señor, respondió Sancho; porque

le hago saber que tambien fué de oidas la vista y la respuesta que le truje, porque así sé yo quién es la señora Dulcinea como dar un puño en el cielo.

—Sancho, Sancho, respondió Don Quijote, tiempos hay de burlar, y tiempos donde caen y parecen mal las burlas. No porque yo diga que ni he visto ni hablado á la señora de mi alma, has tú de decir tambien que ni la has hablado ni visto, siendo tan al reves como sabes.»

Estando los dos en estas pláticas, vieron que venia á pasar por donde estaban uno con dos mulas, que por el ruido que hacia el arado, que arrastraba por el suelo, juzgaron que debia de ser labrador, que habia madrugado ántes del dia á ir á su labranza, y así fué la verdad. Venia el labrador cantando aquel romance que dice:

Mala la hubistes, franceses,
La caza de Roncesvalles...

«¡Que me maten, Sancho, dijo en oyéndole Don Quijote, si nos ha de suceder cosa buena esta noche! ¿No oyes lo que viene cantando ese villano?

—Sí oigo, respondió Sancho; pero ¿qué hace á nuestro propósito la caza de Roncesvalles? Así pudiera cantar el romance de Calaínos, que todo fuera uno para sucedernos bien ó mal en nuestro negocio.»

Llegó en esto el labrador, á quien Don Quijote preguntó: «¿Sabréisme decir, buen amigo (que buena ventura os dé Dios), dónde son por aquí los palacios de la sin par princesa, doña Dulcinea del Toboso?

—Señor, respondió el mozo, yo soy forastero, y há pocos dias que estoy en este pueblo, sirviendo á un labrador

rico en la labranza del campo; en esa casa frontera viven el cura y el sacristan del lugar: entrambos ó cualquier dellos sabrá dar á vuesa merced razon desa señora princesa, porque tienen la lista de todos los vecinos del Toboso; aunque para mí tengo que en todo él no vive princesa alguna; muchas señoras sí, principales, que cada una en su casa puede ser princesa.

—Pues entre esas, dijo Don Quijote, debe de estar, amigo, ésta por quien os pregunto.

—Podria ser, respondió el mozo; y á Dios, que ya viene el alba»: y dando á sus mulas, no atendió á más preguntas.

Sancho, que vió suspenso á su señor y asaz mal contento, le dijo: «Señor, ya se viene á más andar el dia, y no será acertado dejar que nos halle el sol en la calle: mejor será que nos salgamos fuera de la ciudad, y que vuesa merced se embosque en alguna floresta aquí cercana, y yo volveré de dia, y no dejaré ostugo en todo este lugar donde no busque la casa, alcázar ó palacio de mi señora, y asaz seria de desdichado si no le hallase; y hallándole, hablaré con su merced, y le diré dónde y cómo queda vuesa merced esperando que le dé órden y traza para verla sin menoscabo de su honra y fama.

—Has dicho, Sancho, dijo Don Quijote, mil sentencias, encerradas en el círculo de breves palabras: el consejo que ahora me has dado, le agradezco y recibo de bonísima gana. Ven, hijo, y vamos á buscar donde me embosque; que tú volverás, como dices, á buscar, á ver y hablar á mi señora, de cuya discrecion y cortesía espero más que milagrosos favores.»

Rabiaba Sancho por sacar á su amo del pueblo, porque

no averiguase la mentira de la respuesta que de parte de Dulcinea le habia llevado á Sierra Morena; y así, dió priesa á la salida, que fué luego; y á dos millas del lugar hallaron una floresta ó bosque, donde Don Quijote se emboscó en tanto que Sancho volvia á la ciudad á hablar á Dulcinea, en cuya embajada le sucedieron cosas que piden nueva atencion y nuevo capítulo.

CAPITULO X.

Donde se cuenta la industria que Sancho tuvo para encantar á la señora Dulcinea, y de otros sucesos tan ridículos como verdaderos.

Cuenta la historia que así como Don Quijote se emboscó en la floresta, encinar ó selva, junto al gran Toboso, mandó á Sancho volver á la ciudad, y que no volviese á su presencia sin haber primero hablado de su parte á su señora, pidiéndola fuese servida de dejarse ver de su cautivo caballero, y se dignase de echarle su bendicion, para que pudiese esperar por ella felicísimos sucesos de todos sus acometimientos y dificultosas empresas. Encargóse Sancho de hacerlo así como se le mandaba, y de traerle tan buena respuesta como le trujo la vez primera.

«Anda, hijo, replicó Don Quijote, y no te turbes cuando te vieres ante la luz del sol de hermosura que vas á buscar. ¡Dichoso tú sobre todos los escuderos del mundo! Ten memoria, y no se te pase della cómo te recibe; si muda las colores, el tiempo que la estuvieres dando mi embajada; si se desasosiega y turba, oyendo mi nombre; si no cabe en la almohada, si acaso la hallas sentada en el estrado rico de su autoridad; y si está en pié, mírala si se pone ahora sobre el

uno, ahora sobre el otro pié; si te repite la respuesta que te diere, dos ó tres veces; si la muda de blanda en áspera, de aceda en amorosa; si levanta la mano al cabello para componerle, aunque no esté desordenado: finalmente, hijo, mira todas sus acciones y movimientos; porque si tú me los relatares como ellos fueren, sacaré yo lo que ella tiene escondido en lo secreto de su corazon acerca de lo que al fecho de mis amores toca; que has de saber, Sancho, si no lo sabes, que entre los amantes las acciones y movimientos exteriores que muestran, cuando de sus amores se trata, son certísimos correos, que traen las nuevas de lo que allá en lo interior del alma pasa. Vé, amigo, y guíete otra mejor ventura que la mia, y vuélvate otro mejor suceso del que yo quedo temiendo y esperando en esta amarga soledad en que me dejas.

—Yo iré y volveré presto, dijo Sancho; y ensanche vuesa merced, señor mio, ese corazoncillo; que le debe de tener agora no mayor que una avellana : y considere que se suele decir que buen corazon quebranta mala ventura, y que donde no hay tocinos no hay estacas; y tambien se dice: «donde no se piensa salta la liebre.» Dígolo porque si esta noche no hallamos los palacios ó alcázares de mi señora, agora, que es de dia, los pienso hallar cuando ménos lo piense; y hallados, déjenme á mí con ella.

—Por cierto, Sancho, dijo Don Quijote, que siempre traes tus refranes tan á pelo de lo que tratamos, cuanto me dé Dios mejor ventura en lo que deseo.»

Esto dicho, volvió Sancho las espaldas y vareó su Rucio, y Don Quijote se quedó á caballo, descansando sobre los estribos y sobre el arrimo de su lanza, lleno de tristes y con-

fusas imaginaciones, donde le dejaremos, yéndonos con Sancho Panza, que, no ménos confuso y pensativo se apartó de su señor, que él quedaba, y tanto, que apénas hubo salido del bosque, cuando volviendo la cabeza, y viendo que Don Quijote no parecia, se apeó del jumento, y sentándose al pié de un árbol, comenzó á hablar consigo mismo y á decirse: «Sepamos agora, Sancho hermano, á dónde va vuesa merced. ¿Va á buscar algun jumento que se le haya perdido? No por cierto. Pues ¿qué va á buscar? Voy á buscar, como quien no dice nada, á una princesa, y en ella, al sol de la hermosura y á todo el cielo junto. Y ¿adónde pensais hallar eso que decís, Sancho? ¿Adónde! En la gran ciudad del Toboso. Y bien, ¿y de parte de quién la vais á buscar? De parte del famoso caballero Don Quijote de la Mancha, que desface los tuertos, y da de comer al que ha sed, y de beber al que ha hambre. Todo eso está muy bien. Y ¿sabeis su casa, Sancho? Mi amo dice que han de ser unos reales palacios ó unos soberbios alcázares. Y ¿habeisla visto algun dia por ventura? Ni yo ni mi amo la habemos visto jamas. Y ¿paréceos que fuera acertado y bien hecho que, si los del Toboso supiesen que estais vos aquí con intencion de ir á sonsacarles sus princesas y á desasosegarles sus damas, viniesen y os moliesen las costillas á puros palos, y no os dejasen hueso sano? En verdad que tendrian mucha razon, cuando no considerasen que soy mandado, y que *mensajero sois, amigo; non mereceis culpa, non.* No os fieis en eso, Sancho; porque la gente manchega es tan colérica como honrada, y no consiente cosquillas de nadie. ¡Vive Dios, que si os huelen, que os mando mala ventura! ¡Oxte, puto! allá darás, rayo. No, sino ándeme yo buscando tres piés al gato por el gusto

ajeno: y más, que así será buscar á Dulcinea por el Toboso como á Marica por Ravena ó al Bachiller en Salamanca. El diablo, el diablo me ha metido á mí en esto, que otro no.»

Este soliloquio pasó consigo Sancho, y lo que sacó dél fué, que volvió á decirse: «Ahora bien, todas las cosas tienen remedio, si no es la muerte, debajo de cuyo yugo hemos de pasar todos, mal que nos pese, al acabar de la vida. Este mi amo, por mil señales, he visto que es un loco de atar, y áun tambien yo no le quedo en zaga, y áun soy más mentecato que él, pues le sigo y le sirvo, si es verdadero el refran que dice: «dime con quién andas, decirte he quien eres»; y el otro de: «no con quien naces, sino con quien paces.» Siendo, pues, loco, como lo es, y de locura que las más veces toma unas cosas por otras, y juzga lo blanco por negro, y lo negro por blanco, como se pareció cuando dijo que los molinos de viento eran gigantes, y las mulas de los religiosos, dromedarios, y las manadas de carneros, ejércitos de enemigos, y otras muchas cosas á este tono, no será muy difícil hacerle creer que una labradora, la primera que me topare por aquí, es la señora Dulcinea: y cuando él no lo crea, juraré yo; y si él jurare, tornaré yo á jurar; y si porfiare, porfiaré yo más, y de manera, que tengo de tener la mia siempre sobre el hito, venga lo que viniere: quizá con esta porfía acabaré con él que no me envie otra vez á semejantes mensajerías, viendo cuán mal recado le traigo dellas; ó quizá pensará, como yo imagino, que algun mal encantador, de éstos que él dice que le quieren mal, la habrá mudado la figura por hacerle mal y daño.»

Con esto que pensó Sancho Panza, quedó sosegado su espíritu y tuvo por bien acabado su negocio; y deteniéndose allí

hasta la tarde, por dar lugar á que Don Quijote pensase que le habia tenido para ir y volver del Toboso, sucedióle todo tan bien, que cuando se levantó para subir en el Rucio, vió que del Toboso, hácia donde él estaba, venian tres labradoras sobre tres pollinos, ó pollinas (que el autor no lo declara), aunque más se puede creer que eran borricas, por ser ordinaria caballería de las aldeanas; pero, como no va mucho en esto, no hay para qué detenernos en averiguarlo. En resolucion, así como Sancho vió á las labradoras, á paso tirado volvió á buscar á su señor Don Quijote, y hallóle suspirando y diciendo mil amorosas lamentaciones.

Como Don Quijote le vió, le dijo: « ¿Qué hay, Sancho amigo? ¿podré señalar este dia con piedra blanca ó con negra?

—Mejor será, respondió Sancho, que vuesa merced le señale con almagre, como rétulos de cátedras, porque le echen bien de ver los que le vieren.

—De ese modo, replicó Don Quijote, ¿buenas nuevas traes?

—Tan buenas, respondió Sancho, que no tiene más que hacer vuesa merced sino picar á Rocinante, y salir á lo raso á ver á la señora Dulcinea del Toboso, que, con otras dos doncellas suyas, viene á ver á vuesa merced.

—¡Santo Dios! ¿Qué es lo que dices, Sancho amigo! dijo Don Quijote. Mira no me engañes, ni quieras con falsas alegrías alegrar mis verdaderas tristezas.

—¿Qué sacaria yo de engañar á vuesa merced, respondió Sancho, y más estando tan cerca de descubrir mi verdad! Pique, señor, y venga, y verá venir á la Princesa, nuestra ama, vestida y adornada... en fin, como quien ella es. Sus doncellas y ella todas son una ascua de oro, todas mazorcas

de perlas, todas son diamantes, todas rubíes, todas telas de brocado de más de diez altos; los cabellos, sueltos por las espaldas, que son otros tantos rayos del sol, que andan jugando con el viento; y sobre todo, vienen á caballo sobre tres cananeas remendadas, que no hay más que ver.

—Hacaneas querrás decir, Sancho.

—Poca diferencia hay, respondió Sancho, de cananeas á hacaneas; pero, vengan sobre lo que vinieren, ellas vienen las más galanas señoras que se puedan desear, especialmente la princesa Dulcinea, mi señora, que pasma los sentidos.

—Vamos, Sancho, hijo, respondió Don Quijote; y en albricias destas tan no esperadas como buenas nuevas, te mando el mejor despojo que ganare en la primera aventura que tuviere; y si esto no te contenta, te mando las crias que este año me dieren las tres yeguas mias, que tú sabes que quedan para parir en el prado concejil de nuestro pueblo.

—A las crias me atengo, respondió Sancho; porque lo de ser buenos los despojos de la primera aventura no está muy cierto.»

Ya en esto salieron de la selva y descubrieron cerca á las tres aldeanas. Tendió Don Quijote los ojos por todo el camino del Toboso; y como no vió sino á las tres labradoras, turbóse todo, y preguntó á Sancho si las habia dejado fuera de la ciudad.

«¿Cómo fuera de la ciudad! respondió. ¿Por ventura, tiene vuesa merced los ojos en el colodrillo, que no ve que son éstas, las que aquí vienen, resplandecientes como el mismo sol á mediodía!

—Yo no veo, Sancho, dijo Don Quijote, sino á tres labradoras sobre tres borricos.

—Agora me libre Dios del diablo, respondió Sancho. Y ¿es posible que tres cananeas, ó como se llaman, blancas como el ampo de la nieve, le parezcan á vuesa merced borricos! ¡Vive el Señor, que me pele estas barbas, si tal fuese verdad!

—Pues yo te digo, Sancho amigo, dijo Don Quijote, que es tan verdad que son borricos ó borricas, como yo soy Don Quijote y tú Sancho Panza: á lo ménos, á mí tales me parecen.

—Calle, señor, dijo Sancho; no diga la tal palabra, sino despabile esos ojos, y venga á hacer reverencia á la señora de sus pensamientos, que ya llega cerca.» Y diciendo esto, se adelantó á recebir á las tres aldeanas; y apeándose del Rucio, tuvo del cabestro á la jumenta de una de las tres labradoras; y hincando ambas rodillas en el suelo, dijo: «Reina y princesa y duquesa de la hermosura, vuestra altivez y grandeza sea servida de recebir en su gracia y buen talante al cautivo caballero vuestro, que allí está hecho piedra mármol, todo turbado y sin pulsos, de verse ante vuesa magnífica presencia. Yo soy Sancho Panza, su escudero, y él es el asendereado caballero Don Quijote de la Mancha, llamado por otro nombre *el Caballero de la Triste Figura.*»

A esta sazon ya se habia puesto Don Quijote de hinojos junto á Sancho, y miraba con ojos desencajados y vista turbada á la que Sancho llamaba reina y señora; y como no descubria en ella sino una moza aldeana, y no de muy buen rostro, porque era cariredonda y chata, estaba suspenso y admirado, sin osar desplegar los labios.

Las labradoras estaban asimismo atónitas, viendo aquellos dos hombres tan diferentes, hincados de rodillas, que no dejaban pasar adelante á su compañera; pero rompiendo el

silencio la detenida, toda desgraciada y mohina, dijo: «Apártense, nora en tal, del camino, y déjenmos pasar; que vamos de priesa.»

A lo que respondió Sancho: «¡Oh princesa y señora universal del Toboso! ¿cómo vuestro magnánimo corazon no se enternece, viendo arrodillado ante vuestra sublimada presencia á la coluna y sustento de la andante caballería!»

Oyendo lo cual, otra de las dos dijo: «Mas jo, que te estrego, burra de mi suegro: mirad ¡con qué se vienen los señoritos ahora á hacer burla de las aldeanas, como si aquí no supiésemos echar pullas como ellos! Vayan su camino, é déjenmos hacer el nueso, y serles ha sano.

—Levántate, Sancho, dijo á este punto Don Quijote; que ya veo que la fortuna, de mi mal no harta, tiene tomados los caminos todos por donde pueda venir algun contento á esta ánima mezquina que tengo en las carnes. Y tú, ¡oh extremo del valor que puede desearse, término de la humana gentileza, único remedio deste afligido corazon que te adora, ya que un maligno encantador me persigue, y ha puesto nubes y cataratas en mis ojos, y para sólo ellos, y no para otros, ha mudado y transformado tu sin igual hermosura y rostro en el de una labradora pobre; si ya tambien el mio no le ha cambiado en el de algun vestiglo, para hacerle aborrecible á tus ojos, no dejes de mirarme blanda y amorosamente, echando de ver en esta sumision y arrodillamiento que á tu contrahecha hermosura hago, la humildad con que mi alma te adora.

—¡Tomá qué, mi agüelo! respondió la aldeana; ¡amiguita soy yo de oir resquebrajos! Apártense y déjenmos ir, y agradecérselo hemos.»

Apartóse Sancho, y dejóla ir, contentísimo de haber salido bien de su enredo. Apénas se vió libre la aldeana que habia hecho la figura de Dulcinea, cuando picando á su cananea con un aguijon que en un palo traia, dió á correr por el prado adelante; y como la borrica sentia la punta del aguijon, que le fatigaba más de lo ordinario, comenzó á dar corcovos, de manera que dió con la señora Dulcinea en tierra; lo cual visto por Don Quijote, acudió á levantarla, y Sancho á componer y cinchar el albarda, que tambien vino á la barriga de la pollina.

Acomodada, pues, la albarda, y queriendo Don Quijote levantar á su encantada señora en los brazos sobre la jumenta, la señora, levantándose del suelo, le quitó de aquel trabajo; porque, haciéndose algun tanto atras, tomó una corridica, y puestas ambas manos sobre las ancas de la pollina, dió con su cuerpo, más ligera que un halcon, sobre la albarda, y quedó á horcajadas como si fuera hombre; y entónces dijo Sancho: «¡Vive Roque, que es la señora nuestra ama más ligera que un alcotan, y que puede enseñar á subir á la jineta al más diestro cordobés ó mejicano! El arzon trasero de la silla pasó de un salto; y, sin espuelas, hace correr la cananea como una cebra; y no le van en zaga sus doncellas, que todas corren como el viento»: y así era la verdad, porque en viéndose á caballo Dulcinea, todas picaron tras ella y dispararon á correr, sin volver la cabeza atras por espacio de más de media legua.

Siguiólas Don Quijote con la vista, y cuando vió que no parecian, volviéndose á Sancho, le dijo: «Sancho, ¿qué te parece! ¡cuán mal quisto soy de encantadores! Y mira hasta dónde se extiende su malicia y la ojeriza que me tienen,

pues me han querido privar del contento que pudiera darme ver en su sér á mi señora. En efecto, yo nací para ejemplo de desdichados, y para ser blanco y terrero donde tomen la mira y asiesten las flechas de la mala fortuna. Y has tambien de advertir, Sancho, que no se contentaron estos traidores de haber vuelto y transformado á mi Dulcinea, sino que la transformaron y volvieron en una figura tan baja y tan fea como la de aquella aldeana; y juntamente le quitaron lo que es tan suyo de las principales señoras, que es el buen olor, por andar siempre entre ámbares y entre flores; porque te hago saber, Sancho, que cuando llegué á subir á Dulcinea sobre su hacanea (segun tú dices, que á mí me pareció borrica), me dió un olor de ajos crudos, que me encalabrinó y atosigó el alma.

—¡Oh canalla! gritó á esta sazon Sancho, ¡oh encantadores aciagos y mal intencionados! y ¿quién os viera á todos ensartados por las agallas, como sardinas en lercha! Mucho sabeis, mucho podeis, y mucho mal haceis. Bastaros debiera, bellacos, haber mudado las perlas de los ojos de mi señora en agallas alcornoqueñas, y sus cabellos de oro purísimo en cerdas de cola de buey bermejo, y finalmente, todas sus faciones de buenas en malas, sin que le tocárades en el olor; que por él siquiera sacáramos lo que estaba encubierto debajo de aquella fea corteza... aunque, para decir verdad, nunca yo vi su fealdad, sino su hermosura, á la cual subia de punto y quilates un lunar que tenia sobre el labio derecho, á manera de bigote, con siete ó ocho cabellos rubios como hebras de oro, y largos de más de un palmo.

—A ese lunar, dijo Don Quijote, segun la correspondencia que tienen entre sí los del rostro con los del cuerpo,

ha de tener otro Dulcinea en la tabla del muslo, que corresponde al lado donde tiene el del rostro... pero muy luengos para lunares son pelos de la grandeza que has significado.

—Pues yo sé decir á vuesa merced, respondió Sàncho, que le parecian allí como nacidos.

—Yo lo creo, amigo, replicó Don Quijote; porque ninguna cosa puso la naturaleza en Dulcinea, que no fuese perfecta y bien acabada; y así, si tuviera cien lunares como el que dices, en ella no fueran lunares, sino lunas y estrellas resplandecientes. Pero dime, Sancho: aquella, que á mí me pareció albarda, que tú aderezaste, ¿era silla rasa ó sillon?

—No era, respondió Sancho, sino silla á la jineta, con una cubierta de campo, que vale la mitad de un reino, segun es de rica.

—Y ¿que no viese yo todo eso, Sancho! dijo Don Quijote. Ahora torno á decir, y diré mil veces, que soy el más desdichado de los hombres.»

Harto tenia que hacer el socarron de Sancho en disimular la risa, oyendo las sandeces de su amo, tan delicadamente engañado. Finalmente, despues de otras muchas razones que entre los dos pasaron, volvieron á subir en sus bestias, y siguieron el camino de las aldeanas, dejando para otra ocasion el viaje de Zaragoza, adonde pensaban llegar á tiempo, que pudiesen hallarse (porque faltaba mucho) en unas solenes fiestas, que en aquella ciudad cada año suelen hacerse. Pero ántes que allá llegasen les sucedieron cosas que, por muchas, grandes y nuevas, merecen ser escritas y leidas, como se verá adelante.

CAPITULO XI.

De la extraña aventura que le sucedió al valeroso Don Quijote con el carro ó carreta de las Cortes de la Muerte.

Pensativo ademas iba Don Quijote por su camino adelante, considerando la mala burla que le habian hecho los encantadores, volviendo á su señora Dulcinea en la mala figura de la aldeana, y no imaginaba qué remedio tendria para volverla á su sér primero; y estos pensamientos le llevaban tan fuera de sí, que, sin sentirlo, soltó las riendas á Rocinante, el cual, sintiendo la libertad que se le daba, á cada paso se detenia á pacer la verde yerba de que aquellos campos abundaban.

De su embelesamiento le volvió Sancho Panza, diciéndole: «Señor, las tristezas no se hicieron para las bestias, sino para los hombres; pero si los hombres las sienten demasiado, se vuelven bestias. Vuesa merced se reporte y vuelva en sí, y coja las riendas á Rocinante, y avive y despierte, y muestre aquella gallardía que conviene que tengan los caballeros andantes. ¿Qué diablos es esto! ¿Qué descaecimiento es éste! ¿Estamos aquí ó en Francia? Mas que se lleve Satanas á cuantas Dulcineas hay en el mundo; pues vale más la salud de un solo caballero andante que todos los encantos y transformaciones de la tierra.

—Calla, Sancho, respondió Don Quijote con voz ronca y desmayada; calla, digo, y no digas blasfemias contra aquella encantada señora; que de su desgracia y desventura yo solo tengo la culpa: de la invidia que me tienen los malos ha nacido su mala andanza.

—Así lo digo yo, respondió Sancho. Quien la vido y la ve ahora, ¿cuál es el corazon que no llora?

—Eso puedes tú decir bien, Sancho, replicó Don Quijote, pues la viste en la entereza cabal de su hermosura; que el encanto no se extendió á turbarte la vista, ni á encubrirte su belleza; contra mí solo y contra mis ojos se endereza la fuerza de su veneno. Mas con todo esto, he caido, Sancho, en una cosa, y es, que me pintaste mal su hermosura; porque, si mal no me acuerdo, dijiste que tenia los ojos de perlas; y los ojos que parecen de perlas, ántes son de besugo que de dama; y, á lo que yo creo, los de Dulcinea deben ser de verdes esmeraldas, rasgados, con dos celestiales arcos que les sirven de cejas: y esas perlas quítalas de los ojos y pásalas á los dientes; que sin duda te trocaste, Sancho, tomando los ojos por los dientes.

—Todo puede ser, respondió Sancho; porque tambien me turbó á mí su hermosura, como á vuesa merced su fealdad; pero encomendémoslo todo á Dios; que él es el sabidor de las cosas que han de suceder en este valle de lágrimas, en este mal mundo que tenemos, donde apénas se halla cosa que esté sin mezcla de maldad, embuste y bellaquería. De una cosa me pesa, señor mio, más que de otra, que es pensar qué medio se ha de tener cuando vuesa merced venza algun gigante ú otro caballero, y le mande que se vaya á presentar ante la hermosura de la señora Dulcinea: ¿adónde la ha de hallar este pobre gigante, ó este pobre y mísero caballero vencido? Paréceme que los veo andar por el Toboso, hechos unos bausanes, buscando á mi señora Dulcinea; y aunque la encuentren en mitad de la calle, no la conocerán más que á mi padre.

—Quizá, Sancho, respondió Don Quijote, no se extenderá el encantamento á quitar el conocimiento de Dulcinea á los vencidos y presentados gigantes y caballeros; y en uno ó dos de los primeros que yo venza y le envie, haremos la experiencia si la ven ó no, mandándoles que vuelvan á darme relacion de lo que acerca desto les hubiere sucedido.

—Digo, señor, replicó Sancho, que me ha parecido bien lo que vuesa merced me ha dicho, y que con ese arbitrio vendremos en conocimiento de lo que deseamos; y si es que ella á sólo vuesa merced se encubre, la desgracia más será de vuesa merced que suya; pero, como la señora Dulcinea tenga salud y contento, nosotros por acá nos avendremos y lo pasaremos lo mejor que pudiéremos, buscando nuestras aventuras, y dejando al tiempo que haga de las suyas; que él es el mejor médico destas y de otras mayores enfermedades.»

Responder queria Don Quijote á Sancho Panza; pero estorbóselo una carreta, que salió al traves del camino, cargada de los más diversos y extraños personajes y figuras que pudieran imaginarse. El que guiaba las mulas y servia de carretero, era un feo demonio. Venia la carreta descubierta, á cielo abierto, sin toldo ni zarzo. La primera figura que se ofreció á los ojos de Don Quijote fué la de la misma Muerte, con rostro humano; junto á ella venia un ángel con unas grandes y pintadas alas; al un lado estaba un emperador, con una corona, al parecer de oro, en la cabeza; á los piés de la Muerte estaba el dios que llaman Cupido, sin venda en los ojos, pero con su arco, carcaj y saetas; venia tambien un caballero, armado de punta en blanco, excepto que no traia morrion ni celada, sino un sombrero, lleno de

plumas de diversas colores: con éstas venian otras personas de diferentes trajes y rostros. Todo lo cual, visto de improviso, en alguna manera alborotó á Don Quijote, y puso miedo en el corazon de Sancho; mas luego se alegró Don Quijote, creyendo que se le ofrecia alguna nueva y peligrosa aventura; y con este pensamiento y con ánimo dispuesto de acometer cualquier peligro, se puso delante de la carreta, y con voz alta y amenazadora dijo: « Carretero, cochero, ó diablo, ó lo que eres, no tardes en decirme quién eres, á dó vas, y quién es la gente que llevas en tu carricoche, que más parece la barca de Caron, que carreta de las que se usan.»

A lo cual, mansamente, deteniendo el diablo la carreta, respondió: «Señor, nosotros somos recitantes de la compañía de Angulo el Malo: hemos hecho en un lugar, que está detras de aquella loma, esta mañana, que es la octava del Córpus, el auto de *Las Cortes de la Muerte*, y hémosle de hacer esta tarde en aquel lugar que desde aquí se parece; y por estar tan cerca, y excusar el trabajo de desnudarnos y volvernos á vestir, nos vamos vestidos con los mesmos vestidos que representamos. Aquel mancebo va de Muerte; el otro, de ángel; aquella mujer, que es la del autor, va de reina; el otro, de soldado; aquél, de emperador; y yo, de demonio, y soy una de las principales figuras del auto, porque hago en esta compañía los primeros papeles. Si otra cosa vuesa merced desea saber de nosotros, pregúntemelo; que yo le sabré responder con toda puntualidad; que, como soy demonio, todo se me alcanza.

—Por la fe de caballero andante, respondió Don Quijote, que así como vi este carro, imaginé que alguna grande

aventura se me ofrecia; y ahora digo que es menester tocar las apariencias con la mano para dar lugar al desengaño. Andad con Dios, buena gente, y haced vuestra fiesta, y mirad si mandais algo en que pueda seros de provecho; que lo haré con buen ánimo y buen talante, porque desde muchacho fuí aficionado á la carátula, y en mi mocedad se me iban los ojos tras la farándula.»

Estando en estas pláticas, quiso la suerte que llegase uno de la compañía, que venia vestido de bojiganga con muchos cascabeles, y en la punta de un palo traia tres vejigas de vaca hinchadas, el cual moharracho, llegándose á Don Quijote, comenzó á esgrimir el palo y á sacudir el suelo con las vejigas, y á dar grandes saltos sonando los cascabeles, cuya mala y diabólica vision así alborotó á Rocinante, que sin ser poderoso á detenerle Don Quijote, tomando el freno entre los dientes, dió á correr por el campo con más ligereza que jamas prometieron los huesos de su notomía. Sancho, que consideró el peligro en que iba su amo, de ser derribado, saltó del Rucio, y á toda priesa fué á valerle; pero cuando á él llegó, ya estaba en tierra, y junto á él Rocinante, que con su amo vino al suelo: ordinario fin y paradero de las lozanías de Rocinante y de sus atrevimientos. Mas apénas hubo dejado su caballería Sancho por acudir á Don Quijote, cuando el demonio bailador de las vejigas saltó sobre el Rucio, y sacudiéndole con ellas, el miedo y ruido, más que el dolor de los golpes, le hizo volar por la campaña hácia el lugar donde iban á hacer la fiesta. Miraba Sancho la carrera de su Rucio y la caida de su amo, y no sabia á cuál de las dos necesidades acudiria primero; pero, en efecto, como buen escudero y como buen criado, pudo más con él el

amor de su señor que el cariño de su jumento; puesto que cada vez que veia levantar las vejigas en el aire y caer sobre las ancas de su Rucio, eran para él tártagos y sustos de muerte, y ántes quisiera que aquellos golpes se los dieran á él en las niñas de los ojos, que en el más mínimo pelo de la cola de su asno.

Con esta perpleja tribulacion llegó donde estaba Don Quijote, harto más maltrecho de lo que él quisiera; y ayudándole á subir sobre Rocinante, le dijo : «Señor, el Diablo se ha llevado al Rucio.

—¿Qué diablo? preguntó Don Quijote.

—El de las vejigas, respondió Sancho.

—Pues yo le cobraré, replicó Don Quijote, si bien se encerrase con él en los más hondos y escuros calabozos del infierno. Sígueme, Sancho; que la carreta va despacio, y con las mulas della satisfaré la pérdida del Rucio.

—No hay para qué hacer esa diligencia, señor, respondió Sancho : vuesa merced temple su cólera; que, segun me parece, ya el Diablo ha dejado el Rucio, y vuelve á la querencia.»

Y así era la verdad, porque habiendo caido el Diablo con el Rucio, por imitar á Don Quijote y á Rocinante, el Diablo se fué á pié al pueblo, y el jumento se volvió á su amo.

«Con todo eso, dijo Don Quijote, será bien castigar el descomedimiento de aquel demonio en alguno de los de la carreta, aunque sea el mesmo Emperador.

—Quítesele á vuesa merced eso de la imaginacion, replicó Sancho, y tome mi consejo, que es que nunca se tome con farsantes, que es gente favorecida : recitante he visto yo estar preso por dos muertes, y salir libre y sin costas. Sepa

vuesa merced que como son gentes alegres y de placer, todos los favorecen, todos los amparan, ayudan y estiman, y más siendo de aquellos de las compañías reales y de título, que todos ó los más en sus trajes y compostura parecen unos príncipes.

—Pues con todo, respondió Don Quijote, no se me ha de ir el demonio farsante alabando, aunque le favorezca todo el género humano»: y diciendo esto, volvió á la carreta, que ya estaba bien cerca del pueblo. Iba dando voces diciendo: «Deteneos, esperad, turba alegre y regocijada; que os quiero dar á entender cómo se han de tratar los jumentos y alimañas que sirven de caballería á los escuderos de los caballeros andantes.»

Tan altos eran los gritos de Don Quijote, que los oyeron y entendieron los de la carreta; y juzgando por las palabras la intencion del que las decia, en un instante saltó la Muerte de la carreta, y tras ella el Emperador, el diablo carretero y el Angel, sin quedarse la Reina ni el dios Cupido; y todos se cargaron de piedras y se pusieron en ala, esperando recebir á Don Quijote en las puntas de sus guijarros. Don Quijote, que los vió, puestos en tan gallardo escuadron, los brazos levantados con ademan de despedir poderosamente las piedras, detuvo las riendas á Rocinante, y púsose á pensar de qué modo los acometeria con ménos peligro de su persona.

En esto que se detuvo, llegó Sancho; y viéndole en talle de acometer al bien formado escuadron, le dijo: «Asaz de locura seria intentar tal empresa: considere vuesa merced, señor mio, que para sopa de arroyo y tente bonete no hay arma defensiva en el mundo, si no es embutirse y encerrarse

en una campana de bronce; y tambien se ha de considerar que es más temeridad que valentía acometer un hombre solo á un ejército donde está la Muerte y pelean en persona emperadores, y á quien ayudan los buenos y los malos ángeles: y si esta consideracion no le mueve á estarse quedo, muévale saber de cierto que entre todos los que allí están, aunque parecen reyes, príncipes ó emperadores, no hay ningun caballero andante.

—Ahora sí, dijo Don Quijote, has dado, Sancho, en el punto que puede y debe mudarme de mi ya determinado intento. Yo no puedo ni debo sacar la espada, como otras veces muchas te he dicho, contra quien no fuere armado caballero: á tí, Sancho, toca, si quieres tomar la venganza del agravio que á tu Rucio se le ha hecho; que yo desde aquí te ayudaré con voces y advertimientos saludables.

—No hay para qué, señor, respondió Sancho, tomar venganza de nadie, pues no es de buenos cristianos tomarla de los agravios: cuanto más, que yo acabaré con mi asno que ponga su ofensa en las manos de mi voluntad, la cual es de vivir pacíficamente los dias que los cielos me dieren de vida.

—Pues esa es tu determinacion, replicó Don Quijote, Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho cristiano y Sancho sin pero, dejemos estas fantasmas y volvamos á buscar mejores y más calificadas aventuras; que yo veo esta tierra de talle, que no han de faltar en ella muchas y muy peligrosas.»

Volvió las riendas luego; Sancho fué á tomar su Rucio; la Muerte y todo su escuadron volante volvieron á su carreta y prosiguieron su viaje, y este felice fin tuvo la temerosa aventura de la carreta de la Muerte: gracias sean dadas al

saludable consejo que Sancho Panza dió á su amo, al cual el dia siguiente le sucedió otra, con un enamorado y andante caballero, de no ménos suspension que la pasada.

CAPITULO XII.

De la extraña aventura que le sucedió al valeroso Don Quijote con el bravo Caballero de los Espejos.

La noche que siguió al dia del rencuentro de la Muerte, la pasaron Don Quijote y su escudero debajo de unos altos y sombrosos árboles, habiendo, á persuasion de Sancho, comido Don Quijote de lo que venia en el repuesto del Rucio; y entre la cena dijo Sancho á su señor: «Señor, ¡qué tonto hubiera andado yo, si hubiera escogido en albricias los despojos de la primera aventura que vuesa merced acabara, ántes que las crias de las tres yeguas! En efecto, en efecto, más vale pájaro en mano que buitre volando.

—Todavía, respondió Don Quijote, si tú, Sancho, me dejaras acometer como yo queria, te hubieran cabido en despojos, por lo ménos, la corona de oro del Emperador y las pintadas alas de Cupido; que yo se las quitara al redropelo, y te las pusiera en las manos.

—Nunca los cetros y coronas de los emperadores farsantes, respondió Sancho Panza, fueron de oro puro, sino de oropel ú hoja de lata.

—Así es verdad, replicó Don Quijote; porque no fuera acertado que los atavíos de la comedia fueran finos, sino fingidos y aparentes, como lo es la mesma comedia, con la cual quiero, Sancho, que estés bien, teniéndola en tu gracia, y, por el mismo consiguiente, á los que las representan y á

los que las componen, porque todos son instrumentos de hacer un gran bien á la república, poniéndonos un espejo á cada paso delante, donde se ven al vivo las acciones de la vida humana; y ninguna comparacion hay que más al vivo nos represente lo que somos y lo que habemos de ser, como la comedia y los comediantes. Si no, dime: ¿no has visto tú representar alguna comedia adonde se introducen reyes, emperadores y pontífices, caballeros, damas y otros diversos personajes? Uno hace el rufian, otro el embustero, éste el mercader, aquél el soldado, otro el simple discreto, otro el enamorado simple; y acabada la comedia, y desnudándose los vestidos della, quedan todos los recitantes iguales.

—Sí he visto, respondió Sancho.

—Pues lo mesmo, dijo Don Quijote, acontece en la comedia y trato deste mundo, donde unos hacen los emperadores, otros los pontífices, y finalmente, todas cuantas figuras se pueden introducir en una comedia; pero en llegando al fin, que es cuando se acaba la vida, á todos les quita la muerte las ropas que los diferenciaban, y quedan iguales en la sepultura.

—¡Brava comparacion! dijo Sancho; aunque no tan nueva, que yo no la haya oido muchas y diversas veces, como aquella del juego del ajedrez: que miéntras dura el juego, cada pieza tiene su particular oficio, y en acabándose el juego, todas se mezclan, juntan y barajan, y dan con ellas en una bolsa, que es como dar con la vida en la sepultura.

—Cada dia, Sancho, dijo Don Quijote, te vas haciendo ménos simple y más discreto.

—Sí; que algo se me ha de pegar de la discrecion de vuesa merced, respondió Sancho; que las tierras que de suyo

son estériles y secas, estercolándolas y cultivándolas, vienen á dar buenos frutos: quiero decir, que la conversacion de vuesa merced ha sido el estiércol que sobre la estéril tierra de mi seco ingenio ha caido, la cultivacion el tiempo que há que le sirvo y comunico; y con esto, espero dar frutos de mí que sean de bendicion, tales, que no desdigan ni se deslicen de los senderos de la buena crianza que vuesa merced ha hecho en el agostado entendimiento mio.»

Rióse Don Quijote de las afectadas razones de Sancho, y parecióle ser verdad lo que decia de su enmienda, porque de cuando en cuando hablaba de manera, que le admiraba; puesto que todas ó las más veces que Sancho queria hablar de oposicion y á lo cortesano, acababa su razon con despeñarse del monte de su simplicidad al profundo de su ignorancia; y en lo que él se mostraba más elegante y memorioso era en traer refranes, viniesen ó no viniesen á pelo de lo que trataba, como se habrá visto y se habrá notado en el discurso desta historia.

En estas y en otras pláticas se les pasó gran parte de la noche, y á Sancho le vino en voluntad de dejar caer las compuertas de los ojos, como él decia cuando queria dormir; y desaliñando al Rucio, le dió pasto abundoso y libre. No quitó la silla á Rocinante, por ser expreso mandamiento de su señor, que en el tiempo que anduviesen en campaña, ó no durmiesen debajo de techado, no desaliñase á Rocinante. Antigua usanza, establecida y guardada de los andantes caballeros, quitar el freno y colgarle del arzon de la silla; pero ¿quitar la silla al caballo! ¡guarda! Y así lo hizo Sancho, y le dió la misma libertad que al Rucio, cuya amistad dél y de Rocinante fué tan única y tan trabada, que hay

fama, por tradicion de padres á hijos, que el autor desta verdadera historia hizo particulares capítulos della; mas que, por guardar la decencia y decoro que á tan heroica historia se debe, no los puso en ella; puesto que algunas veces se descuida deste su prosupuesto, y escribe que así como las dos bestias se juntaban, acudian á rascarse el uno al otro, y que despues de cansados y satisfechos, cruzaba Rocinante el pescuezo sobre el cuello del Rucio, que le sobraba de la otra parte más de media vara; y mirando los dos atentamente al suelo, se solian estar de aquella manera tres dias, ó á lo ménos todo el tiempo que los dejaban, ó no les compelia la hambre á buscar sustento.

Digo que dicen que dejó el autor escrito que los habia comparado en la amistad á la que tuvieron Niso y Euríalo, y Pílades y Oréstes; y si esto es así, se podrá echar de ver, para universal admiracion, cuán firme debió ser la amistad destos dos pacíficos animales, para confusion de los hombres, que tan mal saben guardarse amistad los unos á los otros. Por esto se dijo:

No hay amigo para amigo;
Las cañas se vuelven lanzas;

y el otro cantó:

De amigo á amigo la chinche, etc.

Y no le parezca á alguno que anduvo el autor algo fuera de camino en haber comparado la amistad destos animales á la de los hombres; que de las bestias han recebido muchos advertimientos los hombres y aprendido muchas cosas de importancia, como son, de las cigüeñas el cristel, de los perros

el vómito y el agradecimiento, de las grullas la vigilancia, de las hormigas la providencia, de los elefantes la honestidad, y la lealtad del caballo.

Finalmente, Sancho se quedó dormido al pié de un alcornoque, y Don Quijote dormitando al de una robusta encina; pero poco espacio de tiempo habia pasado, cuando le despertó un ruido que sintió á sus espaldas; y levantándose con sobresalto, se puso á mirar y á escuchar de dónde el ruido procedia, y vió que eran dos hombres á caballo, y que el uno, dejándose derribar de la silla, dijo al otro : « Apéate, amigo, y quita los frenos á los caballos; que, á mi parecer, este sitio abunda de yerba para ellos, y del silencio y soledad que han menester mis amorosos pensamientos. »

El decir esto y el tenderse en el suelo todo fué á un mismo tiempo, y al arrojarse, hicieron ruido las armas de que venia armado, manifiesta señal por donde conoció Don Quijote que debia de ser caballero andante; y llegándose á Sancho, que dormia, le trabó del brazo, y con no pequeño trabajo le volvió en su acuerdo, y con voz baja le dijo: «Hermano Sancho, aventura tenemos.

—Dios nos la dé buena, respondió Sancho. Y ¿adónde está, señor mio, su merced de esa señora aventura?

—¿Adónde, Sancho? replicó Don Quijote : vuelve los ojos y mira, y verás allí tendido un andante caballero, que, á lo que á mí se me trasluce, no debe de estar demasiadamente alegre, porque le vi arrojar del caballo y tenderse en el suelo con algunas muestras de despecho; y al caer, le crujieron las armas.

—Pues ¿en qué halla vuesa merced, dijo Sancho, que ésta sea aventura?

—No quiero yo decir, respondió Don Quijote, que ésta sea aventura del todo, sino principio della; que por aquí se comienzan las aventuras. Pero escucha; que, á lo que parece, templando está un laud ó vihuela, y segun escupe y se desembaraza el pecho, debe de prepararse para cantar algo.

—A buena fe que es así, respondió Sancho, y que debe de ser caballero enamorado.

—No hay ninguno de los andantes que no lo sea, dijo Don Quijote: y escuchémosle; que por el hilo sacaremos el ovillo de sus pensamientos, si es que canta; que de la abundancia del corazon habla la lengua.»

Replicar queria Sancho á su amo; pero la voz del Caballero del Bosque, que no era muy mala ni muy buena, lo estorbó; y estando los dos atentos, oyeron que lo que cantó fué este

Soneto.

Dadme, señora, un término que siga,
Conforme á vuestra voluntad cortado,
Que será de la mia así estimado,
Que por jamas un punto dél desdiga.
Si gustais que callando mi fatiga
Muera, contadme ya por acabado;
Si quereis que os la cuente en desusado
Modo, haré que el mesmo amor la diga.
A prueba de contrarios estoy hecho,
De blanda cera y de diamante duro,
Y á las leyes de amor el alma ajusto.
Blando cual es, ó fuerte, ofrezco el pecho:
Entallad ó imprimid lo que os dé gusto;
Que de guardarlo eternamente juro.

Con un *ay*, arrancado al parecer de lo íntimo de su corazon, dió fin á su canto el Caballero del Bosque, y de allí

á un poco, con voz doliente y lastimada dijo: «¡Oh la más hermosa y la más ingrata mujer del orbe! ¿Cómo! ¡que será posible, serenísima Casildea de Vandalia, que has de consentir que se consuma y acabe en contínuas peregrinaciones y en ásperos y duros trabajos éste tu cautivo caballero! ¿No basta ya que he hecho que te confiesen por la más hermosa del mundo todos los caballeros de Navarra, todos los leoneses, todos los tartesios, todos los castellanos, y finalmente, todos los caballeros de la Mancha?

—Eso no, dijo á esta sazon Don Quijote; que yo soy de la Mancha, y nunca tal he confesado, ni podia ni debia confesar una cosa tan perjudicial á la belleza de mi señora; y este tal caballero, ya ves tú, Sancho, que desvaría. Pero escuchemos; quizá se declarará más.

—Sí hará, replicó Sancho; que término lleva de quejarse un mes arreo.»

Pero no fué así, porque habiendo entreoido el Caballero del Bosque que hablaban cerca dél, sin pasar adelante en su lamentacion, se puso en pié, y dijo con voz sonora y comedida: «¿Quién va allá? ¿qué gente? ¿es por ventura del número de los contentos ó de los afligidos?

—De los afligidos, respondió Don Quijote.

—Pues lléguese á mí, respondió el del Bosque, y hará cuenta que se llega á la mesma tristeza y á la afliccion mesma.»

Don Quijote, que se vió responder tan tierna y comedidamente, se llegó á él, y Sancho ni más ni ménos.

El caballero lamentador asió á Don Quijote del brazo, diciendo: «Sentaos aquí, señor caballero; que para entender que lo sois, y de los que profesan la andante caballería, bás-

tame el haberos hallado en este lugar, donde la soledad y el sereno os hacen compañía, naturales lechos y propias estancias de los caballeros andantes. »

A lo que respondió Don Quijote : « Caballero soy de la profesion que decís; y aunque en mi alma tienen su propio asiento las tristezas, las desgracias y las desventuras, no por eso se ha ahuyentado della la compasion que tengo de las ajenas desdichas. De lo que cantastes poco há colegí que las vuestras son enamoradas, quiero decir, del amor que teneis á aquella hermosa ingrata, que en vuestras lamentaciones nombrastes. »

Ya, cuando esto pasaba, estaban sentados juntos sobre la dura tierra en buena paz y compañía, como si al romper del dia no se hubieran de romper las cabezas.

« ¿Por ventura, señor caballero, preguntó el del Bosque á Don Quijote, sois enamorado?

—Por desventura lo soy, respondió Don Quijote; aunque los daños que nacen de los bien colocados pensamientos, ántes se deben tener por glorias que por desdichas.

—Así es la verdad, replicó el del Bosque, si no nos turbasen la razon y el entendimiento los desdenes, que, siendo muchos, parecen sinrazones.

—Nunca fuí desdeñado de mi señora, respondió Don Quijote.

—No por cierto, dijo Sancho, que allí junto estaba, porque es mi señora como una borrega mansa : es más blanda que una manteca.

—¿Es vuestro escudero éste? preguntó el del Bosque.

—Sí es, respondió Don Quijote.

—Nunca he visto yo escudero, replicó el del Bosque,

que se atreva á hablar donde habla su señor; á lo ménos, ahí está ese mio, que es tan grande como su padre, y no se probará que haya desplegado el labio donde yo hablo.

—Pues á fe, dijo Sancho, que he hablado yo, y puedo hablar delante de otro tan... y áun... Quédese aquí ; que es peor meneallo. »

El escudero del Bosque asió por el brazo á Sancho, diciéndole : « Vámonos los dos donde podamos hablar escuderilmente todo cuanto quisiéremos, y dejemos á estos señores, amos nuestros, que se den de las astas, contándose las historias de sus amores; que á buen seguro que les ha de coger el dia en ellas, y no las han de haber acabado.

—Sea en buena hora, dijo Sancho; y yo le diré á vuesa merced quién soy, para que vea si puedo entrar en docena con los más hablantes escuderos. »

Con esto se apartaron los dos escuderos, entre los cuales pasó un tan gracioso coloquio, como fué grave el que pasó entre sus señores.

CAPITULO XIII.

Donde se prosigue la aventura del Caballero del Bosque, con el discreto, nuevo y suave coloquio que pasó entre los dos escuderos.

Divididos estaban caballeros y escuderos, éstos contándose sus vidas, y aquellos sus amores; pero la historia cuenta primero el razonamiento de los mozos, y luego prosigue el de los amos; y así, dice que apartándose un poco dellos, el del Bosque dijo á Sancho : « Trabajosa vida es la que pasamos y vivimos, señor mio, los que somos escuderos de caballeros andantes : en verdad que comemos el pan en el su-

dor de nuestros rostros, que es una de las maldiciones que echó Dios á nuestros primeros padres.

—Tambien se puede decir, añadió Sancho, que lo comemos en el hielo de nuestros cuerpos; porque, ¿quién más calor y más frio que los miserables escuderos de la andante caballería? Y áun ménos mal, si comiéramos, pues los duelos con pan son ménos; pero tal vez hay que se nos pasa un dia y dos sin desayunarnos, si no es del viento que sopla.

—Todo eso se puede llevar y conllevar, dijo el del Bosque, con la esperanza que tenemos del premio; porque si demasiadamente no es desgraciado el caballero andante, á quien un escudero sirve, por lo ménos á pocos lances, se verá premiado con un hermoso gobierno de cualque ínsula ó con un condado de buen parecer.

—Yo, replicó Sancho, ya he dicho á mi amo que me contento con el gobierno de alguna ínsula, y él es tan noble y tan liberal, que me le ha prometido muchas y diversas veces.

—Yo, dijo el del Bosque, con un canonicato quedaré satisfecho de mis servicios, y ya me le tiene mandado mi amo, y ¡qué tal!

—Debe de ser, dijo Sancho, su amo de vuesa merced caballero á lo eclesiástico, y podrá hacer esas mercedes á su buen escudero; pero el mio es meramente lego... aunque yo me acuerdo cuándo le querian aconsejar personas discretas, aunque á mi parecer mal intencionadas, que procurase ser arzobispo; pero él no quiso sino ser emperador; y yo estaba entónces temblando si le venia en voluntad de ser de la Iglesia, por no hallarme suficiente de tener beneficios por ella; porque le hago saber á vuesa merced que aunque parezco hombre, soy una bestia para ser de la Iglesia.

—Pues en verdad que lo yerra vuesa merced, dijo el del Bosque, á causa que los gobiernos insulanos no son todos de buena data: algunos hay torcidos, algunos pobres, algunos malencónicos, y finalmente, el más erguido y bien dispuesto trae consigo una pesada carga de pensamientos y de incomodidades, que pone sobre sus hombros el desdichado que le cupo en suerte. Harto mejor seria que los que profesamos esta maldita servidumbre nos retirásemos á nuestras casas, y allí nos entretuviésemos en ejercicios más suaves, como si dijésemos cazando ó pescando; que ¿qué escudero hay tan pobre en el mundo, á quien le falte un rocin y un par de galgos y una caña de pescar, con que entretenerse en su aldea?

—A mí no me falta nada deso, respondió Sancho: verdad es que no tengo rocin; pero tengo un asno, que vale dos veces más que el caballo de mi amo. ¡Mala pascua me dé Dios, y sea la primera que viniere, si le trocara por él, aunque me diesen cuatro fanegas de cebada encima! A burla tendrá vuesa merced el valor de mi Rucio; que rucio es el color de mi jumento. Pues galgos no me habian de faltar, habiéndolos sobrados en mi pueblo: y más, que entónces es la caza más gustosa, cuando se hace á costa ajena.

—Real y verdaderamente, respondió el del Bosque, señor escudero, que tengo propuesto y determinado de dejar estas borracherías destos caballeros, y retirarme á mi aldea y criar mis hijitos; que tengo tres como tres orientales perlas.

—Dos tengo yo, dijo Sancho, que se pueden presentar al Papa en persona, especialmente una muchacha, á quien crio para condesa, si Dios fuere servido, aunque á pesar de su madre.

—Y ¿qué edad tiene esa señora que se cria para condesa? preguntó el del Bosque.

—Quince años, dos más á ménos, respondió Sancho; pero es tan grande como una lanza y tan fresca como una mañana de Abril, y tiene una fuerza de un ganapan.

—Partes son esas, respondió el del Bosque, no sólo para ser condesa, sino para ser ninfa del verde bosque. ¡Oh hideputa, puta, y qué rejo debe de tener la bellaca!»

A lo que respondió Sancho, algo mohino: «Ni ella es puta, ni lo fué su madre, ni lo será ninguna de las dos, Dios queriendo, miéntras yo viviere: y háblese más comedidamente; que para haberse criado vuesa merced entre caballeros andantes, que son la mesma cortesía, no me parecen muy concertadas esas palabras.

—¡Oh qué mal se le entiende á vuesa merced, replicó el del Bosque, de achaque de alabanzas, señor escudero! ¡Cómo! y ¿no sabe que cuando algun caballero da una buena lanzada al toro en la plaza, ó cuando alguna persona hace alguna cosa bien hecha, suele decir el vulgo: «¡Oh hideputa, puto, y qué bien que lo ha hecho!» Y aquello que parece vituperio, en aquel término es alabanza notable; y renegad vos, señor, de los hijos ó hijas que no hacen obras que merezcan se les den á sus padres loores semejantes.

—Sí reniego, respondió Sancho; y dese modo y por esa misma razon podia echar vuesa merced á mí y á mis hijos y á mi mujer toda una putería encima, porque todo cuanto hacen y dicen son extremos dignos de semejantes alabanzas; y para volverlos á ver, ruego yo á Dios me saque de pecado mortal, que lo mesmo será si me saca deste peligroso oficio de escudero, en el cual he incurrido segunda vez, cebado y

engañado de una bolsa con cien escudos que me hallé un dia en el corazon de Sierra Morena; y el diablo me pone ante los ojos aquí, allí, acá no, sino acullá, un talego lleno de doblones, que me parece que á cada paso le toco con la mano, y me abrazo con él, y lo llevo á mi casa, y echo censos, y fundo rentas, y vivo como un príncipe: y el rato que en esto pienso, se me hacen fáciles y llevaderos cuantos trabajos padezco con este mentecato de mi amo, de quien sé que tiene más de loco que de caballero.

—Por eso, respondió el del Bosque, dicen que la codicia rompe el saco: y si va á tratar de locos, no hay otro mayor en el mundo que mi amo; porque es de aquellos por quien dicen: «cuidados ajenos matan al asno»; pues porque cobre otro caballero el juicio que ha perdido, se hace él loco, y anda buscando lo que no sé si, despues de hallado, le ha de salir á los hocicos.

—Y ¿es enamorado por dicha?

—Sí, dijo el del Bosque; de una tal Casildea de Vandalia, la más cruda y la más asada señora que en todo el orbe puede hallarse; pero no cojea sólo del pié de la crudeza; que otros mayores embustes le bullen en las entrañas, y ello dirá ántes de muchas horas.

—No hay camino tan llano, replicó Sancho, que no tenga algun tropezon ó barranco; en otras casas cuecen habas, y en la mia á calderadas. Más acompañados y paniaguados debe de tener la locura que la discrecion; mas si es verdad lo que comunmente se dice, que el tener compañeros en los trabajos suele servir de alivio en ellos, con vuesa merced podré consolarme, pues sirve á otro amo tan tonto como el mio.

—Tonto, pero valiente, respondió el del Bosque, y más bellaco que tonto y que valiente.

—Eso no es el mio, respondió Sancho: digo que no tiene nada de bellaco; ántes tiene una alma como un cántaro: no sabe hacer mal á nadie, sino bien á todos, ni tiene malicia alguna: un niño le hará entender que es de noche en la mitad del dia; y por esta sencillez le quiero como á las telas de mi corazon, y no me amaño á dejarle, por más disparates que haga.

—Con todo eso, hermano y señor, dijo el del Bosque, si el ciego guia al ciego, ambos van á peligro de caer en el hoyo. Mejor es retirarnos con buen compas de piés, y volvernos á nuestras querencias; que los que buscan aventuras no siempre las hallan buenas.»

Escupia Sancho á menudo, al parecer, un cierto género de saliva pegajosa y algo seca, lo cual visto y notado por el caritativo bosqueril escudero, dijo: «Paréceme que, de lo que hemos hablado, se nos pegan al paladar las lenguas; pero yo traigo un despegador pendiente del arzon de mi caballo, que es tal como bueno.»

Y levantándose, volvió desde allí á un poco con una gran bota de vino y una empanada de media vara, y no es encarecimiento, porque era de un conejo albar tan grande, que Sancho, al tocarla, entendió ser de algun cabron, no que de cabrito; lo cual visto por Sancho, dijo: «Y ¿esto trae vuesa merced consigo, señor!

—Pues ¿qué se pensaba? respondió el otro. ¿Soy yo por ventura algun escudero de agua y lana? Mejor repuesto traigo yo en las ancas de mi caballo, que lleva consigo, cuando va de camino, un general.»

Comió Sancho sin hacerse de rogar, y tragaba á escuras bocados de nudos de suelta, y dijo: «Vuesa merced sí que es escudero fiel y legal, moliente y corriente, magnífico y grande, como lo muestra este banquete, que si no ha venido aquí por arte de encantamento, parécelo á lo ménos; y no como yo, mezquino y malaventurado, que sólo traigo en mis alforjas un poco de queso, tan duro, que pueden descalabrar con ello á un gigante; á quien hacen compañía cuatro docenas de algarrobas y otras tantas de avellanas y nueces, merced á la estrechez de mi dueño, y á la opinion que tiene y órden que guarda, de que los caballeros andantes no se han de mantener y sustentar sino con frutas secas y con las yerbas del campo.

—Por mi fe, hermano, replicó el del Bosque, que yo no tengo hecho el estómago á tagarninas ni á piruétanos, ni á raíces de los montes; allá se lo hayan con sus opiniones y leyes caballerescas nuestros amos, y coman lo que ellas mandaren: fiambreras traigo, y esta bota colgando del arzon de la silla, por sí ó por no; y es tan devota mia y quiérola tanto, que pocos ratos se pasan sin que la dé mil besos y mil abrazos»; y diciendo esto, se la puso en las manos á Sancho, el cual empinándola, puesta á la boca, estuvo mirando las estrellas un cuarto de hora, y en acabando de beber, dejó caer la cabeza á un lado, y dando un gran suspiro, dijo: «¡Oh hideputa, bellaco, y cómo es católico!

—¡Veis ahí, dijo el del Bosque, en oyendo el *hideputa* de Sancho, cómo habeis alabado este vino, llamándole hideputa!

—Digo, respondió Sancho, que confieso y conozco que no es deshonra llamar hijo de puta á nadie, cuando cae debajo del entendimiento de alabarle. Pero dígame, señor, por

el siglo de lo que más quiere : este vino ¿es de Ciudad Real?

—¡Bravo mojon! respondió el del Bosque : en verdad que no es de otra parte, y que tiene algunos años de ancianidad.

—¡A mí con eso! dijo Sancho : ¡no tomeis ménos, sino que se me fuera á mí por alto dar alcance á su nacimiento! ¿No será bueno, señor escudero, que tenga yo un instinto tan grande y tan natural en esto de conocer vinos, que en dándome á oler cualquiera, acierto la patria, el linaje, el sabor y la dura, y las vueltas que ha de dar, con todas las circunstancias al vino atañederas? Pero no hay de qué maravillarse, si tuve en mi linaje, por parte de mi padre, los dos más excelentes mojones que en luengos años conoció la Mancha : para prueba de lo cual, les sucedió lo que ahora diré. Diéronles á los dos á probar del vino de una cuba, pidiéndoles su parecer del estado, cualidad, bondad ó malicia del vino. El uno lo probó con la punta de la lengua, el otro no hizo más de llegarlo á las narices. El primero dijo que aquel vino sabia á hierro; el segundo dijo que más sabia á cordoban; el dueño dijo que la cuba estaba limpia, y que el tal vino no tenia adobo alguno, por donde hubiese tomado sabor de hierro ni de cordoban. Con todo eso, los dos famosos mojones se afirmaron en lo que habian dicho. Anduvo el tiempo, vendióse el vino, y al limpiar de la cuba, hallaron en ella una llave pequeña, pendiente de una correa de cordoban : porque vea vuesa merced si quien viene desta ralea podrá dar su parecer en semejantes causas.

—Por eso digo, dijo el del Bosque, que nos dejemos de andar buscando aventuras; y pues tenemos hogazas, no busquemos tortas : y volvámonos á nuestras chozas; que allí nos hallará Dios, si él quiere. Hasta que mi amo llegue á

Zaragoza, le serviré; que despues, todos nos entenderemos.»

Finalmente, tanto hablaron y tanto bebieron los dos buenos escuderos, que tuvo necesidad el sueño de atarles las lenguas y templarles la sed; que quitársela fuera imposible: y así, asidos entrambos de la ya casi vacía bota, con los bocados á medio mascar en la boca, se quedaron dormidos; donde los dejaremos por ahora, por contar lo que el Caballero del Bosque pasó con el de la Triste Figura.

CAPITULO XIV.

Donde se prosigue la aventura del Caballero del Bosque.

Entre muchas razones que pasaron Don Quijote y el Caballero de la Selva, dice la historia que el del Bosque dijo á Don Quijote: «Finalmente, señor caballero, quiero que sepais que mi destino, ó por mejor decir, mi eleccion, me trujo á enamorar de la sin par Casildea de Vandalia: llámola sin par, porque no le tiene, así en la grandeza del cuerpo como en el extremo del estado y de la hermosura. Esta tal Casildea, pues, que voy contando, pagó mis buenos pensamientos y comedidos deseos con hacerme ocupar, como su madrastra á Hércules, en muchos y diversos peligros, prometiéndome al fin de cada uno que en el fin del otro llegaria el de mi esperanza; pero así se han ido eslabonando mis trabajos, que no tienen cuento, ni yo sé cual ha de ser el último que dé principio al cumplimiento de mis buenos deseos. Una vez me mandó que fuese á desafiar á aquella famosa giganta de Sevilla, llamada la Giralda, que es tan valiente y fuerte como hecha de bronce; y sin mudarse de un lugar, es la más movible y voltaria mujer del mundo. Lle-

gué, víla y vencíla, y hícela estar queda y á raya, porque en más de una semana no soplaron sino vientos nortes. Vez tambien hubo que me mandó fuese á tomar en peso las antiguas piedras de los valientes toros de Guisando: empresa más para encomendarse á ganapanes que á caballeros. Otra vez me mandó que me precipitase y sumiese en la sima de Cabra (¡peligro inaudito y temeroso!), y que le trujese particular relacion de lo que en aquella escura profundidad se encierra. Detuve el movimiento á la Giralda, pesé los toros de Guisando, despeñéme en la sima, y saqué á luz lo escondido de su abismo; y mis esperanzas muertas que muertas, y sus mandamientos y desdenes vivos que vivos. En resolucion, últimamente me ha mandado que discurra por todas las provincias de España, y haga confesar á todos los andantes caballeros que por ellas vagaren, que ella sola es la más aventajada en hermosura de cuantas hoy viven, y que soy el más valiente y el más bien enamorado caballero del orbe; en cuya demanda he andado ya la mayor parte de España, y en ella he vencido muchos caballeros que se han atrevido á contradecirme; pero de lo que yo más me precio y ufano es de haber vencido en singular batalla á aquel tan famoso caballero, Don Quijote de la Mancha, y héchole confesar que es más hermosa mi Casildea que su Dulcinea; y en sólo este vencimiento hago cuenta que he vencido todos los caballeros del mundo; porque el tal Don Quijote que digo, los ha vencido á todos; y habiéndole yo vencido á él, su gloria, su fama y su honra se ha transferido y pasado á mi persona,

Y tanto el vencedor es más honrado,
Cuanto más el vencido es reputado:

así que, ya corren por mi cuenta y son mias las innumerables hazañas del ya referido Don Quijote.»

Admirado quedó Don Quijote de oir al Caballero del Bosque, y estuvo mil veces por decirle que mentia, y ya tuvo el *mentis* en el pico de la lengua; pero reportóse lo mejor que pudo, por hacerle confesar por su propia boca su mentira; y así, sosegadamente le dijo: «De que vuesa merced, señor caballero, haya vencido á los más caballeros andantes de España y áun de todo el mundo, no digo nada; pero de que haya vencido á Don Quijote de la Mancha, póngolo en duda: podria ser que fuese otro que le pareciese, aunque hay pocos que le parezcan.

—¿Cómo no! replicó el del Bosque. Por el cielo que nos cubre, que peleé con Don Quijote, y le vencí y rendí; y es un hombre alto de cuerpo, seco de rostro, estirado, y avellanado de miembros, entrecano, la nariz aguileña y algo corva, de bigotes grandes, negros y caidos; campea debajo del nombre del *Caballero de la Triste Figura*, y trae por escudero á un labrador llamado Sancho Panza; oprime el lomo y rige el freno de un famoso caballo, llamado Rocinante, y finalmente, tiene por señora de su voluntad á una tal Dulcinea del Toboso, llamada un tiempo Aldonza Lorenzo; como la mia, que por llamarse Casilda y ser de la Andalucía, yo la llamo Casildea de Vandalia. Si todas estas señas no bastan para acreditar mi verdad, aquí está mi espada, que le hará dar crédito á la mesma incredulidad.

—Sosegaos, señor caballero, dijo Don Quijote, y escuchad lo que deciros quiero. Habeis de saber que ese Don Quijote que decís, es el mayor amigo que en este mundo tengo, y tanto, que podré decir que le tengo en lugar de

mi misma persona; y que por las señas que dél me habeis dado, tan puntuales y ciertas, no puedo pensar sino que sea el mismo que habeis vencido; por otra parte, veo con los ojos y toco con las manos no ser posible ser el mesmo, si ya no fuese que, como él tiene muchos enemigos encantadores, especialmente uno que de ordinario le persigue, no haya alguno dellos tomado su figura para dejarse vencer, por defraudarle de la fama que sus altas caballerías le tienen granjeada y adquirida por todo lo descubierto de la tierra; y para confirmacion desto, quiero tambien que sepais que los tales encantadores sus contrarios, no há más de diez horas que transformaron la figura y persona de la hermosa Dulcinea del Toboso en una aldeana soez y baja, y desta manera habrán transformado á Don Quijote; y si todo esto no basta para enteraros en esta verdad que digo, aquí está el mesmo Don Quijote, que la sustentará con sus armas á pié ó á caballo, ó de cualquiera suerte que os agradare. »

Y diciendo esto, se levantó en pié y empuñó la espada, esperando qué resolucion tomaria el Caballero del Bosque, el cual con voz asimismo sosegada respondió y dijo : « Al buen pagador no le duelen prendas. El que una vez, señor Don Quijote, pudo venceros transformado, bien podrá tener esperanza de rendiros en vuestro propio sér; mas, porque no es bien que los caballeros hagan sus fechos de armas á escuras, como los salteadores y rufianes, esperemos el dia, para que el sol vea nuestras obras : y ha de ser condicion de nuestra batalla, que el vencido ha de quedar á la voluntad del vencedor, para que haga dél todo lo que quisiere, con tal que sea decente á caballero lo que se le ordenare.

—Soy más que contento desa condicion y convenencia »,

respondió Don Quijote: y en diciendo esto, se fueron donde estaban sus escuderos, y los hallaron roncando y en la misma forma que estaban cuando los salteó el sueño. Despertáronlos y mandáronles que tuviesen á punto los caballos, porque, en saliendo el sol, habian de hacer los dos una sangrienta, singular y desigual batalla; á cuyas nuevas quedó Sancho atónito y pasmado, temeroso de la salud de su amo, por las valentías que habia oido decir del suyo al escudero del Bosque; pero, sin hablar palabra, se fueron los dos escuderos á buscar su ganado; que ya todos tres caballos y el Rucio se habian olido, y estaban todos juntos.

En el camino dijo el del Bosque á Sancho: «Ha de saber, hermano, que tienen por costumbre los peleantes de la Andalucía, cuando son padrinos de alguna pendencia, no estarse ociosos, mano sobre mano, en tanto que sus ahijados riñen: dígolo, porque esté advertido que miéntras nuestros dueños riñeren, nosotros tambien hemos de pelear y hacernos astillas.

—Esa costumbre, señor escudero, respondió Sancho, allá puede correr y pasar con los andaluces peleantes que dice; pero con los escuderos de los caballeros andantes, ni por pienso; á lo ménos yo no he oido decir á mi amo semejante costumbre, y sabe de memoria todas las ordenanzas de la andante caballería: cuanto más, que yo quiero que sea verdad y ordenanza expresa el pelear los escuderos en tanto que sus señores pelean; pero yo no quiero cumplirla, sino pagar la pena que estuviere puesta á los tales pacíficos escuderos; que yo aseguro que no pase de dos libras de cera; y más quiero pagar las tales libras, que sé que me costarán ménos, que las hilas que podré gastar en curarme la cabeza, que ya me la cuento por partida y dividida en dos

partes. Hay más: que me imposibilita el reñir el no tener espada, pues en mi vida me la puse.

—Para eso sé yo un buen remedio, dijo el del Bosque: yo traigo aquí dos talegas de lienzo de un mesmo tamaño; tomaréis vos la una, y yo la otra, y reñiremos á talegazos, con armas iguales.

—Desa manera, sea en buen hora, respondió Sancho; porque ántes servirá la tal pelea de despolvorearnos que de herirnos.

—No ha de ser así, replicó el otro, porque se han de echar dentro de las talegas, porque no se las lleve el aire, media docena de guijarros, limpios y pelados, que pesen tanto los unos como los otros; y desta manera, nos podremos atalegar, sin hacernos mal ni daño.

—Mirad ¡cuerpo de mi padre! respondió Sancho, ¡qué martas cebollinas ó qué copos de algodon cardado pone en las talegas, para no quedar molidos los cascos y hechos alheña los huesos! Pero aunque se llenaren de capullos de seda, sepa, señor mio, que no he de pelear: peleen nuestros amos, y allá se lo hayan, y bebamos y vivamos nosotros; que el tiempo tiene cuidado de quitarnos las vidas, sin que andemos buscando arbitrios para que se acaben ántes de llegar su sazon y término, y que se cayan de maduras.

—Con todo, replicó el del Bosque, hemos de pelear siquiera media hora.

—Eso no, respondió Sancho: no seré yo tan descortés ni tan desagradecido, que con quien he comido y he bebido trabe cuestion alguna, por mínima que sea: cuanto más, que, estando sin cólera y sin enojo, ¿quién diablos se ha de amañar á reñir á secas!

—Para eso, dijo el del Bosque, yo daré un suficiente remedio, y es, que ántes que comencemos la pelea, yo me llegaré bonitamente á vuesa merced, y le daré tres ó cuatro bofetadas, que dé con él á mis piés, con las cuales le haré despertar la cólera, aunque esté con más sueño que un liron.

—Contra ese corte sé yo otro, respondió Sancho, que no le va en zaga: cogeré yo un garrote, y ántes que vuesa merced llegue á despertarme la cólera, haré yo dormir á garrotazos de tal suerte la suya, que no despierte si no fuere en el otro mundo, en el cual se sabe que no soy yo hombre que me dejo manosear el rostro de nadie... y cada uno mire por el virote... aunque lo más acertado seria dejar dormir su cólera á cada uno; que no sabe nadie el alma de nadie, y tal suele venir por lana que vuelve trasquilado, y Dios bendijo la paz y maldijo las riñas; porque si un gato acosado, encerrado y apretado, se vuelve en leon, yo, que soy hombre, Dios sabe en lo que podré volverme; y así, desde ahora intimo á vuesa merced, señor escudero, que corra por su cuenta todo el mal y daño que de nuestra pendencia resultare.

—Está bien, replicó el del Bosque; amanecerá Dios y medraremos.»

En esto ya comenzaban á gorjear en los árboles mil suertes de pintados pajarillos, y en sus diversos y alegres cantos parecia que daban la norabuena y saludaban á la fresca aurora, que ya por las puertas y balcones del Oriente iba descubriendo la hermosura de su rostro, sacudiendo de sus cabellos un número infinito de líquidas perlas, en cuyo suave licor bañándose las yerbas, parecia asimismo que ellas brotaban y llovian blanco y menudo aljófar: los sauces destila-

ban maná sabroso, reíanse las fuentes, murmuraban los arroyos, alegrábanse las selvas, y enriquecíanse los prados, con su venida.

Mas apénas dió lugar la claridad del dia para ver y diferenciar las cosas, cuando la primera que se ofreció á los ojos de Sancho Panza fué la nariz del escudero del Bosque, que era tan grande, que casi le hacia sombra á todo el cuerpo. Cuéntase, en efecto, que era de demasiada grandeza, corva en la mitad y toda llena de berrugas, de color amoratado, como de berengena; bajábale dos dedos más abajo de la boca; cuya grandeza, color, berrugas y encorvamiento así le afeaban el rostro, que en viéndole Sancho, comenzó á herir de pié y de mano como niño con alferecía, y propuso en su corazon de dejarse dar docientas bofetadas ántes que despertar la cólera para reñir con aquel vestiglo. Don Quijote miró á su contendor, y hallóle ya puesta y calada la celada, de modo que no le pudo ver el rostro; pero notó que era hombre membrudo, y no muy alto de cuerpo. Sobre las armas traia una sobrevesta ó casaca de una tela, al parecer, de oro finísimo, sembradas por ella muchas lunas pequeñas de resplandecientes espejos, que le hacian en grandísima manera galan y vistoso; volábanle sobre la celada grande cantidad de plumas verdes, amarillas y blancas; la lanza, que tenia arrimada á un árbol, era grandísima y gruesa, y de un hierro acerado de más de un palmo.

Todo lo miró y todo lo notó Don Quijote; y juzgó de lo visto y mirado que el ya dicho caballero debia de ser de grandes fuerzas; pero no por eso temió, como Sancho Panza; ántes con gentil denuedo dijo al Caballero de los Espejos: «Si la mucha gana de pelear, señor caballero, no os

gasta la cortesía, por ella os pido que alceis la visera un poco, porque yo vea si la gallardía de vuestro rostro responde á la de vuestra disposicion.

—O vencido ó vencedor que salgais desta empresa, señor caballero, respondió el de los Espejos, os quedará tiempo y espacio demasiado para verme; y si ahora no satisfago á vuestro deseo, es por parecerme que hago notable agravio á la hermosa Casildea de Vandalia en dilatar el tiempo que tardare en alzarme la visera sin haceros confesar lo que ya sabeis que pretendo.

—Pues en tanto que subimos á caballo, dijo Don Quijote, bien podeis decirme si soy yo aquel Don Quijote que dijistes haber vencido.

—A eso vos respondemos, dijo el de los Espejos, que pareceis, como se parece un huevo á otro, al mismo caballero que yo vencí; pero, segun vos decís que le persiguen encantadores, no osaré afirmar si sois el contendido ó no.

—Eso me basta á mí, respondió Don Quijote, para que crea vuestro engaño; empero, para sacaros dél de todo punto, vengan nuestros caballos; que en ménos tiempo que el que tardáredes en alzaros la visera, si Dios, si mi señora y mi brazo me valen, veré yo vuestro rostro, y vos veréis que no soy yo el vencido Don Quijote que pensais.»

Con esto, acortando razones, subieron á caballo, y Don Quijote volvió las riendas á Rocinante, para tomar lo que convenia del campo para volver á encontrar á su contrario, y lo mismo hizo el de los Espejos; pero no se habia apartado Don Quijote veinte pasos, cuando se oyó llamar del de los Espejos; y partiendo los dos el camino, el de los Espejos le dijo: «Advertid, señor caballero, que la condicion de

nuestra batalla es, que el vencido, como otra vez he dicho, ha de quedar á discrecion del vencedor.

—Ya lo sé, respondió Don Quijote, con tal que lo que se le impusiere y mandare al vencido han de ser cosas que no salgan de los límites de la caballería.

—Así se entiende», respondió el de los Espejos.

Ofreciéronsele en esto á la vista de Don Quijote las extrañas narices del escudero, y no se admiró ménos de verlas que Sancho, tanto, que le juzgó por algun monstruo ó por hombre nuevo y de aquellos que no se usan en el mundo. Sancho, que vió partir á su amo para tomar carrera, no quiso quedar solo con el narigudo, temiendo que con solo un pasagonzalo con aquellas narices en las suyas, seria acabada la pendencia suya, quedando, del golpe ó del miedo, tendido en el suelo; y fuése tras su amo, asido á una acion de Rocinante; y cuando le pareció que ya era tiempo que volviese, le dijo : « Suplico á vuesa merced, señor mio, que ántes que vuelva á encontrarse, me ayude á subir sobre aquel alcornoque, de donde podré ver más á mi sabor, mejor que desde el suelo, el gallardo encuentro que vuesa merced ha de hacer con este caballero.

—Antes creo, Sancho, dijo Don Quijote, que te quieres encaramar y subir en andamio, por ver sin peligro los toros.

—La verdad que diga, respondió Sancho, las desaforadas narices de aquel escudero me tienen atónito y lleno de espanto, y no me atrevo á estar junto á él.

—Ellas son tales, dijo Don Quijote, que, á no ser yo quien soy, tambien me asombraran; y así, ven, ayudarte he á subir donde dices.»

En lo que se detuvo Don Quijote á que Sancho subiese

en el alcornoque, tomó el de los Espejos del campo lo que le pareció necesario; y creyendo que lo mismo habria hechò Don Quijote, sin esperar són de trompeta ni otra señal que los avisase, volvió las riendas á su caballo, que no era más ligero ni de mejor parecer que Rocinante; y á todo su correr, que era un mediano trote, iba á encontrar á su enemigo; pero viéndole ocupado en la subida de Sancho, detuvo las riendas y paróse en la mitad de la carrera, de lo que el caballo quedó agradecidísimo, á causa que ya no podia moverse. Don Quijote (que le pareció que ya su enemigo venia volando) arrimó reciamente las espuelas á las trasijadas ijadas de Rocinante, y le hizo aguijar de manera, que cuenta la historia que esta sola vez se conoció haber corrido algo, porque todas las demas siempre fueron trotes declarados; y con esta no vista furia llegó donde el de los Espejos estaba, hincando á su caballo las espuelas hasta los botones, sin que le pudiese mover un solo dedo del lugar donde habia hecho estanco de su carrera. En esta buena sazon y coyuntura halló Don Quijote á su contrario, embarazado con su caballo y ocupado con su lanza; que nunca ó no acertó ó no tuvo lugar de ponerla en ristre. Don Quijote, que no miraba en estos inconvenientes, á salvamano y sin peligro alguno encontró al de los Espejos con tanta fuerza, que mal de su grado le hizo venir al suelo por las ancas del caballo, dando tal caida, que sin mover pié ni mano, dió señales de que estaba muerto.

Apénas le vió caido Sancho, cuando se deslizó del alcornoque, y á toda priesa vino donde su señor estaba, el cual, apeándose de Rocinante, fué sobre el de los Espejos, y quitándole las lazadas del yelmo, para ver si era muerto, y para

que le diese el aire si acaso estaba vivo, vió... ¿Quién podrá decir lo que vió, sin causar admiracion, maravilla y espanto á los que lo oyeren!

¡Vió, dice la historia, el rostro mismo, la misma figura, el mismo aspecto, la misma fisonomía, la misma efigie, la perspetiva misma del Bachiller Sanson Carrasco! Y así como la vió, en altas voces dijo: « Acude, Sancho, y mira lo que has de ver y no lo has de creer; aguija, hijo, y advierte lo que puede la magia, lo que pueden los hechiceros y los encantadores. »

Llegó Sancho, y como vió el rostro del Bachiller Carrasco, comenzó á hacerse mil cruces y á santiguarse otras tantas. En todo esto no daba muestras de estar vivo el derribado caballero, y Sancho dijo á Don Quijote: « Soy de parecer, señor mio, que, por sí ó por no, vuesa merced hinque y meta la espada por la boca á éste que parece el Bachiller Sanson Carrasco: quizá matará en él á alguno de sus enemigos los encantadores.

—No dices mal, dijo Don Quijote, porque de los enemigos los ménos. »

Y sacando la espada, para poner en efecto el aviso y consejo de Sancho, llegó el escudero del de los Espejos, ya sin las narices que tan feo le habian hecho, y á grandes voces dijo: « Mire vuesa merced, lo que hace, señor Don Quijote; que ése que tiene á los piés es el Bachiller Sanson Carrasco, su amigo, y yo soy su escudero. »

Y viéndole Sancho sin aquella fealdad primera, le dijo: « ¿Y las narices? »

A lo que él respondió: « Aquí las tengo en la faldriquera »; y echando mano á la derecha, sacó unas narices de

pasta y barniz, de máscara, de la manifatura que quedan delineadas.

Y mirándole más y más Sancho, con voz admirativa y grande dijo : «¡Santa María, y valme! Este ¿no es Tomé Cecial, mi vecino y mi compadre!

—Y ¡cómo si lo soy! respondió el ya desnarigado escudero. Tomé Cecial soy, compadre y amigo Sancho Panza; y luego os diré los arcaduces, embustes y enredos por donde soy aquí venido; y en tanto pedid y suplicad al señor vuestro amo que no toque, maltrate, hiera ni mate al Caballero de los Espejos, que á sus piés tiene; porque sin duda alguna es el atrevido y mal aconsejado del Bachiller Sanson Carrasco, nuestro compatrioto.»

En esto volvió en sí el de los Espejos, lo cual visto por Don Quijote, le puso la punta desnuda de su espada encima del rostro y le dijo : « Muerto sois, caballero, si no confesais que la sin par Dulcinea del Toboso se aventaja en belleza á vuestra Casildea de Vandalia; y demas de esto, habeis de prometer, si de esta contienda y caida quedáredes con vida, de ir á la ciudad del Toboso, y presentaros en su presencia, de mi parte, para que haga de vos lo que más en voluntad le viniere; y si os dejare en la vuestra, asimismo habeis de volver á buscarme (que el rastro de mis hazañas os servirá de guía que os traiga donde yo estuviere), y á decirme lo que con ella hubiéredes pasado : condiciones que, conforme á las que pusimos ántes de nuestra batalla, no salen de los términos de la andante caballería.

—Confieso, dijo el caido caballero, que vale más el zapato descosido y sucio de la señora Dulcinea del Toboso, que las barbas mal peinadas, aunque limpias, de Casildea;

y prometo de ir y volver de su presencia á la vuestra, y daros entera y particular cuenta de lo que me pedis.

—Tambien habeis de confesar y creer, añadió Don Quijote, que aquel caballero que vencistes no fué ni pudo ser Don Quijote de la Mancha, sino otro que se le parecia, como yo confieso y creo que vos, aunque pareceis el Bachiller Sanson Carrasco, no lo sois, sino otro que le parece, y que, en su figura, aquí me le han puesto mis enemigos, para que detenga y temple el ímpetu de mi cólera, y para que use blandamente de la gloria del vencimiento.

—Todo lo confieso, juzgo y siento como vos lo creeis, juzgais y sentis, respondió el derrengado caballero: dejadme levantar, os ruego, si es que lo permite el golpe de mi caida, que asaz maltrecho me tiene.»

Ayudóle á levantar Don Quijote y Tomé Cecial, ó su escudero, del cual no apartaba los ojos Sancho, preguntándole cosas, cuyas respuestas le daban manifiestas señales de que verdaderamente era el Tomé Cecial que decia; mas la aprehension que en Sancho habia hecho lo que su amo dijo, de que los encantadores habian mudado la figura del Caballero de los Espejos en la del Bachiller Carrasco, no le dejaba dar crédito á la verdad que con los ojos estaba mirando. Finalmente, se quedaron con este engaño amo y mozo; y el de los Espejos y su escudero, mohinos y malandantes, se apartaron de Don Quijote y Sancho, con intencion de buscar el vencido algun lugar donde bizmarse y entablarse las costillas. Don Quijote y Sancho volvieron á proseguir su camino, donde los deja la historia, por dar cuenta de quién era el Caballero de los Espejos y su narigante escudero.

CAPITULO XV.

Donde se cuenta y da noticia de quién era el Caballero de los Espejos y su escudero.

En extremo contento, ufano y vanaglorioso iba Don Quijote, por haber alcanzado vitoria de tan valiente caballero, como él se imaginaba que era el de los Espejos, de cuya caballeresca palabra esperaba saber si el encantamento de su señora pasaba adelante; pues era forzoso que el tal vencido caballero volviese, so pena de no serlo, á darle razon de lo que con ella le hubiese sucedido. Pero uno pensaba Don Quijote, y otro el de los Espejos, puesto que por entónces no era otro su pensamiento, sino buscar dónde bizmarse, como se ha dicho. Dice, pues, la historia que cuando el Bachiller Sanson Carrasco aconsejó á Don Quijote que volviese á proseguir sus dejadas caballerías, fué por haber entrado primero en bureo con el Cura y el Barbero sobre qué medio se podria tomar para reducir á Don Quijote á que se estuviese en su casa quieto y sosegado, sin que le alborotasen sus mal buscadas aventuras; de cuyo consejo salió, por voto comun de todos y parecer particular de Carrasco, que dejasen salir á Don Quijote, pues el detenerle parecia imposible, y que Sanson le saliese al camino como caballero andante, y trabase batalla con él, pues no faltaria sobre qué, y le venciese, teniéndolo por cosa fácil; y que fuese pacto y concierto que el vencido quedase á merced del vencedor; y así, vencido Don Quijote, le habia de mandar el Bachiller caballero se volviese á su pueblo y casa, y no saliese della en dos años, ó hasta tanto que por él le fuese

mandada otra cosa, lo cual era claro que Don Quijote, vencido, cumpliria indubitablemente, por no contravenir y faltar á las leyes de la caballería; y podria ser que en el tiempo de su reclusion se le olvidasen sus vanidades, ó se diese lugar de buscar á su locura algun conveniente remedio.

Habló dello Carrasco, y ofreciósele por escudero Tomé Cecial, compadre y vecino de Sancho Panza, hombre alegre y de lucios cascos. Armóse Sanson, como queda referido, y Tomé Cecial acomodó sobre sus naturales narices las falsas y de máscara ya dichas, porque no fuese conocido de su compadre cuando se viesen; y así siguieron el mismo viaje que llevaba Don Quijote, y llegaron casi á hallárse en la aventura del carro de la Muerte; y finalmente, dieron con ellos en el bosque, donde les sucedió todo lo que el prudente ha leido; y si no fuera por los pensamientos extraordinarios de Don Quijote, que se dió á entender que el Bachiller no era el Bachiller, el señor bachiller quedara imposibilitado para siempre de graduarse de licenciado, por no haber hallado nidos donde pensó hallar pájaros.

Tomé Cecial, que vió cuán mal habian logrado sus deseos, y el mal paradero que habia tenido su camino, dijo al Bachiller: «Por cierto, señor Sanson Carrasco, que tenemos nuestro merecido: con facilidad se piensa y se acomete una empresa; pero con dificultad las más veces se sale della. Don Quijote loco, nosotros cuerdos: él se va sano y riendo, vuesa merced queda molido y triste. Sepamos, pues, ahora cuál es más loco: ¿el que lo es por no poder ménos, ó el que lo es por su voluntad?»

A lo que respondió Sanson: «La diferencia que hay entre esos dos locos es, que el que lo es por fuerza lo será siem-

pre, y el que lo es de grado lo dejará de ser cuando quisiere.

—Pues así es, dijo Tomé Cecial, yo fuí por mi voluntad loco, cuando quise hacerme escudero de vuesa merced, y por la misma quiero dejar de serlo, y volverme á mi casa.

—Eso os cumple, respondió Sanson; porque pensar que yo he de volver á la mia hasta haber molido á palos á Don Quijote, es pensar en lo excusado: y no me llevará ahora á buscarle el deseo de que cobre su juicio, sino el de la venganza; que el dolor grande de mis costillas no me deja hacer más piadosos discursos.»

En esto fueron razonando los dos hasta que llegaron á un pueblo, donde fué ventura hallar un algebrista, con quien se curó el Sanson desgraciado. Tomé Cecial se volvió y le dejó, y él quedó imaginando su venganza; y la historia vuelve á hablar dél á su tiempo, por no dejar de regocijarse ahora con Don Quijote.

CAPITULO XVI.

De lo que sucedió á Don Quijote con un discreto caballero de la Mancha.

Con la alegría, contento y ufanidad que se ha dicho, seguia Don Quijote su jornada, imaginándose por la pasada vitoria ser el caballero andante más valiente que tenia en aquella edad el mundo. Daba por acabadas y á felice fin conducidas cuantas aventuras pudiesen sucederle de allí adelante; tenia en poco á los encantos y á los encantadores; no se acordaba de los innumerables palos que en el discurso de sus caballerías le habian dado, ni de la pedrada que le derribó la mitad de los dientes, ni del desagradecimiento de los galeotes, ni del atrevimiento y lluvia de estacas de los yangüe-

ses; finalmente, decia entre sí que si él hallara arte, modo ó manera cómo desencantar á su señora Dulcinea, no invidiaria á la mayor ventura que alcanzó ó pudo alcanzar el más venturoso caballero andante de los pasados siglos.

En estas imaginaciones iba todo ocupado, cuando Sancho le dijo : «¿No es bueno, señor, que áun todavía traigo entre los ojos las desaforadas narices, y mayores de marca, de mi compadre Tomé Cecial?

—Y ¿crees tú, Sancho, por ventura, que el Caballero de los Espejos era el Bachiller Carrasco, y su escudero Tomé Cecial, tu compadre?

—No sé qué me diga á eso, respondió Sancho; sólo sé que las señas que me dió de mi casa, mujer y hijos, no me las podria dar otro que él mesmo; y la cara, quitadas las narices, era la misma de Tomé Cecial, como yo se la he visto muchas veces en mi pueblo, y, pared en medio, de mi misma casa; y el tono de la habla era todo uno.

—Estemos á razon, Sancho, replicó Don Quijote. Ven acá : ¿en qué consideracion puede caber que el Bachiller Sanson Carrasco viniese como caballero andante, armado de armas ofensivas y defensivas, á pelear conmigo? ¿He sido yo su enemigo por ventura? ¿Hele dado yo jamas ocasion para tenerme ojeriza? ¿Soy yo su rival, ó hace él profesion de las armas, para tener invidia á la fama que yo por ellas he ganado?

—Pues ¿qué diremos, señor, respondió Sancho, á esto de parecerse tanto aquel caballero, sea el que se fuere, al Bachiller Carrasco, y su escudero á Tomé Cecial, mi compadre! Y si ello es encantamento, como vuesa merced ha dicho, ¿no habia en el mundo otros dos á quien se parecieran?

—Todo es artificio y traza, respondió Don Quijote, de los malignos magos que me persiguen, los cuales, anteviendo que yo habia de quedar vencedor en la contienda, se previnieron de que el caballero vencido mostrase el rostro de mi amigo el Bachiller, porque la amistad que le tengo se pusiese ante los filos de mi espada y el rigor de mi brazo, y templase la justa ira de mi corazon, y desta manera quedase con vida el que con embelecos y falsías procuraba quitarme la mia. Para prueba de lo cual, ya sabes ¡oh Sancho! por experiencia, que no te dejará mentir ni engañar, cuán fácil sea á los encantadores mudar unos rostros en otros, haciendo de lo hermoso feo y de lo feo hermoso; pues no há dos dias que viste por tus mismos ojos la hermosura y gallardía de la sin par Dulcinea en toda su entereza y natural conformidad, y yo la vi en la fealdad y bajeza de una zafia labradora, con lagañas en los ojos y con mal olor en la boca: así que, el perverso encantador que se atrevió á hacer una transformacion tan mala, no es mucho que haya hecho la de Sanson Carrasco y la de tu compadre, por quitarme la gloria del vencimiento de las manos; pero, con todo esto, me consuelo, porque, en fin, en cualquiera figura que haya sido, he quedado vencedor de mi enemigo.

—Dios sabe la verdad de todo», respondió Sancho; que como él sabia que la transformacion de Dulcinea habia sido traza y embeleco suyo, no le satisfacian las quimeras de su amo; pero no le quiso replicar, por no decir alguna palabra que descubriese su embuste.

En estas razones estaban, cuando los alcanzó un hombre, que detras dellos por el mismo camino venia sobre una muy hermosa yegua tordilla, vestido un gaban de paño fino verde,

jironado de terciopelo leonado, con una montera del mismo terciopelo; el aderezo de la yegua era de campo y de la jineta, asimismo de leonado y verde; traia un alfanje morisco, pendiente de un ancho tahalí de verde y oro, y los borceguíes eran de la labor del tahalí; las espuelas no eran doradas, sino dadas con un barniz verde, tan tersas y bruñidas, que, por hacer labor con todo el vestido, parecian mejor que si fueran de oro puro.

Cuando llegó á ellos el caminante, los saludó cortesmente, y picando á la yegua, se pasaba de largo; pero Don Quijote le dijo: «Señor galan, si es que vuesa merced lleva el camino que nosotros, y no importa el darse priesa, merced recibiria en que nos fuésemos juntos.

—En verdad, respondió el de la yegua, que no me pasara tan de largo, si no fuera por temor que con la compañía de mi yegua no se alborotara ese caballo.

—Bien puede, señor, respondió á esta sazon Sancho, bien puede tener las riendas á su yegua, porque nuestro caballo es el más honesto y bien mirado del mundo: jamas en semejantes ocasiones ha hecho vileza alguna, y una vez que se desmandó á hacerla, lo lastamos mi señor y yo con las setenas. Digo otra vez que puede vuesa merced detenerse, si quisiere; que aunque se la den entre dos platos, á buen seguro que el caballo no la arrostre.»

Detuvo la rienda el caminante, admirándose de la apostura y rostro de Don Quijote, el cual iba sin celada; que la llevaba Sancho, como maleta, en el arzon delantero de la albarda del Rucio; y si mucho miraba el de lo verde á Don Quijote, mucho más miraba Don Quijote al de lo verde, pareciéndole hombre de chapa: la edad mostraba ser de cin-

cuenta años, las canas pocas y el rostro aguileño, la vista entre alegre y grave; finalmente, en el traje y apostura daba á entender ser hombre de buenas prendas. Lo que juzgó de Don Quijote de la Mancha el de lo verde fué, que semejante manera ni parecer de hombre no le habia visto jamas: admiróle la longura de su caballo, la grandeza de su cuerpo, la flaqueza y amarillez de su rostro, sus armas, su ademan y compostura, figura y retrato no visto por luengos tiempos atras en aquella tierra.

Notó bien Don Quijote la atencion con que el caminante le miraba, y leyóle en la supension su deseo; y como era tan cortés y tan amigo de dar gusto á todos, ántes que le preguntase nada, le salió al camino, diciéndole: «Esta figura, que vuesa merced en mí ha visto, por ser tan nueva y tan fuera de las que comunmente se usan, no me maravillaria yo de que le hubiese maravillado; pero dejará vuesa merced de estarlo, cuando le diga, como le digo, que soy caballero destos que dicen las gentes que á sus aventuras van. Salí de mi patria, empeñé mi hacienda, dejé mi regalo, y entreguéme en los brazos de la fortuna, que me llevasen donde más fuese servida. Quise resucitar la ya muerta andante caballería; y há muchos dias que tropezando aquí, cayendo allí, despeñándome acá y levantándome acullá, he cumplido gran parte de mi deseo, socorriendo viudas, amparando doncellas y favoreciendo casadas, huérfanos y pupilos, propio y natural oficio de caballeros andantes: y así, por mis valerosas, muchas y cristianas hazañas, he merecido andar ya en estampa en casi todas ó las más naciones del mundo. Treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil millares de veces, si el cielo

no lo remedia. Finalmente, por encerrarlo todo en breves palabras, ó en una sola, digo que yo soy Don Quijote de la Mancha, por otro nombre llamado *el Caballero de la Triste Figura;* y puesto que las propias alabanzas envilecen, esme forzoso decir yo tal vez las mias, y esto se entiende cuando no se halla presente quien las diga: así que, señor gentil hombre, ni este caballo, ni esta lanza, ni este escudo, ni este escudero, ni todas juntas estas armas, ni la amarillez de mi rostro, ni mi atenuada flaqueza, os podrán admirar de aquí adelante, habiendo ya sabido quién soy y la profesion que hago.»

Calló en diciendo esto Don Quijote, y el de lo verde, segun se tardaba en responderle, parecia que no acertaba á hacerlo; pero de allí á buen espacio le dijo: «Acertastes, señor caballero, á conocer por mi suspension mi deseo; pero no habeis acertado á quitarme la maravilla que en mí causa el haberos visto; que puesto que (como vos, señor, decís) el saber ya quien sois me la podria quitar, no ha sido así; ántes agora que lo sé, quedo más suspenso y maravillado. ¡Cómo! y ¿es posible que hay hoy caballeros andantes en el mundo, y que hay historias impresas de verdaderas caballerías! No me podia persuadir que haya hoy en la tierra quien favorezca viudas, ampare doncellas, ni honre casadas, ni socorra huérfanos... y no lo creyera, si en vuesa merced no lo hubiera visto con mis ojos. ¡Bendito sea el cielo! que con esa historia, que vuesa merced dice que está impresa, de sus altas y verdaderas caballerías, se habrán puesto en olvido las innúmerables de los fingidos caballeros andantes, de que estaba lleno el mundo, tan en daño de las buenas costumbres y tan en perjuicio y descrédito de las buenas historias.

—Hay mucho que decir, respondió Don Quijote, en razon de si son fingidas ó no las historias de los andantes caballeros.

—Pues ¿hay quien dude, respondió el Verde, que no son falsas las tales historias?

—Yo lo dudo, respondió Don Quijote; y quédese esto aquí; que si nuestra jornada dura, espero en Dios de dar á entender á vuesa merced que ha hecho mal en irse con la corriente de los que tienen por cierto que no son verdaderas.»

Desta última razon de Don Quijote tomó barruntos el caminante de que Don Quijote debia de ser algun mentecato, y aguardaba que con otras lo confirmase; pero ántes que se divirtiesen en otros razonamientos, Don Quijote le rogó le dijese quién era, pues él le habia dado parte de su condicion y de su vida. A lo que respondió el del Verde Gaban: «Yo, señor Caballero de la Triste Figura, soy un hidalgo, natural de un lugar, donde iremos á comer hoy, si Dios fuere servido; soy más que medianamente rico, y es mi nombre don Diego de Miranda; paso la vida con mi mujer y con mi hijo y con mis amigos. Mis ejercicios son el de la caza y pesca; pero no mantengo ni halcon ni galgos, sino algun perdigon manso ó algun huron atrevido. Tengo hasta seis docenas de libros, cuáles de romance y cuáles de latin, de historia algunos, y de devocion otros; los de caballerías áun no han entrado por los umbrales de mis puertas. Hojeo más los que son profanos que los devotos, como sean de honesto entretenimiento, que deleiten con el lenguaje, y admiren y suspendan con la invencion, puesto que destos hay muy pocos en España. Alguna vez cómo con

mis vecinos y amigos, y muchas veces los convido: son mis convites limpios y aseados, y no nada escasos. Ni gusto de murmurar, ni consiento que delante de mí se murmure; no escudriño las vidas ajenas, ni soy lince de los vicios de los otros. Oigo misa cada dia; reparto de mis bienes con los pobres, sin hacer alarde de las buenas obras, por no dar entrada en mi corazon á la hipocresía y vanagloria, enemigos que blandamente se apoderan del corazon más recatado; procuro poner en paz los que sé que están desavenidos; soy devoto de Nuestra Señora, y confio siempre en la misericordia infinita de Dios, Nuestro Señor. »

Atentísimo estuvo Sancho á la relacion de la vida y entretenimientos del hidalgo; y pareciéndole buena y santa, y que quien la hacia debia de hacer milagros, se arrojó del Rucio, y con gran priesa le fué á asir del estribo derecho, y con devoto corazon y casi lágrimas le besó los piés una y muchas veces.

Visto lo cual por el hidalgo, le preguntó: « ¿Qué haceis, hermano! ¿Qué besos son estos!

—Déjenme besar, respondió Sancho, porque me parece vuesa merced el primer santo á la jineta que he visto en todos los dias de mi vida.

—No soy santo, respondió el hidalgo, sino gran pecador; vos, sí, hermano, que debeis de ser bueno, como vuestra simplicidad lo muestra. »

Volvió Sancho á cobrar la albarda, habiendo sacado á plaza la risa de la profunda malencolía de su amo, y causado nueva admiracion á don Diego. Preguntóle Don Quijote que cuántos hijos tenia, y díjole que una de las cosas en que ponian el sumo bien los antiguos filósofos, que carecie-

ron del verdadero conocimiento de Dios, fué en los bienes de la naturaleza, en los de la fortuna, en tener muchos amigos, y en tener muchos y buenos hijos.

«Yo, señor Don Quijote, respondió el hidalgo, tengo un hijo, que á no tenerle, quizá me juzgara por más dichoso de lo que soy, y no porque él sea malo, sino porque no es tan bueno como yo quisiera. Será de edad de diez y ocho años: los seis ha estado en Salamanca aprendiendo las lenguas latina y griega; y cuando quise que pasase á estudiar otras ciencias, halléle tan embebido en la de la poesía (si es que se puede llamar ciencia), que no es posible hacerle arrostrar la de las leyes, que yo quisiera que estudiara, ni la reina de todas, la Teología. Quisiera yo que fuera corona de su linaje, pues vivimos en siglo donde nuestros reyes premian altamente las virtuosas y buenas letras; porque letras sin virtud son perlas en el muladar. Todo el dia se le pasa en averiguar si dijo bien ó mal Homero en tal verso de la Ilíada, si Marcial anduvo deshonesto ó nó en tal epigrama, si se han de entender en una manera ú otra tales y tales versos de Virgilio; en fin, todas sus conversaciones son con los libros de los referidos poetas y con los de Horacio, Persio, Juvenal y Tibulo; que de los modernos romancistas no hace mucha cuenta: y con todo el mal cariño que muestra tener á la poesía de romance, le tiene agora desvanecidos los pensamientos el hacer una glosa á cuatro versos que le han enviado de Salamanca, y pienso que son de justa literaria.»

A todo lo cual respondió Don Quijote: «Los hijos, señor, son pedazos de las entrañas de sus padres, y así se han de querer, ó buenos ó malos que sean, como se quieren las almas que nos dan vida: á los padres toca el encaminar-

los desde pequeños por los pasos de la virtud, de la buena crianza y de las buenas y cristianas costumbres, para que cuando grandes sean báculo de la vejez de sus padres y gloria de su posteridad; y en lo de forzarles que estudien esta ó aquella ciencia, no lo tengo por acertado, aunque el persuadirles no será dañoso; y cuando no se ha de estudiar para *pane lucrando*, siendo tan venturoso el estudiante que le dió el cielo padres que se lo dejen, seria yo de parecer que le dejen seguir aquella ciencia á que más le vieren inclinado; y aunque la de la poesía es ménos útil que deleitable, no es de aquellas que suelen deshonrar á quien las posee. La poesía, señor hidalgo, á mi parecer, es como una doncella tierna y de poca edad y en todo extremo hermosa, á quien tienen cuidado de enriquecer, pulir y adornar otras muchas doncellas, que son todas las otras ciencias; y ella se ha de servir de todas, y todas se han de autorizar con ella; pero esta tal doncella no quiere ser manoseada, ni traida por las calles, ni publicada por las esquinas de las plazas ni por los rincones de los palacios. Ella es hecha de una alquimia de tal virtud, que quien la sabe tratar la volverá en oro purísimo, de inestimable precio. Hala de tener, el que la tuviere, á raya, no dejándola correr si ya no fuere en poemas heroicos, en lamentables tragedias, ó en comedias alegres y artificiosas, no en torpes sátiras ni en desalmados sonetos; no ha de ser vendible en ninguna manera; nó se ha de dejar tratar de los truhanes ni del ignorante vulgo, incapaz de conocer ni estimar los tesoros que en ella se encierran. Y no penseis, señor, que yo llamo aquí vulgo solamente á la gente plebeya y humilde; que todo aquél que no sabe, aunque sea señor y príncipe, puede y debe entrar en número de vulgo: y así,

el que con los requisitos que he dicho tratare y tuviere á la poesía, será famoso, y estimado su nombre en todas las naciones políticas del mundo. Y á lo que decís, señor, que vuestro hijo no estima mucho la poesía de romance, doyme á entender que no anda muy acertado en ello, y la razon es ésta: el grande Homero no escribió en latin, porque era griego; y Virgilio no escribió en griego, porque era latino. En resolucion, todos los poetas antiguos escribieron en la lengua que mamaron en la leche, y no fueron á buscar las extranjeras para declarar la alteza de sus conceptos; y siendo esto así, razon seria se extendiese esta costumbre por todas las naciones, y que no se desestimase el poeta aleman porque escribe en su lengua, ni el castellano, ni áun el vizcaíno, que escribe en la suya. Pero vuestro hijo, á lo que yo, señor, imagino, no debe de estar mal con la poesía de romance, sino con los poetas que son meros romancistas, sin saber otras lenguas ni otras ciencias, que adornen y despierten y ayuden á su natural impulso: y áun en esto puede haber yerro; porque, segun es opinion verdadera, el poeta nace; quiere decir, que del vientre de su madre el poeta natural sale poeta, y con aquella inclinacion que le dió el cielo, sin más estudio ni artificio, compone cosas que hacen verdadero al que dijo: *Est Deus in nobis*, etc. Tambien digo que el natural poeta que se ayudare del arte, será mucho mejor, y se aventajará al poeta que sólo por saber el arte, quisiere serlo. La razon es, porque el arte no se aventaja á la naturaleza, sino perficiónala: así que, mezcladas la naturaleza y el arte, y el arte con la naturaleza, sacarán un perfetísimo poeta. Sea, pues, la conclusion de mi plática, señor hidalgo, que vuesa merced deje caminar á su hijo por donde

su estrella le llama; que siendo él tan buen estudiante como debe de ser, y habiendo ya subido felicemente el primer escalon de las ciencias, que es el de las lenguas, con ellas por sí mesmo subirá á la cumbre de las letras humanas, las cuales tan bien parecen en un caballero de capa y espada, y así le adornan, honran y engrandecen, como las mitras á los obispos ó como las garnachas á los peritos jurisconsultos. Riña vuesa merced á su hijo, si hiciere sátiras que perjudiquen las honras ajenas, y castíguele y rómpaselas; pero si hiciere *sermones* al modo de Horacio, donde reprehenda los vicios, en general, como tan elegantemente él lo hizo, alábele; porque lícito es al poeta escribir contra la invidia, y decir en sus versos mal de los invidiosos, y así de los otros vicios, con que no señale persona alguna; pero hay poetas que, á trueco de decir una malicia, se pondrán á peligro que los destierren á las costas del Ponto. Si el poeta fuere casto en sus costumbres, lo será tambien en sus versos. La pluma es lengua del alma; cuales fueren los conceptos que en ella se engendraren, tales serán sus escritos: y cuando los reyes y príncipes ven la milagrosa ciencia de la poesía en sujetos prudentes, virtuosos y graves, los honran, los estiman y los enriquecen, y áun los coronan con las hojas del árbol á quien no ofende el rayo, como en señal que no han de ser ofendidos de nadie los que con tales coronas ven honradas y adornadas sus sienes. »

Admirado quedó el del Verde Gaban del razonamiento de Don Quijote, y tanto, que fué perdiendo de la opinion que con él tenia de ser mentecato. Pero á la mitad desta plática, Sancho, por no ser muy de su gusto, se habia desviado del camino á pedir un poco de leche á unos pasto-

res, que allí junto estaban ordeñando unas ovejas; y en esto ya volvia á renovar la plática el hidalgo, satisfecho en extremo de la discrecion y buen discurso de Don Quijote, cuando alzando Don Quijote la cabeza, vió que por el camino por donde ellos iban, venia un carro adornado de banderas reales; y creyendo que debia de ser alguna nueva aventura, á grandes voces llamó á Sancho, que viniese á darle la celada, el cual Sancho, oyéndose llamar, dejó los pastores, y á toda priesa picó al Rucio, y llegó donde su amo estaba, á quien sucedió una espantosa y desatinada aventura.

CAPITULO XVII.

Donde se declara el último punto y extremo adonde llegó y pudo llegar el inaudito ánimo de Don Quijote, con la felicemente acabada aventura de los leones.

Llegando el autor desta grande historia á contar lo que en este capítulo cuenta, dice que quisiera pasarle en silencio, temeroso de que no habia de ser creido; porque las locuras de Don Quijote llegaron aquí al término y raya de las mayores que pueden imaginarse, y áun pasaron dos tiros de ballesta más allá de las mayores. Finalmente, aunque con este miedo y recelo, las escribió de la misma manera que él las hizo, sin añadir ni quitar á la historia un átomo de la verdad, sin dársele nada por las objeciones que podian ponerle de mentiroso; y tuvo razon, porque la verdad adelgaza y no quiebra, y siempre anda sobre la mentira como el aceite sobre el agua; y así, prosiguiendo su historia, dice que cuando Don Quijote daba voces á Sancho que le trujese el yelmo, estaba él comprando unos requesones que los

pastores le vendian; y acosado de la mucha priesa de su amo, no supo qué hacer dellos ni en qué traerlos; y por no perderlos (que ya los tenia pagados), acordó de echarlos en la celada de su señor, y con este buen recado volvió á ver lo que le queria; el cual, en llegando, le dijo: «Dame, amigo, esa celada; que yo sé poco de aventuras, ó lo que allí descubro es alguna que me ha de necesitar y me necesita á tomar mis armas.»

El del Verde Gaban, que esto oyó, tendió la vista por todas partes, y no descubrió otra cosa que un carro que hácia ellos venia con dos ó tres banderas pequeñas, que le dieron á entender que el tal carro debia de traer hacienda de Su Majestad, y así se lo dijo á Don Quijote; pero él no le dió crédito, siempre creyendo y pensando que todo lo que le sucediese habian de ser aventuras y más aventuras, y así respondió al hidalgo: «Hombre apercebido, medio combatido. No se pierde nada en que yo me aperciba; que sé por experiencia que tengo enemigos visibles é invisibles, y no sé cuándo, ni adónde, ni en qué tiempo, ni en qué figuras me han de acometer»: y volviéndose á Sancho, le pidió la celada, al cual, como no tuvo lugar de sacar los requesones, le fué forzoso dársela como estaba. Tomóla Don Quijote, y sin que echase de ver lo que dentro venia, con toda priesa se la encajó en la cabeza; y como los requesones se apretaron y exprimieron, comenzó á correr el suero por todo el rostro y barbas de Don Quijote, de lo que recibió tal susto, que dijo á Sancho: «¿Qué será esto, Sancho, que parece que se me ablandan los cascos, ó se me derriten los sesos, ó que sudo de los piés á la cabeza! Y si es que sudo, en verdad que no es de miedo. Sin duda creo que es terrible la

aventura que agora quiere sucederme. Dame, si tienes, con qué me limpie; que el copioso sudor me ciega los ojos.»

Calló Sancho y dióle un paño, y dió con él gracias á Dios de que su señor no hubiese caido en el caso. Limpióse Don Quijote, y quitóse la celada por ver qué cosa era la que, á su parecer, le enfriaba la cabeza, y viendo aquellas gachas blancas dentro de la celada, las llegó á las narices, y en oliéndolas, dijo: «¡Por vida de mi señora Dulcinea del Toboso, que son requesones los que aquí me has puesto, traidor, bergante y mal mirado escudero!»

A lo que con gran flema y disimulacion respondió Sancho: «Si son requesones, démelos vuesa merced; que yo me los comeré... pero cómalos el diablo, que debió de ser el que ahí los puso. ¡Yo habia de tener atrevimiento de ensuciar el yelmo de vuesa merced! ¡Halládole habeis el atrevido! A la fe, señor, á lo que Dios me da á entender, tambien debo yo de tener encantadores que me persiguen, como á hechura y miembro de vuesa merced; y habrán puesto ahí esa inmundicia para mover á cólera su paciencia, y hacer que me muela, como suele, las costillas. Pues en verdad, que esta vez han dado salto en vago; que yo confio en el buen discurso de mi señor, que habrá considerado que ni yo tengo requesones, ni leche, ni otra cosa que lo valga; y que si la tuviera, ántes la pusiera en mi estómago que en la celada.

—Todo puede ser», dijo Don Quijote. Y todo lo miraba el hidalgo, y de todo se admiraba, especialmente cuando, despues de haberse limpiado Don Quijote cabeza, rostro y barbas y celada, se la encajó, y afirmándose bien en los estribos, requiriendo la espada y asiendo la lanza, dijo: «Ahora

venga lo que viniere; que aquí estoy con ánimo de tomarme con el mesmo Satanas en persona.»

Llegó en esto el carro de las banderas, en el cual no venia otra gente que el carretero en las mulas y un hombre sentado en la delantera.

Púsose Don Quijote delante y dijo: «¿Adónde vais, hermanos? ¿qué carro es éste? ¿qué llevais en él? y ¿qué banderas son aquestas?»

A lo que respondió el carretero: «El carro es mio; lo que va en él son dos bravos leones enjaulados, que el general de Orán envia á la Corte, presentados á Su Majestad; las banderas son del Rey, nuestro señor, en señal que aquí va cosa suya.

—Y ¿son grandes los leones? preguntó Don Quijote.

—Tan grandes, respondió el hombre que iba á la puerta del carro, que no han pasado mayores ni tan grandes de Africa á España jamas; y yo soy el leonero, y he pasado otros; pero como éstos, ninguno. Son hembra y macho: el macho va en esta jaula primera, y la hembra en la de atras, y ahora van hambrientos, porque no han comido hoy; y así, vuesa merced se desvíe; que es menester llegar presto donde les demos de comer.»

A lo que dijo Don Quijote, sonriéndose un poco: «¡Leoncitos á mí! ¿A mí leoncitos, y á tales horas! Pues, por Dios, que han de ver esos señores que acá los envian, si soy yo hombre que se espanta de leones. Apeaos, buen hombre; y pues sois el leonero, abrid esas jaulas y echadme esas bestias fuera; que en mitad desta campaña les daré á conocer quién es Don Quijote de la Mancha, á despecho y pesar de los encantadores que á mí los envian.

—Ta, ta, dijo á esta sazon entre sí el hidalgo: dado ha señal de quién es nuestro buen caballero: los requesones sin duda le han ablandado los cascos y madurado los sesos.»

Llegóse en esto á él Sancho y díjole: «Señor, por quien Dios es, que vuesa merced haga de manera que mi señor Don Quijote no se tome con estos leones; que si se toma, aquí nos han de hacer pedazos á todos.

—Pues ¿tan loco es vuestro amo, respondió el hidalgo, que temeis y creeis que se ha de tomar con tan fieros animales!

—No es loco, respondió Sancho, sino atrevido.

—Yo haré que no lo sea», replicó el hidalgo; y llegándose á Don Quijote, que estaba dando priesa al leonero que abriese las jaulas, le dijo: «Señor caballero, los caballeros andantes han de acometer las aventuras que prometen esperanza de salir bien dellas, y no aquellas que de todo en todo la quitan; porque la valentía que se entra en la juridicion de la temeridad, más tiene de locura que de fortaleza; cuanto más que estos leones no vienen contra vuesa merced, ni lo sueñan; van presentados á Su Majestad, y no será bien detenerlos, ni impedirles su viaje.

—Váyase vuesa merced, señor hidalgo, respondió Don Quijote, á entender con su perdigon manso y con su huron atrevido, y deje á cada uno hacer su oficio: éste es el mio, y yo sé si vienen á mí ó no estos señores leones.» Y volviéndose al leonero, le dijo: «¡Voto á tal, don bellaco, que si no abrís, luego, luego, las jaulas, que con esta lanza os he de coser con el carro!»

El carretero, que vió la determinacion de aquella armada fantasma, le dijo: «Señor mio, vuesa merced sea servido,

por caridad, dejarme desuncir las mulas, y ponerme en salvo con ellas ántes que se desenvainen los leones; porque si me las matan, quedaré rematado para toda mi vida; que no tengo otra hacienda sino este carro y estas mulas.

—¡Oh hombre de poca fe! respondió Don Quijote: apéate y desunce, y haz lo que quisieres; que presto verás que trabajaste en vano, y que pudieras ahorrar desta diligencia.»

Apeóse el carretero y desunció á gran priesa, y el leonero dijo á grandes voces: «Séanme testigos cuantos aquí están cómo contra mi voluntad y forzado abro las jaulas y suelto los leones, y de que protesto á este señor que todo el mal y daño que estas bestias hicieren corra y vaya por su cuenta, con más mis salarios y derechos. Vuestras mercedes, señores, se pongan en cobro ántes que abra; que yo seguro estoy que no me han de hacer daño.»

Otra vez le porfió el hidalgo que no hiciese locura semejante; que era tentar á Dios acometer tal disparate. A lo que respondió Don Quijote que él sabia lo que hacia.

Respondióle el hidalgo que lo mirase bien; que él entendia que se engañaba.

«Ahora, señor, replicó Don Quijote, si vuesa merced no quiere ser oyente desta, que, á su parecer, ha de ser tragedia, pique la tortilla y póngase en salvo.»

Oido lo cual por Sancho, con lágrimas en los ojos le suplicó desistiese de tal empresa, en cuya comparacion habian sido tortas y pan pintado la de los molinos de viento y la temerosa de los batanes, y finalmente, todas las hazañas que habia acometido en todo el discurso de su vida. «Mire, señor, decia Sancho, que aquí no hay encanto ni cosa que lo valga;

que yo he visto por entre las verjas y resquicios de la jaula una uña de leon verdadero, y saco por ella que el tal leon, cuya debe de ser la tal uña, es mayor que una montaña.

—El miedo, á lo ménos, respondió Don Quijote, te le hará parecer mayor que la mitad del mundo. Retírate, Sancho, y déjame; y si aquí muriere, ya sabes nuestro antiguo concierto: acudirás á Dulcinea... y no te digo más.»

A estas añadió otras razones, con que quitó las esperanzas de que no habia de dejar de proseguir su desvariado intento. Quisiera el del Verde Gaban oponérsele; pero vióse desigual en las armas, y no le pareció cordura tomarse con un loco; que ya se lo habia parecido de todo punto Don Quijote, el cual, volviendo á dar priesa al leonero y á reitérar las amenazas, dió ocasion al hidalgo á que picase la yegua, y Sancho al Rucio, y el carretero á sus mulas, procurando todos apartarse del carro lo más que pudiesen, ántes que los leones se desembanastasen. Lloraba Sancho la muerte de su señor, que, aquella vez, sin duda creia que llegaba en las garras de los leones; maldecia su ventura, y llamaba menguada la hora en que le vino al pensamiento volver á servirle; pero no, por llorar y lamentarse, dejaba de aporrear al Rucio, para que se alejase del carro. Viendo, pues, el leonero que ya los que iban huyendo estaban bien desviados, tornó á requerir y á intimar á Don Quijote lo que ya le habia requerido é intimado, el cual respondió que lo oia, y que no se curase de más intimaciones y requerimientos; que todo seria de poco fruto... y que se diese priesa.

En el espacio que tardó el leonero en abrir la jaula primera, estuvo considerando Don Quijote si seria bien hacer la batalla ántes á pié que á caballo; y en fin, se determinó

de hacerla á pié, temiendo que Rocinante se espantaria con la vista de los leones : por esto saltó del caballo, arrojó la lanza y embrazó el escudo, y desenvainando la espada, paso ante paso, con maravilloso denuedo y corazon valiente, se fué á poner delante del carro, encomendándose á Dios de todo corazon, y luego á su señora Dulcinea.

Y es de saber, que llegando á este paso el autor de esta verdadera historia, exclama y dice : «¡Oh fuerte, y sobre todo encarecimiento animoso, Don Quijote de la Mancha, espejo donde se pueden mirar todos los valientes del mundo, segundo y nuevo don Manuel de Leon, que fué gloria y honra de los españoles caballeros! ¿Con qué palabras contaré ésta tan espantosa hazaña, ó con qué razones la haré creible á los siglos venideros! ó ¿qué alabanzas habrá que no te convengan y cuadren, aunque sean hipérboles sobre todos los hipérboles! Tú á pié, tú sólo, tú intrépido, tú magnánimo, con sola una espada, y no de las del perrillo cortadoras; con un escudo, no de muy luciente y limpio acero, estás aguardando y atendiendo los dos más fieros leones que jamas criaron las africanas selvas. Tus mismos hechos sean los que te alaben, valeroso manchego; que yo los dejo aquí en su punto, por faltarme palabras con que encarecerlos.»

Aquí cesó la referida exclamacion del autor, y pasó adelante, anudando el hilo de la historia, diciendo que habiendo visto el leonero ya puesto en postura á Don Quijote, y que no podia dejar de soltar al leon macho, so pena de caer en la desgracia del indignado y atrevido caballero, abrió de par en par la primera jaula, donde estaba, como se ha dicho, el leon, el cual pareció de grandeza extraordinaria y de espantable y fea catadura. Lo primero que hizo fué revolverse

en la jaula, donde venia echado, y tender la garra y desperezarse todo; abrió luego la boca y bostezó muy despacio, y con casi dos palmos de lengua, que sacó fuera, se despolvoreó los ojos y se lavó el rostro; hecho esto, sacó la cabeza fuera de la jaula y miró á todas partes con los ojos hechos brasas : vista y ademan para poner espanto á la misma temeridad. Sólo Don Quijote lo miraba atentamente, deseando que saltase ya del carro y viniese con él á las manos, entre las cuales pensaba hacerle pedazos.

Hasta aquí llegó el extremo de su jamas vista locura. Pero el generoso leon, más comedido que arrogante, no haciendo caso de niñerías ni de bravatas, despues de haber mirado á una y á otra parte, como se ha dicho, volvió las espaldas y enseñó sus traseras partes á Don Quijote, y con gran flema y remanso se volvió á echar en la jaula; viendo lo cual Don Quijote, mandó al leonero que le diese de palos, y le irritase para echarle fuera.

«Eso no haré yo, respondió el leonero; porque si yo le instigo, el primero á quien hará pedazos, será á mí mismo. Vuesa merced, señor caballero, se contente con lo hecho, que es todo lo que puede decirse en género de valentía, y no quiera tentar segunda fortuna. El leon tiene abierta la puerta; en su mano está salir ó no salir; pero pues no ha salido hasta ahora, no saldrá en todo el dia : la grandeza del corazon de vuesa merced ya está bien declarada. Ningun bravo peleante, segun á mí se me alcanza, está obligado á más que á desafiar á su enemigo y esperarle en campaña; y si el contrario no acude, en él se queda la infamia, y el esperante gana la corona del vencimiento.

—Así es verdad, respondió Don Quijote : cierra, amigo,

la puerta, y dame por testimonio, en la mejor forma que pudieres, lo que aquí me has visto hacer, conviene á saber, cómo tú abriste al leon, yo le esperé, él no salió, volvíle á esperar, volvió á no salir, y volvióse á acostar. No debo más; y encantos afuera, y Dios ayude á la razon y á la verdad y á la verdadera caballería; y cierra, como he dicho, en tanto que hago señas á los huidos y ausentes, para que sepan de tu boca esta hazaña.»

Hízolo así el leonero, y Don Quijote, poniendo en la punta de la lanza el lienzo con que se habia limpiado el rostro de la lluvia de los requesones, comenzó á llamar á los que no dejaban de huir ni de volver la cabeza á cada paso, todos en tropa y antecogidos del hidalgo; pero alcanzando Sancho á ver la señal del blanco paño, dijo: «Que me maten si mi señor no ha vencido á las fieras bestias, pues nos llama.»

Detuviéronse todos, y conocieron que el que hacia las señas era Don Quijote; y perdiendo alguna parte del miedo, poco á poco se vinieron acercando, hasta donde claramente oyeron las voces de Don Quijote, que los llamaba.

Finalmente, volvieron al carro; y en llegando, dijo Don Quijote al carretero: «Volved, hermano, á uncir vuestras mulas y á proseguir vuestro viaje; y tú, Sancho, dale dos escudos de oro para él y para el leonero, en recompensa de lo que por mí se han detenido.

—Esos daré yo de muy buena gana, respondió Sancho; pero ¿qué se han hecho los leones? ¿son muertos ó vivos?»

Entónces el leonero, menudamente y por sus pausas, contó el fin de la contienda, exagerando, como él mejor pudo y supo, el valor de Don Quijote, de cuya vista el leon acobardado, no quiso ni osó salir, puesto que habia tenido

un buen espacio abierta la puerta de la jaula; y que por haber él dicho á aquel caballero que era tentar á Dios irritar al leon para que por fuerza saliese, como él queria que se le irritase, mal de su grado y contra toda su voluntad, habia permitido que la puerta se cerrase.

«¿Qué te parece desto, Sancho! dijo Don Quijote: ¿hay encantos que valgan contra la verdadera valentía? Bien podrán los encantadores quitarme la ventura, pero el esfuerzo y el ánimo será imposible.»

Dió los escudos Sancho, unció el carretero, besó las manos el leonero á Don Quijote por la merced recebida, y prometióle de contar aquella valerosa hazaña al mismo Rey, cuando en la Corte se viese.

«Pues si acaso Su Majestad preguntare quién la hizo, diréisle, que el CABALLERO DE LOS LEONES; que de aquí adelante quiero que en éste se trueque, cambie, vuelva y mude el que hasta aquí he tenido del *Caballero de la Triste Figura;* y en esto sigo la antigua usanza de los andantes caballeros, que se mudaban los nombres cuando querian, ó cuando les venia á cuento.»

Siguió su camino el carro, y Don Quijote, Sancho y el del Verde Gaban prosiguieron el suyo. En todo este tiempo no habia hablado palabra don Diego de Miranda, todo atento á mirar y á notar los hechos y palabras de Don Quijote, pareciéndole que era un cuerdo loco, y un loco que tiraba á cuerdo. No habia aún llegado á su noticia la Primera Parte de su historia; que si la hubiera leido, cesara la admiracion en que le ponian sus hechos y sus palabras, pues ya supiera el género de su locura; pero, como no la sabia, ya le tenia por cuerdo, y ya por loco; porque lo que hablaba era con-

certado, elegante y bien dicho, y lo que hacia, disparatado, temerario y tonto; y decia entre sí: «¿Qué más locura puede ser que ponerse la celada llena de requesones, y darse á entender que le ablandaban los cascos los encantadores! y ¿qué mayor temeridad y disparate que querer pelear por fuerza con leones!»

Destas imaginaciones y deste soliloquio le sacó Don Quijote, diciéndole: «¿Quién duda, señor don Diego de Miranda, que vuesa merced no me tenga en su opinion por un hombre disparatado y loco? Y no seria mucho que así fuese, porque mis obras no pueden dar testimonio de otra cosa; pues, con todo esto, quiero que vuesa merced advierta que no soy tan loco ni tan menguado como debo de haberle parecido. Bien parece un gallardo caballero, á los ojos de su rey, en la mitad de una gran plaza, dar una lanzada con felice suceso á un bravo toro; bien parece un caballero, armado de resplandecientes armas, pasear la tela en alegres justas delante de las damas; y bien parecen todos aquellos caballeros que en ejercicios militares, ó que lo parezcan, entretienen y alegran, y (si se puede decir) honran las Cortes de sus príncipes; pero sobre todos estos parece mejor un caballero andante, que por los desiertos, por las soledades, por las encrucijadas, por las selvas y por los montes anda buscando peligrosas aventuras, con intencion de darles dichosa y bien afortunada cima, sólo por alcanzar gloriosa fama y duradera. Mejor parece, digo, un caballero andante socorriendo á una viuda en algun despoblado, que un cortesano caballero requebrando á una doncella en las ciudades. Todos los caballeros tienen sus particulares ejercicios: sirva á las damas el cortesano, autorice la Corte de su rey

con libreas, sustente los caballeros pobres con el espléndido plato de su mesa, concierte justas, mantenga torneos, y muéstrese grande, liberal y magnífico, y buen cristiano sobre todo, y desta manera cumplirá con sus precisas obligaciones; pero el andante caballero busque los rincones del mundo, éntrese en los más intricados laberintos, acometa á cada paso lo imposible, resista en los páramos despoblados los ardientes rayos del sol en la mitad del verano, y en el invierno la dura inclemencia de los vientos y de los hielos; no le asombren leones, ni le espanten vestiglos, ni atemoricen endriagos; que buscar éstos, acometer aquellos, y vencerlos á todos, son sus principales y verdaderos ejercicios. Yo, pues, como me cupo en suerte ser uno del número de la andante caballería, no puedo dejar de acometer todo aquello que á mí me pareciere que cae debajo de la juridicion de mis ejercicios: y así, el acometer los leones que ahora acometí, derechamente me tocaba, puesto que conocí ser temeridad exorbitante; porque bien sé lo que es valentía, que es una virtud que está puesta entre dos extremos viciosos, como son la cobardía y la temeridad; pero ménos mal será que el que es valiente toque y suba al punto de temerario, que no que baje y toque en el punto de cobarde; que así como es más fácil venir el pródigo á ser liberal, que el avaro, así es más fácil quedar el temerario en verdadero valiente, que no el cobarde subir á la verdadera valentía; y en esto de acometer aventuras, créame vuesa merced, señor don Diego, que ántes se ha de perder por carta de más que de ménos; porque mejor suena en las orejas de los que lo oyen: «el tal caballero es temerario y atrevido», que no: «el tal caballero es tímido y cobarde».

—Digo, señor Don Quijote, respondió don Diego, que todo lo que vuesa merced ha dicho y hecho va nivelado con el fiel de la misma razon, y que entiendo que si las ordenanzas y leyes de la caballería andante se perdiesen, se hallarian en el pecho de vuesa merced como en su mismo depósito y archivo: y démonos priesa, que se hace tarde, y lleguemos á mi aldea y casa, donde descansará vuesa merced del pasado trabajo; que si no ha sido del cuerpo, ha sido del espíritu, que suele tal vez redundar en cansancio del cuerpo.

—Tengo el ofrecimiento á gran favor y merced, señor don Diego», respondió Don Quijote; y picando más de lo que hasta entónces, serian como las dos de la tarde cuando llegaron á la aldea y á la casa de don Diego, á quien Don Quijote llamaba *el Caballero del Verde Gaban.*

CAPITULO XVIII.

De lo que sucedió á Don Quijote en el castillo ó casa del Caballero del Verde Gaban, con otras cosas extravagantes.

Halló Don Quijote ser la casa de don Diego de Miranda hecha como de aldea: las armas, empero, aunque de piedra tosca, encima de la puerta de la calle; la bodega en el patio, y muchas tinajas á la redonda, que, por ser del Toboso, le renovaron las memorias de su encantada y transformada Dulcinea; y sospirando, y sin mirar lo que decia, ni delante de quién estaba, dijo:

¡Oh dulces prendas, por mi mal halladas,
Dulces y alegres cuando Dios queria!

¡Oh tobosescas tinajas, que me habeis traido á la memoria la dulce prenda, causa de mi mayor amargura!»

Oyóle decir esto el estudiante poeta, hijo de don Diego, que con su madre habia salido á recebirle; y madre y hijo quedaron suspensos de ver la extraña figura de Don Quijote, el cual, apeándose de Rocinante, fué con mucha cortesía á pedirles las manos para besárselas, y don Diego dijo: «Recebid, señora, con vuestro sólito agrado al señor Don Quijote de la Mancha, que es el que teneis delante, andante caballero, y el más valiente y el más discreto que tiene el mundo.»

La señora, que doña Cristina se llamaba, le recibió con muestras de mucho amor y de mucha cortesía, y Don Quijote se le ofreció con asaz de discretas y comedidas razones. Casi los mismos comedimientos pasó con el estudiante, que, en oyéndole hablar Don Quijote, le tuvo por discreto y agudo.

Aquí pinta el autor todas las circunstancias de la casa de don Diego, pintándonos en ellas lo que contiene una casa de un caballero labrador y rico; pero al traductor desta historia le pareció pasar estas y otras semejantes menudencias en silencio, porque no venian bien con el propósito principal de la historia, la cual más tiene su fuerza en la verdad de los sucesos, que en las frias digresiones.

Entraron á Don Quijote en una sala, desarmóle Sancho, quedó en valones y en jubon de camuza, todo bisunto con la mugre de las armas; el cuello era valona, á lo estudiantil, sin almidon y sin randas; los borceguíes eran datilados, y encerados los zapatos. Ciñóse su buena espada, que pendia de un tahalí de lobos marinos (que es opinion que muchos años fué enfermo de los riñones); cubrióse un herreruelo de buen paño pardo... pero ántes de todo, con cinco calderos ó seis de agua (que en la cantidad de los calderos hay alguna diferencia) se lavó la cabeza y rostro; y todavía se quedó el

agua de color de suero, merced á la golosina de Sancho y á la compra de sus negros requesones, que tan blanco pusieron á su amo. Con los referidos atavíos, y con gentil donaire y gallardía, salió Don Quijote á otra sala, donde el estudiante le estaba esperando, para entretenerle en tanto que las mesas se ponian; que por la venida de tan noble huésped, queria la señora doña Cristina mostrar que sabia y podia regalar á los que á su casa llegasen.

En tanto que Don Quijote se estuvo desarmando, tuvo lugar don Lorenzo (que así se llamaba el hijo de don Diego) de decir á su padre: «¿Quién diremos, señor, que es este caballero, que vuesa merced nos ha traido á casa? que el nombre, la figura y el decir que es caballero andante, á mí y á mi madre nos tiene suspensos.

—No sé lo que te diga, hijo, respondió don Diego; sólo te sabré decir que le he visto hacer cosas del mayor loco del mundo, y decir razones tan discretas, que borran y deshacen sus hechos: háblale tú y toma el pulso á lo que sabe; y pues eres discreto, juzga de su discrecion ó tontería lo que más puesto en razon estuviere; aunque, para decir verdad, ántes le tengo por loco que por cuerdo.»

Con esto se fué don Lorenzo á entretener á Don Quijote, como queda dicho; y entre otras pláticas que los dos pasaron, dijo Don Quijote á don Lorenzo: «El señor don Diego de Miranda, padre de vuesa merced, me ha dado noticia de la rara habilidad y sutil ingenio que vuesa merced tiene, y sobre todo, que es vuesa merced un gran poeta.

—Poeta, bien podrá ser, respondió Don Lorenzo; pero grande, ni por pensamiento. Verdad es que yo soy algun tanto aficionado á la poesía y á leer los buenos poetas; pero

no de manera que se me pueda dar el nombre de grande, que mi padre dice.

—No me parece mal esa humildad, respondió Don Quijote; porque no hay poeta que no sea arrogante y piense de sí que es el mayor poeta del mundo.

—No hay regla sin excepcion, respondió don Lorenzo, y alguno habrá que lo sea y no lo piense.

—Pocos, respondió Don Quijote. Pero dígame vuesa merced: ¿qué versos son los que agora trae entre manos, que me ha dicho el señor su padre que le traen algo inquieto y pensativo? Y si es alguna glosa, á mí se me entiende algo de achaque de glosas, y holgaria saberlos: y si es que son de justa literaria, procure vuesa merced llevar el segundo premio; que el primero siempre le lleva el favor ó la gran calidad de la persona; el segundo se le lleva la mera justicia, y el tercero viene á ser segundo, y el primero á esta cuenta será el tercero, al modo de las licencias que se dan en las universidades; pero, con todo esto, gran personaje es el nombre de primero.

—Hasta ahora, dijo entre sí don Lorenzo, no os podré yo juzgar por loco; vamos adelante», y díjole: «Paréceme que vuesa merced ha cursado las escuelas. ¿Qué ciencias ha oido?

—La de la caballería andante, respondió Don Quijote, que es tan buena como la de la poesía, y áun dos deditos más.

—No sé qué ciencia sea esa, replicó don Lorenzo, y hasta ahora no ha llegado á mi noticia.

—Es una ciencia, replicó Don Quijote, que encierra en sí todas ó las más ciencias del mundo, á causa que el que la profesa ha de ser jurisperito y saber las leyes de la justicia distributiva y conmutativa, para dar á cada uno lo que es

suyo y lo que le conviene. Ha de ser teólogo, para saber dar razon de la cristiana ley que profesa, clara y distintamente, adonde quiera que le fuere pedido. Ha de ser médico, y principalmente herbolario, para conocer en mitad de los despoblados y desiertos las yerbas que tienen virtud de sanar las heridas; que no ha de andar el caballero andante á cada triquete buscando quién se las cure. Ha de ser astrólogo, para conocer por las estrellas cuántas horas son pasadas de la noche, y en qué parte y en qué clima del mundo se halla. Ha de saber las matemáticas, porque á cada paso se le ofrecerá tener necesidad dellas; y dejando aparte que ha de estar adornado de todas las virtudes teologales y cardinales, decendiendo á otras menudencias, digo que ha de saber nadar, como dicen que nadaba el peje Nicolas ó Nicolao; ha de saber herrar un caballo, y aderezar la silla y el freno; y volviendo á lo de arriba, ha de guardar la fe á Dios y á su dama; ha de ser casto en los pensamientos, honesto en las palabras, liberal en las obras, valiente en los hechos, sufrido en los trabajos, caritativo con los menesterosos, y finalmente, mantenedor de la verdad, aunque le cueste la vida el defenderla. De todas estas grandes y mínimas partes se compone un buen caballero andante; porque vea vuesa merced, señor don Lorenzo, si es ciencia mocosa la que aprende el caballero que la estudia y la profesa, y si se puede igualar á las más estiradas, que en los ginasios y escuelas se enseñan.

—Si eso es así, replicó don Lorenzo, yo digo que se aventaja esa ciencia á todas.

—¿Cómo si es así? respondió Don Quijote.

—Lo que yo quiero decir, dijo don Lorenzo, es que

dudo que haya habido, ni que los haya ahora, caballeros andantes, y adornados de virtudes tantas.

—Muchas veces he dicho lo que vuelvo á decir ahora, respondió Don Quijote; que la mayor parte de la gente del mundo está de parecer de que no ha habido en él caballeros andantes; y por parecerme á mí que, si el cielo milagrosamente no les da á entender la verdad de que los hubo y de que los hay, cualquier trabajo que se tome ha de ser en vano, como muchas veces me lo ha mostrado la experiencia, no quiero detenerme agora en sacar á vuesa merced del error que con los muchos tiene; lo que pienso hacer es rogar al cielo le saque dél, y le dé á entender cuán provechosos y cuán necesarios fueron al mundo los caballeros andantes en los pasados siglos, y cuán útiles fueran en el presente, si se usaran; pero triunfan ahora, por pecados de las gentes, la pereza, la ociosidad, la gula y el regalo.

—Escapado se nos ha nuestro huésped, dijo á esta sazon entre sí don Lorenzo; pero con todo eso, él es loco bizarro, y yo seria mentecato no flojo si así no lo creyese. »

Aquí dieron fin á su plática, porque los llamaron á comer. Preguntó don Diego á su hijo qué habia sacado en limpio del ingenio del huésped. A lo que él respondió : «No le sacarán del borrador de su locura cuantos maestros y buenos escribanos tiene el mundo : él es un entreverado loco, lleno de lúcidos intervalos. »

Fuéronse á comer, y la comida fué tal como don Diego habia dicho en el camino que la solia dar á sus convidados : limpia, abundante y sabrosa; pero de lo que más se contentó Don Quijote fué del maravilloso silencio que en toda la casa habia, que semejaba un monasterio de cartujos.

Levantados, pues, los manteles, y dadas gracias á Dios y agua á las manos, Don Quijote pidió ahincadamente á don Lorenzo dijese los versos de la justa literaria. A lo que él respondió: « Por no parecer de aquellos poetas que cuando les ruegan digan sus versos los niegan, y cuando no se los piden los vomitan, yo diré mi glosa, de la cual no espero premio alguno; que sólo por ejercitar el ingenio la he hecho.

—Un amigo mio discreto, respondió Don Quijote, era de parecer que no se habia de cansar nadie en glosar versos; y la razon, decia él, era, que jamas la glosa podia llegar al texto, y que muchas ó las más veces iba la glosa fuera de la intencion y propósito de lo que pedia lo que se glosaba; y más, que las leyes de la glosa eran demasiadamente estrechas, que no sufrian interrogantes, ni *dijo*, ni *diré*, ni hacer nombres de verbos, ni mudar el sentido, con otras ataduras y estrechezas con que van atados los que glosan, como vuesa merced debe de saber.

—Verdaderamente, señor Don Quijote, dijo don Lorenzo, que deseo coger á vuesa merced en un mal latin continuado, y no puedo, porque se me desliza de entre las manos como anguila.

—No entiendo, respondió Don Quijote, lo que vuesa merced dice, ni quiere decir, en eso del deslizarme.

—Yo me daré á entender, respondió don Lorenzo; y por ahora esté vuesa merced atento á los versos glosados y á la glosa, que dicen desta manera:

¡Si mi fué *tornase á* es,
Sin esperar más será,
O viniese el tiempo ya
De lo que será despues!...

Glosa.

Al fin, como todo pasa,
Se pasó el bien que me dió
Fortuna, un tiempo no escasa,
Y nunca me le volvió,
Ni abundante, ni por tasa.
Siglos há ya que me ves,
Fortuna, puesto á tus piés:
Vuélveme á ser venturoso;
Que será mi ser dichoso,
Si mi fué *tornase á* es.
No quiero otro gusto ó gloria,
Otra palma ó vencimiento,
Otro triunfo, otra vitoria,
Sino volver al contento,
Que es pesar en mi memoria.
Si tú me vuelves allá,
Fortuna, cumplido está
Todo el rogar de mi ruego;
Y más si este bien *es* luego,
Sin esperar más será.
Cosas imposibles pido,
Pues volver el tiempo á ser,
Despues que una vez ha sido...
No hay en la tierra poder
Que á tanto se haya extendido.
Corre el tiempo, vuela y va
Ligero, y no volverá;
Y erraria el que pidiese
O que el tiempo ya se fuese,
O viniese el tiempo ya.
Vivir en perpleja vida,
Ya esperando, ya temiendo,
Es muerte muy conocida,
Y es mucho mejor muriendo
Buscar al dolor salida.
A mí me fuera interes
Acabar... más no lo es;
Pues, con discurso mejor,
Me da la vida el temor
De lo que será despues.

En acabando de decir su glosa don Lorenzo, se levantó en pié Don Quijote, y en voz levantada, que parecia grito, asiendo con su mano la derecha de don Lorenzo, dijo: «¡Viven los cielos donde más altos están, mancebo generoso, que sois el mejor poeta del orbe, y que mereceis estar laureado, no por Chipre ni por Gaeta, como dijo un poeta, que Dios perdone, sino por las academias de Aténas, si hoy vivieran, y por las que hoy viven de París, Bolonia y Salamanca! ¡Plega al cielo que los jueces que os quitaren el premio primero... Febo los asaetee, y las Musas jamas atraviesen los umbrales de sus casas! Decidme, señor, si sois servido, algunos versos mayores; que quiero tomar de todo en todo el pulso á vuestro admirable ingenio.»

¿No es bueno que dicen que se holgó don Lorenzo de verse alabar de Don Quijote, aunque le tenia por loco! ¡Oh fuerza de la adulacion, á cuánto te extiendes, y cuán dilatados límites son los de tu juridicion agradable! Esta verdad acreditó don Lorenzo; pues condescendió con la demanda y deseo de Don Quijote, diciéndole este soneto á la fábula ó historia de Píramo y Tisbe:

El muro rompe la doncella hermosa
Que de Píramo abrió el gallardo pecho;
Parte el Amor de Chipre, y va derecho
A ver la quiebra estrecha y prodigiosa.
Habla el silencio allí, porque no osa
La voz entrar por tan estrecho estrecho;
Las almas sí; que amor suele de hecho
Facilitar la más difícil cosa.
Salió el deseo de compas, y el paso
De la imprudente vírgen solicita
Por su gusto su muerte: ved ¡qué historia!
Que á entrambos en un punto ¡oh extraño caso!
Los mata, los encubre y resucita
Una espada, un sepulcro, una memoria.

«¡Bendito sea Dios! dijo Don Quijote, habiendo oido el soneto á don Lorenzo, que entre los infinitos poetas consumidos que hay, he visto un consumado poeta, como lo es vuesa merced, señor mio; que así me lo da á entender el artificio deste soneto.»

Cuatro dias estuvo Don Quijote regaladísimo en la casa de don Diego, al cabo de los cuales le pidió licencia para irse, diciéndole que le agradecia la merced y buen tratamiento que en su casa habia recebido; pero que, por no parecer bien que los caballeros andantes se den muchas horas al ocio y al regalo, se queria ir á cumplir con su oficio, buscando las aventuras, de quien tenia noticia que aquella tierra abundaba, donde esperaba entretener el tiempo hasta que llegase el dia de las justas de Zaragoza, que era su derecha derrota; y que primero habia de entrar en la cueva de Montesínos, de quien tantas y tan admirables cosas en aquellos contornos se contaban, sabiendo é inquiriendo asimismo el nacimiento y verdaderos manantiales de las siete lagunas, llamadas comunmente de Ruidera. Don Diego y su hijo le alabaron su honrosa determinacion, y le dijeron que tomase de su casa y de su hacienda todo lo que en grado le viniese; que le servirian con la voluntad posible; que á ello les obligaba el valor de su persona y la honrosa profesion suya.

Llegóse, en fin, el dia de su partida, tan alegre para Don Quijote, como triste y aciago para Sancho Panza, que se hallaba muy bien con la abundancia de la casa de don Diego, y rehusaba de volver á la hambre que se usa en las florestas y despoblados, y á la estrecheza de sus mal proveidas alforjas; con todo esto, las llenó y colmó de lo más

necesario que le pareció. Y al despedirse, dijo Don Quijote á don Lorenzo: «No sé si he dicho á vuesa merced otra vez (y si lo he dicho, lo vuelvo á decir) que cuando vuesa merced quisiere ahorrar caminos y trabajos para llegar á la inacesible cumbre del templo de la Fama, no tiene que hacer otra cosa sino dejar á una parte la senda de la poesía, algo estrecha, y tomar la estrechísima de la andante caballería, bastante para hacerle emperador en daca las pajas.»

Con estas razones acabó Don Quijote de cerrar el proceso de su locura, y más con las que añadió, diciendo: «Sabe Dios si quisiera llevar conmigo al señor don Lorenzo, para enseñarle cómo se han de perdonar los sumisos, y supeditar y acocear los soberbios, virtudes anejas á la profesion que yo profeso; pero pues no lo pide su poca edad, ni lo querrán consentir sus loables ejercicios, sólo me contento con advertirle á vuesa merced, que, siendo poeta, podrá ser famoso si se guia más por el parecer ajeno que por el propio; porque no hay padre ni madre á quien sus hijos le parezcan feos, y en los que lo son del entendimiento corre más este engaño.»

De nuevo se admiraron padre y hijo de las entremetidas razones de Don Quijote, ya discretas, ya disparatadas, y del tema y teson que llevaba de acudir de todo en todo á la busca de sus desventuradas aventuras, que las tenia por fin y blanco de sus deseos. Reiteráronse los ofrecimientos y comedimientos, y con la buena licencia de la señora del castillo, Don Quijote y Sancho, sobre Rocinante y el Rucio, se partieron.

CAPITULO XIX.

Donde se cuenta la aventura del Pobre enamorado, con otros en verdad graciosos sucesos.

Poco trecho se habia alongado Don Quijote del lugar de don Diego, cuando encontró con dos como clérigos ó como estudiantes, y con dos labradores, que sobre cuatro bestias asnales venian caballeros. El uno de los estudiantes traia como en portamanteo, en un lienzo de bocací verde, envuelto, al parecer, un poco de grana blanca y dos pares de medias de cordellate; el otro no traia otra cosa que dos espadas negras de esgrima, nuevas y con sus zapatillas. Los labradores traian otras cosas, que daban indicio y señal que venian de alguna villa grande, donde las habian comprado, y las llevaban á su aldea; y así estudiantes como labradores cayeron en la misma admiracion en que caian todos aquellos que la vez primera veian á Don Quijote, y morian por saber qué hombre fuese aquel, tan fuera del uso de los otros hombres. Saludóles Don Quijote, y despues de saber el camino que llevaban, que era el mesmo que él hacia, les ofreció su compañía, y les pidió detuviesen el paso, porque caminaban más sus pollinas que su caballo; y para obligarlos, en breves razones les dijo quién era, y su oficio y profesion, que era de caballero andante, que iba á buscar las aventuras por todas las partes del mundo. Díjoles que se llamaba, de nombre propio, Don Quijote de la Mancha, y por el apelativo, *el Caballero de los Leones*.

Todo esto para los labradores era hablarles en griego ó en jerigonza, pero no para los estudiantes, que luego enten-

dieron la flaqueza de celebro de Don Quijote; pero con todo eso, le miraban con admiracion y con respeto, y uno dellos le dijo: «Si vuesa merced, señor caballero, no lleva camino determinado, como no le suelen llevar los que buscan las aventuras, vuesa merced se venga con nosotros: verá una de las mejores bodas y más ricas que hasta el dia de hoy se habrán celebrado en la Mancha, ni en otras muchas leguas á la redonda.»

Preguntóle Don Quijote si eran de algun príncipe, que así las ponderaba.

«No son, respondió el estudiante, sino de un labrador y una labradora: él el más rico de toda esta tierra, y ella la más hermosa que han visto los hombres. El aparato con que se han de hacer es extraordinario y nuevo; porque se han de celebrar en un prado que está junto al pueblo de la novia, á quien por excelencia llaman *Quiteria la Hermosa*, y el desposado se llama *Camacho el Rico;* ella de edad de diez y ocho años, y él de veinte y dos, ambos para en uno; aunque algunos curiosos, que tienen de memoria los linajes de todo el mundo, quieren decir que el de la hermosa Quiteria se aventaja al de Camacho; pero ya no se mira en esto; que las riquezas son poderosas de soldar muchas quiebras. En efecto, el tal Camacho es liberal, y hásele antojado de enramar y cubrir todo el prado por arriba, de tal suerte, que el sol se ha de ver en trabajo si quiere entrar á visitar las yerbas verdes de que está cubierto el suelo. Tiene asimesmo maheridas danzas, así de espadas como de cascabel menudo; que hay en su pueblo quien los repique y sacuda por extremo: de zapateadores no digo nada; que es un juicio los que tiene muñidos; pero ninguna de las cosas referidas, ni

otras muchas que he dejado de referir, ha de hacer más memorables estas bodas, sino las que imagino que hará en ellas el despechado Basilio. Es este Basilio un zagal, vecino del mesmo lugar de Quiteria, el cual tenia su casa pared en medio de la de los padres de Quiteria, de donde tomó ocasion el Amor de renovar al mundo los ya olvidados amores de Píramo y Tisbe; porque Basilio se enamoró de Quiteria desde sus tiernos y primeros años, y ella fué correspondiendo á su deseo con mil honestos favores, tanto, que se contaban por entretenimiento en el pueblo los amores de los dos niños, Basilio y Quiteria. Fué creciendo la edad, y acordó el padre de Quiteria de estorbar á Basilio la ordinaria entrada que en su casa tenia; y por quitarse de andar receloso y lleno de sospechas, ordenó de casar á su hija con el rico Camacho, no pareciéndole ser bien casarla con Basilio, que no tenia tantos bienes de fortuna como de naturaleza; pues si va á decir las verdades sin invidia, él es el más ágil mancebo que conocemos, gran tirador de barra, luchador extremado, y gran jugador de pelota; corre como un gamo, salta más que una cabra, y birla á los bolos como por encantamento; canta como una calandria, y toca una guitarra, que la hace hablar, y sobre todo, juega una espada como el más pintado.

—Por esa sola gracia, dijo á esta sazon Don Quijote, merecia ese mancebo, no sólo casarse con la hermosa Quiteria, sino con la mesma reina Ginebra, si fuera hoy viva, á pesar de Lanzarote y de todos aquellos que estorbarlo quisieran.

—A mi mujer con eso, dijo Sancho Panza, que hasta entónces habia ido callando y escuchando; la cual no quiere sino que cada uno case con su igual, ateniéndose al refran que dice: «cada oveja con su pareja.» Lo que yo qui-

siera es, que ese buen Basilio (que ya me le voy aficionando) se casara con esa señora Quiteria; que ¡buen siglo hayan y buen poso (iba á decir al reves) los que estorben que se casen los que bien se quieren!

—Si todos los que bien se quieren se hubiesen de casar, dijo Don Quijote, quitaríase la elecion y juridicion á los padres, de casar sus hijos con quién y cuándo deben; y si á la voluntad de las hijas quedase escoger los maridos, tal habria que escogiese al criado de su padre, y tal al que vió pasar por la calle, á su parecer, bizarro y entonado, aunque fuese un desbaratado espadachin; que el amor y la aficion con facilidad ciegan los ojos del entendimiento, tan necesarios para escoger estado; y el del matrimonio está muy á peligro de errarse, y es menester gran tiento y particular favor del cielo para acertarle. Quiere hacer uno un viaje largo, y si es prudente, ántes de ponerse en camino, busca alguna compañía segura y apacible con quien acompañarse: pues ¿por qué no hará lo mesmo el que ha de caminar toda la vida hasta el paradero de la muerte, y más si la compañía le ha de acompañar en la cama, en la mesa y en todas partes, como es la de la mujer con su marido? La de la propia mujer no es mercaduría que, una vez comprada, se vuelve ó se trueca ó cambia; porque es accidente inseparable, que dura lo que dura la vida: es un lazo, que, si una vez le echais al cuello, se vuelve en el nudo gordiano, que si no le corta la guadaña de la muerte, no hay desatarle. Muchas más cosas pudiera decir en esta materia, si no lo estorbara el deseo que tengo de saber si le queda más que decir al señor Licenciado acerca de la historia de Basilio.»

A lo que respondió el estudiante, bachiller, ó licenciado,

como le llamó Don Quijote: «De todo no me queda más que decir sino que desde el punto que Basilio supo que la hermosa Quiteria se casaba con Camacho el Rico, nunca más le han visto reir, ni hablar razon concertada, y siempre anda pensativo y triste, hablando entre sí mismo, con que da ciertas y claras señales de que se le ha vuelto el juicio: come poco y duerme poco, y lo que come son frutas, y lo que duerme, si duerme, es en el campo, sobre la dura tierra, como animal bruto; mira de cuando en cuando al cielo, y otras veces clava los ojos en la tierra con tal embelesamiento, que no parece sino estátua vestida, que el aire le mueve la ropa. En fin, él da tales muestras de tener apasionado el corazon, que tememos todos los que le conocemos que el dar el *sí* mañana la hermosa Quiteria ha de ser la sentencia de su muerte.

—Dios lo hará mejor, dijo Sancho; que Dios, que da la llaga, da la medicina: nadie sabe lo que está por venir; de aquí á mañana muchas horas hay, y en una, y áun en un momento, se cae la casa; yo he visto llover y hacer sol, todo á un mesmo punto; tal se acuesta sano la noche, que no se puede mover otro dia. Y díganme: ¿por ventura habrá quien se alabe que tiene echado un clavo á la rodaja de la fortuna? No por cierto; y entre el sí y el no de la mujer, no me atreveria yo á poner una punta de alfiler, porque no cabria. Denme á mí que Quiteria quiera de buen corazon y de buena voluntad á Basilio, que yo le daré á él un saco de buena ventura; que el amor, segun yo he oido decir, mira con unos antojos que hacen parecer oro al cobre, á la pobreza riqueza, y á las lagañas perlas.

—¿Adónde vas á parar, Sancho, que seas maldito! dijo

Don Quijote; que cuando comienzas á ensartar refranes y cuentos, no te puede entender sino el mesmo Júdas, que te lleve. Dime, animal : ¿qué sabes tú de clavos, ni de rodajas, ni de otra cosa ninguna?

—¡Oh! pues si no me entienden, respondió Sancho, no es maravilla que mis sentencias sean tenidas por disparates; pero no importa : yo me entiendo, y sé que no he dicho muchas necedades en lo que he dicho, sino que vuesa merced, señor mio, siempre es friscal de mis dichos, y áun de mis hechos.

—*Fiscal* has de decir, dijo Don Quijote, que no *friscal*, prevaricador del buen lenguaje, que Dios te confunda.

—No se apunte vuesa merced conmigo, respondió Sancho, pues sabe que no me he criado en la Corte ni he estudiado en Salamanca, para saber si añado ó quito alguna letra á mis vocablos. Sí, que ¡válgame Dios! no hay para qué obligar al sayagues á que hable como el toledano; y toledanos puede haber que no las corten en el aire en esto del hablar polido.

—Así es, dijo el Licenciado; porque no pueden hablar tan bien los que se crian en las Tenerías y en Zocodover, como los que se pasean casi todo el dia por el claustro de la Iglesia mayor, y todos son toledanos. El lenguaje puro, el propio, el elegante y claro está en los discretos cortesanos, aunque hayan nacido en Majalahonda : dije discretos, porque hay muchos que no lo son, y la discrecion es la gramática del buen lenguaje, que se acompaña con el uso. Yo, señores, por mis pecados, he estudiado cánones en Salamanca, y pícome algun tanto de decir mi razon con palabras claras, llanas y significantes.

—Si no os picárades más de saber menear las negras que llevais, que la lengua, dijo el otro estudiante, vos llevárades el primero en licencias, como llevastes cola.

—Mirad, Bachiller Corchuelo, respondió el Licenciado: vos estais en la más errada opinion del mundo acerca de la destreza de la espada, teniéndola por vana.

—Para mí no es opinion, sino verdad asentada, replicó Corchuelo; y si quereis que os la muestre con la experiencia, espadas traeis, comodidad hay; yo pulsos y fuerzas tengo, que, acompañadas de mi ánimo, que no es poco, os harán confesar que yo no me engaño. Apeaos, y usad de vuestro compas de piés, de vuestros círculos y vuestros ángulos y ciencia; que yo espero de haceros ver estrellas á mediodía, con mi destreza mostrenca y zafia, en quien espero, despues de Dios, que está por nacer hombre que me haga volver las espaldas, y que no le hay en el mundo á quien yo no le haga perder tierra.

—En eso de volver ó no las espaldas, no me meto, replicó el diestro; porque podria ser que en la parte donde la vez primera clavásedes el pié, allí os abriesen la sepultura; quiero decir, que allí quedásedes muerto por la despreciada destreza.

—Ahora se verá», respondió Corchuelo: y apeándose con gran presteza de su jumento, tiró con furia de una de las espadas que llevaba el Licenciado en el suyo.

«No ha de ser así, dijo á este instante Don Quijote; que yo quiero ser el maestro desta esgrima, y el juez desta muchas veces no averiguada cuestion»: y apeándose de Rocinante y asiendo de su lanza, se puso en la mitad del camino, á tiempo que ya el Licenciado, con gentil donaire de cuerpo y compas de piés, se iba contra Corchuelo, que contra él

se vino, lanzando, como decirse suele, fuego por los ojos.

Los otros dos labradores del acompañamiento, sin apearse de sus pollinas, sirvieron de aspetatores en la mortal tragedia.

Las cuchilladas, estocadas, altibajos, reveses y mandobles que tiraba Corchuelo, eran sin número, más espesos que hígado y más menudos que granizo. Arremetia como un leon irritado; pero salíale al encuentro un tapaboca de la zapatilla de la espada del Licenciado, que en mitad de su furia le detenia, y se la hacia besar como si fuera reliquia, aunque no con tanta devocion como las reliquias deben y suelen besarse. Finalmente, el Licenciado le contó á estocadas todos los botones de una media sotanilla que traia vestida, haciéndole tiras los faldamentos, como colas de pulpo; derribóle el sombrero dos veces, y cansóle de manera, que de despecho, cólera y rabia, asió la espada por la zapatilla, y arrojóla por el aire con tanta fuerza, que uno de los labradores asistentes, que era escribano y fué por ella, dió despues por testimonio que la alongó de sí casi tres cuartos de legua, el cual testimonio sirve y ha servido para que se conozca y vea con toda verdad cómo la fuerza es vencida del arte.

Sentóse cansado Corchuelo, y llegándose á él Sancho, le dijo: «Mia fe, señor Bachiller, si vuesa merced toma mi consejo, de aquí adelante no ha de desafiar á nadie á esgrimir, sino á luchar ó á tirar la barra, pues tiene edad y fuerzas para ello; que destos á quien llaman diestros, he oido decir que meten una punta de una espada por el ojo de una aguja.

—Yo me contento, respondió Corchuelo, de haber caido de mi burra, y de que me haya mostrado la experiencia la verdad, de quien tan léjos estaba.»

Y levantándose, abrazó al Licenciado y quedaron más amigos que de ántes; y no queriendo esperar al escribano, que habia ido por la espada, por parecerles que tardaria mucho (y así fué), determinaron seguir, por llegar temprano á la aldea de Quiteria, de donde todos eran.

En lo que faltaba del camino les fué contando el Licenciado las excelencias de la espada, con tantas razones demostrativas y con tantas figuras y demostraciones matemáticas, que todos quedaron enterados de la bondad de la ciencia, y Corchuelo reducido de su pertinacia.

Era anochecido; pero ántes que llegasen, les pareció á todos que estaba delante del pueblo un cielo lleno de inumerables y resplandecientes estrellas. Oyeron asimismo confusos y suaves sonidos de diversos instrumentos, como de flautas, tamborinos, salterios, albogues, panderos y sonajas; y cuando llegaron cerca, vieron que los árboles de una enramada, que á mano habian puesto á la entrada del pueblo, estaban todos llenos de luminarias, á quien no ofendia el viento, que entónces no soplaba sino tan manso, que no tenia casi fuerza para mover las hojas de los árboles. Los músicos y danzantes eran los regocijadores de la boda; que en diversas cuadrillas por aquel agradable sitio andaban, unos bailando y otros cantando, y otros tocando la diversidad de los referidos instrumentos. En efecto, no parecia sino que por todo aquel prado andaba corriendo la alegría y saltando el contento. Otros muchos andaban ocupados en levantar andamios, de donde con comodidad pudiesen ver otro dia las representaciones y danzas que se habian de hacer en aquel lugar, dedicado para solenizar las bodas del rico Camacho y las exequias de Basilio. No quiso entrar en el lugar Don Quijote,

aunque se lo pidieron así el labrador como el Bachiller; pero él dió por disculpa, bastantísima á su parecer, ser costumbre de los caballeros andantes dormir por los campos y florestas ántes que en los poblados, aunque fuese debajo de dorados techos; y con esto se desvió un poco del camino, bien contra la voluntad de Sancho, viniéndosele á la memoria el buen alojamiento que habia tenido en el castillo ó casa de don Diego.

CAPITULO XX.

Donde se cuentan las bodas de Camacho el Rico, con el suceso de Basilio el Pobre.

Apénas la blanca Aurora habia dado lugar á que el luciente Febo con el ardor de sus calientes rayos las líquidas perlas de sus cabellos de oro enjugase, cuando Don Quijote, sacudiendo la pereza de sus miembros, se puso en pié y llamó á su escudero Sancho, que áun todavía roncaba, lo cual, visto por Don Quijote, ántes que le despertase le dijo: «¡Oh tú, bienaventurado sobre cuantos viven sobre la haz de la tierra, pues sin tener invidia ni ser invidiado, duermes con sosegado espíritu, ni te persiguen encantadores ni sobresaltan encantamentos! Duerme, digo una vez, y lo diré otras ciento, sin que te tengan en contínua vigilia celos de tu dama, ni te desvelen pensamientos de pagar deudas que debas, ni de lo que has de hacer para comer otro dia tú y tu pequeña y angustiada familia. Ni la ambicion te inquieta, ni la pompa vana del mundo te fatiga, pues los límites de tus deseos no se extienden á más que á pensar tu jumento; que el de tu persona sobre mis hombros le tienes puesto:

contrapeso y carga que puso la naturaleza y la costumbre á los señores. Duerme el criado, y está velando el señor, pensando cómo le ha de sustentar, mejorar, y hacer mercedes. La congoja de ver que el cielo se hace de bronce, sin acudir á la tierra con el conveniente rocío, no aflige al criado, sino al señor, que ha de sustentar en la esterilidad y hambre al que le sirvió en la fertilidad y abundancia. »

A todo esto no respondió Sancho, porque dormia; ni despertara tan presto, si Don Quijote, con el cuento de la lanza, no le hiciera volver en sí. Despertó en fin, soñoliento y perezoso, y volviendo el rostro á todas partes, dijo: « De la parte desta enramada, si no me engaño, sale un tufo y olor, harto más de torreznos asados que de juncia y tomillos: bodas que por tales olores comienzan, para mi santiguada que deben de ser abundantes y generosas.

—Acaba, gloton, dijo Don Quijote: ven, iremos á ver estos desposorios, por ver lo que hace el desdeñado Basilio.

—Mas que haga lo que quisiere, respondió Sancho: no fuera él pobre, y casárase con Quiteria. ¿No hay más sino no tener un cuarto, y querer casarse por las nubes! A la fe, señor, yo soy de parecer que el pobre debe de contentarse con lo que hallare, y no pedir cotufas en el golfo. Yo apostaré un brazo, que puede Camacho envolver en reales á Basilio: y si esto es así, como debe de ser, bien boba fuera Quiteria en desechar las galas y las joyas que le debe de haber dado y le puede dar Camacho, por escoger el tirar de la barra y el jugar de la negra de Basilio. Sobre un buen tiro de barra, ó sobre una gentil treta de espada, no dan un cuartillo de vino en la taberna. Habilidades y gracias que no son vendibles, más vale que las tenga el Conde Dírlos; pues

cuando las tales gracias caen sobre quien tiene buen dinero, tal sea mi vida como ellas parecen. Sobre un buen cimiento se puede levantar un buen edificio, y el mejor cimiento y zanja del mundo es el dinero.

—Por quien Dios es, Sancho, dijo á esta sazon Don Quijote, que concluyas con tu arenga; que tengo para mí que si te dejasen seguir en las que á cada paso comienzas, no te quedaria tiempo para comer ni para dormir; que todo le gastarias en hablar.

—Si vuesa merced tuviera buena memoria, replicó Sancho, debiérase acordar de los capítulos de nuestro concierto ántes que esta última vez saliésemos de casa: uno dellos fué, que me habia de dejar hablar todo aquello que quisiese, con que no fuese contra el prójimo ni contra la autoridad de vuesa merced; y hasta agora, me parece que no he contravenido contra el tal capítulo.

—Yo no me acuerdo, Sancho, respondió Don Quijote, del tal capítulo: y puesto que sea así, quiero que calles y vengas; que ya los instrumentos que anoche oimos, vuelven á alegrar los valles; y sin duda los desposorios se celebrarán en el frescor de la mañana, y no en el calor de la tarde.»

Hizo Sancho lo que su señor le mandaba, y poniendo bien la silla á Rocinante y la albarda al Rucio, subieron los dos, y paso ante paso se fueron entrando por la enramada. Lo primero que se ofreció á la vista de Sancho fué, espetado en un asador de un olmo entero, un entero novillo; y en el fuego donde se habia de asar ardia un mediano monte de leña; y seis ollas, que alrededor de la hoguera estaban, no se habian hecho en la comun turquesa de las demas ollas, porque eran seis medias tinajas, que cada una cabia un ras-

tro de carne : así embebian y encerraban en sí carneros enteros, sin echarse de ver, como si fueran palominos : las liebres ya sin pellejo y las gallinas sin pluma, que estaban colgadas por los árboles para sepultarlas en las ollas, no tenian número; los pájaros y caza de diversos géneros eran infinitos, colgados de los árboles, para que el aire los enfriase. Contó Sancho más de sesenta zaques, de más de á dos arrobas cada uno, y todos llenos, segun despues pareció, de generosos vinos : así habia rimeros de pan blanquísimo como suele haber montones de trigo en las eras : los quesos, puestos como ladrillos en tejares, formaban una muralla; y dos calderas de aceite, mayores que las de un tinte, servian de freir cosas de masa, que con dos valientes palas las sacaban fritas y las zabullian en otra caldera de preparada miel, que allí junto estaba. Los cocineros y cocineras pasaban de cincuenta, todos limpios, todos diligentes, y todos contentos. En el dilatado vientre del novillo estaban doce tiernos y pequeños lechones, que, cosido por encima, servian de darle sabor y enternecerle : las especias de diversas suertes no parecia haberlas comprado por libras, sino por arrobas, y todas estaban de manifiesto en una grande arca. Finalmente, el aparato de la boda era rústico, pero tan abundante, que podia sustentar á un ejército.

Todo lo miraba Sancho Panza, y todo lo contemplaba, y de todo se aficionaba. Primero le cautivaron y rindieron el deseo las ollas, de quien él tomara de bonísima gana un mediano puchero; luego le aficionaron la voluntad los zaques, y últimamente las frutas de sarten, si es que se podian llamar sartenes las tan orondas calderas : y así, sin poderlo sufrir, ni ser en su mano hacer otra cosa, se llegó á uno de

los solícitos cocineros, y con corteses y hambrientas razones le rogó le dejase mojar un mendrugo de pan en una de aquellas ollas.

A lo que el cocinero respondió: « Hermano, este dia no es de aquellos sobre quien tiene juridicion la hambre, merced al rico Camacho: apeaos y mirad si hay por ahí un cucharon, y espumad una gallina ó dos, y buen provecho os hagan.

—No veo ninguno, respondió Sancho.

—Esperad, dijo el cocinero: ¡pecador de mí! y ¡qué melindroso y para poco debeis de ser! » Y diciendo esto, asió de un caldero, y encajándole en una de las medias tinajas, sacó en él tres gallinas y dos gansos, y dijo á Sancho: « Comed, amigo, y desayunaos con esta espuma, en tanto que se llega la hora del yantar.

—No tengo en qué echarla, respondió Sancho.

—Pues llevaos, dijo el cocinero, la cuchara y todo; que la riqueza y el contento de Camacho todo lo suple. »

En tanto, pues, que esto pasaba Sancho, estaba Don Quijote mirando cómo por una parte de la enramada entraban hasta doce labradores sobre doce hermosísimas yeguas, con ricos y vistosos jaeces de campo y con muchos cascabeles en los petrales, y todos vestidos de regocijo y fiesta, los cuales, en concertado tropel, corrieron, no una, sino muchas carreras por el prado con regocijada algazara y grita, diciendo: «¡Vivan Camacho y Quiteria: él tan rico como ella hermosa, y ella la más hermosa del mundo!»

Oyendo lo cual Don Quijote, dijo entre sí: «Bien parece que éstos no han visto á mi Dulcinea del Toboso; que si la hubieran visto, ellos se fueran á la mano en las alabanzas desta su Quiteria.»

De allí á poco comenzaron á entrar por diversas partes de la enramada muchas y diferentes danzas, entre las cuales venia una de espadas, de hasta veinte y cuatro zagales, de gallardo parecer y brío, todos vestidos de delgado y blanquísimo lienzo, con sus paños de tocar, labrados de várias colores de fina seda; y al que los guiaba, que era un ligero mancebo, preguntó uno de los de las yeguas si se habia herido alguno de los danzantes. «Por ahora ¡bendito sea Dios! no se ha herido nadie, todos vamos sanos»: y luego comenzó á enredarse con los demas compañeros, con tantas vueltas y con tanta destreza, que aunque Don Quijote estaba hecho á ver semejantes danzas, ninguna le habia parecido tan bien como aquella.

Tambien le pareció bien otra que entró, de doncellas hermosísimas, tan mozas, que, al parecer, ninguna bajaba de catorce ni llegaba á diez y ocho años, vestidas todas de palmilla verde, los cabellos, parte tranzados y parte sueltos, pero todos tan rubios, que con los del sol podian tener competencia, sobre los cuales traian guirnaldas, de jazmines, rosas, amaranto y madreselva compuestas. Guiábanlas un venerable viejo y una anciana matrona, pero más ligeros y sueltos que sus años prometian. Hacíales el són una gaita zamorana; y ellas, llevando en los rostros y en los ojos á la honestidad, y en los piés á la ligereza, se mostraban las mejores bailadoras del mundo.

Tras ésta entró otra danza de artificio y de las que llaman habladas. Era de ocho ninfas, repartidas en dos hileras: de la una hilera era guía el dios Cupido, y de la otra el Interes; aquél adornado de alas, arco, aljaba y saetas; éste vestido de ricas y diversas colores de oro y seda. Las ninfas

que al Amor seguian, traian á las espaldas en pergamino blanco y letras grandes escritos sus nombres. *Poesía* era el título de la primera; el de la segunda, *Discrecion;* el de la tercera, *Buen linaje;* el de la cuarta, *Valentía.* Del modo mismo venian señaladas las que al Interes seguian. Decia *Liberalidad*, el título de la primera; *Dádiva*, el de la segunda; *Tesoro*, el de la tercera; y el de la cuarta, *Posesion pacífica.* Delante de todos venia un castillo de madera, á quien tiraban cuatro salvajes, todos vestidos de hiedra y de cáñamo teñido de verde, tan al natural, que por poco espantaran á Sancho. En la frontera del castillo y en todas las otras paredes de su cuadro traia escrito: *Castillo del Buen Recato.* Hacíanles el són cuatro diestros tañedores de tamboril y flauta.

Comenzaba la danza Cupido, y habiendo hecho dos mudanzas, alzaba los ojos y flechaba el arco contra una doncella que se ponia entre las almenas del castillo, á la cual desta suerte dijo:

«Yo soy el dios poderoso
En el aire y en la tierra,
Y en el ancho mar undoso,
Y en cuanto el abismo encierra
En su báratro espantoso.
»Nunca conocí qué es miedo;
Todo cuanto quiero puedo,
Aunque quiera lo imposible,
Y en todo lo que es posible
Mando, quito, pongo y vedo.»

Acabó la copla, disparó una flecha por lo alto del castillo, y retiróse á su puesto. Salió luego el Interes y hizo otras dos mudanzas; callaron los tamborinos, y él dijo:

«Soy quien puede más que Amor,
Y es amor el que me guía;
Soy de la estirpe mejor
Que el cielo en la tierra cria,
Más conocida y mayor.
»Soy el Interes, con quien
Pocos suelen obrar bien,
Y obrar sin mí es gran milagro;
Y cual soy te me consagro
Por siempre jamas, amén.»

Retiróse el Interes, y hízose adelante la Poesía, la cual, despues de haber hecho sus mudanzas como los demas, puestos los ojos en la doncella del castillo, dijo:

«En dulcísimos concetos
La dulcísima Poesía,
Altos, graves y discretos,
Señora, el alma te envia,
Envuelta entre mil sonetos.
»Si acaso no te importuna
Mi porfía, tu fortuna,
De otras muchas invidiada,
Será por mí levantada
Sobre el cerco de la luna.»

Desvióse la Poesía, y de la parte del Interes salió la Liberalidad, y despues de hechas sus mudanzas, dijo:

«Llaman Liberalidad
Al dar que el extremo huye
De la prodigalidad,
Y del contrario, que arguye
Tibia y floja voluntad.
»Mas yo, por te engrandecer,
De hoy más pródiga he de ser;
Que aunque es vicio, es vicio honrado
Y de pecho enamorado,
Que en el dar se echa de ver.»

Deste modo salieron y se retiraron todas las figuras de las dos escuadras, y cada una hizo sus mudanzas y dijo sus versos, algunos elegantes y algunos ridículos, y sólo tomó de memoria Don Quijote (que la tenia grande) los ya referidos; y luego se mezclaron todos, haciendo y deshaciendo lazos con gentil donaire y desenvoltura: y cuando pasaba el Amor por delante del castillo, disparaba por alto sus flechas; pero el Interes quebraba en él alcancías doradas. Finalmente, despues de haber bailado un buen espacio, el Interes sacó un bolson, que le formaba el pellejo de un gran gato romano, que parecia estar lleno de dineros; y arrojándole al castillo, con el golpe se desencajaron las tablas y se cayeron, dejando á la doncella descubierta y sin defensa alguna. Llegó el Interes con las figuras de su valía, y echándola una gran cadena de oro al cuello, mostraron prenderla, rendirla y cautivarla, lo cual, visto por el Amor y sus valedores, hicieron ademan de quitársela; y todas las demostraciones que hacian eran al són de los tamborinos, bailando y danzando concertadamente. Pusiéronlos en paz los salvajes, los cuales, con mucha presteza, volvieron á armar y á encajar las tablas del castillo, y la doncella se encerró en él, como primero, y con esto se acabó la danza, con gran contento de los que la miraban.

Preguntó Don Quijote á una de las ninfas que quién la habia compuesto y ordenado. Respondióle que un beneficiado de aquel pueblo, que tenia gentil caletre para semejantes invenciones.

«Yo apostaré, dijo Don Quijote, que debe de ser más amigo de Camacho que de Basilio el tal bachiller ó beneficiado, y que debe de tener más de satírico que de vísperas:

¡bien ha encajado en la danza las habilidades de Basilio y las riquezas de Camacho!»

Sancho Panza, que lo escuchaba todo, dijo: «El rico es mi gallo: á Camacho me atengo.

—En fin, dijo Don Quijote, bien se parece, Sancho, que eres villano y de aquellos que dicen: «¡viva quien vence!»

—No sé de los que soy, respondió Sancho; pero bien sé que nunca de ollas de Basilio sacaré yo tan elegante espuma como es ésta, que he sacado de las de Camacho»; y enseñóle el caldero lleno de gansos y de gallinas; y asiendo de una, comenzó á comer con mucho donaire y gana, y dijo: «¡A la barba de las habilidades de Basilio! que tanto vales cuanto tienes, y tanto tienes cuanto vales. Dos linajes solos hay en el mundo, como decia una agüela mia, que son el tener y el no tener; aunque ella al del tener se atenia; y el dia de hoy, mi señor Don Quijote, ántes se toma el pulso al haber que al saber: un asno cubierto de oro parece mejor que un caballo enalbardado. Así que, vuelvo á decir que á Camacho me atengo, de cuyas ollas son abundantes espumas gansos y gallinas, liebres y conejos; y de las de Basilio serán, si viene á mano, y aunque no venga sino al pié, aguachirle.

—¿Has acabado tu arenga, Sancho? dijo Don Quijote.

—Habréla acabado, respondió Sancho, porque veo que vuesa merced recibe pesadumbre con ella; que si esto no se pusiera de por medio, obra habia cortada para tres dias.

—¡Plega á Dios, Sancho, replicó Don Quijote, que yo te vea mudo ántes que me muera!

—Al paso que llevamos, respondió Sancho, ántes que vuesa merced se muera, estaré yo mascando barro; y entónces podrá ser que esté tan mudo, que no hable palabra

hasta la fin del mundo, ó por lo ménos, hasta el dia del juicio.

—Aunque eso así suceda ¡oh Sancho! respondió Don Quijote, nunca llegará tu silencio á do ha llegado lo que has hablado, hablas y tienes de hablar en tu vida; y más, que está muy puesto en razon natural que primero llegue el dia de mi muerte que el de la tuya: y así, jamas pienso verte mudo, ni áun cuando estés bebiendo ó durmiendo, que es lo que puedo encarecer.

—A buena fe, señor, respondió Sancho, que no hay que fiar en la descarnada, digo, en la muerte, la cual tan bien come cordero como carnero; y á nuestro cura he oido decir que con igual pié pisaba las altas torres de los reyes como las humildes chozas de los pobres. Tiene esta señora más de apetito que de melindre; no es nada asquerosa, de todo come y á todo hace, y de toda suerte de gentes, edades y preeminencias, hinche sus alforjas. No es segador que duerme las siestas; que á todas horas siega y corta, así la seca como la verde yerba; y no parece que masca, sino que engulle y traga cuanto se le pone delante, porque tiene hambre canina, que nunca se harta; y aunque no tiene barriga, da á entender que está hidrópica y sedienta de beberse sola las vidas de cuantos viven, como quien se bebe un jarro de agua fria.

—No más, Sancho, dijo á este punto Don Quijote: tente en buenas y no te dejes caer; que en verdad que lo que has dicho de la muerte por tus rústicos términos, es lo que pudiera decir un buen predicador. Dígote, Sancho, que si como tienes buen natural, tuvieras discrecion, pudieras tomar un púlpito en la mano y irte por ese mundo predicando lindezas.

—Bien predica quien bien vive, respondió Sancho, y yo no sé otras tologías.

—Ni las has menester, dijo Don Quijote; pero yo no acabo de entender ni alcanzar cómo, siendo el principio de la sabiduría el temor de Dios, tú, que temes más á un lagarto que á él, sabes tanto.

—Juzgue vuesa merced, señor, de sus caballerías, respondió Sancho, y no se meta en juzgar de los temores ó valentías ajenas; que tan gentil temeroso soy yo de Dios como cada hijo de vecino; y déjeme vuesa merced despabilar esta espuma; que lo demas todas son palabras ociosas, de que nos han de pedir cuenta en la otra vida»: y diciendo esto, comenzó de nuevo á dar asalto á su caldero, con tan buenos alientos, que despertó los de Don Quijote, y sin duda le ayudara, si no lo impidiera lo que es fuerza se diga adelante.

CAPITULO XXI.

Donde se prosiguen las bodas de Camacho, con otros gustosos sucesos.

Cuando estaban Don Quijote y Sancho en las razones referidas en el capítulo antecedente, se oyeron grandes voces y gran ruido, y dábanlas y causábanle los de las yeguas, que con larga carrera y grita iban á recebir á los novios, que, rodeados de mil géneros de instrumentos y de invenciones, venian, acompañados del Cura y de la parentela de entrambos, y de toda la gente más lucida de los lugares circunvecinos, todos vestidos de fiesta. Y como Sancho vió á la novia, dijo: «A buena fe, que no viene vestida de labradora, sino de garrida palaciega. Pardiez que, segun diviso, que

las patenas, que habia de traer, son ricos corales, y la palmilla verde de Cuenca es terciopelo de treinta pelos. Y ¡montas, que la guarnicion es de tiras de lienzo blanco! Voto á mí que es de raso. Pues ¡tomadme las manos, adornadas con sortijas de azabache! No medre yo, si no son anillos de oro, y muy de oro; y empedrados con pelras blancas como una cuajada, que cada una debe de valer un ojo de la cara. ¡Oh hideputa, y qué cabellos! que si no son postizos, no los he visto más luengos ni más rubios en toda mi vida. ¡No, sino ponedla tacha en el brío y en el talle, y no la compareis á una palma, que se mueve cargada de racimos de dátiles! que lo mesmo parecen los dijes que trae pendientes de los cabellos y de la garganta. Juro en mi ánima que ella es una chapada moza, y que puede pasar por los bancos de Flándes.»

Rióse Don Quijote de las rústicas alabanzas de Sancho Panza, pareciéndole que, fuera de su señora Dulcinea del Toboso, no habia visto mujer más hermosa jamas. Venia la hermosa Quiteria algo descolorida, y debia de ser de la mala noche que siempre pasan las novias en componerse para el dia venidero de sus bodas. Ibanse acercando á un teatro, que á un lado del prado estaba, adornado de alfombras y ramos, adonde se habian de hacer los desposorios, y de donde habian de mirar las danzas y las invenciones; y á la sazon que llegaban al puesto, oyeron á sus espaldas grandes voces, y una que decia : «Esperaos un poco, gente tan inconsiderada como presurosa.» A cuyas voces y palabras todos volvieron la cabeza, y vieron que las daba un hombre, vestido, al parecer, de un sayo negro, jironado de carmesí á llamas. Venia coronado (como se vió luego) con una corona de funesto cipres; en las manos traia un baston grande. En lle-

gando más cerca, fué conocido de todos por el gallardo Basilio, y todos estuvieron suspensos, esperando en qué habian de parar sus voces y sus palabras, temiendo algun mal suceso de su venida en sazon semejante.

Llegó en fin, cansado y sin aliento; y puesto delante de los desposados, hincando el baston en el suelo, que tenia el cuento de una punta de acero, mudada la color, puestos los ojos en Quiteria, con voz tremente y ronca estas razones dijo : «Bien sabes, desconocida Quiteria, que conforme á la santa ley que profesamos, viviendo yo, tú no puedes tomar esposo; y juntamente no ignoras que por esperar yo que el tiempo y mi diligencia mejorasen los bienes de mi fortuna, no he querido dejar de guardar el decoro que á tu honra convenia; pero tú, echando á las espaldas todas las obligaciones que debes á mi buen deseo, quieres hacer señor de lo que es mio á otro, cuyas riquezas le sirven, no sólo de buena fortuna, sino de bonísima ventura : y para que la tenga colmada (y no como yo pienso que la merece, sino como se la quieren dar los cielos), yo por mis manos desharé el imposible, ó el inconveniente, que pueda estorbársela, quitándome á mí de por medio. ¡Viva, viva el rico Camacho con la ingrata Quiteria largos y felices siglos! y ¡muera, muera el pobre Basilio, cuya pobreza cortó las alas de su dicha y le puso en la sepultura!» Y diciendo esto, asió del baston que tenia hincado en el suelo, y quedándose la mitad dél en la tierra, mostró que servia de vaina á un mediano estoque, que en él se ocultaba; y puesta la que se podia llamar empuñadura en el suelo, con ligero desenfado y determinado propósito se arrojó sobre él, y en un punto mostró la punta sangrienta á las espaldas con la mitad de la acerada cuchilla,

quedando el triste bañado en su sangre y tendido en el suelo, de sus mismas armas traspasado.

Acudieron luego sus amigos á favorecerle, condolidos de su mísera y lastimosa desgracia; y dejando Don Quijote á Rocinante, acudió á sostenerle y le tomó en sus brazos, y halló que áun no habia espirado. Quisiéronle sacar el estoque; pero el Cura, que estaba presente, fué de parecer que no se le sacasen ántes de confesarle, porque el sacársele y el espirar seria todo á un tiempo.

Pero volviendo un poco en sí Basilio, con voz doliente y desmayada dijo: «Si quisieses, cruel Quiteria, darme en este último y forzoso trance la mano de esposa, áun pensaria que mi temeridad tendria disculpa, pues en ella alcancé el bien de ser tuyo.»

El Cura, oyendo lo tal, le dijo que atendiese á la salud del alma ántes que á los gustos del cuerpo, y que pidiese muy de veras á Dios perdon de sus pecados y de su desesperada determinacion. A lo cual replicó Basilio que en ninguna manera se confesaria, si primero Quiteria no le daba la mano de ser su esposa; que aquel contento le ablandaria la voluntad y le daria aliento para confesarse.

En oyendo Don Quijote la peticion del herido, en altas voces dijo que Basilio pedia una cosa muy justa y puesta en razon, y ademas muy hacedera; y que el señor Camacho quedaria tan honrado recibiendo á la señora Quiteria, viuda del valeroso Basilio, como si la recibiera del lado de su padre. «Aquí no ha de haber más de un sí, que no tenga otro efeto que el pronunciarle, pues el tálamo destas bodas ha de ser la sepultura.»

Todo lo oia Camacho, y todo le tenia suspenso y con-

fuso, sin saber qué hacer ni qué decir; pero las voces de los amigos de Basilio fueron tantas, pidiéndole que consintiese que Quiteria le diese la mano de esposa, porque su alma no se perdiese, partiendo desesperado desta vida, que le movieron, y áun forzaron, á decir que si Quiteria queria dársela, que él se contentaba, pues todo era dilatar por un momento el cumplimiento de sus deseos.

Luego acudieron todos á Quiteria, y unos con ruegos, y otros con lágrimas, y otros con eficaces razones, la persuadian que diese la mano al pobre Basilio; y ella, más dura que un mármol y más sesga que una estátua, mostraba que ni sabia ni podia ni queria responder palabra; ni la respondiera, si el Cura no le dijera que se determinase presto en lo que habia de hacer, porque tenia Basilio ya el alma en los dientes, y no daba lugar á esperar inresolutas determinaciones.

Entónces la hermosa Quiteria, sin responder palabra alguna, turbada, al parecer, triste y pesarosa, llegó donde Basilio estaba, ya los ojos vueltos, el aliento corto y apresurado, murmurando entre los dientes el nombre de Quiteria, dando muestras de morir como gentil, y no como cristiano. Llegó en fin Quiteria, y puesta de rodillas, le pidió la mano por señas, y no por palabras.

Desencajó los ojos Basilio, y mirándola atentamente, le dijo: « ¡Oh Quiteria! ¿que has venido á ser piadosa á tiempo cuando tu piedad ha de servir de cuchillo que me acabe de quitar la vida, pues ya no tengo fuerzas para llevar la gloria que me das en escogerme por tuyo, ni para suspender el dolor que tan apriesa me va cubriendo los ojos con la espantosa sombra de la muerte! Lo que te suplico es ¡oh fatal estrella mia! que la mano que me pides, y quieres darme, no sea

por cumplimiento ni para engañarme de nuevo, sino que confieses y digas que, sin hacer fuerza á tu voluntad, me la entregas y me la das como á tu legítimo esposo; pues no es razon que en un trance como éste me engañes, ni uses de fingimientos con quien tantas verdades ha tratado contigo.» Entre estas razones se desmayaba de modo, que todos los presentes pensaban que cada desmayo se habia de llevar el alma consigo.

Quiteria, toda honesta y toda vergonzosa, asiendo con su derecha mano la de Basilio, le dijo: «Ninguna fuerza fuera bastante á torcer mi voluntad; y así, con la más libre que tengo, te doy la mano de legítima esposa, y recibo la tuya, si es que me la das de tu libre albedrío, sin que la turbe ni contraste la calamidad en que tu discurso acelerado te ha puesto.

—Sí doy, respondió Basilio, no turbado ni confuso, sino con el claro entendimiento que el cielo quiso darme, y así me doy y me entrego por tu esposo.

—Y yo por tu esposa, respondió Quiteria, ahora vivas largos años, ahora te lleven de mis brazos á la sepultura.

—Para estar tan herido este mancebo, dijo á este punto Sancho Panza, mucho habla: háganle que se deje de requiebros y que atienda á su alma; que, á mi parecer, más la tiene en la lengua que en los dientes.»

Estando, pues, asidos de las manos Basilio y Quiteria, el Cura, tierno y lloroso, les echó la bendicion, y pidió al cielo diese buen poso al alma del nuevo desposado... el cual, así como recibió la bendicion, con presta ligereza se levantó en pié, y con no vista desenvoltura se sacó el estoque, á quien servia de vaina su cuerpo. Quedaron todos los circunstantes admirados, y algunos dellos, más simples que curiosos,

en altas voces comenzaron á decir : « ¡Milagro, milagro! »

Pero Basilio replicó : « No milagro, milagro, sino industria, industria. »

El Cura, desatentado y atónito, acudió con ambas manos á tentar la herida, y halló que la cuchilla habia pasado, no por la carne y costillas de Basilio, sino por un cañon hueco de hierro, que lleno de sangre, en aquel lugar bien acomodado tenia, preparada la sangre, segun despues se supo, de modo que no se helase. Finalmente, el Cura y Camacho, con todos los más circunstantes, se tuvieron por burlados y escarnidos. La esposa no dió muestras de pesarle de la burla; ántes, oyendo decir que aquel casamiento, por haber sido engañoso, no habia de ser valedero, dijo que ella le confirmaba de nuevo, de lo cual coligieron todos que de consentimiento y sabiduría de los dos se habia trazado aquel caso, de lo que quedó Camacho y sus valedores tan corridos, que remitieron su venganza á las manos; y desenvainando muchas espadas, arremetieron á Basilio, en cuyo favor en un instante se desenvainaron casi otras tantas; y tomando la delantera á caballo Don Quijote, con la lanza sobre el brazo y bien cubierto de su escudo, se hacia dar lugar de todos. Sancho, á quien jamas pluguieron ni solazaron semejantes fechurías, se acogió á las tinajas, donde habia sacado su agradable espuma, pareciéndole aquel lugar como sagrado que habia de ser tenido en respeto.

Don Quijote á grandes voces decia : « Teneos, señores, teneos; que no es razon tomeis venganza de los agravios que el amor os hace; y advertid que el amor y la guerra son una misma cosa, y así como en la guerra es cosa lícita y acostumbrada usar de ardides y estratagemas para vencer

al enemigo, así en las contiendas y competencias amorosas se tienen por buenos los embustes y marañas que se hacen para conseguir el fin que se desea, como no sean en menoscabo y deshonra de la cosa amada. Quiteria era de Basilio, y Basilio de Quiteria, por justa y favorable disposicion de los cielos. Camacho es rico, y podrá comprar su gusto cuándo, dónde y cómo quisiere. Basilio no tiene más desta oveja, y no se la ha de quitar alguno, por poderoso que sea; que á los dos que Dios junta, no podrá separar el hombre; y el que lo intentare, primero ha de pasar por la punta desta lanza»: y en esto la blandió tan fuerte y tan diestramente, que puso pavor en todos los que no le conocian. Y tan intensamente se fijó en la imaginacion de Camacho el desden de Quiteria, que se la borró de la memoria en un instante; y así, tuvieron lugar con él las persuasiones del Cura, que era varon prudente y bien intencionado, con las cuales quedó Camacho y los de su parcialidad pacíficos y sosegados, en señal de lo cual volvieron las espadas á sus lugares, culpando más á la facilidad de Quiteria que á la industria de Basilio; haciendo discurso Camacho que si Quiteria queria bien á Basilio doncella, tambien le quisiera casada, y que debia de dar gracias al cielo, más por habérsela quitado que por habérsela dado.

Consolado, pues, y pacífico Camacho y los de su mesnada, todos los de la de Basilio se sosegaron; y el rico Camacho, por mostrar que no sentia la burla ni la estimaba en nada, quiso que las fiestas pasasen adelante, como si realmente se desposara; pero no quisieron asistir á ellas Basilio ni su esposa ni secuaces: y así, se fueron á la aldea de Basilio; que tambien los pobres virtuosos y discretos tienen quien

los siga, honre y ampare, como los ricos tienen quien los lisonjee y aplauda. Lleváronse consigo á Don Quijote, estimándole por hombre de valor y de pelo en pecho. A solo Sancho se le escureció el alma, por verse imposibilitado de aguardar la espléndida comida y fiestas de Camacho, que duraron hasta la noche: y así, asendereado y triste, siguió á su señor, que con la cuadrilla de Basilio iba; y así se dejó atras las ollas de Egipto, aunque las llevaba en el alma, cuya ya casi consumida y acabada espuma, que en el caldero llevaba, le representaba la gloria y la abundancia del bien que perdia; y así, congojado y pensativo, aunque sin hambre, sin apearse del Rucio, siguió las huellas de Rocinante.

CAPITULO XXII.

Donde se da cuenta de la grande aventura de la cueva de Montesinos, que está en el corazon de la Mancha, á quien dió felice cima el valeroso Don Quijote.

Grandes fueron y muchos los regalos que los desposados hicieron á Don Quijote, obligados de las muestras que habia dado, defendiendo su causa; y al par de la valentía le graduaron la discrecion, teniéndole por un Cid en las armas y por un Ciceron en la elocuencia. El buen Sancho se refociló tres dias á costa de los novios, de los cuales se supo que no fué traza comunicada con la hermosa Quiteria el herirse fingidamente, sino industria de Basilio, esperando della el mismo suceso que se habia visto; bien es verdad que confesó que habia dado parte de su pensamiento á algunos de sus amigos, para que al tiempo necesario favoreciesen su intencion y abonasen su engaño.

«No se pueden ni deben llamar engaños, dijo Don Qui-

jote, los que ponen la mira en virtuosos fines»; y que el de casarse los enamorados era el fin de más excelencia, advirtiendo que el mayor contrario que el amor tiene es la hambre y la contínua necesidad; porque el amor es todo alegría, regocijo y contento, y más cuando el amante está en posesion de la cosa amada, contra quien son enemigos opuestos y declarados la necesidad y la pobreza; y que todo esto decia con intencion de que se dejase el señor Basilio de ejercitar las habilidades que sabe, que aunque le daban fama, no le daban dineros; y que atendiese á granjear hacienda por medios lícitos é industriosos, que nunca faltan á los prudentes y aplicados. «El pobre honrado (si es que puede ser honrado el pobre) tiene prenda en tener mujer hermosa, que cuando se la quitan, le quitan la honra y se la matan. La mujer hermosa y honrada, cuyo marido es pobre, merece ser coronada con laureles y palmas de vencimiento y triunfo. La hermosura por sí sola atrae las voluntades de cuantos la miran y conocen, y como á señuelo gustoso, se le abaten las águilas reales y los pájaros altaneros; pero si á la tal hermosura se le junta la necesidad y estrecheza, tambien la embisten los cuervos, los milanos y las otras aves de rapiña; y la que está á tantos encuentros firme, bien merece llamarse corona de su marido. Mirad, discreto Basilio, añadió Don Quijote: opinion fué de no sé qué sabio, que no habia en todo el mundo sino una sola mujer buena; y daba por consejo que cada uno pensase y creyese que aquella sola buena era la suya, y así viviria contento. Yo no soy casado, ni estoy agora muy avenido con el pensamiento de serlo; y con todo esto, me atreveria á dar consejo al que me lo pidiese, del modo que habia de buscar la mujer con quien se qui-

siese casar. Lo primero le aconsejaria que mirase más á la fama que á la hacienda, porque la buena mujer no alcanza la buena fama solamente con ser buena, sino con parecerlo; que mucho más dañan á la honra de las mujeres las desenvolturas y libertades públicas, que las maldades secretas. Si traes buena mujer á tu casa, fácil cosa será conservarla, y áun mejorarla, en aquella bondad; pero si la traes mala, en trabajo te pondrá el enmendarla; que no es muy hacedero pasar de un extremo á otro. Yo no digo que sea imposible; pero téngolo por dificultoso.»

Oia todo esto Sancho, y dijo entre sí: «Este mi amo, cuando yo hablo cosas de meollo y de sustancia, suele decir que podria yo tomar un púlpito en las manos, y irme por ese mundo adelante predicando lindezas; y yo digo dél que cuando comienza á enhilar sentencias y á dar consejos, no sólo puede tomar un púlpito en las manos, sino dos en cada dedo, y andarse por esas plazas á ¿qué quieres, boca? ¡Válate el diablo por caballero andante, que tantas cosas sabes! Yo pensaba en mi ánima que sólo podia saber aquello que tocaba á sus caballerías; pero no hay cosa donde no pique, y deje de meter su cucharada.»

Murmuraba esto algo recio Sancho, y entreoyóle su señor, y preguntóle: «¿Qué murmuras, Sancho?

—No digo nada ni murmuro de nada, respondió Sancho; sólo estaba diciendo entre mí que quisiera haber oido lo que vuesa merced aquí ha dicho, ántes que me casara; que quizá dijera yo agora: «el buey suelto bien se lame.»

—¿Tan mala es tu Teresa, Sancho? dijo Don Quijote.

—No es muy mala, respondió Sancho; pero no es muy buena; á lo ménos no es tan buena como yo quisiera.

—Mal haces, Sancho, dijo Don Quijote, en decir mal de tu mujer; que, en efecto, es madre de tus hijos.

—No nos debemos nada, respondió Sancho; que tambien ella dice mal de mí cuando se le antoja, especialmente cuando está celosa; que entónces, súfrala el mesmo Satanas.»

Finalmente, tres dias estuvieron con los novios, donde fueron regalados y servidos como cuerpos de rey. Pidió Don Quijote al diestro Licenciado le diese una guía que le encaminase á la cueva de Montesínos, porque tenia gran deseo de entrar en ella, y ver á ojos vistas si eran verdaderas las maravillas que de ella se decian por todos aquellos contornos. El Licenciado le dijo que le daria á un primo suyo, famoso estudiante, y muy aficionado á leer libros de caballerías, el cual con mucha voluntad le pondria á la boca de la misma cueva, y le enseñaria las lagunas de Ruidera, famosas asimismo en toda la Mancha, y áun en toda España; y díjole que llevaria con él gustoso entretenimiento, á causa que era mozo que sabia hacer libros para imprimir y para dirigirlos á príncipes. Finalmente, el primo vino con una pollina preñada, cuya albarda cubria un gayado tapete ó arpillera.

Ensilló Sancho á Rocinante y aderezó al Rucio, proveyó sus alforjas, á las cuales acompañaron las del primo, asimismo bien proveidas, y encomendándose á Dios y despidiéndose de todos, se pusieron en camino, tomando la derrota de la famosa cueva de Montesínos.

En el camino preguntó Don Quijote al primo de qué género y calidad eran sus ejercicios, su profesion y estudios.

A lo que él respondió que su profesion era ser humanista,

sus ejercicios y estudios componer libros para dar á la estampa, todos de gran provecho y no ménos entretenimiento para la república; que el uno se intitulaba *El de las Libreas*, donde pintaba setecientas y tres libreas, con sus colores, motes y cifras, de donde podian sacar y tomar las que quisiesen, en tiempo de fiestas y regocijos, los caballeros cortesanos, sin andarlas mendigando de nadie, ni lambicando, como dicen, el cerbelo, por sacarlas conformes á sus deseos é intenciones; «porque doy al celoso, al desdeñado, al olvidado y al ausente las que les convienen, que les vendrán más justas que pecadoras. Otro libro tengo tambien, á quien he de llamar *Metamorfóseos*, ó *Ovidio español*, de invencion nueva y rara; porque en él, imitando á Ovidio á lo burlesco, pinto quién fué la Giralda de Sevilla y el Angel de la Madalena, quién el Caño de Vecinguerra de Córdoba, quiénes los Toros de Guisando, la Sierra Morena, las fuentes de Leganitos y Lavapiés en Madrid, no olvidándome de la del Piojo, de la del Caño Dorado y de la Priora; y esto con sus alegorías, metáforas y translaciones, de modo que alegran, suspenden y enseñan á un mismo punto. Otro libro tengo, que le llamo *Suplemento á Virgilio Polidoro* (que trató de la invencion de las cosas), que es de grande erudicion y estudio, á causa que las cosas que se dejó de decir Polidoro de gran sustancia, las averiguo yo y las declaro por gentil estilo. Olvidósele á Virgilio de declararnos quién fué el primero que tuvo catarro en el mundo, y el primero que tomó las unciones para curarse del morbo gálico; y yo lo declaro al pié de la letra, y lo autorizo con más de veinte y cinco autores; porque vea vuesa merced si he trabajado bien, y si ha de ser útil el tal libro á todo el mundo.»

Sancho, que habia estado muy atento á la narracion del primo, le dijo: «Dígame, señor, así Dios le dé buena manderecha en la impresion de sus libros, ¿sabríame decir (que sí sabrá, pues todo lo sabe) quién fué el primero que se rascó en la cabeza? que yo para mí tengo que debió de ser nuestro padre Adan.

—Sí seria, respondió el primo; porque Adan, no hay duda sino que tuvo cabeza y manos; y siendo esto así, y siendo el primer hombre del mundo, alguna vez se rascaria.

—Así lo creo yo, respondió Sancho; pero dígame ahora, ¿quién fué el primer volteador del mundo?

—En verdad, hermano, respondió el primo, que no me sabré determinar por ahora, hasta que lo estudie: yo lo estudiaré, en volviendo adonde tengo mis libros, y yo os satisfaré cuando otra vez nos veamos; que no ha de ser ésta la postrera.

—Pues mire, señor, replicó Sancho, no tome trabajo en esto; que ahora he caido en la cuenta de lo que le he preguntado: sepa que el primer volteador del mundo fué Lucifer, cuando le echaron ó arrojaron del cielo, que vino volteando hasta los abismos.

—Teneis razon, amigo», dijo el primo.

Y dijo Don Quijote: «Esa pregunta y respuesta no es tuya, Sancho; á alguno las has oido decir.

—Calle, señor, replicó Sancho; que, á buena fe, que si me doy á preguntar y á responder, que no acabe de aquí á mañana. Sí, que para preguntar necedades y responder disparates, no he menester yo andar buscando ayuda de vecinos.

—Más has dicho, Sancho, de lo que sabes, dijo Don Quijote; que hay algunos que se cansan en saber y averi-

guar cosas, que, despues de sabidas y averiguadas, no importan un ardite al entendimiento ni á la memoria.»

En estas y otras gustosas pláticas se les pasó aquel dia, y á la noche se albergaron en una pequeña aldea, adonde el primo dijo á Don Quijote, que desde allí á la cueva de Montesínos no habia más de dos leguas; y que si llevaba determinado de entrar en ella, era menester proveerse de sogas, para atarse y descolgarse en su profundidad. Don Quijote dijo que aunque llegase al abismo, habia de ver dónde paraba; y así, compraron casi cien brazas de soga, y otro dia, á las dos de la tarde, llegaron á la cueva, cuya boca es espaciosa y ancha, pero llena de cambroneras y cabrahigos, de zarzas y malezas, tan espesas y intricadas, que de todo en todo la ciegan y encubren.

En viéndola, se apearon el primo, Sancho y Don Quijote, al cual los dos le ataron luego fortísimamente con las sogas; y en tanto que le fajaban y ceñian, le dijo Sancho: « Mire vuesa merced, señor mio, lo que hace; no se quiera sepultar en vida, ni se ponga adonde parezca frasco que le ponen á enfriar en algun pozo. Sí, que á vuesa merced no le toca ni atañe ser el escudriñador desta, que debe de ser peor que mazmorra.

— Ata y calla, respondió Don Quijote; que tal empresa como aquesta, Sancho amigo, para mí estaba guardada. »

Y entónces dijo la guía: « Suplico á vuesa merced, señor Don Quijote, que mire bien y especule con cien ojos lo que hay allá dentro: quizá habrá cosas que las ponga yo en el libro de mis transformaciones.

— En manos está el pandero, que le sabrán bien tañer », respondió Sancho Panza.

Dicho esto, y acabada la ligadura de Don Quijote (que no fué sobre el arnes, sino sobre el jubon de armar), dijo Don Quijote: « Inadvertidos hemos andado en no habernos proveido de algun esquilon pequeño, que fuera atado junto á mí en esta mesma soga, con cuyo sonido se entendiera que todavía bajaba y estaba vivo; pero pues ya no es posible, á la mano de Dios, que me guíe. » Y luego se hincó de rodillas y hizo una oracion en voz baja al cielo, pidiendo á Dios le ayudase y le diese buen suceso en aquella, al parecer, peligrosa y nueva aventura, y en voz alta dijo luego: « ¡Oh señora de mis acciones y movimientos, clarísima y sin par Dulcinea del Toboso! si es posible que lleguen á tus oidos las plegarias y rogaciones deste tu valeroso amante, por tu inaudita belleza te ruego las escuches, que no son otras que rogarte no me niegues tu favor y amparo, ahora que tanto le he menester. Yo voy á despeñarme, á empozarme y á hundirme en el abismo que aquí se me representa, sólo porque conozca el mundo que, si tú me favoreces, no habrá imposible á quien yo no acometa y acabe. »

Y en diciendo esto, se acercó á la sima, y vió no ser posible descolgarse ni hacer lugar á la entrada, si no era á fuerza de brazos ó á cuchilladas; y así, poniendo mano á la espada, comenzó á derribar y á cortar de aquellas malezas que á la boca de la cueva estaban, por cuyo ruido y estruendo salieron por ella una infinidad de grandísimos cuervos ó grajos, tan espesos y con tanta priesa, que dieron con Don Quijote en el suelo: y si él fuera tan agorero como católico cristiano, lo tuviera á mala señal, y excusara de encerrarse en lugar semejante.

Finalmente se levantó; y viendo que no salian más cuer-

vos ni otras aves noturnas, como fueron murciélagos (que asimismo entre los cuervos salieron), dándole soga el primo y Sancho, se dejó calar al fondo de la caverna espantosa; y al entrar, echándole Sancho su bendicion y haciendo sobre él mil cruces, dijo: « Dios te guíe y la Peña de Francia, junto con la Trinidad de Gaeta, flor, nata y espuma de los caballeros andantes. Allá vas, valenton del mundo, corazon de acero, brazos de bronce. Dios te guíe, otra vez, y te vuelva libre, sano y sin cautela á la luz desta vida, que dejas, por enterrarte en esa escuridad, que buscas. » Casi las mismas plegarias y deprecaciones hizo el primo.

Iba Don Quijote dando voces, que le diesen soga y más soga, y ellos se la daban poco á poco; y cuando las voces, que acanaladas por la cueva salian, dejaron de oirse, ya ellos tenian descolgadas las cien brazas de soga. Fueron de parecer de volver á subir á Don Quijote, pues no le podian dar más cuerda; con todo eso, se detuvieron como una hora, al cabo del cual espacio, volvieron á recoger la soga con mucha facilidad y sin peso alguno, señal que les hizo imaginar que Don Quijote se quedaba dentro; y creyéndolo así Sancho, lloraba amargamente y tiraba con mucha priesa, por desengañarse; pero llegando, á su parecer, á poco más de las ochenta brazas, sintieron peso, de que en extremo se alegraron. Finalmente, á las diez vieron distintamente á Don Quijote, á quien dió voces Sancho, diciéndole: « Sea vuesa merced muy bien vuelto, señor mio; que ya pensábamos que se quedaba allá para casta. » Pero no respondia palabra Don Quijote; y sacándole del todo, vieron que traia cerrados los ojos, con muestras de estar dormido.

Tendiéronle en el suelo y desliáronle; y con todo esto, no

despertaba; pero tanto le volvieron y revolvieron, sacudieron y menearon, que al cabo de un buen espacio volvió en sí, desperezándose, bien como si de algun grave y profundo sueño despertara; y mirando á una y otra parte como espantado, dijo: «Dios os lo perdone, amigos; que me habeis quitado de la más sabrosa y agradable vida y vista que ningun humano ha visto ni pasado. En efecto, ahora acabo de conocer que todos los contentos desta vida pasan como sombra y sueño, ó se marchitan como la flor del campo. ¡Oh desdichado Montesínos! ¡Oh mal ferido Durandarte! ¡Oh sin ventura Belerma! ¡Oh lloroso Guadiana, y vosotras, sin dicha, hijas de Ruidera, que mostrais en vuestras aguas la que lloraron vuestros hermosos ojos!...»

Con admiracion escuchaban el primo y Sancho las palabras de Don Quijote, que las decia como si con dolor inmenso las sacara de las entrañas. Suplicáronle les diese á entender lo que decia, y les dijese lo que en aquel infierno habia visto.

«¿Infierno le llamais! dijo Don Quijote; pues no le llameis ansí, porque no lo merece, como luego veréis.» Pidió que le diesen algo de comer; que traia grandísima hambre. Tendieron la arpillera del primo sobre la verde yerba, acudieron á la despensa de sus alforjas, y sentados todos tres, en buen amor y compaña, merendaron y cenaron todo junto. Levantada la arpillera, dijo Don Quijote de la Mancha: «No se levante nadie, y estadme, hijos, los dos atentos.»

CAPITULO XXIII.

De las admirables cosas que el extremado Don Quijote contó que habia visto en la profunda cueva de Montesínos, cuya imposibilidad y grandeza hace que se tenga esta aventura por apócrifa.

Las cuatro de la tarde serian cuando el sol, entre nubes cubierto, con luz escasa y templados rayos dió lugar á Don Quijote para que sin calor y pesadumbre contase á sus dos carísimos oyentes lo que en la cueva de Montesínos habia visto, y comenzó en el modo siguiente:

« A obra de doce ó catorce estados de la profundidad desta mazmorra, á la derecha mano, se hace una concavidad y espacio, capaz de poder caber en ella un gran carro con sus mulas. Entrale una pequeña luz por unos resquicios ó agujeros, que léjos le responden, abiertos en la superficie de la tierra. Esta concavidad y espacio ví yo á tiempo cuando ya iba cansado y mohino de verme, pendiente y colgado de la soga, caminar por aquella escura region abajo, sin llevar cierto ni determinado camino; y así, determiné entrarme en ella y descansar un poco. Dí voces, pidiéndoos que no descolgásedes más soga hasta que yo os lo dijese; pero no debistes de oirme. Fuí recogiendo la soga que enviábades; y haciendo della una rosca ó rimero, me senté sobre él, pensativo ademas, considerando lo que hacer debia para calar al fondo, no teniendo quien me sustentase; y estando en este pensamiento y confusion, de repente y sin procurarlo me salteó un sueño profundísimo, y cuando ménos lo pensaba, sin saber cómo ni cómo no, desperté dél y me hallé en la mitad del más bello, ameno y deleitoso prado que puede

criar la naturaleza, ni imaginar la más discreta imaginacion humana. Despabilé los ojos, limpiémelos, y ví que no dormia, sino que realmente estaba despierto. Con todo esto, me tenté la cabeza y los pechos, por certificarme si era yo mismo el que allí estaba, ó alguna fantasma vana y contrahecha; pero el tacto, el sentimiento, los discursos concertados que entre mí hacia, me certificaron que yo era allí entónces el que soy aquí ahora. Ofrecióseme luego á la vista un real y suntuoso palacio ó alcázar, cuyos muros y paredes parecian de transparente y claro cristal fabricados; del cual, abriéndose dos grandes puertas, vi que por ellas salia, y hácia mí se venia, un venerable anciano, vestido con un capuz de bayeta morada, que por el suelo le arrastraba; ceñíale los hombros y los pechos una beca de colegial, de raso verde; cubríale la cabeza una gorra milanesa negra, y la barba canísima le pasaba de la cintura. No traia arma ninguna, sino un rosario de cuentas en la mano, mayores que medianas nueces, y los dieces asimismo como huevos medianos de avestruz: el continente, el paso, la gravedad y la anchísima presencia, cada cosa de por sí y todas juntas, me suspendieron y admiraron.

»Llegóse á mí, y lo primero que hizo fué abrazarme estrechamente, y luego decirme: «Luengos tiempos há, valeroso caballero Don Quijote de la Mancha, que los que estamos en estas soledades encantados esperamos verte, para que dés noticia al mundo de lo que encierra y cubre la profunda cueva por donde has entrado, llamada la cueva de Montesínos: hazaña sólo guardada para ser acometida de tu invencible corazon y de tu ánimo estupendo. Ven conmigo, señor clarísimo; que te quiero mostrar las maravillas

que este transparente alcázar solapa, de quien yo soy alcaide y guarda mayor perpétua, porque soy el mismo Montesínos, de quien la cueva toma nombre.»

»Apénas me dijo que era Montesínos, cuando le pregunté si fué verdad lo que en el mundo de acá arriba se contaba: que él habia sacado de la mitad del pecho, con una pequeña daga, el corazon de su grande amigo Durandarte, y llevádole á la señora Belerma, como él se lo mandó al punto de su muerte. Respondióme que en todo decian verdad, sino en la daga, porque no fué daga, ni pequeña ni grande, sino un puñal buído, más agudo que una lezna.

—Debia de ser, dijo á este punto Sancho, el tal puñal de Ramon de Hoces, el Sevillano.

—No sé, prosiguió Don Quijote... pero no seria dese puñalero, porque Ramon de Hoces fué ayer, y lo de Roncesvalles, donde aconteció esta desgracia, há muchos años; y esta averiguacion no es de importancia, ni turba ni altera la verdad y contexto de la historia.

—Así es, respondió el primo: prosiga vuesa merced, señor Don Quijote; que le escucho con el mayor gusto del mundo.

—No con menor lo cuento yo, respondió Don Quijote; y así, digo que el venerable Montesínos me metió en el cristalino palacio, donde, en una sala baja, fresquísima sobre modo y toda enlosada de alabastro, estaba un sepulcro de mármol, con gran maestría fabricado, sobre el cual vi á un caballero tendido de largo á largo, no de bronce, ni de mármol, ni de jaspe hecho, como los suele haber en otros sepulcros, sino de pura carne y de puros huesos. Tenia la mano derecha (que á mi parecer es algo peluda y nervosa, señal de tener muchas fuerzas su dueño) puesta sobre el lado

del corazon; y ántes que preguntase nada á Montesínos, viéndome suspenso, mirando al del sepulcro, me dijo: «Este es mi amigo Durandarte, flor y espejo de los caballeros enamorados y valientes de su tiempo; tiénele aquí encantado (como me tiene á mí y á otros muchos y muchas) Merlin, aquel famoso encantador que dicen que fué hijo del diablo; y lo que yo creo es, no que fué hijo del diablo, sino que supo, como dicen, un punto más que el diablo. El cómo ó para qué nos encantó, nadie lo sabe; y ello dirá andando los tiempos, que no están muy léjos, segun imagino. Lo que á mí me admira es, que sé tan cierto como ahora es de dia, que Durandarte acabó los de su vida en mis brazos, y que, despues de muerto, le saqué el corazon con mis propias manos: y en verdad que debia de pesar dos libras, porque, segun los naturales, el que tiene mayor corazon es dotado de mayor valentía del que le tiene pequeño..... Pues siendo esto así, y que realmente murió este caballero, ¿cómo ahora se queja y sospira de cuando en cuando, como si estuviese vivo!» Esto dicho, el mismo Durandarte, dando una gran voz, dijo:

«¡Oh mi primo Montesínos!
Lo postrero que os rogaba,
Que cuando yo fuere muerto,
Y mi ánima arrancada,
Que lleveis mi corazon
Adonde Belerma estaba,
Sacándomele del pecho,
Ya con puñal, ya con daga.»

»Oyendo lo cual el venerable Montesínos, se puso de rodillas ante el lastimado caballero, y con lágrimas en los ojos le dijo: «Ya, señor Durandarte, carísimo primo mio, ya hice

lo que me mandastes en el aciago dia de vuestra pérdida: yo os saqué el corazon lo mejor que pude, sin que os dejase una míníma parte en el pecho; yo le limpié con un pañizuelo de puntas; yo partí con él de carrera para Francia, habiéndoos primero puesto en el seno de la tierra, con tantas lágrimas, que fueron bastantes á lavarme las manos y limpiarme con ellas la sangre que tenian de haberos andado en las entrañas: y por más señas, primo de mi alma, en el primero lugar que topé, saliendo de Roncesvalles, eché un poco de sal en vuestro corazon, porque no oliese mal, y fuese, si no fresco, á lo ménos amojamado á la presencia de la señora Belerma, á la cual, con vos y conmigo, y con Guadiana, vuestro escudero, y con la dueña Ruidera y sus siete hijas y dos sobrinas, y con otros muchos de vuestros conocidos y amigos, nos tiene aquí encantados el sabio Merlin, há muchos años; y aunque pasan de quinientos, no se ha muerto ninguno de nosotros; solamente faltan Ruidera y sus hijas y sobrinas, las cuales llorándoos, por compasion que debió de tener Merlin dellas, las convirtió en otras tantas lagunas, que ahora en el mundo de los vivos y en la provincia de la Mancha las llaman las lagunas de Ruidera: las siete hijas son de los reyes de España, y las dos sobrinas de los caballeros de una Orden santísima, que llaman de San Juan. Guadiana, vuestro escudero, plañendo asimesmo vuestra desgracia, fué convertido en un rio llamado de su mesmo nombre, el cual, cuando llegó á la superficie de la tierra y vió el sol del otro cielo, fué tanto el pesar que sintió de ver que os dejaba, que se sumergió en las entrañas de la tierra; pero, como no es posible dejar de acudir á su natural corriente, de cuando en cuando sale y se muestra donde el sol

y las gentes le vean. Vanle administrando de sus aguas las referidas lagunas, con las cuales, y con otras muchas que se le llegan, entra pomposo y grande en Portugal. Pero, con todo esto, por donde quiera que va, muestra su tristeza y melancolía; y no se precia de criar en sus aguas peces regalados y de estima, sino burdos y desabridos, bien diferentes de los del Tajo dorado; y esto que agora os digo ¡oh primo mio! os lo he dicho muchas veces; y como no me respondeis, imagino que no me dais crédito ó no me oís, de lo que yo recibo tanta pena cual Dios lo sabe. Unas nuevas os quiero dar ahora, las cuales, ya que no sirvan de alivio á vuestro dolor, no os le aumentarán en ninguna manera. Sabed que teneis aquí en vuestra presencia (y abrid los ojos y veréislo) aquel gran caballero, de quien tantas cosas tiene profetizadas el sabio Merlin; aquel Don Quijote de la Mancha, digo, que de nuevo, y con mayores ventajas que en los pasados siglos, ha resucitado en los presentes la ya olvidada andante caballería, por cuyo medio y favor podria ser que nosotros fuésemos desencantados; que las grandes hazañas para los grandes hombres están guardadas.

»—Y cuando así no sea, respondió el lastimado Durandarte con voz desmayada y baja; cuando así no sea ¡oh primo! digo, paciencia y barajar»; y volviéndose de lado; tornó á su acostumbrado silencio, sin hablar más palabra. Oyéronse en esto grandes alaridos y llantos, acompañados de profundos gemidos y angustiados sollozos. Volví la cabeza, y ví por las paredes de cristal que por otra sala pasaba una procesion de dos hileras de hermosísimas doncellas, todas vestidas de luto, con turbantes blancos sobre las cabezas, al modo turquesco. Al cabo y fin de las hileras venia una señora, que en la gra-

vedad lo parecia, asimismo vestida de negro, con tocas blancas, tan tendidas y largas, que besaban la tierra. Su turbante era mayor dos veces que el mayor de alguna de las otras; era cejijunta, la nariz algo chata, la boca grande, pero colorados los labios; los dientes, que tal vez los descubria, mostraban ser ralos y no bien puestos, aunque eran blancos como unas peladas almendras; traia en las manos un lienzo delgado, y entre él, á lo que pude divisar, un corazon de carne momia, segun venia seco y amojamado. Díjome Montesínos cómo toda aquella gente de la procesion eran sirvientes de Durandarte y de Belerma, que allí con sus dos señores estaban encantados, y que la última, que traia el corazon entre el lienzo y en las manos, era la señora Belerma, la cual con sus doncellas, cuatro dias en la semana, hacia aquella procesion, y cantaban, ó por mejor decir, lloraban endechas sobre el cuerpo y sobre el lastimado corazon de su primo; y que si me habia parecido algo fea, ó no tan hermosa como tenia la fama, era la causa las malas noches y peores dias que en aquel encantamento pasaba, como lo podia ver en sus grandes ojeras y en su color quebradiza: «y no toma ocasion su amarillez y sus ojeras de estar con el mal mensil, ordinario en las mujeres, porque há muchos meses, y áun años, que no le tiene ni asoma por sus puertas; sino del dolor que siente su corazon por el que de contino tiene en las manos, que le renueva y trae á la memoria la desgracia de su mal logrado amante; que si esto no fuera, apénas la igualara en hermosura, donaire y brío la gran Dulcinea del Toboso, tan celebrada en todos estos contornos, y áun en todo el mundo.

»—Cepos quedos, dije yo entónces, señor don Montesí-

nos: cuente vuesa merced su historia como debe; que ya sabe que toda comparacion es odiosa; y así, no hay para qué comparar á nadie con nadie: la sin par Dulcinea del Toboso es quien es, y la señora doña Belerma es quien es y quien ha sido... y quédese aquí.»

»A lo que él me respondió: «Señor Don Quijote, perdóneme vuesa merced; que yo confieso que anduve mal y no dije bien en decir que apénas igualara la señora Dulcinea á la señora Belerma; pues me bastaba á mí haber entendido, por no sé qué barruntos, que vuesa merced es su caballero, para que me mordiera la lengua ántes de compararla sino con el mismo cielo.»

»Con esta satisfacion que me dió el gran Montesínos, se quietó mi corazon del sobresalto que recebí en oir que á mi señora la comparaban con Belerma.

—Y áun me maravillo yo, dijo Sancho, de cómo vuesa merced no se subió sobre el vejote, y le molió á coces todos los huesos, y le peló las barbas, sin dejarle pelo en ellas.

—No, Sancho amigo, respondió Don Quijote; no me estaba á mí bien hacer eso, porque estamos todos obligados á tener respeto á los ancianos, aunque no sean caballeros, y principalmente á los que lo son y están encantados: yo sé bien que no nos quedamos á deber nada, en otras muchas demandas y respuestas que entre los dos pasamos.»

A esta sazon dijo el primo: «Yo no sé, señor Don Quijote, cómo vuesa merced, en tan poco espacio de tiempo como ha estado allá bajo, haya visto tantas cosas y hablado y respondido tanto.

—¿Cuánto he estado? preguntó Don Quijote.

—Poco más de una hora, respondió Sancho.

—Eso no puede ser, replicó Don Quijote, porque allá me anocheció y amaneció, y tornó á anochecer y á amanecer hasta tres veces; de modo que, á mi cuenta, tres dias he estado en aquellas partes remotas y escondidas á la vista nuestra.

—Verdad debe de decir mi señor, dijo Sancho; que, como todas las cosas que le han sucedido son por encantamento, quizá lo que á nosotros nos parece un hora debe de parecer allá tres dias con sus noches.

—Así será, respondió Don Quijote.

—Y ¿ha comido vuesa merced en todo este tiempo, señor mio? preguntó el primo.

—No me he desayunado de bocado, respondió Don Quijote, ni áun he tenido hambre, ni por pensamiento.

—Y los encantados ¿comen? dijo el primo.

—No comen, respondió Don Quijote, ni tienen excrementos mayores; aunque es opinion que les crecen las uñas, las barbas y los cabellos.

—Y ¿duermen por ventura los encantados, señor? preguntó Sancho.

—No por cierto, respondió Don Quijote; á lo ménos, en estos tres dias que yo he estado con ellos, ninguno ha pegado el ojo, ni yo tampoco.

—Aquí encaja bien el refran, dijo Sancho, de «dime con quién andas, decirte he quién eres.» Andase vuesa merced con encantados, ayunos y vigilantes: mirad si es mucho que ni coma ni duerma miéntras con ellos anduviere. Pero perdóneme vuesa merced, señor mio, si le digo que de todo cuanto aquí ha dicho, lléveme Dios (que iba á decir el diablo) si le creo cosa alguna.

—¿Cómo no! dijo el primo. Pues ¿habia de mentir el señor Don Quijote, que, aunque quisiera, no ha tenido lugar para componer é imaginar tanto millon de mentiras!

—Yo no creo que mi señor miente, respondió Sancho.

—Si no, ¿qué crees? le preguntó Don Quijote.

—Creo, respondió Sancho, que aquel Merlin, ó aquellos encantadores que encantaron á toda la chusma que vuesa merced dice que ha visto y comunicado allá bajo, le encajaron en el magin ó la memoria toda esa máquina que nos ha contado, y todo aquello que por contar le queda.

—Todo eso pudiera ser, Sancho, replicó Don Quijote; pero no es así, porque lo que he contado, lo vi por mis propios ojos, y lo toqué con mis mismas manos. Pero ¿qué dirás cuando te diga yo ahora cómo, entre otras infinitas cosas y maravillas que me mostró Montesínos (las cuales despacio y á sus tiempos te las iré contando en el discurso de nuestro viaje, por no ser todas deste lugar), me mostró tres labradoras, que por aquellos amenísimos campos iban saltando y brincando como cabras; y apénas las hube visto, cuando conocí ser la una la sin par Dulcinea del Toboso, y las otras dos aquellas mismas labradoras que venian con ella, que hablamos á la salida del Toboso! Pregunté á Montesínos si las conocia: respondióme que no; pero que él imaginaba que debian de ser algunas señoras principales encantadas, que pocos dias habia que en aquellos prados habian parecido; y que no me maravillase desto, porque allí estaban otras muchas señoras de los pasados y presentes siglos, encantadas en diferentes y extrañas figuras, entre las cuales conocia él á la reina Ginebra y su dueña Quintañona, la que escanciaba el vino á Lanzarote cuando de Bretaña vino.»

Cuando Sancho Panza oyó decir esto á su amo, pensó perder el juicio ó morirse de risa; que como él sabía la verdad del fingido encanto de Dulcinea, de quien él habia sido el encantador y el levantador de tal testimonio, acabó de conocer indubitablemente que su señor estaba fuera de juicio y loco de todo punto, y así le dijo: «En mala coyuntura y en peor sazon y en aciago dia bajó vuesa merced, caro patron mio, al otro mundo, y en mal punto se encontró con el señor Montesínos, que tal nos le ha vuelto. Bien se estaba vuesa merced acá arriba con su entero juicio, tal cual Dios se le habia dado, hablando sentencias y dando consejos á cada paso, y no agora, contando los mayores disparates que pueden imaginarse.

—Como te conozco, Sancho, respondió Don Quijote, no hago caso de tus palabras.

—Ni yo tampoco de las de vuesa merced, replicó Sancho, siquiera me hiera, siquiera me mate por las que le he dicho, ó por las que le pienso decir, si en las suyas no se corrige y enmienda. Pero dígame vuesa merced, ahora que estamos en paz: ¿cómo ó en qué conoció á la señora nuestra ama? Y si la habló, ¿qué dijo, y qué le respondió?

—Conocíla, respondió Don Quijote, en que trae los mesmos vestidos que traia cuando tú me la mostraste. Habléla; pero no me respondió palabra; ántes me volvió las espaldas, y se fué huyendo con tanta priesa, que no la alcanzaria una jara. Quise seguirla; y lo hiciera, si no me aconsejara Montesínos que no me cansase en ello, porque seria en balde, y más porque se llegaba la hora donde me convenia volver á salir de la sima. Díjome asimesmo que, andando el tiempo, se me daria aviso cómo habian de ser desencantados él y Be-

lerma y Durandarte, con todos los que allí estaban. Pero lo que más pena me dió de las que allí vi y noté, fué que estándome diciendo Montesínos estas razones, se llegó á mí por un lado, sin que yo la viese venir, una de las dos compañeras de la sin ventura Dulcinea, y llenos los ojos de lágrimas, con turbada y baja voz me dijo: « Mi señora Dulcinea del Toboso besa á vuesa merced las manos, y suplica á vuesa merced se la haga de hacerla saber cómo está, y que, por estar en una gran necesidad, asimismo suplica á vuesa merced cuan encarecidamente puede, sea servido de prestarle sobre este faldellin que aquí traigo, de cotonía, nuevo, media docena de reales, ó los que vuesa merced tuviere; que ella da su palabra de volvérselos con mucha brevedad. » Suspendióme y admiróme el tal recado; y volviéndome al señor Montesínos, le pregunté: « ¿Es posible, señor Montesínos, que los encantados principales padecen necesidad? »

» A lo que él me respondió: « Créame vuesa merced, señor Don Quijote de la Mancha, que esta que llaman necesidad, adonde quiera se usa y por todo se extiende y á todos alcanza, y áun hasta los encantados no perdona; y pues la señora Dulcinea del Toboso envia á pedir esos seis reales, y la prenda es buena (segun parece), no hay sino dárselos; que sin duda debe de estar puesta en algun grande aprieto.

» — Prenda no la tomaré yo, le respondí, ni ménos le daré lo que pide, porque no tengo sino solos cuatro reales »; los cuales le dí (que fueron los que tú, Sancho, me diste el otro dia para dar limosna á los pobres que topase por los caminos), y le dije: « Decid, amiga mia, á vuesa señora que á mí me pesa en el alma de sus trabajos, y que quisiera ser un Fúcar para remediarlos, y que le hago saber que yo no

puedo ni debo tener salud, careciendo de su agradable vista y discreta conversacion, y que le suplico cuan encarecidamente puedo, sea servida su merced de dejarse ver y tratar deste su cautivo servidor y asendereado caballero. Diréisle tambien que, cuando ménos se lo piense, oirá decir cómo yo he hecho un juramento y voto, á modo de aquel que hizo el Marqués de Mántua, de vengar á su sobrino Baldovínos, cuando le halló para espirar en mitad de la montiña, que fué de no comer pan á manteles, con las otras zarandajas que allí añadió, hasta vengarle; y así le haré yo de no sosegar y de andar las siete partidas del mundo con más puntualidad que las anduvo el infante don Pedro de Portugal, hasta desencantarla.

»—Todo eso y más debe vuesa merced á mi señora», me respondió la doncella: y tomando los cuatro reales, en lugar de hacerme una reverencia, hizo una cabriola, que se levantó dos varas de medir en el aire.

—¡Oh santo Dios! dijo á este tiempo, dando una gran voz, Sancho: ¿es posible que tal hay en el mundo, y que tengan en él tanta fuerza los encantadores y encantamentos, que hayan trocado el buen juicio de mi señor en una tan disparatada locura! ¡Oh señor, señor! por quien Dios es, que vuesa merced mire por sí, y vuelva por su honra, y no dé crédito á esas vaciedades, que le tienen menguado y descabalado el sentido.

—Como me quieres bien, Sancho, hablas desa manera, dijo Don Quijote; y como no estás experimentado en las cosas del mundo, todas las cosas que tienen algo de dificultad te parecen imposibles; pero andará el tiempo, como otra vez he dicho, y yo te contaré algunas de las que allá bajo

he visto, que te harán creer las que aquí he contado, cuya verdad ni admite réplica ni disputa.»

CAPITULO XXIV.

Donde se cuentan mil zarandajas tan impertinentes como necesarias al verdadero entendimiento desta grande historia.

Dice el que tradujo esta grande historia del original de la que escribió su primer autor Cide Hamete Benengeli, que llegando al capítulo de la aventura de la cueva de Montesínos, en el márgen dél estaban escritas de mano del mismo Hamete estas mismas razones:

«No me puedo dar á entender ni me puedo persuadir que »al valeroso Don Quijote le pasase puntualmente todo lo que »en el antecedente capítulo queda escrito. La razon es, que »todas las aventuras hasta aquí sucedidas han sido contingi»bles y verisímiles; pero á esta de la cueva no le hallo en»trada alguna para tenerla por verdadera, por ir tan fuera »de los términos razonables. Pues pensar yo que Don Qui»jote mintiese, siendo el más verdadero hidalgo y el más no»ble caballero de sus tiempos, no es posible: que no dijera »él una mentira si le asaetearan. Por otra parte, considero »que él la contó y la dijo con todas las circunstancias dichas, »y que no pudo fabricar en tan breve espacio tan gran má»quina de disparates; y si esta aventura parece apócrifa, yo »no tengo la culpa; y así, sin afirmarla por falsa ó verdadera, »la escribo. Tú, letor, pues eres prudente, juzga lo que te »pareciere; que yo no debo ni puedo más; puesto que se »tiene por cierto que al tiempo de su fin y muerte dicen que »se retrató della, y dijo que él la habia inventado, por pa-

»recerle que convenia y cuadraba bien con las aventuras que »habia leido en sus historias.» Y luego prosigue diciendo:

Espantóse el primo, así del atrevimiento de Sancho Panza, como de la paciencia de su amo, y juzgó que del contento que tenia de haber visto á su señora Dulcinea del Toboso, aunque encantada, le nacia aquella condicion blanda que entónces mostraba; porque si así no fuera, palabras y razones le dijo Sancho, que merecian molerle á palos; porque realmente le pareció que habia andado atrevidillo con su señor, á quien le dijo: «Yo, señor Don Quijote de la Mancha, doy por bien-empleadísima la jornada que con vuesa merced he hecho, porque en ella he granjeado cuatro cosas: la primera, haber conocido á vuesa merced, que lo tengo á gran felicidad; la segunda, haber sabido lo que se encierra en esta cueva de Montesínos, con las mutaciones de Guadiana y de las lagunas de Ruidera, que me servirán para el *Ovidio español*, que traigo entre manos; la tercera, entender la antigüedad de los naipes, que por lo ménos ya se usaban en tiempo del emperador Carlo Magno, segun puede colegirse de las palabras que vuesa merced dice que dijo Durandarte, cuando al cabo de aquel grande espacio que estuvo hablando con él Montesínos, él despertó diciendo: *paciencia y barajar*. Y esta razon y modo de hablar no la pudo aprender encantado, sino cuando no lo estaba, en Francia y en tiempo del referido emperador Carlo Magno. Y esta averiguacion me viene pintiparada para el otro libro que voy componiendo, que es *Suplemento de Virgilio Polidoro en la invencion de las antigüedades;* y creo que en el suyo no se acordó de poner la de los naipes, como la pondré yo ahora, que será de mucha importancia, y más alegando autor tan

grave y tan verdadero como es el señor Durandarte; la cuarta es haber sabido con certidumbre el nacimiento del rio Guadiana, hasta ahora ignorado de las gentes.

—Vuesa merced tiene razon, dijo Don Quijote; pero querria yo saber, ya que Dios le haga merced de que se le dé licencia para imprimir esos sus libros (que lo dudo), á quién piensa dirigirlos.

—Señores y grandes hay en España, á quien puedan dirigirse, dijo el primo.

—No muchos, respondió Don Quijote; y no porque no lo merezcan, sino que no quieren admitirlos, por no obligarse á la satisfacion que parece se debe al trabajo y cortesía de sus autores. Un príncipe conozco yo, que puede suplir la falta de los demas con tantas ventajas, que si me atreviera á decirlas, quizá despertara la invidia en más de cuatro generosos pechos; pero quédese esto aquí para otro tiempo más cómodo, y vamos á buscar adonde recogernos esta noche.

—No léjos de aquí, respondió el primo, está una ermita, donde hace su habitacion un ermitaño, que dicen ha sido soldado, y está en opinion de ser un buen cristiano, y muy discreto, y caritativo ademas. Junto con la ermita tiene una pequeña casa, que él ha labrado á su costa; pero con todo, aunque chica, es capaz de recibir huéspedes.

—¿Tiene por ventura gallinas el tal ermitaño? preguntó Sancho.

—Pocos ermitaños están sin ellas, respondió Don Quijote; porque no son los que agora se usan como aquellos de los desiertos de Egipto, que se vestian de hojas de palma y comian raíces de la tierra. Y no se entienda que, por decir bien de aquellos no lo digo de aquestos, sino que quiero de-

cir que al rigor y estrecheza de entónces no llegan las penitencias de los de agora; pero no por esto dejan de ser todos buenos. A lo ménos, yo por buenos los juzgo; y cuando todo corra turbio, ménos mal hace el hipócrita, que se finge bueno, que el público pecador.»

Estando en esto, vieron que hácia donde ellos estaban venia un hombre á pié, caminando apriesa, y dando varazos á un macho que venia cargado de lanzas y de alabardas. Cuando llegó á ellos, los saludó, y pasó de largo. Don Quijote le dijo: «Buen hombre, deteneos; que parece que vais con más diligencia que ese macho ha menester.

—No me puedo detener, señor, respondió el hombre, porque las armas, que veis que aquí llevo, han de servir acaso mañana; y así, me es forzoso el no detenerme, y á Dios. Pero si quisiéredes saber para qué las llevo, en la venta, que está más arriba de la ermita, pienso alojar esta noche; y si es que haceis este mesmo camino, allí me hallaréis, donde os contaré maravillas; y á Dios otra vez»: y de tal manera aguijó el macho, que no tuvo lugar Don Quijote de preguntarle qué maravillas eran las que pensaba decirles; y como él era algo curioso, y siempre le fatigaban deseos de saber cosas nuevas, ordenó que al momento se partiesen, y fuesen á pasar la noche en la venta, sin tocar en la ermita, donde quisiera el primo que se quedaran.

Hízose así, subieron á caballo, y siguieron todos tres el derecho camino de la venta y la ermita, á la cual llegaron un poco ántes de anochecer. Dijo el primo á Don Quijote que llegasen á ella á beber un trago. Apénas oyó esto Sancho Panza, cuando encaminó el Rucio á la ermita, y lo mismo hicieron Don Quijote y el primo; pero la mala suerte

de Sancho parece que ordenó que el ermitaño no estuviese en casa; que así se lo dijo una sotaermitaño que en la ermita hallaron.

Pidiéronle de lo caro. Respondió que su señor no lo tenia; pero que si querian agua barata, que se la daria de muy buena gana.

«Si yo la tuviera de agua, respondió Sancho, pozos hay en el camino, donde la hubiera satisfecho. ¡Ah bodas de Camacho y abundancia de la casa de don Diego, y cuántas veces ós tengo de echar ménos!»

Con esto dejaron la ermita y picaron hácia la venta, y á poco trecho toparon un mancebito, que delante dellos iba caminando no con mucha priesa, y así le alcanzaron. Llevaba la espada sobre el hombro, y en ella puesto un bulto ó envoltorio, al parecer, de sus vestidos, que debian de ser los calzones ó gregüescos y herreruelo y alguna camisa; porque traia puesta una ropilla de terciopelo con algunas vislumbres de raso, y la camisa de fuera; las medias eran de seda, y los zapatos cuadrados, á uso de Corte; la edad llegaria á diez y ocho ó diez y nueve años; alegre de rostro, y, al parecer, ágil de su persona: iba cantando seguidillas para entretener el trabajo del camino. Cuando llegaron á él, acababa de cantar una, que el primo tomó de memoria, que dicen que decia:

A la guerra me lleva
Mi necesidad;
Si tuviera dineros,
No fuera en verdad.

El primero que le habló fué Don Quijote, diciéndole: «Muy á la ligera camina vuesa merced, señor galan; y ¿adónde bueno? Sepamos, si es que gusta decirlo.»

A lo que el mozo respondió : «El caminar tan á la ligera lo causa el calor y la pobreza, y adonde voy es á la guerra.

—¿Cómo la pobreza! preguntó Don Quijote; que por el calor bien puede ser.

—Señor, replicó el mancebo, yo llevo en este envoltorio unos gregüescos de terciopelo, compañeros desta ropilla : si los gasto en el camino, no me podré honrar con ellos en la ciudad, y no tengo con qué comprar otros; y así por esto como por orearme, voy desta manera hasta alcanzar unas compañías de infantería, que no están doce leguas de aquí, donde asentaré mi plaza; y no faltarán bagajes en que caminar de allí adelante hasta el embarcadero, que dicen ha de ser en Cartagena; y más quiero tener por amo y por señor al Rey, y servirle en la guerra, que no á un pelon en la Corte.

—Y ¿lleva vuesa merced alguna ventaja por ventura? preguntó el primo.

—Si yo hubiera servido á algun grande de España ó algun principal personaje, respondió el mozo, á buen seguro que yo la llevara; que eso tiene el servir á los buenos; que del tinelo suelen sus pajes salir á ser alféreces ó capitanes, ó con algun buen entretenimiento; pero yo ¡desventurado! serví siempre á catariberas y á gente advenediza, de racion y quitacion tan mísera y atenuada, que en pagar el almidonar un cuello se consumia la mitad della; y seria tenido á milagro que un paje aventurero alcanzase alguna siquiera razonable ventura.

—Y dígame por su vida, amigo, preguntó Don Quijote, ¿es posible que, en los años que sirvió, no ha podido alcanzar alguna librea?

—Dos me han dado, respondió el paje; pero así como al

que se sale de alguna religion ántes de profesar, le quitan el hábito y le vuelven sus vestidos, así me volvian á mí los mios mis amos; que acabados los negocios á que venian á la córte, se volvian á sus casas, y recogian las libreas que por sola ostentacion habian dado.

—¡Notable espilorchería! como dice el italiano, dijo Don Quijote; pero con todo eso, tenga á felice ventura el haber salido de la córte con tan buena intencion como lleva; porque no hay otra cosa en la tierra, más honrada ni de más provecho, que servir á Dios primeramente, y luego á su rey y señor natural, especialmente en el ejercicio de las armas, por las cuales se alcanza, si no más riquezas, á lo ménos más honra que por las letras, como yo tengo dicho muchas veces; que puesto que han fundado más mayorazgos las letras que las armas, todavía llevan un no sé qué los de las armas á los de las letras, con un sí sé qué de esplendor que se halla en ellos, que los aventaja á todos. Y esto que ahora le quiero decir, llévelo en la memoria, que le será de mucho provecho y alivio en sus trabajos; y es que aparte la imaginacion de los sucesos adversos que le podrán venir; que el peor de todos es la muerte, y como ésta sea buena, el mejor de todos es el morir. Preguntáronle á Julio César, aquel valeroso emperador romano, cuál era la mejor muerte. Respondió que la impensada, la de repente y no prevista; y aunque respondió como gentil y ajeno del conocimiento del verdadero Dios, con todo eso, dijo bien para ahorrarse del sentimiento humano; que puesto caso que os maten en la primera faccion y refriega, ó ya de un tiro de artillería ó volado de una mina, ¿qué importa? todo es morir, y acabóse la obra; y segun Terencio, más bien parece el soldado muerto

en la batalla que vivo y salvo en la huida, y tanto alcanza de fama el buen soldado, cuanto tiene de obediencia á sus capitanes y á los que mandarle pueden. Y advertid, hijo, que al soldado, mejor le está el oler á pólvora que á algalia, y que si la vejez os coge en este honroso ejercicio, aunque sea lleno de heridas y estropeado ó cojo, á lo ménos no os podrá coger sin honra, y tal que no os la podrá menoscabar la pobreza : cuanto más, que ya se va dando órden como se entretengan y remedien los soldados viejos y estropeados, porque no es bien que se haga con ellos lo que suelen hacer los que ahorran y dan libertad á sus negros, cuando ya son viejos y no pueden servir; que echándolos de casa con título de libres, los hacen esclavos de la hambre, de quien no piensan ahorrarse sino con la muerte. Y por ahora no os quiero decir más, sino que subais á las ancas deste mi caballo hasta la venta, y allí cenaréis conmigo, y por la mañana seguiréis el camino, que os le dé Dios tan bueno como vuestros deseos merecen.»

El paje no aceptó el convite de las ancas, aunque sí el de cenar con él en la venta; y á esta sazon, dicen que dijo Sancho entre sí : «¡Válate Dios por señor! y ¿es posible que hombre que sabe decir tales, tantas y tan buenas cosas como aquí ha dicho, diga que ha visto los disparates imposibles que cuenta de la cueva de Montesínos! Ahora bien, ello dirá»: y en esto llegaron á la venta á tiempo que anochecia, y no sin gusto de Sancho, por ver que su señor la juzgó por verdadera venta, y no por castillo, como solia.

No hubieron bien entrado, cuando Don Quijote preguntó al ventero por el hombre de las lanzas y alabardas, el cual le respondió que en la caballeriza estaba acomodando

el macho; lo mismo hicieron de sus jumentos el primo y Sancho, dando á Rocinante el mejor pesebre y el mejor lugar de la caballeriza.

CAPITULO XXV.

Donde se cuenta la aventura del rebuzno y la graciosa del titerero, con las memorables adivinanzas del mono adivino.

No se le cocia el pan á Don Quijote, como suele decirse, hasta oir y saber las maravillas prometidas del hombre, condutor de las armas. Fuéle á buscar donde el ventero le habia dicho que estaba, y hallóle, y díjole que en todo caso le dijese luego lo que le habia de decir despues, acerca de lo que le habia preguntado en el camino.

El hombre le respondió: «Más despacio, y no en pié, se ha de tomar el cuento de mis maravillas: déjeme vuesa merced, señor bueno, acabar de dar recado á mi bestia; que yo le diré cosas que le admiren.

—No quede por eso, respondió Don Quijote; que yo os ayudaré á todo»; y así lo hizo, aechándole la cebada y limpiando el pesebre, humildad que obligó al hombre á contarle con buena voluntad lo que le pedia; y sentándose en un poyo, y Don Quijote junto á él, teniendo por senado y auditorio al primo, al paje, á Sancho Panza y al ventero, comenzó á decir desta manera:

«Sabrán vuesas mercedes que en un lugar que está cuatro leguas y media desta venta, sucedió que á un regidor dél, por industria y engaño de una muchacha, criada suya (y esto es largo de contar), le faltó un asno, y aunque el tal regidor hizo las diligencias posibles por hallarle, no fué

posible. Quince dias serian pasados, segun es pública voz y fama, que el asno faltaba, cuando estando en la plaza el regidor perdidoso, otro regidor del mismo pueblo le dijo: «Dadme albricias, compadre; que vuestro jumento ha parecido.

»—Yo os las mando, y buenas, compadre, respondió el otro; pero sepamos dónde ha parecido.

»—En el monte, respondió el hallador, le vi esta mañana, sin albarda y sin aparejo alguno, y tan flaco, que era una compasion miralle: quísele antecoger delante de mí y traérosle; pero está ya tan montaraz y tan huraño, que cuando llegué á él, se fué huyendo y se entró en lo más escondido del monte; si quereis que volvamos los dos á buscarle, dejadme poner esta borrica en mi casa; que luego vuelvo.

»—Mucho placer me haréis, dijo el del jumento; é yo procuraré pagároslo en la mesma moneda.»

»Con estas circunstancias todas, y de la mesma manera que yo lo voy contando, lo cuentan todos aquellos que están enterados en la verdad deste caso. En resolucion, los dos regidores, á pié y mano á mano, se fueron al monte; y llegando al lugar y sitio donde pensaron hallar el asno, no le hallaron, ni pareció por todos aquellos contornos, aunque más le buscaron.

»Viendo, pues, que no parecia, dijo el regidor que le habia visto, al otro: «Mirad, compadre: una traza me ha venido al pensamiento, con la cual sin duda alguna podremos descubrir este animal, aunque esté metido en las entrañas de la tierra, no que del monte; y es que... yo sé rebuznar maravillosamente, y si vos sabeis algun tanto, dad el hecho por concluido.

» —¿Algun tanto decís, compadre! dijo el otro: por Dios, que no dé la ventaja á nadie, ni áun á los mesmos asnos.

»—Ahora lo veremos, respondió el regidor segundo; porque tengo determinado que os vais vos por una parte del monte, y yo por otra, de modo que le rodeemos y andemos todo; y, de trecho en trecho, rebuznaréis vos y rebuznaré yo; y no podrá ser ménos sino que el asno nos oya y nos responda, si es que está en el monte.»

»A lo que respondió el dueño del jumento: «Digo, compadre, que la traza es excelente y digna de vuestro gran ingenio»: y dividiéndose los dos, segun el acuerdo, sucedió que casi á un mesmo tiempo rebuznaron, y, cada uno engañado del rebuzno del otro, acudieron los dos á buscarse, pensando que ya el jumento habia parecido; y en viéndose, dijo el perdidoso: «¿Es posible, compadre, que no fué mi asno el que rebuznó!

»—No fué, sino yo, respondió el otro.

»—Ahora digo, dijo el dueño, que de vos á un asno, compadre, no hay alguna diferencia en cuanto toca al rebuznar, porque en mi vida he visto ni oido cosa más propia.

»—Esas alabanzas y encarecimientos, respondió el de la traza, mejor os atañen y tocan á vos que á mí, compadre; que, por el Dios que me crió, que podeis dar dos rebuznos de ventaja al mayor y más perito rebuznador del mundo; porque el sonido que teneis es alto, lo sostenido de la voz á su tiempo y compas, los dejos muchos y apresurados, y en resolucion, yo me doy por vencido y os rindo la palma y doy la bandera desta rara habilidad.

»—Ahora digo, respondió el dueño, que me tendré y estimaré en más de aquí adelante, y pensaré que sé alguna

cosa, pues tengo alguna gracia; que puesto que pensaba que rebuznaba bien, nunca entendí que llegaba al extremo que decís.

»—Tambien diré yo ahora, respondió el segundo, que hay raras habilidades perdidas en el mundo, y que son mal empleadas en aquellos que no saben aprovecharse dellas.

»—Las nuestras, respondió el dueño, si no es en casos semejantes como el que traemos entre manos, no nos pueden servir en otros; y áun en éste, plega á Dios que nos sean de provecho.»

»Esto dicho, se tornaron á dividir y volvieron á sus rebuznos, y á cada paso se engañaban y volvian á juntarse, hasta que se dieron por contraseña, que para entender que eran ellos, y no el asno, rebuznasen dos veces, una tras otra. Con esto, doblando á cada paso los rebuznos, rodearon todo el monte, sin que el perdido jumento respondiese, ni áun por señas. Mas ¿cómo habia de responder el pobre y malogrado, si le hallaron en lo más escondido del bosque, comido de lobos! Y en viéndole, dijo su dueño: «Ya me maravillaba yo de que él no respondia, pues á no estar muerto, él rebuznara si nos oyera, ó no fuera asno; pero á trueco de haberos oido rebuznar con tanta gracia, compadre, doy por bien empleado el trabajo que he tenido en buscarle, aunque le he hallado muerto.

»—En buena mano está, compadre, respondió el otro; pues si bien canta el abad, no le va en zaga el monacillo.»

»Con esto, desconsolados y roncos, se volvieron á su aldea, adonde contaron á sus amigos, vecinos y conocidos cuanto les habia acontecido en la busca del asno, exagerando el uno la gracia del otro en el rebuznar, todo lo cual se supo y se

extendió por los lugares circunvecinos; y el diablo, que no duerme, como es amigo de sembrar y derramar rencillas y discordia por do quiera, levantando caramillos en el viento y grandes quimeras de nonada, ordenó é hizo que las gentes de los otros pueblos, en viendo á alguno de nuestra aldea, rebuznasen, como dándoles en rostro con el rebuzno de nuestros regidores. Dieron en ello los muchachos, que fué dar en manos y en bocas de todos los demonios del infierno; y fué cundiendo el rebuzno de uno en otro pueblo de manera, que son conocidos los naturales del pueblo del rebuzno como son conocidos y diferenciados los negros de los blancos; y ha llegado á tanto la desgracia desta burla, que muchas veces, con mano armada y formado escuadron, han salido contra los burladores los burlados á dar una batalla, sin poderlo remediar Rey ni Roque, ni temor ni vergüenza. Yo creo que mañana ó esotro dia han de salir en campaña los de mi pueblo, que son los del rebuzno, contra otro lugar que está á dos leguas del nuestro, que es uno de los que más nos persiguen; y por salir bien apercebidos, llevo compradas estas lanzas y alabardas que habeis visto. Y estas son las maravillas, que dije que os habia de contar; y si no os lo han parecido, no sé otras »: y con esto dió fin á su plática el buen hombre.

Y en esto entró por la puerta de la venta un hombre, todo vestido de camuza, medias, gregüescos y jubon, y con voz levantada dijo: « Señor huésped, ¿hay posada? que viene aquí el mono adivino y el retablo de la libertad de Melisendra.

—¡Cuerpo de tal! dijo el ventero: ¿que aquí está el señor Maese Pedro! Buena noche se nos apareja.» (Olvidábaseme

de decir ¡como el tal Maese Pedro traia cubierto el ojo izquierdo y casi medio carrillo con un parche de tafetan verde, señal que todo aquel lado debia de estar enfermo.) Y el ventero prosiguió diciendo : « Sea bien venido vuesa merced, señor Maese Pedro : ¿adónde está el mono y el retablo, que no los veo?

—Ya llegan cerca, respondió el todo camuza, sino que yo me he adelantado á saber si hay posada.

—Al mismo Duque de Alba se la quitara, para dársela al señor Maese Pedro, respondió el ventero : llegue el mono y el retablo; que gente hay esta noche en la venta, que pagará el verle y las habilidades del mono.

—Sea en buen hora, respondió el del parche; que yo moderaré el precio, y con sola la costa me daré por bien pagado; y yo vuelvo á hacer que camine la carreta donde viene el mono y el retablo »: y luego se volvió á salir de la venta.

Preguntó luego Don Quijote al ventero qué Maese Pedro era aquel, y qué retablo y qué mono traia.

A lo que respondió el ventero : « Este es un famoso titerero, que há muchos dias que anda por esta Mancha de Aragon, enseñando un retablo de Melisendra libertada por el famoso don Gaiféros, que es una de las mejores y más bien representadas historias que de muchos años á esta parte en este reino se han visto. Trae asimismo consigo un mono, de la más rara habilidad que se vió entre monos, ni se imaginó entre hombres; porque si le preguntan algo, está atento á lo que le preguntan, y luego salta sobre los hombros de su amo, y llegándosele al oido, le dice la respuesta de lo que le preguntan, y Maese Pedro la declara luego; y de las cosas pasadas dice mucho más que de las que están por venir;

y aunque no todas veces acierta en todas, en las más no yerra, de modo que nos hace creer que tiene el diablo en el cuerpo. Dos reales lleva por cada pregunta, si es que el mono responde... quiero decir, si responde el amo por él, despues de haberle hablado al oido; y así, se cree que el tal Maese Pedro está riquísimo; y es hombre *galante*, como dicen en Italia, y *buon compagno*, y dase la mejor vida del mundo; habla más que seis, y bebe más que doce, todo á costa de su lengua y de su mono y de su retablo. »

En esto volvió Maese Pedro, y en una carreta venia el retablo y el mono, grande y sin cola, con las posaderas de fieltro, pero no de mala cara; y apénas le vió Don Quijote, cuando le preguntó: « Dígame vuesa merced, señor adivino, *¿che pesce pigliamo?* ¿qué ha de ser de nosotros? y vea aquí mis dos reales »; y mandó á Sancho que se los diese á Maese Pedro, el cual respondió por el mono y dijo:

« Señor, este animal no responde ni da noticia de las cosas que están por venir; de las pasadas sabe algo, y de las presentes algun tanto.

—¡Voto á Rus! dijo Sancho, no dé yo un ardite porque me digan lo que por mí ha pasado; porque ¿quién lo puede saber mejor que yo mesmo? y pagar yo porque me digan lo que sé, seria una gran necedad. Pero pues sabe las cosas presentes, hé aquí mis dos reales, y dígame el señor monísimo, ¿qué hace ahora mi mujer Teresa Panza, y en qué se entretiene? »

No quiso tomar Maese Pedro el dinero, diciendo: « No quiero recebir adelantados los premios, sin que hayan precedido los servicios »: y dando con la mano derecha dos golpes sobre el hombro izquierdo, en un brinco se le puso el mono

en él, y llegando la boca al oido, daba diente con diente muy apriesa; y habiendo hecho este ademan por espacio de un credo, de otro brinco se puso en el suelo, y al punto, con grandísima priesa, se fué Maese Pedro á poner de rodillas ante Don Quijote, y abrazándole las piernas, dijo : «Estas piernas abrazo, bien así como si abrazara las dos colunas de Hércules ¡oh resucitador insigne de la ya puesta en olvido andante caballería! ¡oh no jamas como se debe alabado caballero, Don Quijote de la Mancha, ánimo de los desmayados, arrimo de los que van á caer, brazo de los caidos, báculo y consuelo de todos los desdichados!»

Quedó pasmado Don Quijote, absorto Sancho, suspenso el primo, atónito el paje, abobado el del rebuzno, confuso el ventero, y finalmente espantados todos los que oyeron las razones del titerero, el cual prosiguió diciendo : «Y tú ¡oh buen Sancho Panza, el mejor escudero y del mejor caballero del mundo! alégrate; que tu buena mujer Teresa está buena, y ésta es la hora en que ella está rastrillando una libra de lino; y por más señas, tiene á su lado izquierdo un jarro desbocado, que cabe un buen porqué de vino; con que se entretiene en su trabajo.

—Eso creo yo muy bien, respondió Sancho, porque es ella una bienaventurada, y á no ser celosa, no la trocara yo por la giganta Andandona, que, segun mi señor, fué una mujer muy cabal y muy de pro; y es mi Teresa de aquellas que no se dejan mal pasar, aunque sea á costa de sus herederos.

—Ahora digo, dijo á esta sazon Don Quijote, que el que lee mucho y anda mucho y ve mucho, sabe mucho. Digo esto porque ¿qué persuasion fuera bastante para persuadirme que hay monos en el mundo que adivinen, como

lo he visto ahora por mis propios ojos? Porque yo soy el mesmo Don Quijote de la Mancha, que este buen animal ha dicho (puesto que se ha extendido algun tanto en mis alabanzas); pero, como quiera que yo me sea, doy gracias al cielo, que me dotó de un ánimo blando y compasivo, inclinado siempre á hacer bien á todos, y mal á ninguno.

—Si yo tuviera dineros, dijo el paje, preguntara al señor mono qué me ha de suceder en la peregrinacion que llevo.»

A lo que respondió Maese Pedro (que ya se habia levantado de los piés de Don Quijote): «Ya he dicho que esta bestezuela no responde á lo por venir; que si respondiera, no importara no haber dineros; que por servicio del señor Don Quijote, que está presente, dejara yo todos los intereses del mundo; y agora (porque se lo debo, y por darle gusto) quiero armar mi retablo y dar placer á cuantos están en la venta, sin paga alguna.» Oyendo lo cual el ventero, alegre sobre manera, señaló el lugar donde se podia poner el retablo, que en un punto fué hecho.

Don Quijote no estaba muy contento con las adivinanzas del mono, por parecerle no ser á propósito que un mono adivinase ni las de por venir ni las pasadas cosas; y así, en tanto que Maese Pedro acomodaba el retablo, se retiró Don Quijote con Sancho á un rincon de la caballeriza, donde, sin ser oidos de nadie, le dijo: «Mira, Sancho, yo he considerado bien la extraña habilidad deste mono, y hallo por mi cuenta que sin duda este Maese Pedro, su amo, debe de tener hecho pacto, tácito ó expreso, con el demonio.

—Si el patio es espeso y del demonio, dijo Sancho, sin duda debe de ser muy sucio patio; pero ¿de qué provecho le es al tal Maese Pedro tener esos patios?

—No me entiendes, Sancho: no quiero decir sino que debe de tener hecho algun concierto con el demonio, de que infunda esa habilidad en el mono, con que gane de comer, y despues que esté rico, le dará su alma, que es lo que este universal enemigo pretende; y háceme creer esto el ver que el mono no responde sino á las cosas pasadas ó presentes, y la sabiduría del diablo no se puede extender á más; que las por venir no las sabe, si no es por conjeturas, y no todas veces; que á sólo Dios está reservado conocer los tiempos y los momentos, y para él no hay pasado ni por venir; que todo es presente. Y siendo esto así, como lo es, está claro que este mono habla con el espíritu del diablo; y estoy maravillado cómo no le han acusado al Santo Oficio y examinádole, y sacádole de cuajo en virtud de quién adivina; porque cierto está que este mono no es astrólogo, ni su amo ni él alzan ni saben alzar estas figuras que llaman judiciarias, que tanto ahora se usan en España, que no hay mujercilla ni paje ni zapatero de viejo que no presuma de alzar una figura, como si fuera una sota de naipes, del suelo, echando á perder con sus mentiras é ignorancias la verdad maravillosa de la ciencia. De una señora sé yo que preguntó á uno destos figureros que si una perrilla de falda pequeña que tenia, se empreñaria y pariria, y cuántos y de qué color serian los perros que pariese. A lo que el señor judiciario, despues de haber alzado la figura, respondió que la perrica se empreñaria, y pariria tres perricos: el uno verde, el otro encarnado y el otro de mezcla, con tal condicion, que la tal perra se cubriese entre las once y doce del dia ó de la noche, y que fuese en lúnes ó en sábado; y lo que sucedió fué, que de allí á dos dias se murió la perra de ahita, y el

señor levantador quedó acreditado en el lugar por acertadísimo judiciario, como lo quedan todos ó los más levantadores.

—Con todo eso, querria, dijo Sancho, que vuesa merced dijese á Maese Pedro, preguntase á su mono si es verdad lo que á vuesa merced le pasó en la cueva de Montesínos; que yo para mí tengo, con perdon de vuesa merced, que todo fué embeleco y mentira, ó por lo ménos cosas soñadas.

—Todo podria ser, respondió Don Quijote; pero yo haré lo que me aconsejas; puesto que me ha de quedar un no sé qué de escrúpulo.»

Estando en esto, llegó Maese Pedro á buscar á Don Quijote y decirle que ya estaba en órden el retablo; que su merced viniese á verle, porque lo merecia. Don Quijote le comunicó su pensamiento, y le rogó preguntase luego á su mono le dijese si ciertas cosas que habia pasado en la cueva de Montesínos, habian sido soñadas ó verdaderas, porque á él le parecia que tenian de todo. A lo que Maese Pedro, sin responder palabra, volvió á traer el mono, y puesto delante de Don Quijote y de Sancho, dijo : «Mirad, señor mono, que este caballero quiere saber si ciertas cosas que le pasaron en una cueva, llamada de Montesínos, si fueron falsas ó verdaderas»; y haciéndole la acostumbrada señal, el mono se le subió en el hombro izquierdo, y hablándole, al parecer, en el oido, dijo luego Maese Pedro : «El mono dice que parte de las cosas que vuesa merced vió ó pasó en la dicha cueva, son falsas, y parte verdaderas; y que esto es lo que sabe, y no otra cosa en cuanto á esta pregunta; y que si vuesa merced quisiere saber más, que el viérnes venidero responderá á todo lo que se le preguntare; que por ahora se

le ha acabado la virtud, que no le vendrá hasta el viérnes, como dicho tiene.

—¿No lo decia yo, dijo Sancho, que no se me podia asentar que todo lo que vuesa merced, señor mio, ha dicho de los acontecimientos de la cueva era verdad, ni áun la mitad?

—Los sucesos lo dirán, Sancho, respondió Don Quijote; que el tiempo, descubridor de todas las cosas, no se deja ninguna que no la saque á la luz del sol, aunque esté escondida en los senos de la tierra; y por ahora baste esto, y vámonos á ver el retablo del buen Maese Pedro; que para mí tengo que debe de tener alguna novedad.

—¿Cómo alguna! respondió Maese Pedro: sesenta mil encierra en sí este mi retablo. Dígole á vuesa merced, mi señor Don Quijote, que es una de las cosas más de ver que hoy tiene el mundo, y *operibus credite et non verbis;* y manos á la labor; que se hace tarde, y tenemos mucho que hacer y que decir y que mostrar.»

Obedeciéronle Don Quijote y Sancho, y vinieron donde ya estaba el retablo puesto y descubierto, lleno por todas partes de candelillas de cera encendidas, que le hacian vistoso y resplandeciente. En llegando, se metió Maese Pedro dentro dél, que era el que habia de manejar las figuras del artificio, y fuera se puso un muchacho, criado del Maese Pedro, para servir de intérprete y declarador de los misterios del tal retablo; tenia una varilla en la mano, con que señalaba las figuras que salian. Puestos, pues, todos cuantos habia en la venta, y algunos en pié, frontero del retablo, y acomodados Don Quijote, Sancho, el paje y el primo en los mejores lugares, el trujaman comenzó á decir lo que oirá ó verá el que leyere ú oyere el capítulo siguiente.

CAPITULO XXVI.

Donde se prosigue la graciosa aventura del titerero, con otras cosas en verdad harto buenas.

Callaron todos, tirios y troyanos; quiero decir, pendientes estaban, todos los que el retablo miraban, de la boca del declarador de sus maravillas, cuando se oyeron sonar en el retablo cantidad de atabales y trompetas y dispararse mucha artillería, cuyo rumor pasó en tiempo breve, y luego alzó la voz el muchacho, y dijo: «Esta verdadera historia, que aquí á vuesas mercedes se representa, es sacada al pié de la letra de las corónicas francesas, y de los romances españoles, que andan en boca de las gentes y de los muchachos por esas calles. Trata de la libertad que dió el señor don Gaiféros á su esposa Melisendra, que estaba cautiva en España, en poder de moros, en la ciudad de Sansueña; que así se llamaba entónces la que hoy se llama Zaragoza. Y vean vuesas mercedes allí cómo está jugando á las tablas don Gaiféros, segun aquello que se canta:

Jugando está á las tablas don Gaiféros;
Que ya de Melisendra está olvidado.

Y aquel personaje que allí asoma, con corona en la cabeza y cetro en las manos, es el emperador Carlo Magno, padre putativo de la tal Melisendra, el cual, mohino de ver el ocio y descuido de su yerno, le sale á reñir; y adviertan con la vehemencia y ahinco que le riñe, que no parece sino que le quiere dar con el cetro media docena de coscorrones, y áun hay autores que dicen que se los dió, y muy bien da-

dos; y despues de haberle dicho muchas cosas acerca del peligro que corria su honra en no procurar la libertad de su esposa, dicen que le dijo:

Harto os he dicho, miradlo.

Miren vuesas mercedes tambien cómo el Emperador vuelve las espaldas y deja despechado á don Gaiféros, el cual ya ven cómo arroja, impaciente de la cólera, léjos de sí el tablero y las tablas, y pide apriesa las armas, y á don Roldan, su primo, pide prestada su espada Durindana; y cómo don Roldan no se la quiere prestar, ofreciéndole su compañía en la difícil empresa en que se pone; pero el valeroso enojado no lo quiere aceptar; ántes dice que él solo es bastante para sacar á su esposa, si bien estuviese metida en el más hondo centro de la tierra: y con esto se entra á armar, para ponerse luego en camino. Vuelvan vuesas mercedes los ojos á aquella torre que allí parece, que se presupone que es una de las torres del alcázar de Zaragoza, que ahora llaman la Aljafería; y aquella dama que en aquel balcon parece, vestida á lo moro, es la sin par Melisendra, que desde allí muchas veces se ponia á mirar el camino de Francia, y puesta la imaginacion en París y en su esposo, se consolaba en su cautiverio. Miren tambien un nuevo caso que ahora sucede, quizá no visto jamas. ¿No ven aquel moro que callandico y pasito á paso, puesto el dedo en la boca, se llega por las espaldas de Melisendra? Pues miren cómo la da un beso en mitad de los labios, y la priesa que ella se da á escupir y á limpiárselos con la blanca manga de su camisa, y cómo se lamenta y se arranca de pesar sus hermosos cabellos, como si ellos tuvieran la culpa del maleficio. Miren

tambien cómo aquel grave moro, que está en aquellos corredores, es el rey Marsilio de Sansueña, el cual por haber visto la insolencia del moro, puesto que era un pariente y gran privado suyo, le mandó luego prender y que le den docientos azotes, llevándole por las calles acostumbradas de la ciudad, con chilladores delante y envaramiento detras; y veis aquí donde salen á ejecutar la sentencia, áun bien apénas no habiendo sido puesta en ejecucion la culpa; porque entre moros no hay traslado á la parte, ni á prueba y estése, como entre nosotros.

—Niño, niño, dijo con voz alta á esta sazon Don Quijote, seguid vuestra historia, línea recta, y no os metais en las curvas ó transversales; que para sacar una verdad en limpio, menester son muchas pruebas y repruebas.»

Tambien dijo Maese Pedro desde dentro: «Muchacho, no te metas en dibujos, sino haz lo que ese señor te manda, que será lo más acertado: sigue tu canto llano, y no te metas en contrapuntos, que se suelen quebrar de sotiles.

—Yo lo haré así», respondió el muchacho; y prosiguió diciendo: «Esta figura que aquí parece á caballo, cubierta con una capa gascona, es la mesma de don Gaiféros, á quien su esposa ha visto ya vengada del atrevimiento del enamorado moro, con mejor y más sosegado semblante puesta á los miradores de la torre; y habla con su esposo, creyendo que es algun pasajero, con quien pasó todas aquellas razones y coloquios de aquel romance, que dice:

Caballero, si á Francia ides,
Por Gaiféros preguntad,

las cuales no digo yo ahora, porque de la prolijidad se suele engendrar el fastidio; basta ver cómo don Gaiféros se

descubre, y que por los ademanes alegres que Melisendra hace, se nos da á entender que ella le ha conocido; y más ahora, que vemos se descuelga del balcon, para ponerse en las ancas del caballo de su buen esposo. Mas ¡ay sin ventura! que se le ha asido una punta del faldellin de uno de los hierros del balcon, y está pendiente en el aire, sin poder llegar al suelo. Pero veis cómo el piadoso cielo socorre en las mayores necesidades, pues llega don Gaiféros, y sin mirar si se rasgará ó no el rico faldellin, ase della, y mal su grado la hace bajar al suelo, y luego de un brinco la pone sobre las ancas de su caballo á horcajadas, como hombre, y la manda que se tenga fuertemente y le eche los brazos por las espaldas, de modo que los cruce en el pecho porque no se caiga, á causa que no estaba la señora Melisendra acostumbrada á semejantes caballerías. Veis tambien cómo los relinchos del caballo dan señales que va contento con la valiente y hermosa carga que lleva en su señor y en su señora. Veis cómo vuelven las espaldas y salen de la ciudad, y alegres y regocijados toman de París la vía. Vais en paz, ¡oh par sin par de verdaderos amantes! llegueis á salvamento á vuestra deseada patria, sin que la fortuna ponga estorbo en vuestro felice viaje; los ojos de vuestros amigos y parientes os vean gozar en paz tranquila los dias (que los de Néstor sean) que os quedan de la vida.»

Aquí alzó otra vez la voz Maese Pedro y dijo: «Llaneza, muchacho: no te encumbres; que toda afectacion es mala.»

No respondió nada el intérprete; ántes prosiguió diciendo: «No faltaron algunos ociosos ojos, que lo suelen ver todo, que no viesen la bajada y la subida de Melisendra, de quien dieron noticia al rey Marsilio, el cual mandó luego

tocar al arma; y ¡miren con qué priesa! que ya la ciudad se hunde con el són de las campanas que en todas las torres de las mezquitas suenan.

—Eso no, dijo á esta sazon Don Quijote: en esto de las campanas anda muy impropio Maese Pedro, porque entre moros no se usan campanas, sino atabales y un género de dulzainas que parecen nuestras chirimías; y esto de sonar campanas en Sansueña, sin duda que es un gran disparate.»

Lo cual oido por Maese Pedro, cesó el tocar, y dijo: «No mire vuesa merced en niñerías, señor Don Quijote, ni quiera llevar las cosas tan por el cabo, que no se le halle. ¿No se representan por ahí, casi de ordinario, mil comedias llenas de mil impropiedades y disparates, y con todo eso corren felicísimamente su carrera, y se escuchan, no sólo con aplauso, sino con admiracion y todo? Prosigue, muchacho, y deja decir; que como yo llene mi talego, siquiera represente más impropiedades que tiene átomos el sol.

—Así es la verdad», replicó Don Quijote.

Y el muchacho dijo: «Miren ¡cuánta y cuán lucida caballería sale de la ciudad en seguimiento de los católicos amantes! ¡cuántas trompetas que suenan, cuántas dulzainas que tocan, y cuántos atabales y atambores que retumban! Témome que los han de alcanzar y los han de volver atados á la cola de su mismo caballo, que seria un horrendo espectáculo.»

Viendo y oyendo, pues, tanta morisma y tanto estruendo Don Quijote, parecióle ser bien dar ayuda á los que huian; y levantándose en pié, en voz alta dijo: «No consentiré yo que en mis dias y en mi presencia se le haga superchería á tan famoso caballero y á tan atrevido enamorado como don

Gaiféros. Deteneos, mal nacida canalla; no le sigais ni persigais; si no, conmigo sois en batalla»: y diciendo y haciendo, desenvainó la espada, y de un brinco se puso junto al retablo, y con acelerada y nunca vista furia comenzó á llover cuchilladas sobre la titerera morisma, derribando á unos, descabezando á otros, estropeando á éste, destrozando á aquél; y entre otros muchos tiró un altibajo tal, que si Maese Pedro no se abaja, se encoge y agazapa, le cercenara la cabeza con más facilidad que si fuera hecha de masa de mazapan.

Daba voces Maese Pedro, diciendo: «Deténgase vuesa merced, señor Don Quijote; y advierta que estos que derriba, destroza y mata no son verdaderos moros, sino unas figurillas de pasta: mire ¡pecador de mí! que me destruye y echa á perder toda mi hacienda.»

Mas no por esto dejaba de menudear Don Quijote cuchilladas, mandobles, tajos y reveses como llovidos. Finalmente, en ménos de dos credos dió con todo el retablo en el suelo, hechas pedazos y desmenuzadas todas sus jarcias y figuras, el rey Marsilio degollado, y el emperador Carlo Magno partida la corona y el cuerpo en dos partes. Alborotóse el senado de los oyentes, huyóse el mono por los tejados de la venta, temió el primo, acobardóse el paje, y hasta el mismo Sancho Panza tuvo pavor grandísimo; porque, como él juró despues de pasada la borrasca, jamas habia visto á su señor con tan desatinada cólera.

Hecho, pues, el general destrozo del retablo, sosegóse un poco Don Quijote, y dijo: «Quisiera yo tener aquí delante en este punto todos aquellos que no creen ni quieren creer de cuánto provecho sean en el mundo los caballeros andan-

tes. Miren, si no me hallara yo aquí presente, ¡qué fuera del buen don Gaiféros y de la hermosa Melisendra! A buen seguro que ésta fuera ya la hora que los hubieran alcanzado estos canes, y les hubieran hecho algun desaguisado. En resolucion, ¡viva la andante caballería sobre cuantas cosas hoy viven en la tierra!

—Viva en hora buena, dijo á esta sazon con voz enfermiza Maese Pedro, y muera yo, pues soy tan desdichado, que puedo decir con el rey don Rodrigo:

Ayer fuí señor de España,
. . . . . .
Y hoy no tengo una almena,
Que pueda decir que es mia.

No há media hora, ni áun un mediano momento, que me vi señor de reyes y de emperadores, llenas mis caballerizas y mis cofres y sacos de infinitos caballos y de innumerables galas, y agora me veo desolado y abatido, pobre y mendigo, y sobre todo, sin mi mono; que á fe que primero que le vuelva á mi poder, me han de sudar los dientes; y todo por la furia mal considerada deste señor caballero, de quien se dice que ampara pupilos y endereza tuertos, y hace otras obras caritativas; y en mí solo ha venido á faltar su intencion generosa: ¡que sean benditos y alabados los cielos allá donde tienen más levantados sus asientos! En fin, el Caballero de la Triste Figura habia de ser aquel que habia de desfigurar las mias.»

Enternecióse Sancho Panza con las razones de Maese Pedro, y díjole: «No llores, Maese Pedro, ni te lamentes; que me quiebras el corazon: porque te hago saber que es mi señor Don Quijote tan católico y escrupuloso cristiano, que

si él cae en la cuenta de que te ha hecho algun agravio, te lo sabrá y te lo querrá pagar y satisfacer con muchas ventajas.

—Con que me pagase el señor Don Quijote alguna parte de las hechuras que me ha deshecho, quedaria contento, y su merced aseguraria su conciencia, porque no se puede salvar quien tiene lo ajeno contra la voluntad de su dueño, y no lo restituye.

—Así es, dijo Don Quijote; pero hasta ahora yo no sé que tenga nada vuestro, Maese Pedro.

—¿Cómo no! respondió Maese Pedro. Y estas reliquias que están por este duro y estéril suelo, ¿quién las esparció y aniquiló, sino la fuerza invencible dese poderoso brazo? Y ¿cuyos eran sus cuerpos, sino mios? Y ¿con quién me sustentaba yo, sino con ellos?

—Ahora acabo de creer, dijo á este punto Don Quijote, lo que otras muchas veces he creido: que estos encantadores que me persiguen, no hacen sino ponerme las figuras como ellas son delante de los ojos, y luego me las mudan y truecan en las que ellos quieren. Real y verdaderamente os digo, señores, que me oís, que á mí me pareció todo lo que aquí ha pasado, que pasaba al pié de la letra: que Melisendra era Melisendra; don Gaiféros, don Gaiféros; Marsilio, Marsilio; y Carlo Magno, Carlo Magno: por eso se me alteró la cólera; y por cumplir con mi profesion de caballero andante, quise dar ayuda y favor á los que huian; y con este buen propósito hice lo que habeis visto. Si me ha salido al reves, no es culpa mia, sino de los malos que me persiguen; y con todo esto, deste mi yerro, aunque no ha procedido de malicia, quiero yo mismo condenarme en costas: vea Maese Pedro lo que quiere por las figuras deshechas; que yo me

ofrezco á pagárselo luego en buena y corriente moneda castellana.»

Inclinósele Maese Pedro, diciéndole: «No esperaba yo ménos de la inaudita cristiandad del valeroso Don Quijote de la Mancha, verdadero socorredor y amparo de todos los necesitados y menesterosos vagamundos; y aquí el señor ventero y el gran Sancho serán medianeros y apreciadores, entre vuesa merced y mí, de lo que valen ó podian valer las ya deshechas figuras.»

El ventero y Sancho dijeron que así lo harian; y luego Maese Pedro alzó del suelo, con la cabeza ménos, al rey Marsilio de Zaragoza, y dijo: «Ya se ve cuán imposible es volver á este rey á su sér primero; y así, me parece, salvo mejor juicio, que se me dé por su muerte, fin y acabamiento, cuatro reales y medio.

—Adelante, dijo Don Quijote.

—Pues por esta abertura de arriba abajo, prosiguió Maese Pedro, tomando en las manos al partido emperador Carlo Magno, no seria mucho que pidiese yo cinco reales y un cuartillo.

—No es poco, dijo Sancho.

—Ni mucho, replicó el ventero; modérese la partida, y señálensele cinco reales.

—Dénsele todos cinco y cuartillo, dijo Don Quijote; que no está en un cuartillo más á ménos la monta desta notable desgracia: y acabe presto Maese Pedro; que se hace hora de cenar, y yo tengo ciertos barruntos de hambre.

—Por esta figura, dijo Maese Pedro, que está sin narices y con un ojo ménos, que es de la hermosa Melisendra, quiero, y me pongo en lo justo, dos reales y doce maravedís.

—¡Aun ahí seria el diablo, dijo Don Quijote, si ya no estuviese Melisendra con su esposo, por lo ménos en la raya de Francia! porque el caballo en que iban, á mí me pareció que ántes volaba que corria; y así, no hay para qué venderme á mí el gato por liebre, presentándome aquí á Melisendra desnarigada, estando la otra, si viene á mano, ahora holgándose en Francia, con su esposo, á pierna tendida. Ayude Dios con lo suyo á cada uno, señor Maese Pedro, y caminemos todos con pié llano y con intencion sana... y prosiga.»

Maese Pedro, que vió que Don Quijote izquierdeaba, y que volvia á su primer tema, no quiso que se le escapase; y así, le dijo: «Esta no debe de ser Melisendra, sino alguna de las doncellas que la servian; y así, con sesenta maravedís que me den por ella, quedaré contento y bien pagado.»

Desta manera fué poniendo precios á otras muchas destrozadas figuras, que despues los moderaron los dos jueces árbitros con satisfacion de las partes, y llegaron á cuarenta reales y tres cuartillos; y ademas desto (que luego lo desembolsó Sancho), pidió Maese Pedro dos reales por el trabajo de tomar el mono.

«Dáselos, Sancho, dijo Don Quijote, no para tomar el mono, sino la mona; y docientos diera yo ahora en albricias á quien me dijera con certidumbre que la señora doña Melisendra y el señor don Gaiféros estaban ya en Francia y entre los suyos.

—Ninguno nos lo podria decir mejor que mi mono, dijo Maese Pedro; pero no habrá diablo que ahora le tome; aunque imagino que el cariño y la hambre le han de forzar á que me busque esta noche; y amanecerá Dios y verémonos.»

En resolucion, la borrasca del retablo se acabó, y todos cenaron en paz y en buena compañía á costa de Don Quijote, que era liberal en todo extremo. Antes que amaneciese, se fué el que llevaba las lanzas y las alabardas, y ya despues de amanecido, se vinieron á despedir de Don Quijote el primo y el paje, el uno para volverse á su tierra, y el otro á proseguir su camino, para ayuda del cual le dió Don Quijote una docena de reales. Maese Pedro no quiso volver á entrar en más dimes ni dirétes con Don Quijote, á quien él conocia muy bien; y así, madrugó ántes que el sol, y cogiendo las reliquias de su retablo y á su mono, se fué tambien á buscar sus aventuras. El ventero, que no conocia á Don Quijote... tan admirado le tenian sus locuras como su liberalidad. Finalmente, Sancho le pagó muy bien por órden de su señor; y despidiéndose dél, casi á las ocho del dia dejaron la venta y se pusieron en camino, donde los dejaremos ir; que así conviene para dar lugar á contar otras cosas pertenecientes á la declaracion desta famosa historia.

CAPITULO XXVII.

Donde se da cuenta quiénes eran Maese Pedro y su mono, con el mal suceso que Don Quijote tuvo en la aventura del rebuzno, que no la acabó como él quisiera y como lo tenia pensado.

Entra Cide Hamete, coronista desta grande historia, con estas palabras en este capítulo: *Juro como católico cristiano...* A lo que el segundo autor dice que en jurar Cide Hamete como católico cristiano, siendo él moro, como sin duda lo era, no quiso decir otra cosa, sino que así como el católico cristiano, cuando jura, jura (ó debe jurar) verdad, y decirla

en lo que dijere, así él la decia como si jurara como cristiano católico, en lo que queria escribir de Don Quijote, especialmente en decir quién era Maese Pedro, y quién el mono adivino, que traia admirados todos aquellos pueblos con sus adivinanzas.

Dice, pues, que bien se acordará el que hubiere leido la Primera Parte desta historia, de aquel Gines de Pasamonte, á quien, entre otros galeotes, dió libertad Don Quijote en Sierra Morena, beneficio que despues le fué mal agradecido y peor pagado de aquella gente maligna y mal acostumbrada. Este Gines de Pasamonte, á quien Don Quijote llamó don Ginesillo de Paropillo, fué el que hurtó á Sancho Panza el Rucio, que por no haberse puesto el cómo ni el cuándo en la Primera Parte, por culpa de los impresores, ha dado en qué entender á muchos, que atribuian á poca memoria del autor la falta de emprenta. Pero, en resolucion, Gines le hurtó, estando durmiendo Sancho Panza, y despues le cobró Sancho, como se ha contado.

Este Gines, pues, temeroso de no ser hallado de la justicia, que le buscaba para castigarle de sus infinitas bellaquerías y delitos, que fueron tantos y tales, que él mismo compuso un gran volúmen contándolos, determinó pasarse al reino de Aragon y cubrirse el ojo izquierdo, acomodándose al oficio de titerero; que esto y el jugar de manos lo sabia hacer por extremo. Sucedió, pues, que de unos cristianos, ya libres, que venian de Berbería, compró aquel mono, á quien enseñó que en haciéndole cierta señal, se le subiese en el hombro y le murmurase, ó lo pareciese, al oido. Hecho esto, ántes que entrase en el lugar donde entraba con su retablo y mono, se informaba en el lugar más cercano, ó de

quien él mejor podia, qué cosas particulares hubiesen sucedido en el tal lugar, y á qué personas; y llevándolas bien en la memoria, lo primero que hacia era mostrar su retablo, el cual unas veces era de una historia, y otras de otra, pero todas alegres y regocijadas y conocidas.

Acabada la muestra, proponia las habilidades de su mono, diciendo al pueblo que adivinaba todo lo pasado y lo presente; pero que en lo de por venir no se daba maña. Por la respuesta de cada pregunta pedia dos reales, y de algunas hacia barato, segun tomaba el pulso á los preguntantes; y como tal vez llegaba á las casas de quien él sabia los sucesos de los que en ella moraban, aunque no le preguntasen nada por no pagarle, él hacia la seña al mono, y luego decia que le habia dicho tal y tal cosa, que venia de molde con lo sucedido : con esto cobraba crédito y nombre, y andábanse todos tras él. Otras veces, como era tan discreto, respondia de manera que las respuestas venian bien con las preguntas; y como nadie le apuraba ni apretaba á que dijese cómo adevinaba su mono, á todos hacia mamonas, y llenaba sus esqueros. Así como entró en la venta, conoció á Don Quijote y á Sancho, por cuyo conocimiento le fué fácil poner en admiracion á Don Quijote y á Sancho Panza y á todos los que en ella estaban; pero hubiérale de costar caro, si Don Quijote bajara un poco más la mano, cuando cortó la cabeza al rey Marsilio y destruyó toda su caballería, como queda dicho en el antecedente capítulo.

Esto es lo que hay que decir de Maese Pedro y de su mono; y volviendo á Don Quijote de la Mancha, digo que despues de haber salido de la venta, determinó de ver primero las riberas del rio Ebro y todos aquellos contornos, án-

tes de entrar en la ciudad de Zaragoza; pues le daba tiempo para todo el mucho que faltaba desde allí á las justas. Con esta intencion, siguió su camino, por el cual anduvo dos dias sin acontecerle cosa digna de ponerse en escritura, hasta que al tercero, al subir de una loma, oyó un gran rumor de atambores, de trompetas y atabales. Al principio pensó que algun tercio de soldados pasaba por aquella parte, y por verlos, picó á Rocinante y subió la loma arriba; y cuando estuvo en la cumbre, vió al pié della, á su parecer, más de docientos hombres, armados de diferentes suertes de armas, como si dijésemos lanzones, ballestas, partesanas, alabardas y picas, y algunos arcabuces y muchos varapalos. Bajó del recuesto, y acercóse al escuadron tanto, que distintamente vió las banderas, juzgó de los colores y notó las empresas que en ellas traian, especialmente una, que en un estandarte ó jiron de raso blanco venia, en el cual estaba pintado muy al vivo un asno como un pequeño sardesco, la cabeza levantada, la boca abierta y la lengua de fuera, en acto y postura como si estuviera rebuznando; alrededor dél estaban escritos de letras grandes estos dos versos:

No rebuznaron en balde
El uno y el otro alcalde.

Por esta insignia sacó Don Quijote que aquella gente debia de ser del pueblo del rebuzno, y así se lo dijo á Sancho, declarándole lo que en el estandarte venia escrito. Díjole tambien que el que les habia dado noticia de aquel caso se habia errado en decir que dos regidores habian sido los que rebuznaron, porque, segun los versos del estandarte, no habian sido sino alcaldes.

A lo que respondió Sancho Panza: «Señor, en eso no hay

que reparar; que bien puede ser que los regidores, que entónces rebuznaron, viniesen con el tiempo á ser alcaldes de su pueblo, y así se pueden llamar con entrambos títulos: cuanto más, que no hace al caso á la verdad de la historia ser los rebuznadores alcaldes ó regidores, como ellos una por una hayan rebuznado; porque tan á pique está de rebuznar un alcalde como un regidor.» Finalmente, conocieron ó supusieron, como era cierto, que el pueblo corrido salia á pelear con otro, que le corria más de lo justo y de lo que se debia á la buena vecindad.

Fuése llegando á ellos Don Quijote, no con poca pesadumbre de Sancho, que nunca fué amigo de hallarse en semejantes jornadas: los del escuadron le recogieron en medio, creyendo que era alguno de los de su parcialidad. Don Quijote, alzando la visera, con gentil brío y continente llegó hasta el estandarte del asno, y allí se le pusieron alrededor todos los más principales del ejército por verle, admirados con la admiracion acostumbrada en que caian todos aquellos que la vez primera le miraban. Don Quijote, que los vió tan atentos á mirarle, sin que ninguno le hablase ni le preguntase nada, quiso aprovecharse de aquel silencio, y rompiendo el suyo, alzó la voz y dijo: «Buenos señores, cuan encarecidamente puedo, os suplico que no interrumpais un razonamiento que quiero haceros, hasta que veais que os disgusta y enfada; que si esto sucede, con la más mínima señal que me hagais, pondré un sello en mi boca y echaré una mordaza á mi lengua.»

Todos le dijeron que dijese lo que quisiese; que de buena gana le escucharian.

Don Quijote, con esta licencia, prosiguió diciendo: «Yo,

señores mios, soy caballero andante, cuyo ejercicio es el de las armas, y cuya profesion, la de favorecer á los necesitados de favor y acudir á los menesterosos. Dias há que he sabido vuestra desgracia, y la causa que os mueve á tomar las armas á cada paso para vengaros de vuestros enemigos; y habiendo discurrido una y muchas veces en mi entendimiento sobre vuestro negocio, hallo, segun las leyes del duelo, que estais engañados en teneros por afrentados; porque ningun particular puede afrentar á un pueblo entero, si no es retándole de traidor por junto, porque no sabe en particular quién cometió la traicion por que le reta. Ejemplo desto tenemos en don Diego Ordoñez de Lara, que retó á todo el pueblo zamorano, porque ignoraba que solo Vellido Dólfos habia cometido la traicion de matar á su rey, y así retó á todos, y á todos tocaba la venganza y la respuesta; aunque tambien es verdad que el señor don Diego anduvo algo demasiado, y áun pasó muy adelante de los límites del reto, porque no tenia para qué retar á los muertos, á las aguas, ni á los panes, ni á los que estaban por nacer, ni á las otras menudencias que allí se declaran; pero vaya, pues cuando la cólera sale de madre, no tiene la lengua padre, ayo ni freno que la corrija.

»Siendo, pues, esto así, que uno solo no puede afrentar á reino, provincia, ciudad, república ni pueblo entero, queda en limpio que no hay para qué salir á la venganza del reto de la tal afrenta, pues no lo es; porque ¡bueno seria que se matasen á cada paso los del pueblo de la Reloja con quien se lo llama, ni los cazoleros, berengeneros, ballenatos, jaboneros, ni los de otros nombres y apellidos, que andan por ahí en boca de los muchachos y de gente de poco más á

ménos! ¡Bueno seria, por cierto, que todos estos insignes pueblos se corriesen y vengasen, y anduviesen contino hechas las espadas sacabuches á cualquier pendencia, por pequeña que fuese! No, no, ni Dios lo permita ó quiera: los varones prudentes, las repúblicas bien concertadas, por cuatro cosas han de tomar las armas y desenvainar las espadas, y poner á riesgo sus personas, vidas y haciendas. La primera, por defender la fe católica; la segunda, por defender su vida, que es de ley natural y divina; la tercera, en defensa de su honra, de su familia y hacienda; la cuarta, en servicio de su rey en la guerra justa; y si le quisiéremos añadir la quinta (que se puede contar por segunda), es en defensa de su patria. A estas cinco causas, como capitales, se pueden agregar algunas otras que sean justas y razonables, y que obliguen á tomar las armas; pero ¡tomarlas por niñerías, y por cosas que ántes son de risa y pasatiempo que de afrenta!... Parece que quien las toma carece de todo razonable discurso: cuanto más, que el tomar venganza injusta (que justa no puede haber alguna que lo sea) va derechamente contra la santa ley que profesamos, en la cual se nos manda que hagamos bien á nuestros enemigos y que amemos á los que nos aborrecen; mandamiento que, aunque parece algo dificultoso de cumplir, no lo es sino para aquellos que tienen ménos de Dios que del mundo, y más de carne que de espíritu; porque Jesucristo, Dios y hombre verdadero, que nunca mintió, ni pudo ni puede mentir, siendo legislador nuestro, dijo que su yugo era suave y su carga liviana; y así, no nos habia de mandar cosa que fuese imposible el cumplirla. Así que, mis señores, vuesas mercedes están obligados por leyes divinas y humanas á sosegarse.

—El diablo me lleve, dijo á esta sazon Sancho entre sí, si este mi amo no es tólogo, y si no lo es, á fe que lo parece como un huevo á otro.»

Tomó un poco de aliento Don Quijote, y viendo que todavía le prestaban silencio, quiso pasar adelante en su plática, como pasara, si no se pusiera en medio la agudeza de Sancho, el cual, viendo que su amo se detenia, tomó la mano por él, diciendo: «Mi señor Don Quijote de la Mancha, que un tiempo se llamó *el Caballero de la Triste Figura*, y ahora se llama *el Caballero de los Leones*, es un hidalgo muy atentado, que sabe latin y romance como un bachiller; y en todo cuanto trata y aconseja procede como muy buen soldado, y tiene todas las leyes y ordenanzas de lo que llaman el duelo, en la uña; y así, no hay más que hacer sino dejarse llevar por lo que él dijere, y sobre mí si lo errare: cuanto más, que ello se está dicho que es necedad correrse por sólo oir un rebuzno; que yo me acuerdo, cuando muchacho, que rebuznaba cada y cuando que se me antojaba, sin que nadie me fuese á la mano, y con tanta gracia y propiedad, que en rebuznando yo, rebuznaban todos los asnos del pueblo; y no por eso dejaba de ser hijo de mis padres, que eran honradísimos; y aunque por esta habilidad era invidiado de más de cuatro de los estirados de mi pueblo, no se me daba dos ardites; y porque se vea que digo verdad, esperen y escuchen; que esta ciencia es como la del nadar, que una vez aprendida, nunca se olvida.»

Y luego, puesta la mano en las narices, comenzó á rebuznar tan reciamente, que todos los cercanos valles retumbaron. Pero uno de los que estaban junto á él, creyendo que hacia burla dellos, alzó un varapalo que en la mano tenia,

y dióle tal golpe con él, que sin ser poderoso á otra cosa, dió consigo Sancho Panza en el suelo.

Don Quijote, que vió tan mal parado á Sancho, arremetió al que le habia dado, con la lanza sobre mano; pero fueron tantos los que se pusieron en medio, que no fué posible vengarle; ántes, viendo que llovia sobre él un nublado de piedras, y que le amenazaban muchas encaradas ballestas, y, aunque ménos, cantidad de arcabuces, volvió las riendas á Rocinante, y á todo lo que su galope pudo, se salió de entre ellos, encomendándose de todo corazon á Dios, que de aquel peligro le librase, temiendo á cada paso no le entrase alguna bala por las espaldas y le saliese al pecho; y á cada punto recogia el aliento, por ver si le faltaba; pero los del escuadron se contentaron con verle huir, sin tirarle. A Sancho le pusieron sobre su jumento, apénas vuelto en sí, y le dejaron ir tras su amo, no porque él tuviese sentido para regirle; pero el Rucio siguió las huellas de Rocinante, sin el cual no se hallaba un punto. Alongado, pues, Don Quijote buen trecho, volvió la cabeza y vió que Sancho venia, y atendióle, viendo que ninguno le seguia. Los del escuadron se estuvieron allí hasta la noche, y por no haber salido á la batalla sus contrarios, se volvieron á su pueblo regocijados y alegres; y si ellos supieran la costumbre antigua de los griegos, levantaran en aquel lugar y sitio un trofeo.

CAPITULO XXVIII.

De cosas que dice Benengeli, que las sabrá quien le leyere, si las lee con atencion.

Cuando el valiente huye, la superioridad del riesgo basta á disculparle, y es de varones prudentes guardarse para mejor ocasion. Esta verdad se verificó en Don Quijote, el cual, dando lugar á la furia del pueblo y á las malas intenciones de aquel indignado escuadron, puso piés en polvorosa, y sin acordarse de Sancho ni del peligro en que le dejaba, se apartó tanto cuanto le pareció que bastaba para estar seguro. Seguíale Sancho, atravesado en su jumento, como queda referido. Llegó en fin, ya vuelto en su acuerdo, y al llegar se dejó caer del Rucio á los piés de Rocinante, todo ansioso, todo molido y todo apaleado.

Apeóse Don Quijote para catarle las feridas; pero como le hallase sano de los piés á la cabeza, con asaz cólera le dijo: «Bien en hora mala supistes vos rebuznar, Sancho: y ¿dónde hallastes vos ser bueno el nombrar la soga en casa del ahorcado? A música de rebuznos, ¿qué contrapunto se habia de llevar, sino de varapalos? Y dad gracias á Dios, Sancho, que ya que os santiguaron con un palo, no os hicieron el *per signum crucis* con un alfanje.

—No estoy para responder, respondió Sancho, porque me parece que hablo por las espaldas: subamos, y apartémonos de aquí; que yo pondré silencio en mis rebuznos; pero no en dejar de decir que los caballeros andantes huyen, y dejan á sus buenos escuderos molidos como alheña ó como cibera en poder de sus enemigos.

—No huye el que se retira, respondió Don Quijote; porque has de saber, Sancho, que la valentía que no se funda sobre la basa de la prudencia, se llama temeridad, y las hazañas del temerario más se atribuyen á la buena fortuna que á su ánimo : y así, yo confieso que me he retirado, pero no huido; y en esto he imitado á muchos valientes, que se han guardado para tiempos mejores, y desto están las historias llenas, las cuales, por no serte á tí de provecho, ni á mí de gusto, no te las refiero ahora.»

En esto ya estaba á caballo Sancho, ayudado de Don Quijote, el cual asimismo subió en Rocinante, y poco á poco se fueron á emboscar en una alameda, que hasta un cuarto de legua de allí se parecia.

De cuando en cuando daba Sancho unos ayes profundísimos y unos gemidos dolorosos; y preguntándole Don Quijote la causa de tan amargo sentimiento, respondió que desde la punta del espinazo hasta la nuca del celebro le dolia de manera, que le sacaba de sentido.

«La causa dese dolor debe de ser sin duda, dijo Don Quijote, que como era el palo, con que te dieron, largo y tendido, te cogió todas las espaldas, donde entran todas esas partes que te duelen; y si más te cogiera, más te doliera.

—¡Por Dios, dijo Sancho, que vuesa merced me ha sacado de una gran duda, y que me la ha declarado por lindos términos! ¡Cuerpo de mí! ¿Tan cubierta estaba la causa de mi dolor, que ha sido menester decirme que me duele todo aquello que alcanzó el palo? Si me dolieran los tobillos, áun pudiera ser que se anduviera adivinando el por qué me dolian; pero dolerme lo que me molieron, no es mucho adivinar. A la fe, señor nuestro amo, el mal ajeno de pelo cuelga;

y cada dia voy descubriendo tierra de lo poco que puedo esperar de la compañía que con vuesa merced tengo; porque, si esta vez me ha dejado apalear, otra y otras ciento volveremos á los manteamientos de márras, y á otras muchas averías, que si ahora me han salido á las espaldas, despues me saldrán á los ojos. Harto mejor haria yo (sino que soy un bárbaro, y no haré nada que bueno sea en toda mi vida); harto mejor haria yo, vuelvo á decir, en volverme á mi casa y á mi mujer y á mis hijos, y sustentarla y criarlos con lo que Dios fuere servido de darme; y no andarme tras vuesa merced por caminos sin camino, y por sendas y carreras que no las tienen, bebiendo mal y comiendo peor. Pues ¡tomadme el dormir! Contad, hermano escudero, siete piés de tierra, y si quisiéredes más, tomad otros tantos, que en vuestra mano está escudillar, y tendeos á todo vuestro buen talante; que ¡quemado vea yo y hecho polvos al primero que dió puntada en la andante caballería, ó á lo ménos al primero que quiso ser escudero de tales tontos como debieron ser todos los caballeros andantes pasados! De los presentes no digo nada; que por ser vuesa merced uno dellos, les tengo respeto, y porque sé que sabe vuesa merced un punto más que el diablo en cuanto habla y en cuanto piensa.

—Haria yo una buena apuesta con vos, Sancho, dijo Don Quijote, que ahora que vais hablando sin que nadie os vaya á la mano, que no os duele nada en todo vuestro cuerpo. Hablad, hijo mio, todo aquello que os viniere al pensamiento y á la boca; que á trueco de que á vos no os duela nada, tendré yo por gusto el enfado que me dan vuestras impertinencias; y si tanto deseais volveros á vuestra casa con vuestra mujer y hijos, no permita Dios que yo os lo

impida. Dineros teneis mios: mirad cuánto há que esta tercera vez salí con vos de nuestro pueblo, y mirad lo que podeis y debeis ganar cada mes, y pagaos de vuestra mano.

—Cuando yo servia, respondió Sancho, á Tomé Carrasco, el padre del Bachiller Sanson Carrasco, que vuesa merced bien conoce, dos ducados ganaba cada mes, amén de la comida; con vuesa merced, no sé lo que puedo ganar, puesto que sé que tiene más trabajo el escudero del caballero andante, que el que sirve á un labrador; que en resolucion, los que servimos á labradores, por mucho que trabajemos de dia, por mal que suceda, á la noche cenamos olla y dormimos en cama, en la cual no he dormido despues que esta vez sirvo á vuesa merced, si no ha sido el tiempo breve que estuvimos en casa de don Diego de Miranda, y la jira que tuve con la espuma que saqué de las ollas de Camacho, y lo que comí y bebí y dormí en casa de Basilio; todo el otro tiempo he dormido en la dura tierra, al cielo abierto, sujeto á lo que dicen inclemencias del cielo, sustentándome con rajas de queso y mendrugos de pan, y bebiendo agua, ya de arroyos, ya de fuentes de las que encontramos por esos andurriales donde andamos.

—Confieso, dijo Don Quijote, que todo lo que dices, Sancho, es la verdad: ¿cuánto parece que os debo dar más de lo que os daba Tomé Carrasco?

—A mi parecer, dijo Sancho, con dos reales más que vuesa merced añadiese cada mes, me tendria por bien pagado: esto es cuanto al salario de mi trabajo; pero en cuanto á satisfacerme á la palabra y promesa que vuesa merced me tiene hecha de darme el gobierno de una ínsula, seria justo que se me añadiesen otros seis reales, que por todos serian treinta.

—Está muy bien, replicó Don Quijote; y conforme al salario que vos os habeis señalado, quince dias há que salimos de nuestro pueblo: contad, Sancho, rata por cantidad, y mirad lo que os debo, y pagaos, como os tengo dicho, de vuestra mano.

—¡Oh cuerpo de mí! dijo Sancho, que va vuesa merced muy errado en esta cuenta; porque, en lo de la promesa de la ínsula, se ha de contar desde el dia que vuesa merced me la prometió, hasta la presente hora en que estamos.

—Pues ¿qué tanto há, Sancho, que os la prometí? dijo Don Quijote.

—Si yo mal no me acuerdo, respondió Sancho, debe de haber más de veinte años, tres dias más á ménos.»

Dióse Don Quijote una gran palmada en la frente, y comenzó á reir muy de gana, y dijo: «Pues no anduve yo en mi salida primera, ni en todo el discurso de nuestras jornadas, sino mes y medio apénas, y ¿dices, Sancho, que há veinte años que te prometí la ínsula! Ahora digo que quieres que se consuma en tus salarios el dinero que tienes mio; y si esto es así, y tú gustas dello, desde aquí te lo doy, y buen provecho te haga; que á trueco de verme sin tan mal escudero, holgaréme de quedarme pobre y sin blanca. Pero dime, prevaricador de las ordenanzas escuderiles de la andante caballería, ¿dónde has visto tú ó leido que ningun escudero de caballero andante se haya puesto con su señor en tanto más cuánto me habeis de dar cada mes porque os sirva? Entrate, éntrate, malandrin, follon y vestiglo (que todo lo pareces); éntrate, digo, por el *mare magnum* de sus historias; y si hallares que algun escudero haya dicho ni pensado lo que aquí has dicho, quiero que me le claves en la frente, y por añadi-

dura me hagas cuatro mamonas selladas en mi rostro. Vuelve las riendas ó el cabestro al Rucio, y vuélvete á tu casa; porque un solo paso desde aquí no has de pasar más adelante conmigo. ¡Oh pan mal conocido! ¡oh promesas mal colocadas! ¡oh hombre, que tiene más de bestia que de persona! Ahora, cuando yo pensaba ponerte en estado, y tal, que, á pesar de tu bajeza, te llamaran señoría, ¿te despides! ¿Ahora te vas, cuando yo venia con intencion firme y valedera de hacerte señor de la mejor ínsula del mundo! En fin, como tú has dicho otras veces, no es la miel, etc. Asno eres y asno has de ser, y en asno has de parar cuando se te acabe el curso de la vida; que para mí tengo que ántes llegará ella á su último término, que tú caigas y des en la cuenta de que eres bestia.»

Miraba Sancho á Don Quijote de hito en hito, en tanto que los tales vituperios le decia, y compungióse de manera, que le vinieron las lágrimas á los ojos, y con voz dolorida y enferma le dijo: «Señor mio, yo confieso que para ser del todo asno, no me falta más de la cola: si vuesa merced quiere ponérmela, yo la daré por bien puesta, y le serviré como jumento todos los dias que me quedan de mi vida. Vuesa merced me perdone, y se duela de mi necedad, y advierta que sé poco, y que si hablo mucho, más procede de enfermedad que de malicia; mas quien yerra y se enmienda, á Dios se encomienda.

—Maravillárame yo, Sancho, si no mezclaras algun refrancico en tu coloquio. Ahora bien, yo te perdono, con que te enmiendes y con que no te muestres de aquí adelante tan amigo de tu interes, sino que procures ensanchar el corazon, y te alientes y animes á esperar el cumplimiento de mis promesas, que aunque se tarda, no se imposibilita.»

Sancho respondió que sí haria, aunque sacase fuerzas de flaqueza. Con esto, se metieron en la alameda, y Don Quijote se acomodó al pié de un olmo, y Sancho al de una haya; que estos tales árboles, y otros sus semejantes, siempre tienen piés, y no manos. Sancho pasó la noche penosamente, porque el varapalo se hacia más sentir con el sereno. Don Quijote la pasó en sus contínuas memorias; pero con todo eso, dieron los ojos al sueño, y al salir del alba siguieron su camino, buscando las riberas del famoso Ebro, donde les sucedió lo que se contará en el capítulo venidero.

CAPITULO XXIX.

De la famosa aventura del barco encantado.

Por sus pasos contados y por contar, diez dias despues que salieron de la alameda, llegaron Don Quijote y Sancho al rio Ebro, y el verle fué de gran gusto á Don Quijote, porque contempló y miró en él la amenidad de sus riberas, la claridad de sus aguas, el sosiego de su curso y la abundancia de sus líquidos cristales, cuya alegre vista renovó en su memoria mil amorosos pensamientos; especialmente fué y vino en lo que habia visto en la cueva de Montesínos; que puesto que el mono de Maese Pedro le habia dicho que parte de aquellas cosas eran verdad y parte mentira, él se atenia más á las verdaderas que á las mentirosas; bien al reves de Sancho, que todas las tenia por la misma mentira. Yendo, pues, desta manera, se le ofreció á la vista un pequeño barco, sin remos ni otras jarcias algunas, que estaba atado en la orilla á un tronco de un árbol, que en la ribera estaba. Miró Don Quijote á todas partes, y no vió persona alguna, y

luego, sin más ni más, se apeó de Rocinante, y mandó á Sancho que lo mismo hiciese del Rucio, y que á entrambas bestias las atase muy bien juntas al tronco de un álamo ó sauce que allí estaba.

Preguntóle Sancho la causa de aquel súbito apeamiento y de aquel ligamiento. Respondió Don Quijote: «Has de saber, Sancho, que este barco que aquí está, derechamente, y sin poder ser otra cosa en contrario, me está llamando y convidando á que éntre en él, y vaya en él á dar socorro á algun caballero, ó á otra necesitada y principal persona, que debe de estar puesta en alguna grande cuita; porque éste es estilo de los libros de las historias caballerescas, y de los encantadores que en ellas se entremeten y platican. Cuando algun caballero está puesto en algun trabajo, que no puede ser librado dél sino por la mano de otro caballero (puesto que estén distantes el uno del otro dos ó tres mil leguas, y áun más), ó le arrebatan en una nube, ó le deparan un barco donde se éntre, y en ménos de un abrir y cerrar de ojos le llevan ó por los aires, ó por la mar, donde quieren y adonde es menester su ayuda: así que ¡oh Sancho! este barco está puesto aquí para el mesmo efecto, y esto es tan verdad como es ahora de dia; y ántes que éste se pase, ata juntos al Rucio y á Rocinante, y á la mano de Dios, que nos guíe; que no dejaré de embarcarme, si me lo pidiesen frailes descalzos.

—Pues así es, respondió Sancho, y vuesa merced quiere dar á cada paso en éstos, que no sé si los llame disparates, no hay sino obedecer y bajar la cabeza, atendiendo al refran: «haz lo que tu amo te manda, y siéntate con él á la mesa»; pero, con todo esto, por lo que toca al descargo de mi conciencia, quiero advertir á vuesa merced que á mí me parece

que este tal barco no es de los encantados, sino de algunos pescadores deste rio, porque en él se pescan las mejores sabogas del mundo.»

Esto decia, miéntras ataba las bestias, Sancho, dejándolas á la proteccion y amparo de los encantadores, con harto dolor de su ánima.

Don Quijote le dijo que no tuviese pena del desamparo de aquellos animales; que el que los llevara á ellos por tan longincuos caminos y regiones, tendria cuenta de sustentarlos.

«No entiendo esto de *logicuos*, dijo Sancho, ni he oido tal vocablo en todos los dias de mi vida.

—*Longincuos*, respondió Don Quijote, quiere decir *apartados*: y no es maravilla que no lo entiendas; que no estás tú obligado á saber latin, como algunos que presumen que lo saben, y lo ignoran.

—Ya están atados, replicó Sancho: ¿qué hemos de hacer ahora?

—¿Qué? respondió Don Quijote, santiguarnos y levar ferro; quiero decir, embarcarnos y cortar la amarra con que este barco está atado.»

Y dando un salto en él, siguiéndole Sancho, cortó el cordel, y el barco se fué apartando poco á poco de la ribera; y cuando Sancho se vió obra de dos varas dentro del rio, comenzó á temblar, temiendo su perdicion; pero ninguna cosa le dió más pena que el oir roznar al Rucio y el ver que Rocinante pugnaba por desatarse; y díjole á su señor: «El Rucio rebuzna, condolido de nuestra ausencia, y Rocinante procura ponerse en libertad, para arrojarse tras nosotros. ¡Oh carísimos amigos! quedaos en paz; y la locura que nos aparta

de vosotros, convertida en desengaño, nos vuelva á vuestra presencia.»

Y en esto comenzó á llorar tan amargamente, que Don Quijote, mohino y colérico, le dijo: «¿De qué temes, cobarde criatura? ¿De qué lloras, corazon de mantequillas? ¿Quién te persigue ó quién te acosa, ánimo de raton casero? O ¿qué te falta, menesteroso en la mitad de las entrañas de la abundancia? Por dicha, ¿vas caminando á pié y descalzo por las montañas rifeas, sino sentado en una tabla como un archiduque, por el sesgo curso deste agradable rio, de donde en breve espacio saldremos al mar dilatado? Pero ya habemos de haber salido, y caminado, por lo ménos, setecientas ú ochocientas leguas; y si yo tuviera aquí un astrolabio con que tomar la altura del polo, yo te dijera las que hemos caminado... aunque, ó yo sé poco, ó ya hemos pasado, ó pasaremos presto, por la línea equinocial, que divide y corta los dos contrapuestos polos en igual distancia.

—Y cuando lleguemos á esa *leña* que vuesa merced dice, preguntó Sancho, ¿cuánto habremos caminado?

—Mucho, replicó Don Quijote; porque de trecientos y sesenta grados que contiene el globo del agua y de la tierra, segun el cómputo de Ptolomeo, que fué el mayor cosmógrafo que se sabe, la mitad habremos caminado llegando á la línea que he dicho.

—¡Por Dios, dijo Sancho, que vuesa merced me trae por testigo de lo que dice á una gentil persona! *puto* y *gafo*, con la añadidura de *meon*, ó *meo*, ó no sé cómo.»

Rióse Don Quijote de la interpretacion que Sancho habia dado al nombre y al *cómputo* y cuenta del *cosmógrafo Ptolomeo*, y díjole: «Sabrás, Sancho, que los españoles, y los

que se embarcan en Cádiz para ir á las Indias Orientales, una de las señales que tienen para entender que han pasado la línea equinocial que te he dicho, es que á todos los que van en el navío se les mueren los piojos, sin que les quede ninguno, ni en todo el bajel le hallarán si le pesan á oro: y así, puedes, Sancho, pasear una mano por un muslo, y si topares cosa viva, saldremos desta duda; y si no, pasado habemos.

—Yo no creo nada deso, respondió Sancho; pero con todo, haré lo que vuesa merced me manda; aunque no sé para qué hay necesidad de hacer esas experiencias, pues yo veo con mis mismos ojos que no nos habemos apartado de la ribera cinco varas, ni hemos decantado de donde están las alemañas diez varas, porque allí están Rocinante y el Rucio en el propio lugar do los dejamos; y tomada la mira, como yo la tomo ahora, ¡voto á tal que no nos movemos ni andamos al paso de una hormiga!

—Haz, Sancho, la averiguacion que te he dicho, y no te cures de otra; que tú no sabes qué cosas sean coluros, líneas, paralelos, zodíaco, eclíptica, polos, solsticios, equinocios, planetas, signos, partes y medidas de que se compone la esfera celeste y terrestre; que si todas estas cosas supieras, ó parte dellas, vieras claramente ¡qué de paralelos hemos cortado, qué de signos visto, y qué de imágenes hemos dejado atras y vamos dejando ahora! Y tórnote á decir que te tientes y pesques; que yo para mí tengo que estás más limpio que un pliego de papel liso y blanco.»

Tentóse Sancho, y llegando con la mano bonitamente y con tiento hácia la corva izquierda, alzó la cabeza, y miró á su amo y dijo: «O la experiencia es falsa, ó no hemos llegado adonde vuesa merced dice, ni con muchas leguas.

—Pues ¿qué! preguntó Don Quijote, ¿has topado algo?

—Y áun algos», respondió Sancho; y sacudiéndose los dedos, se lavó toda la mano en el rio, por el cual sosegadamente se deslizaba el barco por mitad de la corriente, sin que le moviesen alguna inteligencia secreta ni algun encantador escondido, sino el mismo curso del agua, blando entónces y suave.

En esto descubrieron unas grandes aceñas, que en la mitad del rio estaban; y apénas las hubo visto Don Quijote, cuando con voz alta dijo á Sancho: «¿Ves? Allí ¡oh amigo! se descubre la ciudad, castillo ó fortaleza donde debe de estar algun caballero oprimido, ó alguna reina, infanta ó princesa malparada, para cuyo socorro soy aquí traido.

—¿Qué diablos de ciudad, fortaleza ó castillo dice vuesa merced, señor! dijo Sancho. ¿No echa de ver que aquellas son aceñas, que están en el rio, donde se muele el trigo?

—Calla, Sancho, dijo Don Quijote; que aunque parecen aceñas, no lo son; y ya te he dicho que todas las cosas trastruecan y mudan de su sér natural los encantos... No quiero decir que las mudan de uno en otro sér realmente, sino que lo parece, como lo mostró la experiencia en la transformacion de Dulcinea, único refugio de mis esperanzas.»

En esto el barco, entrado en la mitad de la corriente del rio, comenzó á caminar no tan lentamente como hasta allí. Los molineros de las aceñas, que vieron venir aquel barco por el rio, y que se iba á embocar por el raudal de las ruedas, salieron con presteza, muchos dellos con varas largas, á detenerle; y como salian enharinados, y cubiertos los rostros y los vestidos del polvo de la harina, representaban una mala vista.

Daban voces grandes, diciendo: «Demonios de hombres, ¿donde vais! ¿Venís desesperados, que quereis ahogaros y haceros pedazos en estas ruedas?

—¿No te dije yo, Sancho, dijo á esta sazon Don Quijote, que habíamos llegado donde he de mostrar á do llega el valor de mi brazo? Mira ¡qué de malandrines y follones me salen al encuentro! Mira ¡cuántos vestiglos se me oponen! Mira ¡cuántas feas cataduras nos hacen cocos! Pues ahora lo veréis, bellacos». Y puesto en pié en el barco, con grandes voces comenzó á amenazar á los molineros, diciéndoles: «Canalla malvada y peor aconsejada, dejad en su libertad y libre albedrío á la persona que en esa vuestra fortaleza ó prision teneis oprimida, alta ó baja, de cualquier suerte ó calidad que sea; que yo soy Don Quijote de la Mancha, llamado *el Caballero de los Leones* por otro nombre, á quien está reservado, por órden de los altos cielos, el dar fin felice á esta aventura»: y diciendo esto, echó mano á su espada y comenzó á esgrimirla en el aire contra los molineros, los cuales oyendo y no entendiendo aquellas sandeces, se pusieron con sus varas á detener el barco, que ya iba entrando en el raudal y canal de las ruedas.

Púsose Sancho de rodillas, pidiendo devotamente al cielo le librase de tan manifiesto peligro, como lo hizo por la industria y presteza de los molineros, que oponiéndose con sus palos al barco, le detuvieron, pero no de manera que dejasen de trastornar el barco, y dar con Don Quijote y con Sancho al traves en el agua; pero vínole bien á Don Quijote, que sabia nadar como un ganso, aunque el peso de las armas le llevó al fondo dos veces; y si no fuera por los molineros, que se arrojaron al agua, y los sacaron como en peso

á entrambos, allí habria sido Troya para los dos. Puestos, pues, en tierra, más mojados que muertos de sed, Sancho, puesto de rodillas, las manos juntas y los ojos elevados al cielo, pidió á Dios con una larga y devota plegaria le librase de allí adelante de los atrevidos deseos y acometimientos de su señor.

Llegaron en esto los pescadores, dueños del barco, á quien habian hecho pedazos las ruedas de las aceñas; y viéndole roto, acometieron á desnudar á Sancho y á pedir á Don Quijote se lo pagase, el cual con gran sosiego, como si no hubiera pasado nada por él, dijo á los molineros y pescadores que él pagaria el barco de bonísima gana, con condicion que le diesen libre y sin cautela á la persona ó personas que en aquel su castillo estaban oprimidas.

«¿Qué personas ó qué castillo dices, respondió uno de los molineros, hombre sin juicio! ¿Quiéreste llevar por ventura las que vienen á moler trigo á estas aceñas!

—Basta, dijo entre sí Don Quijote: aquí será predicar en desierto querer reducir á esta canalla á que por ruegos haga virtud alguna; y en esta aventura se deben de haber encontrado dos valientes encantadores, y el uno estorba lo que el otro intenta: el uno me deparó el barco, y el otro dió conmigo al traves. Dios lo remedie; que todo este mundo es máquinas y trazas, contrarias unas de otras; yo no puedo más.» Y alzando la voz, prosiguió diciendo, y mirando á las aceñas: «Amigos, cualesquiera que seais, que en esa prision quedais encerrados, perdonadme; que, por mi desgracia y por la vuestra, yo no os puedo sacar de vuestra cuita: para otro caballero debe de estar guardada y reservada esta aventura.»

En diciendo esto, se concertó con los pescadores, y pagó

por el barco cincuenta reales, que los dió Sancho de muy mala gana, diciendo: «A dos barcadas como ésta, daremos con todo el caudal al fondo.»

Los pescadores y molineros estaban admirados, mirando aquellas dos figuras, tan fuera del uso, al parecer, de los otros hombres, y no acababan de entender á do se encaminaban las razones y preguntas que Don Quijote les decia; y teniéndolos por locos, los dejaron, y se recogieron á sus aceñas, y los pescadores á sus ranchos. Volvieron á sus bestias y á ser bestias Don Quijote y Sancho, y este fin tuvo la aventura del encantado barco.

CAPITULO XXX.

De lo que le avino á Don Quijote con una bella cazadora.

Asaz melancólicos y de mal talante llegaron á sus animales caballero y escudero, especialmente Sancho, á quien llegaba al alma llegar al caudal del dinero, pareciéndole que todo lo que dél se quitaba era quitárselo á él de las niñas de sus ojos. Finalmente, sin hablarse palabra, se pusieron á caballo, y se apartaron del famoso rio: Don Quijote sepultado en los pensamientos de sus amores, y Sancho en los de su acrecentamiento, que por entónces le parecia que estaba bien léjos de tenerle; porque, magüera tonto, bien se le alcanzaba que las acciones de su amo, todas ó las más, eran disparates; y buscaba ocasion en que, sin entrar en cuentas ni en despedimientos con su señor, un dia se desgarrase y se fuese á su casa; pero la fortuna ordenó las cosas muy al reves de lo que él pensado tenia.

Sucedió, pues, que otro dia, al despuntar del sol y al salir

de una selva, tendió Don Quijote la vista por un verde prado, y en lo último dél vió gente, y llegándose cerca, conoció que eran cazadores de altanería. Llegóse más, y entre ellos vió una gallarda señora sobre un palafren ó hacanea blanquísima, adornada de guarniciones verdes y con un sillon de plata. Venia la señora asimismo vestida de verde, tan bizarra y ricamente, que la misma bizarría venia transformada en ella. En la mano izquierda traia un azor, señal que dió á entender á Don Quijote ser aquélla alguna gran señora, que debia serlo de todos aquellos cazadores, como era la verdad; y así dijo á Sancho: «Corre, hijo, Sancho, y dí á aquella señora del palafren y del azor, que yo, *el Caballero de los Leones*, beso las manos á su gran fermosura, y que si su grandeza me da licencia, se las iré á besar, y á servirla en cuanto mis fuerzas pudieren y su alteza me mandare; y mira, Sancho, cómo hablas, y ten cuenta de no encajar algun refran de los tuyos en tu embajada.

—¡Hallado os le habeis al encajador! respondió Sancho. ¡A mí con eso! Sí, que no es ésta la vez primera que he llevado embajadas á altas y crecidas señoras en esta vida.

—Si no fué la que llevaste á la señora Dulcinea, replicó Don Quijote, yo no sé que hayas llevado otra, á lo ménos en mi poder.

—Así es verdad, respondió Sancho; pero al buen pagador no le duelen prendas, y en casa llena presto se guisa la cena: quiero decir, que á mí no hay que decirme ni advertirme de nada; que para todo tengo, y de todo se me alcanza un poco.

—Yo lo creo, Sancho, dijo Don Quijote: vé en buena hora, y Dios te guíe.»

Partió Sancho de carrera, sacando de su paso al Rucio, y llegó donde la bella cazadora estaba, y apeándose, puesto ante ella de hinojos, le dijo: «Hermosa señora, aquel caballero que allí se parece, llamado *el Caballero de los Leones*, es mi amo, y yo soy un escudero suyo, á quien llaman en su casa Sancho Panza. Este tal *Caballero de los Leones*, que no há mucho se llamaba *el de la Triste Figura*, envia por mí á decir á vuestra grandeza sea servida de darle licencia para que, con su permiso y beneplácito y consentimiento, él venga á poner en obra su deseo, que no es otro, segun él dice y yo pienso, que de servir á vuestra encumbrada altanería y fermosura; que en dársela vuestra señoría hará cosa que redunde en su pro, y él recibirá señaladísima merced y contento.

—Por cierto, buen escudero, respondió la señora, vos habeis dado la embajada vuestra con todas aquellas circunstancias que las tales embajadas piden. Levantaos del suelo; que escudero de tan gran caballero como es *el de la Triste Figura*, de quien ya tenemos acá mucha noticia, no es justo que esté de hinojos; levantaos, amigo, y decid á vuestro señor que venga mucho en hora buena á servirse de mí y del Duque, mi marido, en una casa de placer que aquí tenemos.»

Levantóse Sancho, admirado, así de la hermosura de la buena señora, como de su mucha crianza y cortesía, y más de lo que le habia dicho, que tenia noticia de su señor, *el Caballero de la Triste Figura*; y creyó que si no le habia llamado *el de los Leones* debia de ser por habérsele puesto tan nuevamente.

Preguntóle la Duquesa (cuyo título áun no se sabe):

«Decidme, hermano escudero: este vuestro señor ¿no es uno de quien anda impresa una historia, que se llama del *Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, que tiene por señora de su alma á una tal Dulcinea del Toboso?

—El mesmo es, señora, respondió Sancho; y aquel escudero suyo, que anda ó debe de andar en la tal historia, á quien llaman Sancho Panza, soy yo, si no es que me trocaron en la cuna, quiero decir, que me trocaron en la estampa.

—De todo eso me huelgo yo mucho, dijo la Duquesa. Id, hermano Panza, y decid á vuestro señor que él sea el bien llegado y el bien venido á mis estados, y que ninguna cosa me pudiera venir que más contento me diera.»

Sancho, con esta tan agradable respuesta, con grandísimo gusto volvió á su amo, á quien contó todo lo que la gran señora le habia dicho, levantando con sus rústicos términos á los cielos su mucha fermosura, su gran donaire y cortesía. Don Quijote se gallardeó en la silla, púsose bien en los estribos, acomodóse la visera, arremetió á Rocinante, y con gentil denuedo fué á besar las manos á la Duquesa, la cual, haciendo llamar al Duque su marido, le contó, en tanto que Don Quijote llegaba, toda la embajada suya; y los dos, por haber leido la Primera Parte desta historia, y haber entendido por ella el disparatado humor de Don Quijote, con grandísimo gusto y con deseo de conocerle, le atendian, con prosupuesto de seguirle el humor y conceder con él en cuanto les dijese, tratándole como á caballero andante los dias que con ellos se detuviese, con todas las ceremonias acostumbradas en los libros de caballerías, que ellos habian leido, y áun les eran muy aficionados.

En esto llegó Don Quijote, alzada la visera; y dando

muestras de apearse, acudió Sancho á tenerle el estribo; pero fué tan desgraciado, que al apearse del Rucio, se le asió un pié en una soga del albarda, de tal modo, que no fué posible desenredarle; ántes quedó colgado dél, con la boca y los pechos en el suelo. Don Quijote, que no tenia en costumbre apearse sin que le tuviesen el estribo, pensando que ya Sancho habia llegado á tenérsele, descargó de golpe el cuerpo, y llevóse tras sí la silla de Rocinante, que debia de estar mal cinchada, y la silla y él vinieron al suelo, no sin vergüenza suya y muchas maldiciones que entre dientes echó al desdichado de Sancho, que áun todavía tenia el pié en la corma. El Duque mandó á sus cazadores que acudiesen al caballero y al escudero, los cuales levantaron á Don Quijote, maltrecho de la caida; y, renqueando y como pudo, fué á hincar las rodillas ante los dos señores; pero el Duque no lo consintió en ninguna manera; ántes apeándose de su caballo, fué á abrazar á Don Quijote, diciéndole: «A mí me pesa, señor *Caballero de la Triste Figura*, que la primera que vuesa merced ha hecho en mi tierra haya sido tan mala como se ha visto; pero descuidos de escuderos suelen ser causa de otros peores sucesos.

—El que yo he tenido en veros, valeroso príncipe, respondió Don Quijote, es imposible ser malo, aunque mi caida no parara hasta el profundo de los abismos, pues de allí me levantara y me sacara la gloria de haberos visto. Mi escudero, que Dios maldiga, mejor desata la lengua para decir malicias, que ata y cincha una silla para que esté firme; pero, como quiera que yo me halle, caido ó levantado, á pié ó á caballo, siempre estaré al servicio vuestro y al de mi señora la Duquesa, digna consorte vuestra, y

digna señora de la hermosura, y universal princesa de la cortesía.

—Pasìto, mi señor Don Quijote de la Mancha, dijo el Duque; que adonde está mi señora doña Dulcinea del Toboso, no es razon que se alaben otras fermosuras.»

Ya estaba á esta sazon libre Sancho Panza del lazo; y hallándose allí cerca, ántes que su amo respondiese, dijo: «No se puede negar, sino afirmar, que es muy hermosa mi señora Dulcinea del Toboso; pero donde ménos se piensa se levanta la liebre; que yo he oido decir que esto que llaman naturaleza es como un alcaller que hace vasos de barro; y el que hace un vaso hermoso, tambien puede hacer dos y tres y ciento: dígolo porque mi señora la Duquesa, á fe que no va en zaga á mi ama, la señora Dulcinea del Toboso.»

Volvióse Don Quijote á la Duquesa, y dijo: «Vuestra grandeza imagine que no tuvo caballero andante en el mundo escudero más hablador ni más gracioso del que yo tengo, y él me sacará verdadero, si algunos dias quisiere vuestra gran celsitud servirse de mí.»

A lo que respondió la Duquesa: «De que Sancho el bueno sea gracioso lo estimo yo en mucho, porque es señal que es discreto; que las gracias y los donaires, señor Don Quijote, como vuesa merced bien sabe, no asientan sobre ingenios torpes; y pues el buen Sancho es gracioso y donairoso, desde aquí le confirmo por discreto.

—Y hablador, añadió Don Quijote.

—Tanto que mejor, dijo el Duque, porque muchas gracias no se pueden decir con pocas palabras; y porque no se nos vaya el tiempo en ellas, venga el gran *Caballero de la Triste Figura*...

—*De los Leones* ha de decir vuestra alteza, dijo Sancho, que ya no hay triste figura ni figuron.

—Sea el *de los Leones*, prosiguió el Duque; digo que venga el señor *Caballero de los Leones* á un castillo mio, que está aquí cerca, donde se le hará el acogimiento que á tan alta persona se debe justamente, y el que yo y la Duquesa solemos hacer á todos los caballeros andantes que á él llegan.»

Ya en esto Sancho habia aderezado y cinchado bien la silla á Rocinante; y subiendo en él Don Quijote, y el Duque en un hermoso caballo, pusieron á la Duquesa en medio, y encaminaron al castillo. Mandó la Duquesa á Sancho que fuese junto á ella, porque gustaba infinito de oir sus discreciones. No se hizo de rogar Sancho, y entretejióse entre los tres, y hizo cuarto en la conversacion, con gran gusto de la Duquesa y del Duque, que tuvieron á gran ventura acoger en su castillo tal caballero andante y tal escudero andado.

CAPITULO XXXI.

Que trata de muchas y grandes cosas.

Suma era la alegría que llevaba consigo Sancho, viéndose, á su parecer, en privanza con la Duquesa, porque se le figuraba que habia de hallar en su castillo lo que en la casa de don Diego y en la de Basilio, siempre aficionado á la buena vida; y así, tomaba la ocasion por la melena en esto del regalarse, cada y cuando que se le ofrecia. Cuenta, pues, la historia que ántes que á la casa de placer ó castillo llegasen, se adelantó el Duque, y dió órden á todos sus criados del modo que habian de tratar á Don Quijote; el cual, como

llegó con la Duquesa á las puertas del castillo... al instante salieron dél dos lacayos ó palafreneros, vestidos hasta los piés de unas ropas que llaman de levantar, de finísimo raso carmesí, y cogiendo á Don Quijote en brazos, sin ser oido ni visto, le dijeron: «Vaya la vuestra grandeza á apear á mi señora la Duquesa.»

Don Quijote lo hizo, y hubo grandes comedimientos entre los dos sobre el caso; pero, en efecto, venció la porfía de la Duquesa, y no quiso decender ó bajar del palafren sino en los brazos del Duque, diciendo que no se hallaba digna de dar á tan gran caballero tan inútil carga. En fin, salió el Duque á apearla; y al entrar en un gran patio, llegaron dos hermosas doncellas y echaron sobre los hombros á Don Quijote un gran manton de finísima escarlata, y en un instante se coronaron todos los corredores del patio de criados y criadas de aquellos señores, diciendo á grandes voces: «¡Bien sea venido la flor y la nata de los caballeros andantes!»; y todos ó los más derramaban pomos de aguas olorosas sobre Don Quijote y sobre los Duques; de todo lo cual se admiraba Don Quijote, y aquel fué el primer dia que de todo en todo conoció y creyó ser caballero andante verdadero, y no fantástico, viéndose tratar del mismo modo que él habia leido se trataban los tales caballeros en los pasados siglos.

Sancho, desamparando al Rucio, se cosió con la Duquesa y se entró en el castillo; y remordiéndole la conciencia de que dejaba al jumento solo, se llegó á una reverenda dueña, que con otras á recebir á la Duquesa habia salido, y con voz baja le dijo: «Señora Gonzalez, ó ¿cómo es su gracia de vuesa merced?...

—Doña Rodriguez de Grijalba me llamo, respondió la dueña: ¿qué es lo que mandais, hermano?»

A lo que respondió Sancho: «Querria que vuesa merced me la hiciese de salir á la puerta del castillo, donde hallará un asno rucio mio: vuesa merced sea servida de mandarle poner ó ponerle en la caballeriza; porque el pobrecito es un poco medroso, y no se hallará á estar solo en ninguna de las maneras.

—Si tan discreto es el amo como el mozo, respondió la dueña, medradas estamos. Andad, hermano, mucho de enhoramala para vos y para quien acá os trujo, y tened cuenta con vuestro jumento; que las dueñas desta casa no estamos acostumbradas á semejantes haciendas.

—Pues en verdad, respondió Sancho, que he oido yo decir á mi señor, que es zahorí de las historias, contando aquella de Lanzarote cuando de Bretaña vino, *que damas curaban dél, y dueñas del su rocino;* y que en el particular de mi asno, que no le trocara yo con el rocin del señor Lanzarote.

—Hermano, si sois juglar, replicó la dueña, guardad vuestras gracias para adonde lo parezcan y se os paguen; que de mí no podréis llevar sino una higa.

—Aun bien, respondió Sancho, que será bien madura, pues no perderá vuesa merced la quínola de sus años por punto ménos.

—Hijo de puta, dijo la dueña, toda ya encendida en cólera, si soy vieja ó no, á Dios daré la cuenta, que no á vos, bellaco, harto de ajos»; y esto dijo en voz tan alta, que lo oyó la Duquesa, y volviendo y viendo á la dueña tan alborotada y tan encarnizados los ojos, le preguntó con quién las habia.

«Aquí las he, respondió la dueña, con este buen hombre, que me ha pedido encarecidamente que vaya á poner en la caballeriza á un asno suyo que está á la puerta del castillo, trayéndome por ejemplo que así lo hicieron no sé dónde, que unas damas curaron á un tal Lanzarote, y unas dueñas á su rocino; y sobre todo, por buen término me ha llamado vieja.

—Eso tuviera yo por afrenta, respondió la Duquesa, más que cuantas pudieran decirme»; y hablando con Sancho, le dijo: «Advertid, Sancho amigo, que doña Rodriguez es muy moza, y que aquesas tocas, más las trae por autoridad y por la usanza, que por los años.

—Malos sean los que me quedan por vivir, respondió Sancho, si lo dije por tanto; sólo lo dije porque es tan grande el cariño que tengo á mi jumento, que me pareció que no podia encomendarle á persona más caritativa que á la señora doña Rodriguez.»

Don Quijote, que todo lo oia, le dijo: «¿Pláticas son éstas, Sancho, para este lugar!

—Señor, respondió Sancho, cada uno ha de hablar de su menester, donde quiera que estuviere: aquí se me acordó del Rucio, y aquí hablé dél; y si en la caballeriza se me acordara, allí hablara.»

A lo que dijo el Duque: «Sancho está muy en lo cierto, y no hay que culparle en nada; al Rucio se le dará recado á pedir de boca, y descuide Sancho; que se le tratará como á su mesma persona.»

Con estos razonamientos, gustosos á todos, sino á Don Quijote, llegaron á lo alto, y entraron á Don Quijote en una sala, adornada de telas riquísimas de oro y de brocado:

seis doncellas le desarmaron y sirvieron de pajes, todas industriadas y advertidas del Duque y de la Duquesa de lo que habian de hacer, y de cómo habian de tratar á Don Quijote, para que imaginase y viese que le trataban como caballero andante. Quedó Don Quijote, despues de desarmado, en sus estrechos gregüescos y en su jubon de camuza; seco, alto, tendido, con las quijadas que por de dentro se besaba la una con la otra, figura que á no tener cuenta las doncellas que le servian con disimular la risa (que fué una de las precisas órdenes que sus señores les habian dado), reventaran riendo. Pidiéronle que se dejase desnudar para ponerle una camisa; pero nunca lo consintió, diciendo que la honestidad parecia tan bien en los caballeros andantes como la valentía.

Con todo, dijo que diesen la camisa á Sancho; y encerrándose con él en una cuadra, donde estaba un rico lecho, se desnudó, y vistió la camisa; y viéndose solo con Sancho, le dijo: « Dime, truhan moderno y majadero antiguo, ¿parécete bien deshonrar y afrentar á una dueña tan veneranda y tan digna de respeto como aquella! ¿Tiempos eran aquellos para acordarte del Rucio? ó ¿señores son éstos para dejar mal pasar á las bestias, tratando tan elegantemente á sus dueños! Por quien Dios es, Sancho, que te reportes, y que no descubras la hilaza de manera que caigan en la cuenta de que eres de villana y grosera tela tejido. Mira ¡pecador de tí! que en tanto más es tenido el señor, cuanto tiene más honrados y bien nacidos criados, y que una de las ventajas mayores que llevan los príncipes á los demas hombres, es que se sirven de criados tan buenos como ellos. ¿No adviertes, angustiado de tí y malaventurado de mí, que si ven que

tú eres un grosero villano ó un mentecato gracioso, pensarán que yo soy algun echacuervos, ó algun caballero de mohatra? No, no, Sancho amigo: huye, huye destos inconvenientes; que quien tropieza en hablador y en gracioso, al primer traspié cae y da en truhan desgraciado. Enfrena la lengua, considera y rumia las palabras ántes que te salgan de la boca, y advierte que hemos llegado á parte donde, con el favor de Dios y valor de mi brazo, hemos de salir mejorados en tercio y quinto en fama y en hacienda.»

Sancho le prometió con muchas veras de coserse la boca ó morderse la lengua ántes de hablar palabra que no fuese muy á propósito y bien considerada, como él se lo mandaba, y que descuidase acerca de lo tal; que nunca por él se descubriria quién ellos eran.

Vistióse Don Quijote, púsose su tahalí con su espada, echóse el manton de escarlata á cuestas, púsose una montera de raso verde que las doncellas le dieron, y con este adorno salió á la gran sala, adonde halló á las doncellas puestas en ala, tantas á una parte como á otra, y todas con aderezo de darle agua á manos, la cual le dieron con muchas reverencias y ceremonias. Luego llegaron doce pajes con el maestresala, para llevarle á comer; que ya los señores le aguardaban. Cogiéronle en medio, y lleno de pompa y majestad, le llevaron á otra sala, donde estaba puesta una rica mesa con solos cuatro servicios. La Duquesa y el Duque salieron á la puerta de la sala á recebirle, y con ellos un grave eclesiástico, destos que gobiernan las casas de los príncipes; destos que, como no nacen príncipes, no aciertan á enseñar cómo lo han de ser los que lo son; destos que quieren que la grandeza de los grandes se mida con la estrecheza de sus

ánimos; destos que, queriendo mostrar á los que ellos gobiernan á ser limitados, les hacen ser miserables. Destos tales, digo, que debia de ser el grave religioso, que con los Duques salió á recebir á Don Quijote.

Hiciéronse mil corteses comedimientos, y finalmente, cogiendo á Don Quijote en medio, se fueron á sentar á la mesa. Convidó el Duque á Don Quijote con la cabecera de la mesa, y aunque él lo rehusó, las importunaciones del Duque fueron tantas, que la hubo de tomar. El Eclesiástico se sentó frontero, y el Duque y la Duquesa á los dos lados.

A todo estaba presente Sancho, embobado y atónito de ver la honra que á su señor aquellos príncipes le hacian; y viendo las muchas ceremonias y ruegos, que pasaron entre el Duque y Don Quijote para hacerle sentar á la cabecera de la mesa, dijo: « Si sus mercedes me dan licencia, les contaré un cuento que pasó en mi pueblo acerca desto de los asientos. »

Apénas hubo dicho esto Sancho, cuando Don Quijote tembló, creyendo sin duda alguna que habia de decir alguna necedad.

Miróle Sancho y entendióle, y dijo: « No tema vuesa merced, señor mio, que yo me desmande ni que diga cosa que no venga muy á pelo; que no se me han olvidado los consejos que poco há vuesa merced me dió sobre el hablar mucho ó poco, ó bien ó mal.

—Yo no me acuerdo de nada, Sancho, respondió Don Quijote: dí lo que quisieres, como lo digas presto.

—Pues lo que quiero decir, dijo Sancho, es tan verdad, que mi señor Don Quijote, que está presente, no me dejará mentir.

—Por mí, replicó Don Quijote, miente tú, Sancho, cuanto quisieres; que yo no te iré á la mano; pero mira lo que vas á decir.

—Tan mirado y remirado lo tengo, que á buen salvo está el que repica, como se verá por la obra.

—Bien será, dijo Don Quijote, que vuestras grandezas manden echar de aquí á este tonto, que dirá mil patochadas.

—Por vida del Duque, dijo la Duquesa, que no se ha de apartar de mí Sancho un punto; quiérole yo mucho, porque sé que es muy discreto.

—Discretos dias, dijo Sancho, viva vuestra santidad, por el buen crédito que de mi ingenio tiene, aunque en mí no lo haya; y el cuento que quiero decir es este. Convidó un hidalgo de mi pueblo, muy rico y principal, porque venia de los Alamos de Medina del Campo, que casó con doña Mencía de Quiñones, que fué hija de don Alonso de Marañon, caballero del hábito de Santiago, que se ahogó en la Herradura, por quien hubo aquella pendencia años há en nuestro lugar (que, á lo que entiendo, mi señor Don Quijote se halló en ella), de donde salió herido Tomasillo el travieso, el hijo de Balbastro el herrero... ¿No es verdad todo esto, señor nuestro amo? Dígalo por su vida, porque estos señores no me tengan por algun hablador mentiroso.

—Hasta ahora, dijo el Eclesiástico, más os tengo por hablador que por mentiroso; pero de aquí adelante, no sé por lo que os tendré.

—Tú das tantos testigos, Sancho, y tantas señas, que no puedo dejar de decir que debes de decir verdad : pasa adelante y acorta el cuento, porque llevas camino de no acabar en dos dias.

—No ha de acortar tal, dijo la Duquesa, por hacerme á mí placer; ántes le ha de contar de la manera que le sabe, aunque no le acabe en seis dias; que si tantos fuesen, serian para mí los mejores que hubiese llevado en mi vida.

—Digo, pues, señores mios, prosiguió Sancho, que este tal hidalgo, que yo conozco como á mis manos, porque no hay de mi casa á la suya un tiro de ballesta, convidó á un labrador pobre, pero honrado...

—Adelante, hermano, dijo á esta sazon el Religioso; que camino llevais de no parar con vuestro cuento hasta el otro mundo.

—A ménos de la mitad pararé, si Dios fuere servido, respondió Sancho; y así, digo que llegando el tal labrador á casa del dicho hidalgo convidador... que buen poso haya su ánima, que ya es muerto; y por más señas, dicen que hizo una muerte de un ángel; que yo no me hallé presente; que habia ido por aquel tiempo á segar á Tembleque...

—Por vida vuestra, hijo, que volvais presto de Tembleque, y que sin enterrar al hidalgo, si no quereis hacer más exequias, acabeis vuestro cuento.

—Es, pues, el caso, replicó Sancho, que estando los dos para asentarse á la mesa... que parece que ahora los veo más que nunca... »

Gran gusto recebian los Duques del disgusto que mostraba tomar el buen religioso, de la dilacion y pausas con que Sancho contaba su cuento; y Don Quijote se estaba consumiendo en cólera y en rabia.

« Digo así, dijo Sancho, que estando, como he dicho, los dos para asentarse á la mesa, el labrador porfiaba con el hidalgo que tomase la cabecera de la mesa, y el hidalgo por-

fiaba tambien que el labrador la tomase, porque en su casa se habia de hacer lo que él mandase; pero el labrador, que presumia de cortés y bien criado, jamas quiso, hasta que el hidalgo, mohino, poniéndole ambas manos sobre los hombros, le hizo sentar por fuerza, diciéndole: « Sentaos, majagranzas; que adonde quiera que yo me siente será vuestra cabecera »; y este es el cuento, y en verdad que creo que no ha sido aquí traido fuera de propósito. »

Púsose Don Quijote de mil colores, que, sobre lo moreno, le jaspeaban y se le parecian. Los señores disimularon la risa, porque Don Quijote no acabase de correrse, habiendo entendido la malicia de Sancho; y por mudar de plática y hacer que Sancho no prosiguiese con otros disparates, preguntó la Duquesa á Don Quijote que qué nuevas tenia de la señora Dulcinea, y que si le habia enviado aquellos dias algunos presentes de gigantes ó malandrines, pues no podia dejar de haber vencido muchos.

A lo que Don Quijote respondió: « Señora mia, mis desgracias, aunque tuvieron principio, nunca tendrán fin. Gigantes he vencido, y follones y malandrines le he enviado; pero ¡adónde la habian de hallar, si está encantada y vuelta en la más fea labradora que imaginarse puede!

—No sé, dijo Sancho Panza; á mí me parece la más hermosa criatura del mundo; á lo ménos, en la ligereza y en el brincar, bien sé yo que no dará ella la ventaja á un volteador. A buena fe, señora Duquesa, así salta desde el suelo sobre una borrica, como si fuera un gato.

—¿Habeisla visto vos encantada, Sancho? preguntó el Duque.

—Y ¡cómo si la he visto! respondió Sancho: pues ¿quién

diablos, sino yo, fué el primero que cayó en el achaque del encantorio! Tan encantada está como mi padre.»

El Eclesiástico, que oyó decir de gigantes, de follones y de encantos, cayó en la cuenta de que aquél debia de ser Don Quijote de la Mancha, cuya historia leia el Duque de ordinario, y él se lo habia reprehendido muchas veces, diciéndole que era disparate leer tales disparates; y enterándose ser verdad lo que sospechaba, con mucha cólera, hablando con el Duque, le dijo: «Vuestra excelencia, señor mio, tiene que dar cuenta á Nuestro Señor de lo que hace este buen hombre. Este Don Quijote, ó Don Tonto, ó como se llama, imagino yo que no debe de ser tan mentecato como vuestra excelencia quiere que sea, dándole ocasiones á la mano para que lleve adelante sus sandeces y vaciedades.» Y volviendo la plática á Don Quijote, le dijo: «Y á vos, alma de cántaro, ¿quién os ha encajado en el celebro que sois caballero andante y que venceis gigantes y prendeis malandrines? Andad en hora buena, y en tal se os diga: volveos á vuestra casa y criad á vuestros hijos, si los teneis, y curad de vuestra hacienda, y dejad de andar vagando por el mundo, papando viento, y dando que reir á cuantos os conocen y no conocen. ¿En dónde ¡nora tal! habeis vos hallado que hubo ni hay ahora caballeros andantes! ¿Dónde hay gigantes en España ó malandrines en la Mancha, ni Dulcineas encantadas, ni toda la caterva de las simplicidades que de vos se cuentan!»

Atento estuvo Don Quijote á las razones de aquel venerable varon; y viendo que ya callaba, sin guardar respeto á los Duques, con semblante airado y alborotado rostro, se puso en pié y dijo... Pero esta respuesta, capítulo por sí merece.

CAPITULO XXXII.

De la respuesta que dió Don Quijote á su reprehensor, con otros graves y graciosos sucesos.

Levantado, pues, en pié Don Quijote, temblando de los piés á la cabeza como azogado, con presurosa y turbada lengua dijo : «El lugar donde estoy, y las presencias ante quien me hallo, y el respeto que siempre tuve y tengo al estado que vuesa merced profesa, tienen y atan las manos de mi justo enojo; y así por lo que he dicho, como por saber que saben todos que las armas de los togados son las mesmas que las de la mujer, que son la lengua, entraré con la mia en igual batalla con vuesa merced, de quien se debian esperar ántes buenos consejos que infames vituperios. Las reprehensiones sanas y bien intencionadas, otras circunstancias requieren y otros puntos piden; á lo ménos, el haberme reprehendido en público y tan ásperamente ha pasado todos los límites de la buena reprehension, pues las primeras mejor asientan sobre la blandura que sobre la aspereza; y no es bien, sin tener conocimiento del pecado que se reprehende, llamar al pecador, sin más ni más, mentecato y tonto. Si no, dígame vuesa merced : ¿por cuál de las mentecaterías que en mí ha visto me condena y vitupera, y me manda que me vaya á mi casa á tener cuenta en el gobierno della y de mi mujer y de mis hijos, sin saber si la tengo ó los tengo? ¿No hay más sino, á troche moche, entrarse por las casas ajenas á gobernar sus dueños, y habiéndose criado algunos en la estrecheza de algun pupilaje, sin haber visto más mundo que el que puede contenerse en veinte ó treinta

leguas de distrito, meterse de rondon á dar leyes á la caballería y á juzgar de los caballeros andantes? Por ventura, ¿es asunto vano, ó es tiempo mal gastado el que se gasta en vagar por el mundo, no buscando los regalos dél, sino las asperezas, por donde los buenos suben al asiento de la inmortalidad? Si me tuvieran por tonto los caballeros, los magníficos, los generosos, los altamente nacidos, tuviéralo por afrenta inreparable; pero de que me tengan por sandio los estudiantes, que nunca entraron ni pisaron las sendas de la caballería, no se me da un ardite. Caballero soy y caballero he de morir, si place al Altísimo: unos van por el ancho campo de la ambicion soberbia, otros por el de la adulacion servil y baja, otros por el de la hipocresía engañosa, y algunos por el de la verdadera religion; pero yo, inclinado de mi estrella, voy por la angosta senda de la caballería andante, por cuyo ejercicio desprecio la hacienda, pero no la honra. Yo he satisfecho agravios, enderezado tuertos, castigado insolencias, vencido gigantes y atropellado vestiglos; yo soy enamorado, no más de porque es forzoso que los caballeros andantes lo sean; y siéndolo, no soy de los enamorados viciosos, sino de los platónicos continentes. Mis intenciones siempre las enderezo á buenos fines, que son de hacer bien á todos, y mal á ninguno: si el que en esto entiende, si el que esto obra, si el que desto trata, merece ser llamado bobo, díganlo vuestras grandezas, Duque y Duquesa excelentes.

—¡Bien, por Dios! dijo Sancho: no diga más vuesa merced, señor y amo mio, en su abono, porque no hay más que decir, ni más que pensar, ni más que persuadir en el mundo; y más, que negando este señor, como ha negado, que no ha habido en el mundo, ni los hay, caballeros andantes, ¿qué

mucho que no sepa ninguna de las cosas que ha dicho!

—¿Por ventura, dijo el Eclesiástico, sois vos, hermano, aquel Sancho Panza que dicen, á quien vuestro amo tiene prometida una ínsula?

—Sí soy, respondió Sancho; y soy quien la merece tan bien como otro cualquiera : soy quien «júntate á los buenos, y serás uno dellos»; y soy yo de aquellos «no con quien naces, sino con quien paces»; y de los «quien á buen árbol se arrima, buena sombra le cobija». Yo me he arrimado á buen señor, y há muchos meses que ando en su compañía, y he de ser otro como él, Dios queriendo; y viva él y viva yo; que ni á él le faltarán imperios que mandar, ni á mí ínsulas que gobernar.

—No por cierto, Sancho amigo, dijo á esta sazon el Duque; que yo, en nombre del señor Don Quijote, os mando el gobierno de una que tengo de nones, de no pequeña calidad.

—Híncate de rodillas, Sancho, dijo Don Quijote, y besa los piés á su excelencia, por la merced que te ha hecho.»

Hízolo así Sancho, lo cual visto por el Eclesiástico, se levantó de la mesa, mohino ademas, diciendo: «Por el hábito que tengo, que estoy por decir que es tan sandio vuestra excelencia como estos pecadores. ¡Mirad si no han de ser ellos locos, pues los cuerdos canonizan sus locuras! Quédese vuestra excelencia con ellos; que en tanto que estuvieren en casa, me estaré yo en la mia, y me excusaré de reprehender lo que no puedo remediar»: y sin decir más ni comer más, se fué, sin que fuesen parte á detenerle los ruegos de los Duques; aunque el Duque no le dijo mucho, impedido de la risa que su impertinente cólera le habia causado.

Acabó de reir, y dijo á Don Quijote : «Vuesa merced, señor *Caballero de los Leones*, ha respondido por sí tan altamente, que no le queda cosa por satisfacer deste, que aunque parece agravio, no lo es en ninguna manera, porque así como no agravian las mujeres, no agravian los eclesiásticos, como vuesa merced mejor sabe.

—Así es, respondió Don Quijote, y la causa es, que el que no puede ser agraviado no puede agraviar á nadie. Las mujeres, los niños y los eclesiásticos, como no pueden defenderse aunque sean ofendidos, no pueden ser afrentados, porque entre el agravio y la afrenta hay esta diferencia, como mejor vuestra excelencia sabe. La afrenta viene de parte de quien la puede hacer y la hace y la sustenta; el agravio puede venir de cualquier parte, sin que afrente. Sea ejemplo : está uno en la calle descuidado, llegan diez con mano armada, y dándole de palos, pone mano á la espada y hace su deber; pero la muchedumbre de los contrarios se le opone, y no le deja salir con su intencion, que es de vengarse. Este tal queda agraviado, pero no afrentado; y lo mesmo confirmará otro ejemplo. Está uno vuelto de espaldas; llega otro, y dale de palos, y en dándoselos, huye y no espera; y el otro le sigue, y no le alcanza. Este, que recibió los palos, recibió agravio, mas no afrenta, porque la afrenta ha de ser sustentada. Si el que le dió los palos, aunque se los dió á hurtacordel, pusiera mano á su espada, y se estuviera quedo haciendo rostro á su enemigo, quedara el apaleado agraviado y afrentado juntamente : agraviado, porque le dieron á traicion; afrentado, porque el que le dió sustentó lo que habia hecho, sin volver las espaldas y á pié quedo; y así, segun las leyes del maldito duelo, yo puedo estar agraviado, mas

no afrentado; porque los niños no pueden ni las mujeres suelen herir, ni tienen para qué esperar (y lo mesmo los constituidos en la sacra religion), porque estos tres géneros de gente carecen de armas ofensivas y defensivas; y así, aunque naturalmente estén obligados á defenderse, no lo están para ofender á nadie. Y aunque poco há dije que yo podia estar agraviado, agora digo que nó en ninguna manera, porque quien no puede recibir afrenta, ménos la puede dar: por las cuales razones yo no debo sentir ni siento las que aquel buen hombre me ha dicho. Sólo quisiera que esperara algun poco, para darle á entender en el error en que está en pensar y decir que no ha habido, ni los hay, caballeros andantes en el mundo; que si lo tal oyera Amadis, ó uno de los infinitos de su linaje, yo sé que no le fuera bien á su merced.

—Eso juro yo bien, dijo Sancho: cuchillada le hubieran dado, que le abrieran de arriba abajo como una granada ó como á un melon muy maduro: ¡bonitos eran ellos para sufrir semejantes cosquillas! Para mi santiguada, que tengo por cierto que si Reináldos de Montalban hubiera oido estas razones al hombrecito, tapaboca le hubiera dado, que no hablara más en tres años. ¡No, sino tomárase con ellos, y viera cómo escapaba de sus manos!»

Perecia de risa la Duquesa oyendo hablar á Sancho, y en su opinion le tenia por más gracioso y por más loco que á su amo, y muchos hubo en aquel tiempo que fueron deste mismo parecer.

Finalmente Don Quijote se sosegó, y la comida se acabó, y en levantando los manteles, llegaron cuatro doncellas, la una con una fuente de plata y la otra con un aguamanil,

asimismo de plata, y la otra con dos blanquísimas y riquísimas toallas al hombro, y la cuarta descubiertos los brazos hasta la mitad, y en sus blancas manos (que sin duda eran blancas) una redonda pella de jabon napolitano. Llegó la de la fuente, y con gentil donaire y desenvoltura encajó la fuente debajo de la barba de Don Quijote, el cual, sin hablar palabra, admirado de semejante ceremonia, creyó que debia ser usanza de aquella tierra, en lugar de las manos, lavar las barbas; y así, tendió la suya todo cuanto pudo, y al mismo punto comenzó á llover el aguamanil, y la doncella del jabon le manoseó las barbas con mucha priesa, levantando copos de nieve (que no eran ménos blancas las jabonaduras), no sólo por las barbas, mas por todo el rostro y por los ojos del obediente caballero, tanto, que se los hicieron cerrar por fuerza. El Duque y la Duquesa, que de nada desto eran sabidores, estaban esperando en qué habia de parar tan extraordinario lavatorio. La doncella barbera, cuando le tuvo con un palmo de jabonadura, fingió que se le habia acabado el agua, y mandó á la del aguamanil fuese por ella; que el señor Don Quijote esperaria. Hízolo así, y quedó Don Quijote con la más extraña figura, y más para hacer reir, que se pudiera imaginar.

Mirábanle todos los que presentes estaban, que eran muchos; y como le veian con media vara de cuello, más que medianamente moreno, los ojos cerrados, y las barbas llenas de jabon, fué gran maravilla y mucha discrecion poder disimular la risa. Las doncellas de la burla tenian los ojos bajos, sin osar mirar á sus señores; á ellos les retozaba la cólera y la risa en el cuerpo, y no sabian á qué acudir, si á castigar el atrevimiento de las muchachas, ó darles premio por el

gusto que recibian de ver á Don Quijote de aquella suerte.

Finalmente, la doncella del aguamanil vino, y acabaron de lavar á Don Quijote, y luego la que traia las toallas le limpió y le enjugó muy reposadamente; y haciéndole todas cuatro á la par una grande y profunda inclinacion y reverencia, se querian ir; pero el Duque, porque Don Quijote no cayese en la burla, llamó á la doncella de la fuente, diciéndole: «Venid y lavadme á mí, y mirad que no se os acabe el agua.»

La muchacha, aguda y diligente, llegó y puso la fuente al Duque como á Don Quijote; y dándose prisa, le lavaron y jabonaron muy bien, y dejándole enjuto y limpio, haciendo reverencias, se fueron. Despues se supo que habia jurado el Duque que si á él no le lavaran como á Don Quijote, habia de castigar su desenvoltura, la cual habian enmendado discretamente con haberle á él jabonado.

Estuvo atento Sancho á las ceremonias de aquel lavatorio, y dijo entre sí: «¡Válame Dios! ¿Si será tambien usanza en esta tierra lavar las barbas á los escuderos como á los caballeros! porque, en Dios y en mi ánima, que lo he bien menester, y áun si me las rapasen á navaja lo tendria á más beneficio.

—¿Qué decís entre vos, Sancho? preguntó la Duquesa.

—Digo, señora, respondió él, que (en las Cortes de los otros príncipes) siempre he oido decir, que, en levantando los manteles, dan agua á las manos, pero no lejía á las barbas; y que por eso es bueno vivir mucho por ver mucho; aunque tambien dicen, que el que larga vida vive, mucho mal ha de pasar; puesto que pasar por un lavatorio de estos, ántes es gusto que trabajo.

—No tengais pena, amigo Sancho, dijo la Duquesa; que yo haré que mis doncellas os laven, y áun os metan en colada, si fuere menester.

—Con las barbas me contento, respondió Sancho, por ahora á lo ménos; que andando el tiempo, Dios dijo lo que será.

—Mirad, maestresala, dijo la Duquesa, lo que el buen Sancho pide, y cumplidle su voluntad al pié de la letra.»

El maestresala respondió que en todo seria servido el señor Sancho; y con esto se fué á comer, y llevó consigo á Sancho, quedándose á la mesa los Duques y Don Quijote, hablando en muchas y diversas cosas, pero todas tocantes al ejercicio de las armas y de la andante caballería.

La Duquesa rogó á Don Quijote que le delinease y describiese, pues parecia tener felice memoria, la hermosura y facciones de la señora Dulcinea del Toboso; que, segun lo que la fama pregonaba de su belleza, tenia por entendido que debia de ser la más bella criatura del orbe, y áun de toda la Mancha.

Sospiró Don Quijote, oyendo lo que la Duquesa le mandaba, y dijo: «Si yo pudiera sacar mi corazon, y ponerle ante los ojos de vuestra grandeza aquí sobre esta mesa y en un plato, quitara el trabajo á mi lengua de decir lo que apénas se puede pensar, porque vuestra excelencia la viera en él toda retratada; pero ¿para qué es ponerme yo ahora á delinear y describir punto por punto y parte por parte la hermosura de la sin par Dulcinea, siendo carga digna de otros hombros que de los mios, empresa en quien se debian ocupar los pinceles de Parrasio, de Timántes y de Apéles y los buriles de Lisipo, para pintarla y grabarla en tablas, en már-

moles y en bronces, y la retórica ciceroniana y demostina para alabarla!

—¿Qué quiere decir *demostina*, señor Don Quijote? preguntó la Duquesa; que es vocablo que no le he oido en todos los dias de mi vida.

—Retórica *demostina*, respondió Don Quijote, es lo mismo que decir retórica de *Demóstenes*, como *ciceroniana* de *Ciceron*, que fueron los dos mayores retóricos del mundo.

—Así es, dijo el Duque; y habeis andado deslumbrada en la tal pregunta. Pero con todo eso, nos daria gran gusto el señor Don Quijote si nos la pintase; que á buen seguro que aunque sea en rasguño y bosquejo, que ella salga tal, que la tengan invidia las más hermosas.

—Sí hiciera por cierto, respondió Don Quijote, si no me la hubiera borrado de la idea la desgracia que poco há que le sucedió, que es tal, que más estoy para llorarla que para describirla; porque habrán de saber vuestras grandezas que yendo los dias pasados á besarle las manos, y á recebir su bendicion, beneplácito y licencia para esta tercera salida, hallé otra de la que buscaba: halléla encantada y convertida, de princesa en labradora, de hermosa en fea, de ángel en diablo, de olorosa en pestífera, de bien hablada en rústica, de reposada en brincadora, de luz en tinieblas; y finalmente, de Dulcinea del Toboso, en una villana de Sayago.

—¡Válame Dios! dando una gran voz dijo á este instante el Duque: ¿quién ha sido el que tanto mal ha hecho al mundo? ¿Quién ha quitado dél la belleza que le alegraba, el donaire que le entretenia, y la honestidad que le acreditaba?

—¿Quién? respondió Don Quijote: ¿quién puede ser sino algun maligno encantador, de los muchos invidiosos que me

persiguen: esta raza maldita, nacida en el mundo para escurecer y aniquilar las hazañas de los buenos, y para dar á luz y levantar los fechos de los malos! Perseguido me han encantadores, encantadores me persiguen, y encantadores me perseguirán hasta dar conmigo y con mis altas caballerías en el profundo abismo del olvido; y en aquella parte me dañan y hieren, donde ven que más lo siento; porque quitarle á un caballero andante su dama, es quitarle los ojos con que mira, y el sol con que se alumbra, y el sustento con que se mantiene. Otras muchas veces lo he dicho, y ahora lo vuelvo á decir, que el caballero andante sin dama es como el árbol sin hojas, el edificio sin cimiento y la sombra sin cuerpo de quien se cause.

—No hay más que decir, dijo la Duquesa; pero si con todo eso hemos de dar crédito á la historia que del señor Don Quijote, de pocos dias á esta parte, ha salido á la luz del mundo con general aplauso de las gentes, della se colige, si mal no me acuerdo, que nunca vuesa merced ha visto á la señora Dulcinea, y que esta tal señora no es en el mundo, sino que es dama fantástica, que vuesa merced la engendró y parió en su entendimiento, y la pintó con todas aquellas gracias y perfeciones que quiso.

—En eso hay mucho que decir, respondió Don Quijote. Dios sabe si hay Dulcinea ó no en el mundo, ó si es fantástica ó no es fantástica; y éstas no son de las cosas cuya averiguacion se ha de llevar hasta el cabo. Ni yo engendré ni parí á mi señora, puesto que la contemplo como conviene que sea una dama que contenga en sí las partes que puedan hacerla famosa en todas las del mundo, como ser hermosa sin tacha, grave sin soberbia, amorosa con hones-

tidad, agradecida por cortés, cortés por bien criada, y finalmente, alta por linaje, á causa que sobre la buena sangre resplandece y campea la hermosura con más grados de perfecion que en las hermosas humildemente nacidas.

—Así es, dijo el Duque; pero hame de dar licencia el señor Don Quijote para que diga lo que me fuerza á decir la historia que de sus hazañas he leido, de donde se infiere que, puesto que se conceda que hay Dulcinea en el Toboso, ó fuera dél, y que sea hermosa en el sumo grado que vuesa merced nos la pinta, en lo de la alteza del linaje no corre parejas con las Orianas, con las Alastrajareas, con las Madásimas, ni con otras deste jaez, de quien están llenas las historias, que vuesa merced bien sabe.

—A eso puedo decir, respondió Don Quijote, que Dulcinea es hija de sus obras, y que las virtudes adoban la sangre, y que en más se ha de estimar y tener un humilde virtuoso que un vicioso levantado: cuanto más, que Dulcinea tiene un jiron que la puede llevar á ser reina de corona y cetro; que el merecimiento de una mujer hermosa y virtuosa, á hacer mayores milagros se extiende; y aunque no formalmente, virtualmente tiene en sí encerradas mayores venturas.

—Digo, señor Don Quijote, dijo la Duquesa, que en todo cuanto vuesa merced dice va con pié de plomo, y como suele decirse, con la sonda en la mano; y que yo desde aquí adelante creeré y haré creer á todos los de mi casa, y áun al Duque, mi señor, si fuere menester, que hay Dulcinea en el Toboso, y que vive hoy dia, y es hermosa, y principalmente nacida, y merecedora que un tal caballero como es el señor Don Quijote la sirva, que es lo más que puedo ni sé

encarecer. Pero no puedo dejar de formar un escrúpulo, y tener algun no sé qué de ojeriza contra Sancho Panza: el escrúpulo es, que dice la historia referida que el tal Sancho Panza halló á la tal señora Dulcinea, cuando de parte de vuesa merced le llevó una epístola, aechando un costal de trigo, y por más señas, dice que era rubion, cosa que me hace dudar en la alteza de su linaje.»

A lo que respondió Don Quijote: «Señora mia, sabrá la vuestra grandeza que todas ó las más cosas que á mí me suceden, van fuera de los términos ordinarios de las que á los otros caballeros andantes acontecen, ó ya sean encaminadas por el querer inescrutable de los hados, ó ya vengan encaminadas por la malicia de algun encantador invidioso. Y como es cosa ya averiguada que de todos ó los más caballeros andantes y famosos, uno tenga gracia de no poder ser encantado, otro de ser de tan impenetrables carnes, que no pueda ser herido, como lo fué el famoso Roldan, uno de los doce pares de Francia, de quien se cuenta que no podia ser ferido sino por la planta del pié izquierdo, y que esto habia de ser con la punta de un alfiler gordo, y no con otra suerte de arma alguna (y así, cuando Bernardo del Carpio le mató en Roncesvalles, viendo que no le podia llagar con fierro, le levantó del suelo entre los brazos, y le ahogó, acordándose entónces de la muerte que dió Hércules á Anteo, aquel feroz gigante que decian ser hijo de la Tierra); quiero inferir de lo dicho que podria ser que yo tuviese alguna gracia destas, no del no poder ser ferido, porque muchas veces la experiencia me ha mostrado que soy de carnes blandas y no nada impenetrables; ni la de no poder ser encantado, que ya me he visto metido en una jaula, donde todo el mundo no

fuera poderoso á encerrarme, si no fuera á fuerzas de encantamentos; pero, pues de aquel me libré, quiero creer que no ha de haber otro alguno que me empezca. Y así, viendo estos encantadores que con mi persona no pueden usar de sus malas mañas, vénganse en las cosas que más quiero, y quieren quitarme la vida maltratando la de Dulcinea, por quien yo vivo: y así, creo que cuando mi escudero le llevó mi embajada, se la convirtieron en villana y ocupada en tan bajo ejercicio como es el de aechar trigo; pero ya tengo yo dicho que aquel trigo ni era rubion ni trigo, sino granos de perlas orientales: y para prueba desta verdad, quiero decir á vuestras magnitudes cómo, viniendo poco há por el Toboso, jamas pude hallar los palacios de Dulcinea; y que otro dia, habiéndola visto Sancho, mi escudero, en su mesma figura, que es la más bella del orbe, á mí me pareció una labradora tosca y fea, y no nada bien razonada, siendo la discrecion del mundo: y pues yo no estoy encantado, ni lo puedo estar segun buen discurso, ella es la encantada, la ofendida y la mudada, trocada y trastrocada, y en ella se han vengado de mí mis enemigos, y por ella viviré yo en perpétuas lágrimas, hasta verla en su prístino estado. Todo esto he dicho para que nadie repare en lo que Sancho dijo del cernido ni del aecho de Dulcinea; que pues á mí me la mudaron, no es maravilla que á él se la cambiasen. Dulcinea es principal y bien nacida, y de los hidalgos linajes que hay en el Toboso, que son muchos, antiguos y muy buenos. A buen seguro que no le cabe poca suerte con la sin par Dulcinea, por quien su lugar será famoso y nombrado en los venideros siglos, como lo ha sido Troya por Elena, y España por la Cava, aunque con mejor título y fama. Por otra parte,

quiero que entiendan vuestras señorías que Sancho Panza es uno de los más graciosos escuderos que jamas sirvió á caballero andante: tiene á veces unas simplicidades tan agudas, que el pensar si es simple ó agudo causa no pequeño contento; tiene malicias que le condenan por bellaco, y descuidos que le confirman por bobo; duda de todo, y créelo todo: cuando pienso que se va á despeñar de tonto, sale con unas discreciones que le levantan al cielo. Finalmente, yo no le trocaria con otro escudero, aunque me diesen de añadidura una ciudad; y así, estoy en duda si será bien enviarle al gobierno de quien vuestra grandeza le ha hecho merced; aunque veo en él una cierta aptitud para esto de gobernar, que atusándole tantico el entendimiento, se saldria con cualquiera gobierno, como el Rey con sus alcabalas; y más, que ya, por muchas experiencias, sabemos que no es menester ni mucha habilidad ni muchas letras para ser uno gobernador; pues hay por ahí ciento que apénas saben leer, y gobiernan como unos jirifaltes: el toque está en que tengan buena intencion y deseen acertar en todo; que nunca les faltará quien les aconseje y encamine en lo que han de hacer, como los gobernadores caballeros y no letrados, que sentencian con asesor. Aconsejaríale yo que ni tome cohecho ni pierda derecho, y otras cosillas que me quedan en el estómago, que saldrán á su tiempo para utilidad de Sancho y provecho de la ínsula que gobernare.»

A este punto llegaban de su coloquio el Duque, la Duquesa y Don Quijote, cuando oyeron muchas voces y gran rumor de gente en el palacio, y á deshora entró Sancho en la sala, todo asustado, con un cernadero por babador, y tras él muchos mozos, ó por mejor decir, pícaros de cocina, y

otra gente menuda, y uno venia con un artesoncillo de agua, que en la color y poca limpieza mostraba ser de fregar: seguíale y perseguíale el de la artesa, y procuraba con toda solicitud ponérsela y encajársela debajo de las barbas, y otro pícaro mostraba querérselas lavar.

«¿Qué es esto, hermanos! preguntó la Duquesa: ¿qué es esto! ¿Qué quereis hacer á ese buen hombre? ¿Cómo! y ¿no considerais que está electo gobernador!»

A lo que respondió el pícaro barbero: «No quiere este señor dejarse lavar como es usanza, y como se lavó el Duque, mi señor, y el señor, su amo.

—Sí quiero, respondió Sancho con mucha cólera; pero querria que fuese con toallas más limpias, con lejía más clara, y con manos no tan sucias; que no hay tanta diferencia de mí á mi amo, que á él le laven con agua de ángeles, y á mí con lejía de diablos. Las usanzas de las tierras, y de los palacios de los príncipes, tanto son buenas cuanto no dan pesadumbre; pero la costumbre del lavatorio que aquí se usa, peor es que de diciplinantes. Yo estoy limpio de barbas, y no tengo necesidad de semejantes refrigerios: y al que se llegare á lavarme ni á tocarme á un pelo de la cabeza (digo, de mi barba), hablando con el debido acatamiento, le daré tal puñada, que le deje el puño engastado en los cascos; que estas tales cirimonias y jabonaduras, más parecen burlas que gasajos de huéspedes.»

Perecida de risa estaba la Duquesa, viendo la cólera y oyendo las razones de Sancho; pero no dió mucho gusto á Don Quijote verle tan mal adeliñado con la jaspeada toalla, y tan rodeado de tantos entretenidos de cocina; y así, haciendo una profunda reverencia á los Duques, como que les pedia

licencia para hablar, con voz reposada dijo á la canalla: «¡Hola, señores caballeros! vuesas mercedes dejen al mancebo, y vuélvanse por donde vinieron, ó por otra parte, si se les antojare; que mi escudero es limpio tanto como otro; y esas artesillas son para él estrechos y penantes búcaros: tomen mi consejo, y déjenle, porque ni él ni yo sabemos de achaque de burlas.»

Cogióle la razon de la boca Sancho, y prosiguió diciendo: «¡No, sino lléguense á hacer burla del mostrenco! que así lo sufriré, como ahora es de noche. Traigan aquí un peine ó lo que quisieren, y almohácenme estas barbas, y si sacaren dellas cosa que ofenda á la limpieza, que me trasquilen á cruces.»

A esta sazon, sin dejar la risa, dijo la Duquesa: «Sancho Panza tiene razon en todo cuanto ha dicho, y la tendrá en todo cuanto dijere: él es limpio, y, como él dice, no tiene necesidad de lavarse; y si nuestra usanza no le contenta, su alma en su palma: cuanto más que vosotros, ministros de la limpieza, habeis andado demasiadamente de remisos y descuidados, y no sé si diga atrevidos, en traer á tal personaje y á tales barbas, en lugar de fuentes y aguamaniles de oro puro y de alemanas toallas, artesillas y dornajos de palo y rodillas de aparadores; pero, en fin, sois malos y mal nacidos, y no podeis dejar, como malandrines que sois, de mostrar la ojeriza que teneis con los escuderos de los andantes caballeros.»

Creyeron los apicarados ministros, y áun el maestresala, que venia con ellos, que la Duquesa hablaba de veras; y así, quitaron el cernadero del pecho de Sancho, y todos confusos y casi corridos, se fueron y le dejaron; el cual, viéndose

fuera de aquel, á su parecer, sumo peligro, se fué á hincar de rodillas ante la Duquesa, y dijo: «De grandes señoras grandes mercedes se esperan: ésta que la vuesa merced hoy me ha fecho no puede pagarse con ménos, si no es con desear verme armado caballero andante, para ocuparme todos los dias de la vida en servir á tan alta señora. Labrador soy, Sancho Panza me llamo, casado estoy, hijos tengo, y de escudero sirvo; si con algunas destas cosas puedo servir á vuestra grandeza, ménos tardaré yo en obedecer que vuestra señoría en mandar.

—Bien parece, Sancho, respondió la Duquesa, que habeis aprendido á ser cortés en la escuela de la misma cortesía; bien parece, quiero decir, que os habeis criado á los pechos del señor Don Quijote, que debe de ser la nata de los comedimientos y la flor de las ceremonias, ó *cirimonias*, como vos decís. ¡Bien haya tal señor y tal criado, el uno por norte de la andante caballería, y el otro por estrella de la escuderil fidelidad! Levantaos, Sancho amigo; que yo satisfaré vuestras cortesías con hacer que el Duque, mi señor, lo más presto que pudiere, os cumpla la merced prometida del gobierno.»

Con esto cesó la plática, y Don Quijote se fué á reposar la siesta, y la Duquesa pidió á Sancho que, si no tenia mucha gana de dormir, viniese á pasar la tarde con ella y con sus doncellas en una muy fresca sala. Sancho respondió, que aunque era verdad que tenia por costumbre dormir cuatro ó cinco horas las siestas del verano, que por servir á su bondad, él procuraria con todas sus fuerzas no dormir aquel dia ninguna, y vendria obediente á su mandato; y fuése.

El Duque dió nuevas órdenes cómo se tratase á Don Qui-

jote como á caballero andante, sin salir un punto del estilo como cuentan que se trataban los antiguos caballeros.

CAPITULO XXXIII.

De la sabrosa plática que la Duquesa y sus doncellas pasaron con Sancho Panza, digna de que se lea y de que se note.

Cuenta, pues, la historia que Sancho no durmió aquella siesta, sino que, por cumplir su palabra, vino encontinente á ver á la Duquesa, la cual, con el gusto que tenia de oirle, le hizo sentar junto á sí en una silla baja, aunque Sancho, de puro bien criado, no queria sentarse; pero la Duquesa le dijo que se sentase como gobernador y hablase como escudero, puesto que por entrambas cosas merecia el mismo escaño del Cid Ruí Díaz Campeador. Encogió Sancho los hombros, obedeció y sentóse, y todas las doncellas y dueñas de la Duquesa le rodearon, atentas con grandísimo silencio á escuchar lo que diria; pero la Duquesa fué la que habló primero, diciendo: «Ahora que estamos solos, y que aquí no nos oye nadie, querria yo que el señor gobernador me asolviese ciertas dudas que tengo, nacidas de la historia que del gran Don Quijote anda ya impresa. Una de las cuales dudas es, que pues el buen Sancho nunca vió á Dulcinea (digo á la *señora* Dulcinea) del Toboso, ni le llevó la carta del señor Don Quijote, porque se quedó en el libro de memoria en Sierra Morena, ¿cómo se atrevió á fingir la respuesta y aquello de que la halló aechando trigo, siendo todo burla y mentira, y tan en daño de la buena opinion de la sin par Dulcinea, cosas que no vienen bien con la calidad y fidelidad de los buenos escuderos!»

A estas razones, sin responder con alguna, se levantó Sancho de la silla, y con pasos quedos, el cuerpo agobiado y el dedo puesto sobre los labios, anduvo por toda la sala, levantando los doseles; y luego, esto hecho, se volvió á sentar, y dijo: «Ahora, señora mia, que he visto que no nos escucha nadie de solapa, fuera de los circunstantes, sin temor ni sobresalto responderé á lo que se me ha preguntado, y á todo aquello que se me preguntare. Y lo primero que digo es, que yo tengo á mi señor Don Quijote por loco rematado; puesto que algunas veces dice cosas que, á mi parecer, y áun de todos aquellos que le escuchan, son tan discretas y por tan buen carril encaminadas, que el mesmo Satanas no las podria decir mejores; pero con todo esto, verdaderamente y sin escrúpulo, á mí se me ha asentado que es un mentecato. Pues, como yo tengo esto en el magin, me atrevo á hacerle creer lo que no lleva piés ni cabeza, como fué aquello de la respuesta de la carta, y lo de habrá veinte y seis ó veinte y ocho dias, que áun no está en historia, conviene á saber, lo del encanto de mi señora doña Dulcinea, que le he dado á entender que está encantada, no siendo más verdad que por los cerros de Ubeda.»

Rogóle la Duquesa que le contase aquel encantamento ó burla, y Sancho se lo contó todo del mesmo modo que habia pasado, de que no poco gusto recibieron las oyentes; y prosiguiendo en su plática, dijo la Duquesa: «De lo que el buen Sancho me ha contado, me andaba brincando un escrúpulo en el alma, y un cierto susurro llega á mis oidos, que me dice: «Pues Don Quijote de la Mancha es loco, menguado y mentecato, y Sancho Panza, su escudero, lo conoce, y con todo eso, le sirve y le sigue, y va atenido á

las vanas promesas suyas, sin duda alguna debe de ser él más loco y tonto que su amo; y siendo esto así, como lo es, mal contado te será, señora Duquesa, si al tal Sancho Panza le das ínsula que gobierne; porque el que no sabe gobernarse á sí, ¿cómo sabrá gobernar á otros! »

—Par Dios, señora, dijo Sancho, que ese escrúpulo viene con parto derecho: pára, y dígale vuesa merced; que (hable claro ó como quisiere) yo conozco que dice verdad; que si yo fuera discreto, dias há que habia de haber dejado á mi amo; pero ésta fué mi suerte y ésta mi malandanza. No puedo más, seguirle tengo. Somos de un mismo lugar, he comido su pan, quiérole bien, es agradecido, dióme sus pollinos, y sobre todo, yo soy fiel; y así, es imposible que nos pueda apartar otro suceso que el de la pala y el azadon. Y si vuestra altanería no quisiere que se me dé el prometido gobierno, de ménos me hizo Dios: y podria ser que el no dármele redundase en pro de mi conciencia; que magüera tonto, se me entiende aquel refran de «por su mal le nacieron alas á la hormiga»; y áun podria ser que se fuese más aína Sancho escudero al cielo, que no Sancho gobernador. Tan buen pan hacen aquí como en Francia, y de noche todos los gatos son pardos, y asaz de desdichada es la persona que á las dos de la tarde no se ha desayunado; y no hay estómago que sea un palmo mayor que otro, el cual se puede llenar, como suele decirse, de paja y de heno; y las avecitas del campo tienen á Dios por su proveedor y despensero; y más calientan cuatro varas de paño de Cuenca que otras cuatro de limiste de Segovia; y al dejar este mundo y meternos la tierra adentro, por tan estrecha senda va el príncipe como el jornalero; y no ocupa más piés de tierra el

cuerpo del papa que el del sacristan, aunque sea más alto el uno que el otro; que al entrar en el hoyo, todos nos ajustamos y encogemos, ó nos hacen ajustar y encoger, mal que nos pese, y á buenas noches: y torno á decir que si vuestra señoría no me quisiere dar la ínsula por tonto, yo sabré no dárseme nada por discreto; y yo he oido decir que detras de la cruz está el diablo, y que no es oro todo lo que reluce, y que de entre los bueyes, arados y coyundas sacaron al labrador Vamba para ser rey de España, y de entre los brocados, pasatiempos y riquezas sacaron á Rodrigo para ser comido de culebras, si es que las trovas de los romances antiguos no mienten.

—Y ¡cómo que no mienten! dijo á esta sazon doña Rodriguez, la dueña, que era una de las escuchantes; que un romance hay que dice que metieron al rey Rodrigo, vivo, vivo, en una tumba, llena de sapos, culebras y lagartos, y que de allí á dos dias dijo el Rey desde dentro de la tumba con voz doliente y baja:

Ya me comen, ya me comen
Por do más pecado habia.

Y segun esto, mucha razon tiene este señor en decir que quiere más ser labrador que rey, si le han de comer sabandijas.»

No pudo la Duquesa tener la risa, oyendo la simplicidad de su dueña, ni dejó de admirarse en oir las razones y refranes de Sancho, á quien dijo: «Ya sabe el buen Sancho que lo que una vez promete un caballero, procura cumplirlo, aunque le cueste la vida. El Duque, mi señor y marido, aunque no es de los andantes, no por eso deja de ser caballero; y así, cumplirá la palabra de la prometida ínsula,

á pesar de la invidia y de la malicia del mundo. Esté Sancho de buen ánimo; que, cuando ménos lo piense, se verá sentado en la silla de su ínsula y en la de su estado, y empuñará su gobierno, que con otro de brocado de tres altos lo deseche: lo que yo le encargo es que mire cómo gobierna sus vasallos, advirtiendo que todos son leales y bien nacidos.

—Eso de gobernarlos bien, respondió Sancho, no hay para qué encargármelo, porque yo soy caritativo de mio, y tengo compasion de los pobres; y á quien cuece y amasa no le hurtes hogaza; y para mi santiguada, que no me han de echar dado falso: soy perro viejo, y entiendo todo tus, tus, y sé despabilarme á sus tiempos, y no consiento que me anden musarañas ante los ojos, porque sé dónde me aprieta el zapato: dígolo porque los buenos tendrán conmigo mano y concavidad, y los malos ni pié ni entrada. Y paréceme á mí que en esto de los gobiernos todo es comenzar; y podria ser que á quince dias de gobernador me anduviesen las manos tan bien en el oficio, que supiese más dél que de la labor del campo, en que me he criado.

—Vos teneis razon, Sancho, dijo la Duquesa; que nadie nace enseñado, y de los hombres se hacen los obispos, que no de las piedras. Pero volviendo á la plática que poco há tratábamos, del encanto de la señora Dulcinea, tengo por cosa cierta y más que averiguada, que aquella imaginacion que Sancho tuvo de burlar á su señor, y darle á entender que la labradora era Dulcinea, y que si su señor no la conocia, debia de ser por estar encantada, toda fué invencion de alguno de los encantadores que al señor Don Quijote persiguen; porque real y verdaderamente yo sé de buena parte que la villana que dió el brinco sobre la pollina era y es

Dulcinea del Toboso, y que el buen Sancho, pensando ser el engañador, es el engañado; y no hay poner más duda en esta verdad, que en las cosas que nunca vimos; y sepa el señor Sancho Panza que tambien tenemos acá encantadores que nos quieren bien, y nos dicen lo que pasa por el mundo, pura y sencillamente, sin enredos ni máquinas; y créame Sancho, que la villana brincadora era y es Dulcinea del Toboso, que está encantada como la madre que la parió; y cuando ménos nos pensemos, la habemos de ver en su propia figura, y entónces saldrá Sancho del engaño en que vive.

—Bien puede ser todo eso, dijo Sancho Panza : y agora quiero creer lo que mi amo cuenta de lo que vió en la cueva de Montesínos, donde dice que vió á la señora Dulcinea del Toboso en el mesmo traje y hábito que yo dije que la habia visto cuando la encanté por sólo mi gusto; y todo debió de ser al reves, como vuesa merced, señora mia, dice; porque de mi ruin ingenio no se puede ni debe presumir que fabricase en un instante tan agudo embuste, ni creo yo que mi amo es tan loco que, con tan flaca y magra persuasion como la mia, creyese una cosa tan fuera de todo término. Pero, señora, no por esto será bien que vuestra bondad me tenga por malévolo, pues no está obligado un porro como yo á taladrar los pensamientos y malicias de los pésimos encantadores. Yo fingí aquello por escaparme de las riñas de mi señor Don Quijote, y no con intencion de ofenderle; y si ha salido al reves, Dios está en el cielo, que juzga los corazones.

—Así es la verdad, dijo la Duquesa; pero dígame agora Sancho qué es esto que dice de la cueva de Montesínos, que gustaria saberlo.»

Entónces Sancho Panza le contó punto por punto lo que

queda dicho acerca de la tal aventura. Oyendo lo cual la Duquesa, dijo: «Deste suceso se puede inferir que, pues el gran Don Quijote dice que vió allí á la mesma labradora que Sancho vió á la salida del Toboso, sin duda es Dulcinea, y que andan por aquí los encantadores muy listos y demasiadamente rigurosos.

—Eso digo yo, dijo Sancho Panza; que si mi señora Dulcinea del Toboso está encantada, es claro que yo no la encanté de veras, sino los enemigos de mi amo, que deben de ser muchos y malos: verdad sea que la que yo vi fué una labradora, y por labradora la tuve, y por tal labradora la juzgué; y si aquella era Dulcinea, no ha de estar á mi cuenta ni ha de correr por mí, ó sobre ello ¡morena! No sino ándense á cada triquete conmigo á dime y diréte, «Sancho lo dijo, Sancho lo hizo, Sancho tornó y Sancho volvió»; como si Sancho fuese algun quienquiera, y no fuese el mismo Sancho Panza, el que anda ya en libros por ese mundo adelante, segun me dijo Sanson Carrasco, que, por lo ménos, es persona bachillerada por Salamanca; y los tales no pueden mentir, si no es cuando se les antoja ó les viene muy á cuento: así que, no hay para que nadie se tome conmigo; y pues que tengo buena fama, y que segun oí decir á mi señor: «más vale el buen nombre que las muchas riquezas», encájenme ese gobierno, y verán maravillas; que quien ha sido buen escudero, será buen gobernador.

—Todo cuanto aquí ha dicho el buen Sancho, dijo la Duquesa, son sentencias catonianas, ó por lo ménos, sacadas de las mesmas entrañas del mismo Micael Verino, que *florentibus occidit annis*. En fin, en fin, hablando á su modo, debajo de mala capa suele haber buen bebedor.

—En verdad, señora, respondió Sancho, que en mi vida he bebido de malicia; con sed, bien podria ser, porque no tengo nada de hipócrita: bebo cuando tengo gana, y cuando no la tengo y me lo dan, por no parecer ó melindroso ó mal criado; que á un bríndis de un amigo, ¿qué corazon ha de haber tan de mármol, que no haga la razon! Pero aunque las calzo, no las ensucio: cuanto más, que los escuderos de los caballeros andantes casi de ordinario beben agua, porque siempre andan por florestas, selvas y prados, montañas y riscos, sin hallar una misericordia de vino, si dan por ella un ojo.

—Yo lo creo así, respondió la Duquesa: y por ahora, váyase Sancho á reposar; que despues hablaremos más largo, y daremos órden cómo vaya presto á encajarse, como él dice, aquel gobierno.»

De nuevo le besó las manos Sancho á la Duquesa, y le suplicó le hiciese merced de que se tuviese buena cuenta con su Rucio, porque era la lumbre de sus ojos.

«¿Qué Rucio es ése? preguntó la Duquesa.

—Mi asno, respondió Sancho; que por no nombrarle con este nombre, le suelo llamar *el Rucio;* y á esta señora dueña le rogué, cuando entré en este castillo, tuviese cuenta con él, y azoróse de manera como si la hubiera dicho que era fea ó vieja, debiendo ser más propio y natural de las dueñas pensar jumentos que autorizar las salas. ¡Oh válame Dios, y cuán mal estaba con estas señoras un hidalgo de mi lugar!

—Seria algun villano, dijo doña Rodriguez, la dueña; que si él fuera hidalgo y bien nacido, él las pusiera sobre el cuerno de la luna.

—Agora bien, dijo la Duquesa, no haya más: calle doña Rodriguez y sosiéguese el señor Panza, y quédese á mi cargo el regalo del Rucio; que por ser alhaja de Sancho, le pondré yo sobre las niñas de mis ojos.

—En la caballeriza basta que esté, respondió Sancho; que sobre las niñas de los ojos de vuestra grandeza, ni él ni yo somos dignos de estar sólo un momento, y así lo consentiria yo como darme de puñaladas; que aunque dice mi señor que en las cortesías ántes se ha de perder por carta de más que de ménos, en las jumentiles y asininas se ha de ir con el compas en la mano y con medido término.

—Llévele, dijo la Duquesa, Sancho al gobierno, y allá le podrá regalar como quisiere, y áun jubilarle del trabajo.

—No piense vuesa merced, señora Duquesa, que ha dicho mucho, dijo Sancho; que yo he visto ir más de dos asnos á los gobiernos, y que llevase yo el mio no seria cosa nueva.»

Las razones de Sancho renovaron en la Duquesa la risa y el contento; y enviándole á reposar, ella fué á dar cuenta al Duque de lo que con él habia pasado, y entre los dos dieron traza y órden de hacer una burla á Don Quijote, que fuese famosa y viniese bien con el estilo caballeresco, en el cual le hicieron muchas, tan propias y discretas, que son las mejores aventuras que en esta grande historia se contienen.

CAPITULO XXXIV.

Que da cuenta de la noticia que se tuvo de cómo se habia de desencantar la sin par Dulcinea del Toboso, que es una de las aventuras más famosas deste libro.

Grande era el gusto que recebian el Duque y la Duquesa de la conversacion de Don Quijote y de la de Sancho Panza; y confirmándose en la intencion que tenian de hacerles algunas burlas, que llevasen vislumbres y apariencias de aventuras, tomaron motivo de lo que Sancho ántes habia contado de la cueva de Montesínos, para hacerle una que fuese famosa; porque de lo que más la Duquesa se admiraba era, que la simplicidad de Sancho fuese tanta, que hubiese venido á creer ser verdad infalible que Dulcinea del Toboso estuviese encantada, habiendo sido él mismo el encantador y el embustero de aquel negocio: y así, habiendo dado órden á sus criados de todo lo que habian de hacer, dispusieron que, de allí á quince dias, llevasen á caza de montería á los dos, con tanto aparato de monteros y cazadores como pudiera llevar un rey coronado.

Diéronle á Don Quijote un vestido de monte, y á Sancho otro verde de finísimo paño; pero Don Quijote no se lo quiso poner, diciendo que otro dia habia de volver al duro ejercicio de las armas, y que no podia llevar consigo guardaropas ni reposterías. Sancho, sí, tomó el que le dieron, con intencion de venderle en la primera ocasion que pudiese.

Llegado, pues, el esperado dia, armóse Don Quijote, vistióse Sancho, y encima de su Rucio (que no le quiso dejar, aunque le daban un caballo) se metió entre la tropa de los monteros. La Duquesa salió bizarramente aderezada, y Don

Quijote, de puro cortés y comedido, tomó la rienda de su palafren, aunque el Duque no queria consentirlo; y finalmente, llegaron á un bosque, que entre dos altísimas montañas estaba, donde tomados los puestos, paranzas y veredas, y repartida la gente por diferentes puestos, se comenzó la caza con grande estruendo, grita y vocería, de manera que unos á otros no podian oirse, así por el ladrido de los perros como por el són de las bocinas.

Apeóse la Duquesa, y con un agudo venablo en las manos se puso en un puesto por donde ella sabia que solian venir algunos jabalíes. Apeóse asimismo el Duque, y Don Quijote, y pusiéronse á sus lados; Sancho se puso detras de todos, sin apearse del Rucio, á quien no osaba desamparar, porque no le sucediese algun desman; y apénas habian sentado el pié y puéstose en ala con otros muchos criados suyos, cuando, acosado de los perros y seguido de los cazadores, vieron que hácia ellos venia un desmesurado jabalí, crujiendo dientes y colmillos y arrojando espuma por la boca; y en viéndole, embrazando su escudo y puesta mano á su espada, se adelantó á recebirle Don Quijote: lo mismo hizo el Duque con su venablo; pero á todos se adelantara la Duquesa, si el Duque no se lo estorbara.

Sólo Sancho, en viendo al valiente animal, desamparó al Rucio y dió á correr cuanto pudo; y procurando subirse sobre una alta encina, no fué posible; ántes, estando ya á la mitad della, asido de una rama, pugnando por subir á la cima, fué tan corto de ventura y tan desgraciado, que se desgajó la rama, y al venir al suelo, se quedó en el aire, asido de un gancho de la encina, sin poder llegar al suelo; y viéndose así, y que el sayo verde se le rasgaba, y pare-

ciéndole que si aquel fiero animal allí llegaba, le podia alcanzar, comenzó á dar tantos gritos y á pedir socorro con tanto ahinco, que todos los que le oian y no le veian creyeron que estaba entre los dientes de alguna fiera. Finalmente, el colmilludo jabalí quedó atravesado de las cuchillas de muchos venablos que se le pusieron delante; y volviendo la cabeza Don Quijote á los gritos de Sancho (que ya por ellos le habia conocido), vióle pendiente de la encina y la cabeza abajo, y al Rucio junto á él, que no le desamparó en su calamidad; y dice Cide Hamete que pocas veces vió á Sancho Panza sin ver al Rucio, ni al Rucio sin ver á Sancho : tal era la amistad y buena fe que entre los dos se guardaban.

Llegó Don Quijote, y descolgó á Sancho, el cual, viéndose libre y en el suelo, miró lo desgarrado del sayo de monte, y pesóle en el alma; que pensó que tenia en el vestido un mayorazgo. En esto atravesaron al jabalí poderoso sobre una acémila, y cubriéndole con matas de romero y con ramas de mirto, le llevaron, como en señal de vitoriosos despojos, á unas grandes tiendas de campaña que en la mitad del bosque estaban puestas, donde hallaron las mesas en órden y la comida aderezada, tan suntuosa y grande, que se echaba bien de ver en ella la grandeza y magnificencia de quien la daba.

Sancho, mostrando á la Duquesa las llagas de su roto vestido, dijo : « Si esta caza fuera de liebres ó de pajarillos, seguro estuviera mi sayo de verse en este extremo; yo no sé qué gusto se recibe de esperar á un animal, que si os alcanza con un colmillo, os puede quitar la vida; yo me acuerdo haber oido cantar un romance antiguo, que dice :

De los osos seas comido,
Como Favila el nombrado...

—Ese fué un rey godo, dijo Don Quijote, que yendo á caza de montería, le comió un oso.

—Eso es lo que yo digo, respondió Sancho; que no querria yo que los príncipes y los reyes se pusiesen en semejantes peligros, á trueco de un gusto, que parece que no lo habia de ser, pues consiste en matar á un animal que no ha cometido delito alguno.

—Antes os engañais, Sancho, respondió el Duque; porque el ejercicio de la caza de monte es el más conveniente y necesario para los reyes y príncipes, que otro alguno. La caza es una imágen de la guerra: hay en ella estratagemas, astucias, insidias para vencer á su salvo al enemigo; padécense en ella frios grandísimos y calores intolerables, menoscábase el ocio y el sueño, corrobóranse las fuerzas, agilítanse los miembros del que la usa, y en resolucion, es ejercicio que se puede hacer sin perjuicio de nadie y con gusto de muchos; y lo mejor que él tiene es, que no es para todos, como lo es el de los otros géneros de caza, excepto el de la volatería, que tambien es sólo para reyes y grandes señores. Así que ¡oh Sancho! mudad de opinion, y cuando seais gobernador, ocupaos en la caza, y veréis cómo os vale un pan por ciento.

—Eso no, respondió Sancho: el buen gobernador, la pierna quebrada y en casa. ¡Bueno seria que viniesen los negociantes á buscarle, fatigados, y él estuviese en el monte holgándose! ¡Así, enhoramala andaria el gobierno! Mia fe, señor, la caza y los pasatiempos, más han de ser para los holgazanes que para los gobernadores. En lo que yo pienso entretenerme es en jugar al triunfo envidado, las pascuas, y á los bolos, los domingos y fiestas; que esas cazas ni ca-

zos no dicen con mi condicion ni hacen con mi conciencia.

—Plega á Dios, Sancho, que así sea; porque del dicho al hecho hay gran trecho.

—Haya lo que hubiere, replicó Sancho; que al buen pagador no le duelen prendas; y más le vale al que Dios ayuda, que al que mucho madruga; y tripas llevan á piés, que no piés á tripas: quiero decir, que si Dios me ayuda, y yo hago lo que debo con buena intencion, sin duda que gobernaré mejor que un jerifalte. ¡No, sino pónganme el dedo en la boca, y verán si aprieto ó no!

—¡Maldito seas de Dios y de todos sus santos, Sancho maldito! dijo Don Quijote: y ¿cuándo será el dia, como otras muchas veces he dicho, donde yo te vea hablar sin refranes una razon corriente y concertada! Vuestras grandezas dejen á este tonto, señores mios, que les molerá las almas, no sólo puestas entre dos, sino entre dos mil refranes, traidos tan á sazon y tan á tiempo, cuanto le dé Dios á él la salud, ó á mí si los quisiera escuchar.

—Los refranes de Sancho Panza, dijo la Duquesa, puesto que son más que los del Comendador Griego, no por eso son ménos de estimar por la verdad de las sentencias. De mí sé decir que me dan más gusto que otros, aunque sean mejor traidos y con más sazon acomodados.»

Con estos y otros entretenidos razonamientos, salieron de la tienda al bosque, y en requerir algunas paranzas y puestos se les pasó el dia y se les vino la noche, y no tan clara ni tan sesga como la sazon del tiempo pedia, que era en la mitad del verano; pero un cierto claro escuro, que trujo consigo, ayudó mucho la intencion de los Duques: y así como comenzó á anochecer, un poco más adelante del crepúsculo,

á deshora pareció que todo el bosque por todas cuatro partes se ardia, y luego se oyeron por aquí y por allí, y por acá y por acullá, infinitas cornetas y otros instrumentos de guerra, como de muchas tropas de caballería que por el bosque pasaban. La luz del fuego y el són de los bélicos instrumentos casi cegaron y atronaron los ojos y los oidos de los circunstantes, y áun de todos los que en el bosque estaban. Luego se oyeron infinitos lelilíes, al uso de moros cuando entran en las batallas; sonaron trompetas y clarines, retumbaron tambores, resonaron pífaros, casi todos á un tiempo, tan contino y tan apriesa, que no tuviera sentido el que no quedara sin él, al són confuso de tantos instrumentos. Pasmóse el Duque, suspendióse la Duquesa, admiróse Don Quijote, tembló Sancho Panza; y finalmente, áun hasta los mismos sabidores de la causa se espantaron.

Con el temor les cogió el silencio, y un postillon que en traje de demonio les pasó por delante, tocando, en vez de corneta, un hueco y desmesurado cuerno, que un ronco y espantoso són despedia.

«Hola, hermano correo, dijo el Duque, ¿quién sois? ¿adónde vais? y ¿qué gente de guerra es la que por este bosque parece que atraviesa?»

A lo que respondió el correo con voz horrísona y desentonada: «Yo soy el diablo; voy á buscar á Don Quijote de la Mancha; la gente que por aquí viene son seis tropas de encantadores, que sobre un carro triunfante traen á la sin par Dulcinea del Toboso encantada. Viene con ella el gallardo frances Montesínos, á dar órden á Don Quijote de cómo ha de ser desencantada la tal señora.

—Si vos fuérades diablo como decís, y como vuestra

figura muestra, ya hubiérades conocido al tal caballero Don Quijote de la Mancha, pues le teneis delante.

—En Dios y en mi conciencia, respondió el diablo, que no miraba en ello; porque traigo en tantas cosas divertidos los pensamientos, que de la principal á que venia se me olvidaba.

—Sin duda, dijo Sancho, que este demonio debe de ser hombre de bien y buen cristiano; porque, á no serlo, no jurara «en Dios y en mi conciencia». Ahora yo tengo para mí que áun en el mesmo infierno debe de haber buena gente.»

Luego el demonio, sin apearse, encaminando la vista á Don Quijote, dijo: «A tí, *el Caballero de los Leones* (que entre las garras de ellos te vea yo), me envia el desgraciado, pero valiente caballero Montesínos, mandándome que de su parte te diga que le esperes en el mismo lugar que te topare, á causa que trae consigo á la que llaman Dulcinea del Toboso, con órden de darte la que es menester para desencantarla; y por no ser para más mi venida, no ha de ser más mi estada: los demonios como yo queden contigo, y los ángeles buenos con estos señores»; y en diciendo esto, tocó el desaforado cuerno y volvió las espaldas, y fuése sin esperar respuesta de ninguno.

Renovóse la admiracion en todos, especialmente en Sancho y Don Quijote: en Sancho, de ver que, á despecho de la verdad, querian que estuviese encantada Dulcinea; en Don Quijote, por poder asegurarse si era verdad ó no lo que le habia pasado en la cueva de Montesínos; y estando elevado en estos pensamientos, el Duque le dijo: «¿Piensa vuesa merced esperar, señor Don Quijote?

—Pues ¿no! respondió él: aquí esperaré intrépido y fuerte, si me viniese á embestir todo el infierno.

—Pues si yo veo otro diablo, y oigo otro cuerno como el pasado, así esperaré yo aquí como en Flándes», dijo Sancho.

En esto se cerró más la noche, y comenzaron á discurrir muchas luces por el bosque, bien así como discurren por el cielo las exhalaciones secas de la tierra, que parecen á nuestra vista estrellas que corren. Oyóse asimismo un espantoso ruido, al modo de aquel que se causa de las ruedas macizas que suelen traer los carros de bueyes, de cuyo chirrío áspero y continuado, se dice que huyen los lobos y los osos, si los hay por donde pasan. Añadióse á toda esta tempestad, otra que las aumentó todas, que fué, que parecia verdaderamente que á las cuatro partes del bosque se estaban dando á un mismo tiempo cuatro reencuentros ó batallas, porque allí sonaba el duro estruendo de espantosa artillería, acullá se disparaban infinitas escopetas, cerca casi sonaban las voces de los combatientes, léjos se reiteraban los lelilíes agarenos. Finalmente, las cornetas, los cuernos, las bocinas, los clarines, las trompetas, los tambores, la artillería, los arcabuces, y sobre todo, el temeroso ruido de los carros, formaban todos juntos un són tan confuso y tan horrendo, que fué menester que Don Quijote se valiese de todo su corazon y ánimo para sufrirle; pero el de Sancho vino á tierra, y dió con él, desmayado, en las faldas de la Duquesa, la cual le recibió en ellas, y á gran priesa mandó que le echasen agua en el rostro. Hízose así, y él volvió en su acuerdo á tiempo que ya un carro de las rechinantes ruedas llegaba á aquel puesto.

Tirábanle cuatro perezosos bueyes, todos cubiertos de paramentos negros; en cada cuerno traian atada y encendida una grande hacha de cera, y encima del carro venia hecho un asiento alto, sobre el cual venia sentado un venerable

viejo, con una barba más blanca que la misma nieve, y tan luenga, que le pasaba de la cintura: su vestidura era una ropa larga de negro bocací; que por venir el carro lleno de infinitas luces, se podia bien divisar y discernir todo lo que en él venia. Guiábanle dos feos demonios, vestidos del mismo bocací, con tan feos rostros, que Sancho, habiéndolos visto una vez, cerró los ojos, por no verlos otra.

Llegando, pues, el carro á igualar al puesto, se levantó de su alto asiento el viejo venerable, y puesto en pié, dando una gran voz, dijo: «Yo soy el sabio Lirgandeo»; y pasó con el carro adelante, sin hablar más palabra.

Tras éste, pasó otro carro de la misma manera, con otro viejo entronizado, el cual, haciendo que el carro se detuviese, con voz no ménos grave que el otro dijo: «Yo soy el sabio Alquife, el grande amigo de Urganda la Desconocida»; y pasó adelante.

Luego por el mismo continente llegó otro carro; pero el que venia sentado en el trono no era viejo como los demas, sino moceton robusto y de mala catadura, el cual, al llegar, levantándose en pié, como los otros, dijo con voz más ronca y más endiablada: «Yo soy Arcalaus, el encantador, enemigo mortal de Amadis de Gaula y de toda su parentela»; y pasó adelante. Poco desviados de allí hicieron alto estos tres carros, y cesó el enfadoso ruido de sus ruedas; y luego no se oyó otro ruido, sino un són de una suave y concertada música formado, con que Sancho se alegró y lo tuvo á buena señal; y así, dijo á la Duquesa, de quien un punto ni un paso se apartaba: «Señora, donde hay música no puede haber cosa mala.

—Tampoco donde hay luces y claridad», respondió la Duquesa.

A lo que replicó Sancho : « Luz da el fuego, y claridad las hogueras, como lo vemos en las que nos cercan, y bien podria ser que nos abrasasen; pero la música siempre es indicio de regocijos y de fiestas.

—Ello dirá», dijo Don Quijote, que todo lo escuchaba; y dijo bien, como se muestra en el capítulo siguiente.

CAPITULO XXXV.

Donde se prosigue la noticia que tuvo Don Quijote del desencanto de Dulcinea, con otros admirables sucesos.

Al compas de la agradable música, vieron que hácia ellos venia un carro de los que llaman triunfales, tirado de seis mulas pardas, encubertadas empero de lienzo blanco, y sobre cada una venia un diciplinante de luz, asimismo vestido de blanco, con una hacha de cera grande encendida en la mano. Era el carro dos veces, y áun tres, mayor que los pasados, y los lados y delantera dél ocupaban otros doce diciplinantes, albos como la nieve, todos con sus hachas encendidas, vista que admiraba y espantaba juntamente; y en un levantado trono venia sentada una ninfa, vestida de mil velos de tela de plata, brillando por todos ellos infinitas hojas de argentería de oro, que la hacian, si no rica, á lo ménos vistosamente vestida: traia el rostro cubierto con un transparente y delicado cendal, de modo que, sin impedirlo sus lizos, por entre ellos se descubria un hermosísimo rostro de doncella, y las muchas luces daban lugar para distinguir la belleza y los años, que al parecer no llegaban á veinte ni bajaban de diez y siete : junto á ella venia una figura vestida de una ropa de las que llaman rozagantes, hasta los piés, cubierta la ca-

beza con un velo negro; pero al punto que llegó el carro á estar frente á frente de los Duques y de Don Quijote, cesó la música de las chirimías, y luego la de las arpas y laúdes que en el carro sonaban; y levantándose en pié la figura de la ropa, la apartó á entrambos lados, y quitándose el velo del rostro, descubrió patentemente ser la misma figura de la Muerte, descarnada y fea, de que Don Quijote recibió pesadumbre, y Sancho miedo, y los Duques hicieron algun sentimiento temeroso. Alzada y puesta en pié esta muerte viva, con voz algo dormida y con lengua no muy despierta, comenzó á decir desta manera:

«Yo soy Merlin (aquel que las historias
Dicen que tuve por mi padre al diablo,
Mentira autorizada de los tiempos),
Príncipe de la mágica, y monarca
Y archivo de la ciencia zoroástrica,
Emulo á las edades y á los siglos,
Que solapar pretenden las hazañas
De los andantes bravos caballeros,
A quien yo tuve y tengo gran cariño.
Y puesto que es de los encantadores,
De los magos, ó mágicos, contino
Dura la condicion, áspera y fuerte,
La mia es tierna, blanda y amorosa,
Y amiga de hacer bien á todas gentes.
«En las cavernas lóbregas de Dite,
Donde estaba mi alma entretenida
En formar ciertos rombos y caráteres,
Llegó la voz doliente de la bella
Y sin par Dulcinea del Toboso.
Supe su encantamento y su desgracia,
Y su trasformacion de gentil dama
En rústica aldeana: condolíme;
Y encerrando mi espíritu en el hueco
Desta espantosa y fiera notomía,
Despues de haber revuelto cien mil libros
Desta mi ciencia endemoniada y torpe,

Vengo á dar el remedio que conviene
A tamaño dolor, á mal tamaño.
»¡Oh tú, gloria y honor de cuantos visten
Las túnicas de acero y de diamante,
Luz y farol, sendero, norte y guía
De aquellos que, dejando el torpe sueño
Y las ociosas plumas, se acomodan
A usar el ejercicio intolerable
De las sangrientas y pesadas armas!
A tí digo ¡oh varon, como se debe,
Por jamas alabado, á tí, valiente
Juntamente y discreto Don Quijote,
De la Mancha esplendor, de España estrella!
Que para recobrar su estado primo
La sin par Dulcinea del Toboso,
Es menester que Sancho, tu escudero,
Se dé tres mil azotes y trecientos
En ambas sus valientes posaderas,
Al aire descubiertas, y de modo
Que le escuezan, le amarguen y le enfaden.
Y en esto se resuelven todos cuantos
De su desgracia han sido los autores,
Y á esto es mi venida, mis señores.

—¡Voto á tal! dijo á esta sazon Sancho: no digo yo tres mil azotes, pero así me daré yo tres, como tres puñaladas. ¡Válate el diablo por modo de desencantar! Yo no sé qué tienen que ver mis posas con los encantos. Par Dios, que si el señor Merlin no ha hallado otra manera cómo desencantar á la señora Dulcinea del Toboso, encantada se podrá ir á la sepultura.

—Tomaros he yo, dijo Don Quijote, don villano, harto de ajos, y amarraros he á un árbol, desnudo como vuestra madre os parió; y no digo yo tres mil y trescientos, sino seis mil y seiscientos azotes os daré, tan bien pegados, que no se os caigan á tres mil y trescientos tirones: y no me repliqueis palabra; que os arrancaré el alma.»

Oyendo lo cual Merlin, dijo: «No ha de ser así, porque los azotes que ha de recebir el buen Sancho, han de ser por su voluntad, y no por fuerza, y en el tiempo que él quisiere; que no se le pone término señalado; pero permítesele que si él quisiere redimir su vejacion por la mitad deste vapulamiento, puede dejar que se los dé ajena mano, aunque sea algo pesada.

—Ni ajena ni propia, ni pesada ni por pesar, replicó Sancho: á mí no me ha de tocar alguna mano. ¿Parí yo por ventura á la señora Dulcinea del Toboso, para que paguen mis posas lo que pecaron sus ojos? El señor mi amo, sí (que es parte suya, pues la llama á cada paso «mi vida, mi alma», sustento y arrimo suyo), se puede y debe azotar por ella, y hacer todas las diligencias necesarias para su desencanto; pero ¿azotarme yo! abernuncio.»

Apénas acabó de decir esto Sancho, cuando levantándose en pié la argentada ninfa, que junto al espíritu de Merlin venia, quitándose el sutil velo del rostro, le descubrió tal, que á todos pareció más que medianamente hermoso, y con un desenfado varonil, y con una voz no muy adamada, hablando derechamente con Sancho Panza dijo: «Oh malaventurado escudero, alma de cántaro, corazon de alcornoque, de entrañas guijeñas y apedernaladas! Si te mandaran, ladron, desuellacaras, que te arrojaras de una alta torre al suelo; si te pidieran, enemigo del género humano, que te comieras una docena de sapos, dos de lagartos y tres de culebras; si te persuadieran á que mataras á tu mujer y á tus hijos con algun truculento y agudo alfanje, no fuera maravilla que te mostraras melindroso y esquivo; pero hacer caso de tres mil y trecientos azotes, que no hay niño de la doctrina, por

ruin que sea, que no se los lleve cada mes, admira, adarva, espanta á todas las entrañas piadosas de los que lo escuchan, y áun las de todos aquellos que lo vinieren á saber con el discurso del tiempo. Pon ¡oh miserable y endurecido animal! pon, digo, esos tus ojos de mochuelo espantadizo en las niñas destos mios, comparados á rutilantes estrellas, y veráslos llorar hilo á hilo y madeja á madeja, haciendo surcos, carreras y sendas por los hermosos campos de mis mejillas. Muévate, socarron, y mal intencionado monstruo, que la edad tan florida mia (que áun se está todavía en el *diez y* de los años, pues tengo diez y nueve, y no llego á veinte) se consume y marchita debajo de la corteza de una rústica labradora: y si ahora no lo parezco, es merced particular que me ha hecho el señor Merlin, que está presente, sólo porque te enternezca mi belleza; que las lágrimas de una afligida hermosura vuelven en algodon los riscos, y los tigres en ovejas. Date, date en esas carnazas, bestion indómito, y saca de haron ese brío, que á sólo comer y más comer te inclina, y pon en libertad la lisura de mis carnes, la mansedumbre de mi condicion y la belleza de mi faz: y si por mí no quieres ablandarte ni reducirte á algun razonable término, hazlo por ese pobre caballero, que á tu lado tienes; por tu amo, digo, de quien estoy viendo el alma; que la tiene atravesada en la garganta, no diez dedos de los labios, que no espera sino tu rígida ó blanda respuesta, ó para salirse por la boca, ó para volverse al estómago.»

Tentóse, oyendo esto, la garganta Don Quijote, y dijo, volviéndose al Duque: «Por Dios, señor, que Dulcinea ha dicho la verdad; que aquí tengo el alma atravesada en la garganta, como una nuez de ballesta.

—¿Qué decís vos á esto, Sancho? preguntó la Duquesa.

—Digo, señora, respondió Sancho, lo que tengo dicho: que de los azotes, abernuncio.

—*Abrenuncio*, habeis de decir, Sancho, y no como decís, dijo el Duque.

—Déjeme vuestra grandeza, respondió Sancho; que no estoy agora para mirar en sotilezas ni en letras más á ménos; porque me tienen tan turbado estos azotes que me han de dar ó me tengo de dar, que no sé lo que me digo, ni lo que me hago. Pero querria yo saber de la señora, mi señora doña Dulcinea del Toboso, adónde aprendió el modo de rogar que tiene: viene á pedirme que me abra las carnes á azotes, y llámame alma de cántaro y bestion indómito, con una tiramira de malos nombres, que el diablo los sufra. Por ventura, ¿son mis carnes de bronce? ó ¿vame á mí algo en que se desencante ó no? ¿Qué canasta de ropa blanca, de camisas, de tocadores y de escarpines (aunque no los gasto) trae delante de sí para ablandarme, sino un vituperio y otro, sabiendo aquel refran que dicen por ahí, que un asno cargado de oro sube ligero por una montaña, y que dádivas quebrantan peñas, y á Dios rogando y con el mazo dando, y que más vale un toma que dos te daré! Pues el señor mi amo, que habia de traerme la mano por el cerro y halagarme, para que yo me hiciese de lana y de algodon cardado, dice que si me coge, ¡me amarrará desnudo á un árbol, y me doblará la parada de los azotes! Y habian de considerar estos mal mirados señores que no solamente piden que se azote un escudero, sino un gobernador; como quien dice: «bebe con guindas». Aprendan, aprendan, mucho de enhoramala, á saber rogar y á saber pedir, y á tener crianza; que no son

todos los tiempos unos, ni están los hombres siempre de un buen humor. Estoy yo ahora reventando de pena por ver mi sayo verde roto, y ¡vienen á pedirme que me azote de mi voluntad, estando ella tan ajena dello, como de volverme cacique!

—Pues en verdad, amigo Sancho, dijo el Duque, que si no os ablandais más que una breva madura, que no habeis de empuñar el gobierno. ¡Bueno seria que yo enviase á mis insulanos un gobernador cruel, de entrañas pedernalinas, que no se doblega á las lágrimas de las afligidas doncellas ni á los ruegos de discretos, imperiosos y antiguos encantadores y sabios! En resolucion, Sancho, ó vos habeis de ser azotado por vos, ó os han de azotar, ó no habeis de ser gobernador.

—Señor, respondió Sancho, ¿no se me darian dos dias de término para pensar lo que me está mejor?

—No, en ninguna manera, dijo Merlin: aquí, en este instante y en este lugar, ha de quedar asentado lo que ha de ser deste negocio. O Dulcinea volverá á la cueva de Montesínos y á su rústico estado de labradora, ó ya, en el sér que está, será llevada á los elíseos campos, donde estará esperando se cumpla el número del vápulo.

—Ea, buen Sancho, dijo la Duquesa, buen ánimo, y buena correspondencia al pan que habeis comido del señor Don Quijote, á quien todos debemos servir y agradar por su buena condicion y por sus altas caballerías. Dad el sí, hijo, desta azotaina, y váyase el diablo para diablo, y el temor para mezquino; que un buen corazon quebranta mala ventura, como vos bien sabeis.»

A estas razones respondió con estas disparatadas Sancho, que hablando con Merlin, le preguntó: «Dígame vuesa mer-

ced, señor Merlin: cuando llegó aquí el diablo correo, dió á mi amo un recado del señor Montesínos, mandándole de su parte que le esperase aquí, porque venia á dar órden de que la señora Dulcinea del Toboso se desencantase: y, hasta agora, ¿dó hemos visto á Montesínos ni á sus semejas? »

A lo cual respondió Merlin: « El diablo, amigo Sancho, es un ignorante y un grandísimo bellaco: yo le envié en busca de vuestro amo, pero no con recado de Montesínos, sino mio; porque Montesínos se está en su cueva atendiendo, ó por mejor decir, esperando, su desencanto, que áun le falta la cola por desollar: si os debe algo, ó teneis alguna cosa que negociar con él, yo os lo traeré y pondré donde vos más quisiéredes: y por agora acabad de dar el sí desta diciplina; y creedme, que os será de mucho provecho, así para el alma como para el cuerpo: para el alma, por la caridad con que la haréis; para el cuerpo, porque yo sé que sois de complexion sanguínea, y no os podrá hacer daño sacaros un poco de sangre.

—Muchos médicos hay en el mundo, hasta los encantadores son médicos, replicó Sancho; pero, pues todos me lo dicen, aunque yo no me lo veo, digo que soy contento de darme los tres mil y trecientos azotes, con condicion que me los tengo de dar cada y cuando que yo quisiere, sin que se me ponga tasa en los dias ni en el tiempo; y yo procuraré salir de la deuda lo más presto que sea posible, porque goce el mundo de la hermosura de la señora doña Dulcinea del Toboso; pues, segun parece, al reves de lo que yo pensaba, en efecto es hermosa. Ha de ser tambien condicion, que no he de estar obligado á sacarme sangre con la diciplina, y que si algunos azotes fueren de ménos cuantía, se me han de to-

mar en cuenta. Iten, que si me errare en el número, el señor Merlin, pues lo sabe todo, ha de tener cuidado de contarlos, y de avisarme los que me faltan ó los que me sobran.

—De las sobras no habrá que avisar, respondió Merlin, porque llegando al cabal número, luego quedará de improviso desencantada la señora Dulcinea; y vendrá á buscar, como agradecida, al buen Sancho, y á darle gracias y áun premios por la buena obra. Así que, no hay de qué tener escrúpulo de las sobras ni de las faltas, ni el cielo permita que yo engañe á nadie, aunque sea en un pelo de la cabeza.

—Ea, pues, á la mano de Dios, dijo Sancho, yo consiento en mi mala ventura... digo que yo acepto la penitencia, con las condiciones apuntadas.»

Apénas dijo estas últimas palabras Sancho, cuando volvió á sonar la música de las chirimías, y se volvieron á disparar infinitos arcabuces, y Don Quijote se colgó del cuello de Sancho, dándole mil besos en la frente y en las mejillas. La Duquesa y el Duque y todos los circunstantes dieron muestras de haber recebido grandísimo contento, y el carro comenzó á caminar; y al pasar la hermosa Dulcinea, inclinó la cabeza á los Duques, y hizo una gran reverencia á Sancho...

Y ya en esto se venia á más andar el alba, alegre y risueña: las florecillas de los campos descollaban y se erguian, y los líquidos cristales de los arroyuelos, murmurando por entre blancas y pardas guijas, iban á dar tributo á los rios, que los esperaban. La tierra alegre, el cielo claro, el aire limpio, la luz serena, cada uno por sí y todos juntos daban manifiestas señales que el dia, que al Aurora venia pisando las faldas, habia de ser sereno y claro. Y satisfechos los Duques de la caza, y de haber conseguido su intencion tan discreta y feli-

cemente, se volvieron á su castillo, con prosupuesto de segundar en sus burlas; que para ellos no habia veras que más gusto les diesen.

CAPITULO XXXVI.

Donde se cuenta la extraña y jamas imaginada aventura de la Dueña Dolorida, álias la Condesa Trifaldi, con una carta que Sancho Panza escribió á su mujer, Teresa Panza.

Tenia un mayordomo el Duque, de muy burlesco y desenfadado ingenio, el cual hizo la figura de Merlin y acomodó todo el aparato de la aventura pasada, compuso los versos, y hizo que un paje hiciese á Dulcinea. Igualmente, con intervencion de sus señores, ordenó otra del más gracioso y extraño artificio que puede imaginarse.

Preguntó la Duquesa á Sancho otro dia si habia comenzado la tarea de la penitencia, que habia de hacer por el desencanto de Dulcinea.

Dijo que sí, y que aquella noche se habia dado cinco azotes.

Preguntóle la Duquesa que con qué se los habia dado.

Respondió que con la mano.

« Eso, replicó la Duquesa, más es darse de palmadas que de azotes: yo tengo para mí que el sabio Merlin no estará contento con tanta blandura. Menester será que el buen Sancho haga alguna diciplina de abrojos ó de las de canelones, que se dejen sentir, porque la letra con sangre entra; y no se ha de dar tan barata la libertad de una tan gran señora, como lo es Dulcinea, por tan poco precio. »

A lo que respondió Sancho: « Déme vuestra señoría alguna

diciplina ó ramal conveniente, que yo me daré con él, como no me duela demasiado; porque hago saber á vuesa merced que aunque soy rústico, mis carnes tienen más de algodon que de esparto, y no será bien que yo me descrie por el provecho ajeno.

—Sea en buena hora, respondió la Duquesa: yo os daré mañana una diciplina, que os venga muy al justo, y se acomode con la ternura de vuestras carnes, como si fueran sus hermanas propias.»

A lo que dijo Sancho: «Sepa vuestra alteza, señora mia de mi ánima, que yo tengo escrita una carta á mi mujer Teresa Panza, dándole cuenta de todo lo que me ha sucedido despues que me aparté della: aquí la tengo en el seno, que no le falta más de ponerle el sobrescrito; querria que vuestra discrecion la leyese, porque me parece que va conforme á lo de gobernador... digo, al modo que deben de escribir los gobernadores.

—Y ¿quién la notó? preguntó la Duquesa.

—¿Quién la habia de notar, sino yo, pecador de mí! respondió Sancho.

—Y ¿escribístesla vos? dijo la Duquesa.

—Ni por pienso, respondió Sancho; porque yo no sé leer ni escribir, puesto que sé firmar.

—Veámosla, dijo la Duquesa; que á buen seguro que vos mostreis en ella la calidad y suficiencia de vuestro ingenio.»

Sacó Sancho una carta abierta del seno, y tomándola la Duquesa, vió que decia desta manera:

CARTA DE SANCHO PANZA A TERESA PANZA, SU MUJER.

«Si buenos azotes me daban, bien caballero me iba; si »buen gobierno me tengo, buenos azotes me cuesta. Esto »no lo entenderás tú, Teresa mia, por ahora; otra vez lo »sabrás. Has de saber, Teresa, que tengo determinado que »andes en coche, que es lo que hace al caso, porque todo »otro andar es andar á gatas. Mujer de un gobernador eres: »mira si te roerá nadie los zancajos. Ahí te envio un vestido »verde de cazador, que me dió mi señora la Duquesa: aco- »módale de modo que sirva de saya y cuerpos á nuestra hija. »Don Quijote, mi amo, segun he oido decir en esta tierra, »es un loco cuerdo y un mentecato gracioso, y que yo no »le voy en zaga. Hemos estado en la cueva de Montesínos, »y el sabio Merlin ha echado mano de mí para el desen- »canto de Dulcinea del Toboso, que por allá se llama Al- »donza Lorenzo. Con tres mil y trecientos azotes, ménos »cinco, que me he de dar, quedará desencantada como la »madre que la parió. No dirás desto nada á nadie, porque, »pon lo tuyo en concejo, y unos dirán que es blanco y otros »que es negro. De aquí á pocos dias me partiré al go- »bierno, adonde voy con grandísimo deseo de hacer dine- »ros, porque me han dicho que todos los gobernadores »nuevos van con este mesmo deseo: tomaréle el pulso, y »avisaréte si has de venir á estar conmigo, ó no. El Rucio »está bueno y se te encomienda mucho, y no le pienso de- »jar, aunque me llevaran á ser gran turco. La Duquesa, mi »señora, te besa mil veces las manos: vuélvele el retorno »con dos mil; que no hay cosa que ménos cueste ni valga

»más barata, segun dice mi amo, que los buenos comedi-»mientos. No ha sido Dios servido de depararme otra ma-»leta con otros cien escudos como la de márras; pero no te »dé pena, Teresa mia; que en salvo está el que repica, y »todo saldrá en la colada del gobierno; sino que me ha dado »gran pena que me dicen que si una vez le pruebo, que me »tengo de comer las manos tras él; y si así fuese, no me »costaria muy barato; aunque los estropeados y mancos ya »se tienen su calongía en la limosna que piden: así que, por »una vía ó por otra, tú has de ser rica y de buena ventura. »Dios te la dé, como puede, y á mí me guarde para ser-»virte. Deste castillo, á 20 de Julio de 1614.

»Tu marido, el Gobernador,
»*Sancho Panza.*»

En acabando la Duquesa de leer la carta, dijo á Sancho: «En dos cosas anda un poco descaminado el buen Gobernador: la una, en decir ó dar á entender que este gobierno se le han dado por los azotes que se ha de dar, sabiendo él (que no lo puede negar) que cuando el Duque, mi señor, se le prometió, no se soñaba haber azotes en el mundo; la otra es que se muestra en ella muy codicioso, y no querria que orégano fuese; porque la codicia rompe el saco, y el gobernador codicioso hace la justicia desgobernada.

—Yo no lo digo por tanto, señora, respondió Sancho; y si á vuesa merced le parece que la tal carta no va como ha de ir, no hay sino rasgarla y hacer otra nueva; y podria ser que fuese peor, si me lo dejan á mi caletre.

—No, no, replicó la Duquesa: buena está ésta, y quiero que el Duque la vea.»

Con esto se fueron á un jardin donde habian de comer aquel dia. Mostró la Duquesa la carta de Sancho al Duque, de que recibió grandísimo contento. Comieron, y despues de alzados los manteles, y despues de haberse entretenido un buen espacio con la sabrosa conversacion de Sancho, á deshora se oyó el són tristísimo de un pífaro y el de unos roncos y destemplados tambores. Todos mostraron alborotarse con la confusa, marcial y triste armonía, especialmente Don Quijote, que no cabia en su asiento, de puro alborotado; de Sancho no hay que decir, sino que el miedo le llevó á su acostumbrado refugio, que era el lado ó faldas de la Duquesa, porque real y verdaderamente el són que se escuchaba era tristísimo y malencólico. Y estando todos así suspensos, vieron entrar por el jardin adelante dos hombres vestidos de luto, tan luengo y téndido, que les arrastraba por el suelo; éstos venian tocando dos grandes tambores, asimismo cubiertos de negro. A su lado venia el pífaro, negro y pizmiento como los demas. Seguia á los tres un personaje de cuerpo agigantado, amantado, no que vestido, con una negrísima loba, cuya falda era asimismo desaforada de grande. Por encima de la loba le ceñia y atravesaba un ancho tahalí, tambien negro, de quien pendia un desmesurado alfanje, de guarniciones y vaina negra. Venia cubierto el rostro con un trasparente velo negro, por quien se entreparecia una longísima barba, blanca como la nieve. Movia el paso al són de los tambores, con mucha gravedad y reposo. En fin, su grandeza, su contoneo, su negrura y su acompañamiento pudiera y pudo suspender á todos aquellos que sin conocerle le miraron.

Llegó, pues, con el espacio y prosopopeya referida á hin-

carse de rodillas ante el Duque, que en pié, con los demas que allí estaban, le atendia. Pero el Duque en ninguna manera le consintió hablar hasta que se levantase. Hízolo así el espantajo prodigioso, y puesto en pié, alzó el antifaz del rostro, y hizo patente la más horrenda, la más larga, la más blanca y más poblada barba que hasta entónces humanos ojos habian visto; y luego desencajó y arrancó del ancho y dilatado pecho una voz grave y sonora; y poniendo los ojos en el Duque, dijo: «Altísimo y poderoso señor: á mí me llaman Trifaldin, el de la Barba Blanca; soy escudero de la viuda Condesa Trifaldi, por otro nombre llamada la Dueña Dolorida, de parte de la cual traigo á vuestra grandeza una embajada, y es, que la vuestra magnificencia sea servida de darla facultad y licencia para entrar á decirle su cuita, que es una de las más nuevas y más admirables que el más cuitado pensamiento del orbe pueda haber pensado; y primero quiere saber si está en este vuestro castillo el valeroso y jamas vencido caballero Don Quijote de la Mancha, en cuya busca viene á pié y sin desayunarse desde el reino de Candaya hasta este vuestro estado, cosa que se puede y debe tener á milagro ó á fuerza de encantamento: ella queda á la puerta desta fortaleza ó casa de campo, y no aguarda para entrar sino vuestro beneplácito. Dije.»

Y tosió luego, y manoseóse la barba de arriba abajo con entrambas manos, y con mucho sosiego estuvo atendiendo la respuesta del Duque, que fué: «Ya, buen escudero, Trifaldin de la Blanca Barba, há muchos dias que tenemos noticia de la desgracia de mi señora la Condesa Trifaldi, á quien los encantadores la hacen llamar la Dueña Dolorida. Bien podeis, estupendo escudero, decirle que éntre, y que

aquí está el valiente caballero Don Quijote de la Mancha, de cuya condicion generosa puede prometerse con seguridad todo amparo y toda ayuda; y asimismo le podréis decir de mi parte que si mi favor le fuere necesario, no le ha de faltar, pues ya me tiene obligado á dársele el ser caballero, á quien es anejo y concerniente favorecer á toda suerte de mujeres, en especial á las dueñas viudas, menoscabadas y doloridas, cual lo debe estar su señoría.»

Oyendo lo cual Trifaldin, inclinó la rodilla hasta el suelo, y haciendo al pífaro y tambores señal que tocasen, al mismo són y al mismo paso que habia entrado se volvió á salir del jardin, dejando á todos admirados de su presencia y compostura. Y volviéndose el Duque á Don Quijote, le dijo: «En fin, famoso caballero, no pueden las tinieblas de la malicia ni de la ignorancia encubrir y escurecer la luz del valor y de la virtud. Digo esto, porque apénas há diez y ocho dias que la vuestra bondad está en este castillo, cuando ya os vienen á buscar de lueñes y apartadas tierras, y no en carrozas ni en dromedarios, sino á pié y en ayunas, los tristes, los afligidos, confiados que han de hallar en ese fortísimo brazo el remedio de sus cuitas y trabajos, merced á vuestras grandes hazañas, que corren y rodean todo lo descubierto de la tierra.

—Quisiera yo, señor Duque, respondió Don Quijote, que estuviera aquí presente aquel bendito religioso, que á la mesa el otro dia mostró tener tan mal talante y tan mala ojeriza contra los caballeros andantes, para que viera por vista de ojos si los tales caballeros son necesarios en el mundo: tocara, por lo ménos con la mano, que los extraordinariamente afligidos y desconsolados, en casos grandes y en desdichas inormes, no van á buscar su remedio á las casas de los

letrados, ni á las de los sacristanes de las aldeas, ni al caballero que nunca ha acertado á salir de los términos de su lugar, ni al perezoso cortesano, que ántes busca nuevas para referirlas y contarlas, que procura hacer obras y hazañas para que otros las cuenten y las escriban. El remedio de las cuitas, el socorro de las necesidades, el amparo de las doncellas, el consuelo de las viudas, en ninguna suerte de personas se halla mejor que en los caballeros andantes; y de serlo yo doy infinitas gracias al cielo, y doy por muy bien empleado cualquier desman y trabajo, que en este tan honroso ejercicio pueda sucederme. Venga esta dueña y pida lo que quisiere; que yo le libraré su remedio en la fuerza de mi brazo y en la intrépida resolucion de mi animoso espíritu.»

CAPITULO XXXVII.

Donde se prosigue la famosa aventura de la Dueña Dolorida.

En extremo se holgaron el Duque y la Duquesa de ver cuán bien iba respondiendo á su intencion Don Quijote, y á esta sazon dijo Sancho: «No querria yo que esta señora dueña pusiese algun tropiezo á la promesa de mi gobierno; porque yo he oido decir á un boticario toledano, que hablaba como un silguero, que donde interviniesen dueñas, no podia suceder cosa buena. ¡Válame Dios, y qué mal estaba con ellas el tal boticario! De lo que yo saco que, pues todas las dueñas son enfadosas é impertinentes, de cualquiera calidad y condicion que sean, ¿qué serán las que son doloridas, como han dicho que es esta Condesa Tres-faldas ó Tres-colas! que en mi tierra faldas y colas, colas y faldas, todo es uno.

—Calla, Sancho amigo, dijo Don Quijote; que pues esta señora dueña, de tan lueñes tierras viene á buscarme, no debe ser de aquellas que el boticario tenia en su número: cuanto más, que ésta es condesa; y cuando las condesas sirven de dueñas, será sirviendo á reinas y á emperatrices; que en sus casas son señorísimas, que se sirven de otras dueñas.»

A esto respondió doña Rodriguez, que se halló presente: «Dueñas tiene mi señora la Duquesa en su servicio, que pudieran ser condesas, si la fortuna quisiera; pero allá van leyes do quieren reyes. Y nadie diga mal de las dueñas viudas, y ménos de las doncellas; que aunque yo no lo soy, bien se me alcanza y se me trasluce la ventaja que hace una dueña doncella á una dueña viuda; y quien á nosotras trasquiló... las tijeras le quedaron en la mano.

—Con todo eso, replicó Sancho, hay tanto que trasquilar en las dueñas, segun mi boticario, que lo mejor será no menear el arroz, aunque se pegue.

—Siempre los escuderos, respondió doña Rodriguez, son enemigos nuestros; que como son duendes de las antesalas, y nos ven á cada paso, los ratos que no rezan (que son muchos), los gastan en murmurar de nosotras, desenterrándonos los huesos y enterrándonos la fama. Pues mándoles yo á los leños movibles, que, mal que les pese, hemos de vivir en el mundo y en las casas principales, aunque muramos de hambre, y cubramos con un negro monjil nuestras delicadas ó no delicadas carnes, como quien cubre ó tapa un muladar con un tapiz en dia de procesion. A fe, que si me fuera dado, y el tiempo lo pidiera, que yo diera á entender, no sólo á los presentes, sino á todo el mundo, cómo no hay virtud que no se encierre en una dueña.

—Yo creo, dijo la Duquesa, que mi buena doña Rodriguez tiene razon, y muy grande; pero conviene que aguarde tiempo para volver por sí y por las demas dueñas, para confundir la mala opinion de aquel mal boticario, y desarraigar la que tiene en su pecho el gran Sancho Panza.»

A lo que Sancho respondió: «Despues que tengo humos de gobernador, se me han quitado los vaguidos de escudero, y no se me da por cuantas dueñas hay un cabrahigo.»

Adelante pasaran con el coloquio dueñesco, si no oyeran que el pífaro y los tambores volvian á sonar, por donde entendieron que la Dueña Dolorida entraba. Preguntó la Duquesa al Duque si seria bien ir á recebirla, pues era condesa y persona principal.

«Por lo que tiene de condesa (respondió Sancho, ántes que el Duque respondiese), bien estoy en que vuestras grandezas salgan á recebirla; pero por lo de dueña, soy de parecer que no se muevan un paso.

—¿Quién te mete á tí en esto, Sancho? dijo Don Quijote.

—¿Quién, señor? respondió Sancho: yo me meto, que puedo meterme, como escudero que ha aprendido los términos de la cortesía en la escuela de vuesa merced, que es el más cortés y bien criado caballero que hay en toda la cortesanía: y en estas cosas, segun he oido decir á vuesa merced, tanto se pierde por carta de más como por carta de ménos; y al buen entendedor pocas palabras.

—Así es como Sancho dice, dijo el Duque: veremos el talle de la Condesa, y por él tantearemos la cortesía que se le debe.»

En esto entraron los tambores y el pífaro como la vez primera. Y aquí con este breve capítulo dió fin el autor, y

comenzó el otro, siguiendo la misma aventura, que es una de las más notables de la historia.

CAPITULO XXXVIII.

Donde se cuenta la que dió de su mala andanza la Dueña Dolorida.

Detras de los tristes músicos comenzaron á entrar por el jardin adelante hasta cantidad de doce dueñas, repartidas en dos hileras, todas vestidas de unos monjiles anchos, al parecer, de anascote batanado, con unas tocas blancas de delgado canequí, tan luengas, que sólo el ribete del monjil descubrian. Tras ellas venia la Condesa Trifaldi, á quien traia de la mano el escudero Trifaldin de la Blanca Barba, vestida de finísima y negra bayeta por frisar, que, á venir frisada, descubriera cada grano del grandor de un garbanzo de los buenos de Mártos; la cola ó falda, ó como llamarla quisieren, era de tres puntas, las cuales se sustentaban en las manos de tres pajes, asimismo vestidos de luto, haciendo una vistosa y matemática figura con aquellos tres ángulos acutos que las tres puntas formaban; por lo cual cayeron todos los que la falda puntiaguda miraron, que por ella se debia llamar *La Condesa Trifaldi*, como si dijésemos *La Condesa de las Tres Faldas*; y así dice Benengeli que fué verdad, y que de su propio apellido se llamó *La Condesa Lobuna*, á causa que se criaban en su condado muchos lobos; y que si, como eran lobos, fueran zorras, la llamaran *La Condesa Zorruna*, por ser costumbre en aquellas partes tomar los señores la denominacion de sus nombres de la cosa ó cosas en que más sus estados abundan; empero esta Condesa, por favorecer la novedad de su falda, dejó el *Lobuna* y tomó el *Trifaldi*.

Venian las doce dueñas y la señora á paso de procesion, cubiertos los rostros con unos velos negros, y no trasparentes como el de Trifaldin, sino tan apretados, que ninguna cosa se traslucia. Así como acabó de parecer el dueñesco escuadron, el Duque, la Duquesa y Don Quijote se pusieron en pié, y todos aquellos que la espaciosa procesion miraban. Pararon las doce dueñas, y hicieron calle, por medio de la cual la Dolorida se adelantó, sin dejarla de la mano Trifaldin. Viendo lo cual, el Duque, la Duquesa y Don Quijote, se adelantaron obra de doce pasos á recebirla.

Ella, puestas las rodillas en el suelo, con voz ántes basta y ronca que sutil y delicada, dijo: « Vuestras grandezas sean servidas de no hacer tanta cortesía á este su criado... digo á esta su criada... porque, segun soy de dolorida, no acertaré á responder á lo que debo, á causa que mi extraña y jamas vista desdicha me ha llevado el entendimiento no sé adónde, y debe de ser muy léjos, pues cuanto más le busco, ménos le hallo.

—Sin él estaria, respondió el Duque, señora Condesa, el que no descubriese por vuestra persona vuestro valor, el cual, sin más ver, es merecedor de toda la nata de la cortesía y de toda la flor de las bien criadas ceremonias»: y levantándola de la mano, la llevó á asentar en una silla junto á la Duquesa, la cual la recibió asimismo con mucho comedimiento. Don Quijote callaba, y Sancho andaba muerto por ver el rostro de la Trifaldi y de alguna de sus muchas dueñas; pero no fué posible, hasta que ellas de su grado y voluntad se descubrieron.

Sosegados todos y puestos en silencio, estaban esperando quién le habia de romper, y fué la Dueña Dolorida con es-

tas palabras: « Confiada estoy, señor poderosísimo, hermosísima señora y discretísimos circunstantes, que ha de hallar mi cuitísima en vuestros valerosísimos pechos acogimiento, no ménos plácido que generoso y doloroso; porque ella es tal, que es bastante á enternecer los mármoles y á ablandar los diamantes, y á molificar los aceros de los más endurecidos corazones del mundo; pero ántes que salga á la plaza de vuestros oidos, por no decir orejas, quisiera que me hicieran sabidora si está en este gremio, corro y compañía, el acendradísimo caballero Don Quijote de la Manchísima y su escuderísimo Panza.

—El Panza (ántes que otro respondiese, dijo Sancho) aquí está, y el Don Quijotísimo asimismo; y así, podréis, dolorosísima dueñísima, decir lo que quisieredísimis; que todos estamos prontos y aparejadísimos á ser vuestros servidorísimos. »

En esto se levantó Don Quijote, y encaminando sus razones á la Dolorida Dueña, dijo: « Si vuestras cuitas, angustiada señora, se pueden prometer alguna esperanza de remedio por algun valor ó fuerzas de algun andante caballero, aquí están las mias, que, aunque flacas y breves, todas se emplearán en vuestro servicio. Yo soy Don Quijote de la Mancha, cuyo asunto es acudir á toda suerte de menesterosos; y siendo esto así, como lo es, no habeis menester, señora, captar benevolencias ni buscar preámbulos, sino, á la llana y sin rodeos, decir vuestros males; que oidos os escuchan, que sabrán, si no remediarlos, dolerse dellos. »

Oyendo lo cual la Dolorida Dueña, hizo señal de querer arrojarse á los piés de Don Quijote, y áun se arrojó, y pugnando por abrazárselos, decia: « Ante estos piés y piernas

me arrojo ¡oh caballero invicto! por ser los que son basas y colunas de la andante caballería. Estos piés quiero besar, de cuyos pasos pende y cuelga todo el remedio de mi desgracia, ¡oh valeroso andante, cuyas verdaderas fazañas dejan atras y escurecen las fabulosas de los Amadises, Esplandianes y Belianises! »

Y dejando á Don Quijote, se volvió á Sancho Panza, y asiéndole de las manos, le dijo : « ¡Oh tú, el más leal escudero que jamas sirvió á caballero andante en los presentes ni en los pasados siglos, más luengo en bondad que la barba de Trifaldin, mi acompañador, que está presente! bien puedes preciarte que en servir al gran Don Quijote sirves en cifra á toda la caterva de caballeros que han tratado las armas en el mundo. Conjúrote, por lo que debes á tu bondad fidelísima, me seas buen intercesor con tu dueño, para que luego favorezca á esta humildísima y desdichadísima condesa. »

A lo que respondió Sancho : « De que sea mi bondad, señora mia, tan larga y grande como la barba de vuestro escudero, á mí me hace muy poco al caso : barbada y con bigotes tenga yo mi alma cuando desta vida vaya, que es lo que importa; que, de las barbas de acá, poco ó nada me curo; pero sin esas socaliñas ni plegarias, yo rogaré á mi amo (que sé que me quiere bien, y más agora, que me ha menester para cierto negocio) que favorezca y ayude á vuesa merced en todo lo que pudiere : vuesa merced desembaule su cuita y cuéntenosla, y deje hacer; que todos nos entenderemos. »

Reventaban de risa con estas cosas los Duques, como aquellos que habian tomado el pulso á la tal aventura, y alababan entre sí la agudeza y disimulacion de la Trifaldi, la cual, volviéndose á sentar, dijo : « Del famoso reino de Can-

daya, que cae entre la gran Trapobana y el mar del Sur, dos leguas mas allá del cabo Comorin, fué señora la reina doña Maguncia, viuda del rey Archipiela, su señor y marido, de cuyo matrimonio tuvieron y procrearon á la infanta Antonomasia, heredera del reino; la cual dicha infanta Antonomasia se crió y creció debajo de mi tutela y doctrina, por ser yo la más antigua y la más principal dueña de su madre. Sucedió, pues, que yendo dias y viniendo dias, la niña Antonomasia llegó á edad de catorce años, con tan gran perfecion de hermosura, que no la pudo subir más de punto la naturaleza. Pues ¡digamos agora que la discrecion era mocosa! Así era discreta como bella, y era la más bella del mundo; y lo es, si ya los hados invidiosos y las Parcas endurecidas no la han cortado la estambre de la vida. Pero no habrán; que no han de permitir los cielos que se haga tanto mal á la tierra, como seria llevarse en agraz el racimo del más hermoso veduño del suelo. Desta hermosura, no como se debe encarecida de mi torpe lengua, se enamoró un número infinito de príncipes, así naturales como extranjeros, entre los cuales osó levantar los pensamientos al cielo de tanta belleza un caballero particular, que en la Corte estaba, confiado en su mocedad y en su bizarría, y en sus muchas habilidades y gracias, y facilidad y felicidad de ingenio; porque hago saber á vuestras grandezas, si no lo tienen por enojo, que tocaba una guitarra que la hacia hablar; y más, que era poeta y gran bailarin, y sabia hacer una jaula de pájaros, que solamente á hacerlas pudiera ganar la vida cuando se viera en extrema necesidad; que todas estas partes y gracias son bastantes á derribar una montaña, no que una delicada doncella. Pero toda su gentileza y buen donaire y todas sus gra-

cias y habilidades fueran poca ó ninguna parte para rendir la fortaleza de mi niña, si el ladron desuellacaras no usara del remedio de rendirme á mí primero. Primero quiso, el malandrin y desalmado vagamundo, granjearme la voluntad y cohecharme el gusto, para que yo, mal alcaide, le entregase las llaves de la fortaleza que guardaba. En resolucion, él me aduló el entendimiento, y me rindió la voluntad con no sé qué dijes y brincos que me dió. Pero lo que más me hizo postrar y dar conmigo por el suelo, fueron unas coplas, que le oí cantar una noche desde una reja que caia á una callejuela donde él estaba, que si mal no me acuerdo, decian:

De la dulce mi enemiga
Nace un mal que al alma hiere,
Y por más tormento, quiere
Que se sienta y no se diga.

Parecióme la trova de perlas, y su voz de almíbar; y despues acá (digo, desde entónces), viendo el mal en que caí por estos y otros semejantes versos, he considerado que de las buenas y concertadas repúblicas se habian de desterrar los poetas, como aconsejaba Platon, á lo ménos los lascivos, porque escriben unas coplas, no como las del Marqués de Mantua, que entretienen y hacen llorar á los niños y á las mujeres, sino unas agudezas, que á modo de blandas espinas os atraviesan el alma, y como rayos os hieren en ella, dejando sano el vestido. Y otra vez cantó:

Ven, muerte, tan escondida,
Que no te sienta venir,
Porque el placer del morir
No me torne á dar la vida.

Y deste jaez otras coplitas y estrambotes, que cantados encantan, y escritos suspenden. Pues ¿qué, cuando se humillan

á componer un género de verso, que en Candaya se usaba entónces, á quien ellos llamaban seguidillas! Allí era el brincar de las almas, el retozar de la risa, el desasosiego de los cuerpos, y finalmente, el azogue de todos los sentidos. Y así, digo, señores mios, que á los tales trovadores, con justo título los debian de desterrar á las islas de los Lagartos. Pero no tienen ellos la culpa, sino los simples que los alaban y las bobas que los creen; y si yo fuera la buena dueña que debia, no me habian de mover sus trasnochados conceptos, ni habia de creer ser verdad aquel decir: « vivo muriendo, ardo en el hielo, tiemblo en el fuego, espero sin esperanza, pártome y quédome», con otros imposibles desta ralea, de que están sus escritos llenos. Pues ¿qué, cuando prometen el fénix de Arabia, la corona de Ariadna, los caballos del Sol, del Sur las perlas, de Tíbar el oro, y de Pancaya el incienso! Aquí es donde ellos alargan más la pluma, como les cuesta poco prometer lo que jamas piensan ni pueden cumplir.

»Pero ¿dónde me divierto! ¡Ay de mí, desdichada! ¿Qué locura ó qué desatino me lleva á contar las ajenas faltas, teniendo tanto que decir de las mias! ¡Ay de mí, otra vez, sin ventura! que no me rindieron los versos, sino mi simplicidad; no me ablandaron las músicas, sino mi liviandad: mi mucha ignorancia y mi poco advertimiento abrieron el camino y desembarazaron la senda á los pasos de don Clavijo (que éste es el nombre del referido caballero); y así, siendo yo la medianera, él se halló una y muy muchas veces en la estancia de la, por mí y no por él, engañada Antonomasia, debajo del título de verdadero esposo; que, aunque pecadora, no consintiera que sin ser su marido la llegara á la vira de la suela de sus zapatillas. No, no, eso no: el matrimonio

ha de ir adelante en cualquiera negocio destos, que por mí se tratare.

»Solamente hubo un daño en este negocio, que fué el de la desigualdad, por ser don Clavijo un caballero particular, y la infanta Antonomasia heredera, como ya he dicho, del reino. Algunos dias estuvo encubierta y solapada en la sagacidad de mi recato esta maraña, hasta que me pareció que la iba descubriendo á más andar no sé qué hinchazon del vientre de Antonomasia, cuyo temor nos hizo entrar en bureo á los tres, y salió dél que ántes que se saliese á luz el mal recado, don Clavijo pidiese ante el Vicario por su mujer á Antonomasia, en fe de una cédula que de ser su esposa la Infanta le habia hecho, notada por mi ingenio, con tanta fuerza, que las de Sanson no pudieran romperla. Hiciéronse las diligencias, vió el Vicario la cédula, tomó el tal Vicario la confesion á la señora, confesó de plano, mandóla depositar en casa de un alguacil de Corte muy honrado...»

A esta sazon dijo Sancho: «¿Tambien en Candaya hay alguaciles de Corte, poetas y seguidillas! Por lo que puedo jurar que imagino que todo el mundo es uno. Pero dése vuesa merced priesa, señora Trifaldi; que es tarde, y ya me muero por saber el fin desta tan larga historia.

—Sí haré», respondió la Condesa.

CAPITULO XXXIX.

Donde la Trifaldi prosigue su estupenda y memorable historia.

De cualquiera palabra que Sancho decia, la Duquesa gustaba tanto, como se desesperaba Don Quijote, y mandándole que callase, la Dolorida prosiguió diciendo: «En

fin, al cabo de muchas demandas y respuestas, como la Infanta se estaba siempre en sus trece, sin salir ni variar de la primera declaracion, el Vicario sentenció en favor de don Clavijo, y se la entregó por su legítima esposa, de lo que recibió tanto enojo la reina doña Maguncia, madre de la infanta Antonomasia, que dentro de tres dias la enterramos.

—Debió de morir sin duda, dijo Sancho.

—Claro está, respondió Trifaldin; que en Candaya no se entierran las personas vivas, sino las muertas.

—Ya se ha visto, señor escudero, replicó Sancho, enterrar un desmayado, creyendo ser muerto; y parecíame á mí que estaba la reina Maguncia obligada á desmayarse ántes que á morirse; que con la vida muchas cosas se remedian, y no fué tan grande el disparate de la Infanta, que obligase á sentirle tanto. Cuando se hubiera casado esa señora con algun paje suyo ó con otro criado de su casa, como han hecho otras muchas, segun he oido decir, fuera el daño sin remedio; pero el haberse casado con un caballero tan gentil hombre y tan entendido como aquí nos le han pintado, en verdad, en verdad, que, aunque fué necedad, no fué tan grande como se piensa; porque segun las reglas de mi señor, que está presente y no me dejará mentir, así como se hacen de los hombres letrados los obispos, se pueden hacer de los caballeros (y más si son andantes) los reyes y los emperadores.

—Razon tienes, Sancho, dijo Don Quijote; porque un caballero andante, como tenga dos dedos de ventura, está en potencia propincua de ser el mayor señor del mundo. Pero pase adelante la señora Dolorida; que á mí se me trasluce que le falta por contar lo amargo desta hasta aquí dulce historia.

—Y ¡cómo si queda lo amargo! respondió la Condesa; y tan amargo, que en su comparacion son dulces las tueras, y sabrosas las adelfas. Muerta, pues, la Reina, y no desmayada, la enterramos; y apénas la cubrimos con la tierra, y apénas le dimos el último vale, cuando *quis talia fando temperet à lacrymis?* puesto sobre un caballo de madera, pareció encima de la sepultura de la Reina el gigante Malambruno, primo cormano de Maguncia, que, junto con ser cruel, era encantador, el cual, con sus artes, en venganza de la muerte de su cormana, y por castigo del atrevimiento de don Clavijo, y por despecho de la demasía de Antonomasia, los dejó encantados sobre la mesma sepultura: á ella convertida en una jimia de bronce, y á él en un espantoso cocodrilo, de un metal no conocido; y entre los dos está un padron, asimismo de metal, y en él escritas en lengua siriaca unas letras, que habiéndose declarado en la candayesca, y ahora en la castellana, encierran esta sentencia: «No cobrarán su primera forma estos dos atrevidos amantes, hasta »que el valeroso Manchego venga conmigo á las manos en »singular batalla; que para sólo su gran valor guardan los »hados esta nunca vista aventura.»

»Hecho esto, sacó de la vaina un ancho y desmesurado alfanje; y asiéndome á mí por los cabellos, hizo finta de querer segarme la gola y cortarme á cercen la cabeza. Turbéme, pegóseme la voz á la garganta, quedé mohina en todo extremo; pero, con todo, me esforcé lo más que pude, y con voz tembladora y doliente le dije tantas y tales cosas, que le hicieron suspender la ejecucion de tan riguroso castigo. Finalmente, hizo traer ante sí todas las dueñas de palacio, que fueron éstas que están presentes; y despues de haber exage-

rado nuestra culpa, y vituperado las condiciones de las dueñas, sus malas mañas y peores trazas, y cargando á todas la culpa que yo sola tenia, dijo que no queria con pena capital castigarnos, sino con otras penas dilatadas, que nos diesen una muerte civil y contínua: y en aquel mismo momento y punto que acabó de decir esto, sentimos todas que se nos abrian los poros de la cara, y que por toda ella nos punzaban como con puntas de agujas. Acudimos luego con las manos á los rostros, y hallámonos de la manera que ahora veréis.»

Y luego la Dolorida y las demas dueñas alzaron los antifaces con que cubiertas venian, y descubrieron los rostros, todos poblados de barbas, cuáles rubias, cuáles negras, cuáles blancas y cuáles albarrazadas, de cuya vista mostraron quedar admirados el Duque y la Duquesa, pasmados Don Quijote y Sancho, y atónitos todos los presentes; y la Trifaldi prosiguió: «Desta manera nos castigó aquel follon y mal intencionado de Malambruno, cubriendo la blandura y morbidez de nuestros rostros con la aspereza destas cerdas; que ¡pluguiera al cielo que ántes con su desmesurado alfanje nos hubiera derribado las testas, que no que nos asombrara la luz de nuestras caras con esta borra que nos cubre! Porque, si entramos en cuenta, señores mios... y esto que voy á decir agora, lo quisiera decir hechos mis ojos fuentes; pero la consideracion de nuestra desgracia, y los mares que hasta aquí han llovido, los tienen sin humor y secos como aristas; y así, lo diré sin lágrimas. Digo, pues, que ¿adónde podrá ir una dueña con barbas? ¿Qué padre ó qué madre se dolerá della? ¿Quién le dará ayuda? Pues áun cuando tiene la tez lisa y el rostro martirizado con mil suertes de menjurjes y mudas, apénas halla quien bien la quiera, ¿qué hará

cuando descubra hecho un bosque su rostro! ¡Oh dueñas y compañeras mias! en desdichado punto nacimos, en hora menguada nuestros padres nos engendraron!» Y diciendo esto, dió muestras de desmayarse.

CAPITULO XL.

De cosas que atañen y tocan á esta aventura y á esta memorable historia.

Real y verdaderamente, todos los que gustan de semejantes historias como ésta, deben de mostrarse agradecidos á Cide Hamete, su autor primero, por la curiosidad que tuvo en contarnos las semínimas della, sin dejar cosa, por menuda que fuese, que no la sacase á luz distintamente. Pinta los pensamientos, descubre las imaginaciones, responde á las tácitas, aclara las dudas, resuelve los argumentos... finalmente, los átomos del más curioso deseo manifiesta. ¡Oh autor celebérrimo! ¡oh Don Quijote dichoso! ¡oh Dulcinea famosa! ¡oh Sancho Panza gracioso! todos juntos, y cada uno de por sí, vivais siglos infinitos, para gusto y general pasatiempo de los vivientes.

Dice, pues, la historia que así como Sancho vió desmayada á la Dolorida, dijo: «Por la fe de hombre de bien juro, y por el siglo de todos mis pasados los Panzas, que jamas he oido ni visto, ni mi amo me ha contado, ni en su pensamiento ha cabido, semejante aventura como ésta. ¡Válgate mil Satanases (por no maldecirte) por encantador y gigante, Malambruno! y ¿no hallaste otro género de castigo que dar á estas pecadoras, sino el de barbarlas? ¿Cómo! y ¿no fuera mejor, y á ellas les estuviera más á cuento, quitarles la mitad de las narices de medio abajo, aunque habla-

ran gangoso, que no ponerles barbas! Apostaré yo que no tienen hacienda para pagar á quien las rape.

—Así es la verdad, señor, respondió una de las doce, que no tenemos hacienda para mondarnos; y así, hemos tomado, algunas de nosotras, por remedio ahorrativo, de usar de unos pegotes ó parches pegajosos, y aplicándolos á los rostros y tirando de golpe, quedamos rasas y lisas como fondo de mortero de piedra; que puesto que hay en Candaya mujeres que andan de casa en casa á quitar el vello y á pulir las cejas y hacer otros menjurjes tocantes á mujeres, nosotras, las dueñas de mi señora, por jamas quisimos admitirlas, porque las más oliscan á terceras, habiendo dejado de ser primas; y si por el señor Don Quijote no somos remediadas, con barbas nos llevarán á la sepultura.

—Yo me pelaria las mias, dijo Don Quijote, en tierra de moros, si no remediase las vuestras.»

A este punto volvió de su desmayo la Trifaldi, y dijo: «El retintin desa promesa, valeroso caballero, en medio de mi desmayo llegó á mis oidos, y ha sido parte para que yo dél vuelva, y cobre todos mis sentidos; y así, de nuevo os suplico, andante ínclito y señor indomable: vuestra graciosa promesa se convierta en obra.

—Por mí no quedará, respondió Don Quijote: ved, señora, qué es lo que tengo de hacer; que el ánimo está muy pronto para serviros.

—Es el caso, respondió la Dolorida, que desde aquí al reino de Candaya, si se va por tierra, hay cinco mil leguas, dos más á ménos; pero si se va por el aire y por línea recta, hay tres mil y doscientas y veinte y siete. Es tambien de saber, que Malambruno me dijo que, cuando la suerte me

deparase al caballero nuestro libertador, que él le enviaria una cabalgadura harto mejor y con ménos malicias que las que son de retorno; porque ha de ser aquel mesmo caballo de madera sobre quien llevó el valeroso Piérres robada á la linda Magalona; el cual caballo se rige por una clavija que tiene en el cuello, que le sirve de freno, y vuela por el aire con tanta ligereza, que parece que los mesmos diablos le llevan. Este tal caballo, segun es tradicion antigua, fué compuesto por aquel sabio Merlin. Prestósele á Piérres, que era su amigo, con el cual hizo grandes viajes, y robó, como se ha dicho, á la linda Magalona, llevándola á las ancas por el aire, dejando embobados á cuantos desde la tierra los miraban; y no le prestaba sino á quien él queria, ó mejor se lo pagaba; y desde el gran Piérres hasta ahora, no sabemos que haya subido alguno en él. De allí le ha sacado Malambruno con sus artes, y le tiene en su poder, y se sirve dél en sus viajes; que los hace por momentos por diversas partes del mundo, y hoy está aquí, y mañana en Francia, y otro dia en Potosí: y es lo bueno, que el tal caballo ni come ni duerme ni gasta herraduras, y lleva un portante por los aires, sin tener alas, que el que lleva encima puede llevar una taza llena de agua en la mano sin que se le derrame gota, segun camina llano y reposado, por lo cual la linda Magalona se holgaba mucho de andar caballera en él.»

A esto dijo Sancho: «Para andar reposado y llano, mi Rucio, puesto que no anda por los aires; pero por la tierra, yo le cutiré con cuantos portantes hay en el mundo.»

Riéronse todos, y la Dolorida prosiguió: «Y este tal caballo, si es que Malambruno quiere dar fin á nuestra desgracia, ántes que sea media hora entrada la noche, estará en

nuestra presencia; porque él me significó que la señal que me daria por donde yo entendiese que habia hallado el caballero que buscaba, seria enviarme el caballo, donde fuese con comodidad y presteza.

—Y ¿cuántos caben en ese caballo?» preguntó Sancho.

La Dolorida respondió: «Dos personas, la una en la silla y la otra en las ancas; y, por la mayor parte, estas tales dos personas son caballero y escudero, cuando falta alguna robada doncella.

—Querria yo saber, señora Dolorida, dijo Sancho, qué nombre tiene ese caballo.

—El nombre, respondió la Dolorida, no es como el del caballo de Belerofonte, que se llamaba Pegaso; ni como el del Magno Alejandro, llamado Bucéfalo; ni como el del furioso Orlando, cuyo nombre fué Brilladoro; ni ménos Bayarte, que fué el de Reináldos de Montalban; ni Frontino, como el de Rugero; ni Etonte ni Piroente, como dicen que se llaman los del Sol; ni tampoco se llama Orelia, como el caballo en que el desdichado Rodrigo, último rey de los godos, entró en la batalla donde perdió la vida y el reino.

—Yo apostaré, dijo Sancho, que pues no le han dado ninguno desos famosos nombres de caballos tan conocidos, que tampoco le habrán dado el del de mi amo, Rocinante, que en ser propio excede á todos los que se han nombrado.

—Así es, respondió la barbada Condesa; pero todavía le cuadra mucho, porque se llama *Clavileño el Alígero*, cuyo nombre conviene con el ser de leño, y con la clavija que trae en el cuello, y con la ligereza con que camina; y así, en cuanto al nombre, bien puede competir con el famoso Rocinante.

—No me descontenta el nombre, replicó Sancho; pero ¿con qué freno ó con qué jáquima se gobierna?

—Ya he dicho, respondió la Trifaldi, que con la clavija; que volviéndola á una parte ó á otra el caballero que va encima, le hace caminar como quiere, ó ya por los aires, ó ya rastreando y casi barriendo la tierra, ó por el medio, que es el que se busca y se ha de tener en todas las acciones bien ordenadas.

—Ya lo querria ver, respondió Sancho; pero pensar que tengo de subir en él, ni en la silla ni en las ancas, es pedir peras al olmo. ¡Bueno es que apénas puedo tenerme en mi Rucio, y sobre una albarda más blanda que la mesma seda, y querrian ahora que me tuviese en unas ancas de tabla, sin cojin ni almohada alguna! Pardiez, yo no me pienso moler por quitar las barbas á nadie. Cada cual se rape como más le viniere á cuento; que yo no pienso acompañar á mi señor en tan largo viaje; cuánto más, que yo no debo de ser al caso para el rapamiento destas barbas, como lo soy para el desencanto de mi señora Dulcinea.

—Sí sois, amigo, respondió la Trifaldi; y tanto, que sin vuestra presencia, entiendo que no haremos nada.

—¡Aquí del Rey! dijo Sancho: ¿qué tienen que ver los escuderos con las aventuras de sus señores? ¿Hanse de llevar ellos la fama de las que acaban, y hemos de llevar nosotros el trabajo? ¡Cuerpo de mí! Aun si dijesen los historiadores: «el tal caballero acabó la tal y tal aventura, pero con ayuda de Fulano, su escudero, sin el cual fuera imposible el acabarla»; pero ¡que escriban á secas: «don Paralipómenon de las Tres Estrellas acabó la aventura de los seis vestiglos», sin nombrar la persona de su escudero, que se halló presente

á todo, como si no fuera en el mundo!... Ahora, señores, vuelvo á decir que mi señor se puede ir solo, y buen provecho le haga; que yo me quedaré aquí en compañía de la Duquesa, mi señora; y podria ser que cuando volviese, hallase mejorada la causa de la señora Dulcinea en tercio y quinto; porque pienso, en los ratos ociosos y desoçupados, darme una tanda de azotes, que no me la cubra pelo.

—Con todo eso, le habeis de acompañar si fuere necesario, buen Sancho, porque os lo rogarán buenos; que no han de quedar por vuestro inútil temor tan poblados los rostros destas señoras; que, cierto, seria mal caso.

—¡Aquí del Rey otra vez! replicó Sancho. Cuando esta caridad se hiciera por algunas doncellas recogidas ó por algunas niñas de la doctrina, pudiera el hombre aventurarse á cualquier trabajo; pero ¿que lo sufra por quitar las barbas á dueñas! ¡Mal año! Mas que las viese yo á todas con barbas desde la mayor hasta la menor, y de la ménos melindrosa hasta la más repulgada.

—Mal estais con las dueñas, Sancho amigo, dijo la Duquesa; mucho os vais tras la opinion del boticario toledano. Pues á fe que no teneis razon; que dueñas hay en mi casa, que pueden ser ejemplo de dueñas; que aquí está mi doña Rodriguez, que no me dejará decir otra cosa.

—Mas que la diga vuestra excelencia, dijo doña Rodriguez; que Dios sabe la verdad de todo; y buenas ó malas, barbadas ó lampiñas, que seamos las dueñas, tan bien nos parieron nuestras madres como á las otras mujeres; y pues Dios nos echó en el mundo, él sabe para qué, y á su misericordia me atengo, y no á las alabanzas de nadie.

—Ahora bien, señora Rodriguez, dijo Don Quijote, y

señora Trifaldi y compañía, yo espero en el cielo que mirará con buenos ojos vuestras cuitas; que Sancho hará lo que yo le mandare. Ya viniese Clavileño y ya me viese con Malambruno; que yo sé que no habria navaja que con más facilidad rapase á vuestras mercedes, como mi espada raparia de los hombros la cabeza de Malambruno; que Dios sufre á los malos, pero no para siempre.

—¡Ay! dijo á esta sazon la Dolorida: con benignos ojos miren á vuestra grandeza, valeroso caballero, todas las estrellas de las regiones celestes, é infundan en vuestro ánimo toda prosperidad y valentía, para ser escudo y amparo del vituperoso y abatido género dueñesco, abominado de boticarios, murmurado de escuderos y socaliñado de pajes; que ¡mal haya la bellaca que en la flor de su edad no se metió primero á ser monja que á dueña! ¡Desdichadas de nosotras las dueñas! que aunque vengamos por línea recta de varon en varon del mismo Héctor el troyano, no dejarán de echarnos un *vos* nuestras señoras, si pensasen por ello ser reinas. ¡Oh gigante Malambruno, que aunque eres encantador, eres certísimo en tus promesas! envíanos ya al sin par Clavileño, para que nuestra desdicha se acabe; que si entra más el calor, y estas nuestras barbas duran, ¡guay de nuestra ventura!»

Dijo esto con tanto sentimiento la Trifaldi, que sacó las lágrimas de los ojos de todos los circunstantes, y áun arrasó los de Sancho, y propuso en su corazon de acompañar á su señor hasta las últimas partes del mundo, si es que en ello consistiese quitar la lana de aquellos venerables rostros.

FIN DEL TOMO III DEL QUIJOTE.

NOTAS.

NOTAS.

1 Pág. IX, segunda línea.

Lector ilustre, ó *quier* plebeyo.

No se halla en el *Quijote* otra vez esta especie de conjuncion distributiva: ¿escribiria CERVÁNTES *quizá?*

2 Pág. IX, líneas 4 y 5.

Se engendró en Tordesillas y nació en Tarragona.

La continuacion del *Quijote*, á que alude CERVÁNTES, apareció con esta portada: «Segvndo tomo del ingenioso hidalgo Don Qvixote de la Mancha, que contiene su tercera salida: y es la quinta parte de sus auenturas. Compuesto por el Licenciado Alonso Fernandez de Auellaneda, natural de la Villa de Tordesillas. Al alcalde, Regidores, y hidalgos, de la noble villa del Argamesilla, patria feliz del hidalgo cauallero Don Quixote de la Mancha. Con Licencia, En Tarragona, en casa de Felipe Roberto, Año 1614.» La aprobacion está dada por el doctor Rafael Ortoneda, á 18 de Abril de 1614; la licencia lo está, con fecha de 4 de Julio del mismo año, por el doctor Francisco de Torme y Liori, Vicario general del arzobispado de Tarragona.

3 Pág. IX, líneas últimas.

Quisiera ántes haberme hallado en aquella faccion prodigiosa, que sano ahora de mis heridas, sin haberme hallado en ella.

Se entiende lo que CERVÁNTES quiere dar á entender; pero algo hay que suplir mentalmente en la cláusula, si no es que se olvidó ú omitió algo al escribirla ó al estamparla. La *faccion prodigiosa* es la batalla de Lepanto, donde fué CERVÁNTES herido en el pecho y en la mano izquierda, y quedó manco para siempre. *Antes* quisiera *haberme hallado en aquella lid*, escribe CERVÁNTES, en modo optativo; pero si estuvo, en efecto, allí, ¿por qué lo deseaba? ¿Qué más queria? Forzosamente habia de ser cosa que no le habia sucedido. No es mucho suponer, en vista del nobilísimo espíritu de CERVÁNTES, que su pensamiento en esta ocasion fuera

éste: «*Quisiera ántes* haberme hallado en aquella prodigiosa faccion *con más daño de mi persona*, que *verme* ahora sano de mis heridas, sin haberme hallado en ella.» Cierto es que ántes habia ya mencionado su *manquedad* y sus *heridas;* pero es cierto igualmente que luego sólo dijo: «*quisiera haberme hallado en aquella faccion*», y que no expresó circunstancia ninguna de daño para él; y así, contra la voluntad conocida del escritor, lo que aparece impreso viene á ser esto: «Más quisiera haberme hallado en la batalla de Lepanto, *sin ser herido*, que verme ahora *sano y bueno tambien*, y no haber estado en aquella batalla.» Ya se ve que seria esto una necedad, y nadie se la puede atribuir á CERVÁNTES.

4 Pág. x, líneas 7, 8 y 9.

No tengo yo de *perseguir* á ningun sacerdote... familiar del Santo Oficio.

Alusion á Lope de Vega, á quien habia censurado CERVÁNTES, en la Primera Parte de su *Quijote*, aunque en medio de la censura le habia elogiado segun merecia. Entónces no era todavía eclesiástico Lope, y censurarle tampoco seria perseguirle. *La ocupacion contínua y virtuosa* del mismo Lope, de que se habla despues, han de ser *dos ocupaciones:* la del escritor fecundísimo y la del sacerdote ejemplar.

Tiene mucha gracia la declaracion de que no habia de perseguir CERVÁNTES á un familiar del Santo Oficio. Los dependientes de la Inquisicion más solian ser perseguidores que perseguidos; y el pobre MIGUEL, con sus años, pesadumbres y achaques, no habia de ser muy temible enemigo.

5 Pág. xi, líneas 4 y 5.

¿Pensará vuesa merced ahora que es poco trabajo hacer un libro?

Don Diego Clemencin declaró que no veia clara aquí la aplicacion del cuento del loco y del perro, ántes referido; me parece que se entenderá fácilmente, suponiendo en este lugar una reticencia oportuna. Añadamos dos palabras, y el sentido de las dos preguntas que terminan el cuento vendria á ser éste: «¿Pensarán vuesas mercedes que es poco trabajo hinchar un perro, *soplándole?* (Ya se ha dicho cómo y por dónde.) ¿Pensará vuestra merced que es poco trabajo hacer un libro *soplado?*» No me parece temeridad figurarme que alguno alentó y áun ayudó al Fernandez Avellaneda en la obra de su contrahecho *Don Quijote*, y que á esta especie de sopladura aludiria nuestro autor.

6 Pág. xi, líneas 7 y 8, contando desde la última de la plana.

No se atreverá á soltar más la *losa* de su ingenio.

Dice la primera edicion: «la *presa* de su ingenio.» Antes se lee: «*soltar* el *canto*»; despues: «libros... malos... más duros que *peñas*.» Al principio

del cuento se ha leido: «un pedazo de *losa.*» Parece que por esto se puede corregir *losa* en lugar de *presa*. *Pesa* tambien seria admisible.

7 Pág. XII, líneas antepenúltima y penúltima.

Olvidábaseme de decirte...

Se prefiere el pretérito al presente *olvídaseme*, que trae la primera edicion, porque en las obras de CERVÁNTES ocurre várias veces aquel imperfecto. *Olvidábaseme de decir*, leemos al fin de la *Gitanilla*, y lo mismo se ve, al tratar de Maese Pedro, en las páginas 225 y 226 de este tomo.

8 Pág. 2, líneas 1 y 2.

En *sus últimos capítulos.*

La primera edicion dice *último capítulo;* mas ya se ha visto que la relacion del viaje de Don Quijote en el carro de bueyes ocupa, no uno, sino varios capítulos. El copiante ó los impresores debieron creer que era una *s* el rasguillo que añadiria CERVÁNTES á la *u* de *su*, y leyendo *sus*, hubiéronse de creer obligados á poner en plural las palabras *último* y *capítulo.*

9 Pág. 2, líneas 2, 3 y 4.

Hacer experiencia de su *mal y cura*, aunque tenian casi por imposible que la tuviese.

Primera edicion: «Hacer experiencia de su *mejoría.*»

Parece imposible que el Cura y el Barbero hubiesen creido que Don Quijote no habia de experimentar *mejoría* en su dolencia, aunque no sanase del todo. Probablemente *mejoría* será equivocacion en vez de *mal y cura.*

10 Pág. 6, lín. 6.

Por gozar de la *renta* de su hacienda.

Primera edicion: «Por gozar de la *parte* de su hacienda.»

11 Pág. 6, lín. 4, contando de abajo arriba.

Ponian dolo y *duda* en la merced.

Texto ordinario: «Ponian dolo, y *dudaban de* la merced.»

Parece que la locucion *poner dolo* pide aquí la preposicion *en*, como en el capítulo III (página 30 de este tomo, línea 15), donde se lee: «Algunos han puesto falta y *dolo en* la memoria del autor.» *Poner dolo* es *dificultar, no creer, juzgar mal de una cosa.* No creemos que sea esta enmienda una de las más necesarias.

12 Pág. 7, lín. 5.

Al Licenciado.

Primera edicion: «*El* Licenciado.»

13 Pág. 9, lín. 7.

Rióse el Retor, etc.

En todas las ediciones, despues de las palabras del loco, *lloveré todas las veces que fuere menester*, sigue la respuesta del Capellan, y luego la risa del Rector y de los circunstantes. No es eso lo natural, ni lo escribiria CERVÁNTES, sino que, oido el disparate del loco, por el cual daba á conocer que lo era, se reirian los presentes, avergonzaríase el Capellan, y renunciando á su propósito de llevársele, quitarian al pobre orate la ropa decente con que habia venido á la casa. Hubo aquí de haber líneas borradas, relativas á otra especie, que suprimiria CERVÁNTES, ó alguna otra dificultad de lectura, cuyo resultado fué imprimir fuera de su órden regular las cláusulas del párrafo.

14 Pág. 10, lín. 5.

Ya no hay quien...

Primera edicion: «*Y* ya no hay...»

Parece que debe omitirse la conjuncion, para que el período ofrezca la forma regular: «*Ya* no hay caballero... *ya* no hay quien... *ya* no hay ninguno.»

15 Pág. 10, lín. 9, contando desde la última.

En las edades del oro *de* los andantes caballeros.

Primera edicion: «En las edades del oro *y en* los andantes caballeros.»

Errata indudable, porque ántes se habla de la teórica y la práctica de las armas, lo cual no corresponde á la paz y sosiego del siglo *de* oro.

16 Pág. 11, líneas 5 y 6.

Segun *Turpin*, en su *Cosmografía*.

Dice á esto el señor Clemencin: «Ni se atribuyó jamas á Turpin obra de tal título, ni en el libro que lleve este título cabe tratar de genealogías. Don Quijote deliraba; y CERVÁNTES, queriendo pintar más y más el desbarate del celebro de su protagonista, le hace alegar, como prueba de lo que dice, la autoridad de Turpin, que pasa por el prototipo de los embusteros.»

Puede ser; pero en la *Cosmografía de Thevet*, impresa en Paris, año de 1575, aunque no se habla de Rugero, se cuenta el orígen de los duques de Ferrara. ¿Escribiria CERVÁNTES el apellido de *Thevet* donde creyeron que debia leerse *Turpin?*

17 Pág. 11, líneas 11 y siguientes.

Y con esto, no quiero *quedarme* en mi casa, *puesto que* no me *saque* el Capellan della.

Edicion primera: «Y con esto, no quiero *quedar* en mi casa, *pues* no me *saca* el Capellan.»

Parece que Don Quijote quiere decir: «Aunque no me saque de mi casa el Capellan, *no* quiero quedarme.» Por eso el *puesto que*, equivalente al *aunque*, se nos figura preferible á la causal *pues*.

Ediciones modernas dicen: «Y con esto, *me quiero* quedar en mi casa, *pues* no me saca el Capellan della.» De seguro no queria Don Quijote permanecer encerrado en su casa, cuando poco ántes habia declarado (página 5) que habia de morir caballero andante.

18 Pág. 11, lín. 6, contando desde la última.

Para otras cosas *más* graves.

Falta en las demas ediciones el adverbio, cuya introduccion, sin embargo, quizá no sea necesaria.

19 Pág. 13, líneas 6 y 7.

La *simetría* saca esta verdad de duda.

Geometría dice la primera edicion. Como se alude á las proporciones del cuerpo humano, parece que se debe leer *simetría*, en el sentido que dan á esta voz los pintores.

20 Pág. 14, líneas 8 y 9, contando desde la última de la plana.

Otro *famoso* y *único* poeta castellano cantó su *Hermosura* (la de Angélica).

Alusion, casi traduccion (que esta vez parece elogio sincero), de aquel lema impreso en la portada de *El Peregrino en su patria*, novela de Lope: *Aut unicus, aut peregrinus*.

21 Pág. 15, línea segunda del título del capítulo.

Con otros *sucesos* graciosos.

Así dicen todas las ediciones, ménos la primera, en la cual se lee *sujetos*; y en verdad que me parece mejor, porque en este capítulo apénas hay *sucesos*, pero se tratan varios *asuntos* ó *materias*, valor que tenia tambien entónces la palabra *sujetos*.

22 Pág. 16, lín. 2.

Cuatro *alcaldías* de Corte.

Las demas ediciones dicen: «Cuatro *alcaldes*.»

Alcaldías habrán de ser, porque se trata de *cosas* de gobernar y regir. Los alcaldes no son cosas de gobernar, sino *personas* de gobierno.

23 Pág. 16, líneas 5 y 6.

Dejaos de pretender *ínsulas* ni *ínsulos*.

Ejemplo que fortalece lo que dijimos en la nota 9 del tomo II.

24 Pág. 17, líneas 1 y 2.

Yo *aseguro*... que la Sobrina *ó el* Ama nos lo cuenta despues.

Primera edicion: «Yo *seguro*... que la Sobrina *del* Ama.»

En las ediciones modernas se lee: «Yo *seguro*... que la Sobrina *ó el* Ama.»

25 Pág. 19, lín. 12.

Y *si* roto...

Texto corriente: «Y *el* roto...»

26 Pág. 20, lín. 7.

La nota que se ofrece para esta página es en efecto de mucha importancia. Nuestros lectores recordarán que la libranza de pollinos llevó fecha del mes de Agosto: verán ahora, en la página 89 de este mismo volúmen, que la aventura del carro de *Las Córtes de la Muerte* ocurrió en la octava del Córpus; cerca del fin del tomo, página 353, hallarán otra carta, con fecha de 20 de Julio; el Córpus y Julio siempre han ido y van delante de Agosto; con que, los sucesos de la Primera y de esta Segunda Parte de *Don Quijote* no suceden en un mismo año. CERVÁNTES principió, sí, la Segunda Parte con ánimo de que la accion continuase dentro del año de la primera salida; cambió luego muy oportunamente de intento; y aunque no lo expresó, continuó escribiendo como si hubiera hecho ya la correccion necesaria, dejando el hacerla para despues, y (por olvido sin duda) no llegó el caso de que la realizase. Ya debió tener tal intencion cuando llegó al capítulo VII de esta Parte, donde el Ama de Don Quijote asegura haber servido á su señor más de seiscientos huevos, cantidad enorme para que se la tomase un hombre sólo en un mes que llevaba en su pueblo, desde que le volvieron á él en la jaula. Tras este mes hubo de ocurrir la visita del Cura con el Barbero y ésta de Sancho: enfermaria otra vez Don Quijote, y cayendo y levantando, como suele decirse, pasaria, imposibilitado de viajar, aquel otoño y la primavera siguiente, al fin de la cual, en otra visita, le debió Sancho anunciar la llegada del Bachiller. Así se entenderán sin tropiezo las aventuras de esta Segunda Parte, que pasan tambien en verano y otoño, como las de la Primera, pero de otro año ya. Segun nuestro cómputo, Don Quijote llegó á su pueblo, en el carro de los bueyes, el Domingo 10 de Setiembre de un año, que históricamente corresponde al de 1589, y salió por tercera vez de Argamasilla al anochecer del dia 3 de Júnio de otro año, que CERVÁNTES expresó ser el de 1614.

27 Pág. 21, lín. 10.

Al Bachiller.

Palabras que faltan en las demas ediciones, y que se han suplido como necesarias, para evitar que el pronombre *le*, en la expresion *le haga venir*, se refiera á *Cide Hamete*.

28 Pág. 21, líneas últimas del capítulo II.

Entre los tres *pasó* un graciosísimo coloquio.

Primera edicion: «Entre los tres *pasaron*», etc.

Se ha preferido el singular, porque leemos en seguida, en el epígrafe del capítulo III: «Del ridículo razonamiento que *pasó* entre Don Quijote, Sancho Panza y el Bachiller Sanson Carrasco.» Y al fin del capítulo XII (página 102 de este tomo): «Se apartaron los dos escuderos, entre los cuales *pasó* un tan gracioso coloquio, como fué grave el que *pasó* entre sus señores.»

29 Pág. 23, lín. 5.

¡Bien haya *el sabio* Cide Hamete Benengeli...!

Se ponen las palabras *el sabio*, que no están en las demas ediciones, porque á las cuatro líneas pregunta Don Quijote: «Desa manera, ¿verdad es que hay historia mia, y que fué moro *y sabio* el que la compuso?»

30 Pág. 24, al medio.

Briareos gigantes.

Texto ordinario: «Briareos *y* gigantes.»

Gigante era el tal *Briareo*, y gigante le llamó Don Quijote. Quizá convendria leer: *gigantes Briareos*.

31 Pág. 25, lín. 11.

Del *héroe* de la historia.

Texto corriente: «Del *señor* de la historia.»

32 Pág. 27, lín. 7, contando desde abajo.

Ni *tener* que ver.

Texto corriente: «Ni *tiene* que ver.»

33 Pág. 27, lín. 4, contando de abajo arriba.

Berzas con *repollos*.

Texto comun: «Berzas con *capachos*.»

Al parecer, Sancho recela que Cide Hamete haya mezclado cosas que no deben mezclarse: revolver capachos con berzas no seria *mezclar*, porque ciertamente la hortaliza no se confundiria con las espuertas destinadas á llevarla; son cosas que no *pueden* mezclarse. Si no me equivoco mucho, conviene leer aquí *berzas con repollos*, ó *cestos* (ó *seras*) *con capachos*, objetos cuya mezcla puede ocasionar confusion. Una de las significaciones de la voz *capacho* es la de *media sera* de esparto, con sus sogas, que sirve para cubrir los *cestos* de la uva y las *seras* del carbon.

Sin embargo, segun Covarrubias, en su «Tesoro de la lengua castellana», *revolver berzas con capachos* era locucion vulgar en su tiempo.

34 Pág. 28, lín. 15.

Estos le *prestan*.

Texto ordinario : «Estos le *embisten*.»

Como ántes se dice : «unos le toman, si otros le dejan», parece que, siguiendo la contraposicion, hubo CERVÁNTES de escribir : «estos le *prestan* (ó *emprestan*), y aquellos le piden.»

35 Pág. 31, líneas 9 y siguientes, contando de abajo arriba.

Mi señor *abrazado con* su lanza, y yo *con el costal del matalotaje...*, etc.

La primera edicion trae aquí lo siguiente : «Mi señor arrimado á su lança, y yo sobre mi ruzio, molidos y cãsados de las passadas refriegas, nos pusimos á dormir, como si fuera sobre quatro colchones de pluma, especialmẽte yo dormi con tan pesado sueño, que quien quiera que fue tuuo lugar de llegar y supẽderme sobre quatro estacas, que puso a los quatro lados de la albarda, de manera q̃ me dexô acauallo sobre ella, y me sacô debaxo de mi al ruzio, sin que yo lo sintiesse. Esso es cosa facil, y no acontecimiento nueuo, que lo mesmo le sucedio a Sacripãte, quando estãdo en el cerco de Albraca, con essa misma invẽcion le sacô el cauallo de entre las piernas aquel famoso ladron llamado Brunelo : Amaneció, prosiguio Sãcho, y a penas me huue estremecido, quando faltando las estacas, di cõmigo en el suelo vna gran caida, mirê por el jumẽto, y no le vi.»

Se ha suprimido esta particularidad cómica del robo del Rucio, porque, á pesar de que hace reir, es completamente inverosímil, y está en contradiccion con los sucesos de la venta, referidos en la Primera Parte. Si Gines de Pasamonte sacó á Sancho el Rucio de entre las piernas, debió Sancho quedar montado sobre la albarda, y así se dice : se quedó, pues, la albarda en Sierra Morena ; y la albarda luego da ocasion en la venta á una cuestion reñidísima : con que, habiéndose quedado entre las piernas de Sancho, tuvo quien la trasportara de allí. Se lee en la edicion de Juan de la Cuesta, hecha en 1608 (pág. 96, al fin), que Sancho, despues del robo, iba tras su amo, *cargado con todo aquello que habia de llevar el Rucio :* pudiérase entender por esta expresion que tambien se cargó con la albarda ; pero era preciso haberlo justificado en alguna manera ; porque siendo Sancho mal andador, no parece natural que se echase encima el peso de una albarda, molestísimo en tiempo de tanto calor y en tierra quebrada. Pudo tambien dejar Sancho la albarda en el sitio donde le fué robado el Rucio, recobrarle despues en pelo, y volver por la albarda para ponérsela, é ir sobre él más cómodamente ; pero nada de esto se dice. Parece, pues, que la explicacion del hurto del asno fué escrita en un momento de buen humor, en que no recordaba CERVÁNTES los antecedentes de la fábula á

los cuales habia de referirse, y que nos debemos atener al texto de la segunda edicion de Juan de la Cuesta, donde se cuenta sencillamente que Sancho dormia, y que Gines llegó durante su sueño, y le quitó el asno, que estaria maniatado á poca distancia. El lío ó costal, donde llevaba Sancho los restos de las provisiones y los cien escudos, no fué robado, porque Sancho entró con aquel dinero en Argamasilla : quizá dormia, cuando el hurto, abrazado al talego ó echado sobre él.

En suma, ó hay que suponer y expresar en el capítulo XXX, ú otro de la Primera Parte, que Sancho recobró la albarda en Sierra Morena, ó conviene suprimir este trozo, que leido en nota no perjudica, y en el texto resulta contradictorio.

36 Pág. 31, línea última, y pág. 32, línea primera.

Hice una lamentacion, que si no la puso el autor de nuestra historia, puede hacer cuenta que no puso cosa buena.

La ponderada lamentacion apénas ocupa más de cinco líneas en la primera edicion donde apareció, que fué la segunda de Juan de la Cuesta. Más extension é importancia tendria, cuando habló CERVÁNTES de ella, por boca de Sancho, en tales términos. De seguro se la cercenó álguien : ignoramos quién.

37 Pág. 32, lín. 13, contando desde abajo.

Al cabo de tanto tiempo.

Diez y siete dias emplearon Don Quijote y Sancho desde su salida de Argamasilla hasta su vuelta, desde 24 de Agosto (segun nuestro cómputo) hasta 10 de Setiembre. Diez y siete dias sin ganar su jornal son efectivamente mucho para un pobre, casado y con hijos.

38 Pág. 32, línea penúltima.

Avisar al autor.

«*Acusar* al autor... que no se le olvide», se lee en las ediciones primeras. Parece más á propósito el verbo *avisar* que el de *acusar*, porque en este mismo capítulo dice Sancho á su amo, en el propio sentido : «*aviso* á mi señor.»

39 Pág. 34, al medio.

Adonde se habian de hacer unas solemnísimas justas.

Primera edicion : «Adonde, *de allí á pocos dias*, se habian de hacer», etc.

Se han omitido, con la autoridad de CERVÁNTES, las palabras *de allí á pocos dias*, porque mucho más adelante, en el capítulo XXVII, dice que Don Quijote «determinó ver las riberas del Ebro ántes de entrar en Za-

ragoza, pues le daba tiempo para todo el *mucho* que faltaba desde allí á las justas.» Desechó CERVÁNTES lo primero cuando escribió lo segundo.

40 Pág. 35, líneas 1 y 2.

Cuando la demasía *del riesgo* pide otra cosa.

Texto ordinario: «Cuando la *demasía* pide otra cosa.»

41 Pág. 35, al medio.

Nacido *como cualquiera* soy.

Texto comun: «Nacido soy.» Acaso convendria leer *nacido* hombre *soy*, porque siguen estas palabras: «*y no ha de vivir* el hombre *en hoto de otro.*»

42 Pág. 36, líneas 8 y 9, contando desde la última de la plana.

Con todos los versos...

Texto corriente: «*Al fin de* los versos...»

Las primeras letras de los acrósticos, que forman palabras, lo mismo se pueden leer ántes que despues de los versos, y áun lo natural es leer primero las tales palabras, sobre las cuales se ha formado el acróstico. Se ha puesto en esta edicion *con todos los versos* en lugar de *al fin de los versos;* mas indudablemente lo que se debe entender, y lo que CERVÁNTES escribiria aquí, es: «En el principio de cada verso habia de poner una letra de su nombre, de manera que juntando las primeras letras *de los versos*, se leyese *Dulcinea del Toboso.*» Las tres palabras que ponemos de bastardilla estarian en el manuscrito entre renglones, por ser enmienda, y las debieron pasar de uno á otro al copiarlas ó imprimirlas. En la primera edicion se lee: *al fin de de los versos.* La repeticion *de de* es para mí claro indicio de que habia algun tropiezo en el original. Más abajo, en el mismo párrafo, se lee: «Si hacia cuatro castellanas (entiéndase *coplas*) de á cuatro versos, sobraba una letra, y si de á cinco, á quien llaman *décimas* ó *redondillas*, faltaban tres letras.» Entre las palabras *quien* y *llaman* súplase *unidas de dos en dos*, y dése entera fe á lo que afirma CERVÁNTES, pues en su época, á dos quintillas juntas solian llamar, ya *décima*, ya *redondilla.*

43 Pág. 37, líneas 6 y 7.

No hay mujer que *no* crea que para ella se hicieron los metros.

Falta la negacion segunda en todas las demas ediciones.

44 Pág. 37, líneas 8 y 9.

Quedaron en... que la partida seria de allí á *cuatro* dias.

Ocho dice la primera edicion; pero al dia siguiente se determinó otra

vez que la salida fuese á los *tres*, y en efecto así fué: de modo que se verificó, no á los *ocho* ni á los *tres* dias, sino á los *cuatro* de aquel en que se pone la primera determinacion.

45 Pág. 37, lín. 10.

Y á *la* Sobrina.

Primera edicion: «Y á *su* sobrina.» Precede el nombre de *Maese Nicolas*.

46 Pág. 43, líneas 3 y 4.

Todos en su linaje los *Almohades* de *Marruécos*.

Primera edicion: «*Moros* en su linaje los *Almohadas* de Marruécos.»

47 Pág. 43, lín. 9.

El mal decir y el peor *pensar*.

Primera edicion: «El mal decir y el peor *perseverar*.»

48 Pág. 44, líneas 13 y 14, contando desde abajo.

Si estais *persuadido* en tener gobierno. (Léase *confiado*.)

Primera edicion: «Si estais *porfiando* en tener gobierno.»

49 Pág. 45, lín. 3.

A *los* maridos.

Primera edicion: «A *sus* maridos.»

Debe ser *los*, porque ántes hay: «Con esta carga *nacemos* las mujeres, de estar obedientes á...»

50 Pág. 45, línea penúltima del capítulo que concluye en esta plana.

Y *al otro* dia.

Don Quijote, el Bachiller y Sancho habian conversado largamente *despues de comer*. Luego (capítulo VII) se cuenta que el Ama de Don Quijote fué á ver á Sanson, el cual encargó al Ama que le tuviese aderezado *el almuerzo*: con que, la otra visita de Sancho á su señor y la del Ama al Bachiller fueron *otro dia*. Para que no se entienda que CERVÁNTES hizo almorzar á Sanson Carrasco despues de haber comido, se han introducido las palabras *al otro dia* al fin del capítulo V y al principio del VI: así lo establece la narracion de los sucesos y la voluntad del autor conocida.

51 Pág. 45, lín. 2 del capítulo VI.

La *inverisímil* referida plática.

Primera edicion: «La *impertinente* referida plática.»

A vuelta de hoja (página 46, líneas 3 y 4) leemos *memoriales impertinentes*, en el sentido de *molestos* ó *desatinados*, y nada tuvo de lo uno ni de lo otro el diálogo entre Sancho y Teresa.

52 Pág. 48, líneas 8 y 9, contando de abajo arriba.

Tan parecidos en los nombres y tan *distintos* en las acciones.

Texto usual: «*Distantes* en las acciones.»

53 Pág. 50, líneas 8 y 9.

Sin que *merezca* otra fama ni otro elogio su *grandeza*.

En la primera edicion: «Sin que *merezcan* otra fama ni otro elogio sus *grandezas*.»

Parece que se debe leer *grandeza* en singular, supuesto que á este linaje no se le reconoce aquí otra que la del *número*.

54 Pág. 50, lín. 13.

Dije *virtud*, *riqueza* y *liberalidad*...

Se han puesto en singular los tres sustantivos, porque en singular están en la línea anterior, á la cual se refiere el verbo.

55 Pág. 51, líneas 2 y 3.

Así que, *á mí* me es forzoso seguir por su camino.

Primera edicion: «Así que, *casi* me es forzoso.»

Le es forzoso, sin *casi*, porque dice Don Quijote despues que lo quieren los cielos y él lo desea.

56 Pág. 54, líneas 5 y 6.

Aunque dice que quisiera ella que...

Primera edicion: «*Adonde quisiere llevarme*.»

Parece que si hubiera Sancho indicado que su mujer le habia dicho algo en contra de la salida con Don Quijote, vendria mejor la pregunta de Don Quijote que se lee despues: «Y, en efecto, ¿qué dice Teresa?»

57 Pág. 54, líneas 7 y 8, contando desde la última.

Tomarás *en cuenta* lo que yo te dijere.

En la primera edicion: «Tomarás lo que yo te dijere.»

58 Pág. 55, lín. 4, contando desde la postrera de la plana.

Lo cual ni lo creo ni lo *desespero*.

Primera edicion: «Ni lo creo ni lo *espero*.»

Algo esperaba Sancho, cuando habia dicho á su mujer (página 39): «Si no pensase ántes de mucho tiempo verme gobernador de una ínsula, aquí me caeria muerto.»

59 Pág. 56, líneas 2 y 3.

Tan buena suele ser una *rata* como una *gata*.

La *gata* va en todas las ediciones ántes que la *rata*, contra lo que pide el sentido natural de la frase.

60 Pág. 56, líneas 12 y 13.

Que es lo que *los escuderos* solian ganar.

Los escuderos faltan en todas las demas ediciones.

61 Pág. 56, líneas 10 y 11, contando desde la última.

Si con estas esperanzas *de acrecentamientos...*

En las otras ediciones: «Esperanzas *y aditamentos.*»

El sustantivo *aditamento*, que ordinariamente significa *añadidura*, se ve usado en la página 109, líneas 4 y 5 de este volúmen, como equivalente de *condicion :* si en este lugar puede entenderse en igual sentido, el texto ordinario está bien, y debe leerse *esperanzas y aditamentos.*

62 Pág. 56, líneas penúltima y última.

Más vale buena esperanza que ruin posesion, y buena *oferta* que mala paga.

«*Buena queja*», dicen las demas ediciones. A *queja* y *oferta* prefiriéramos *deuda.*

63 Pág. 57, lín. 9, contando desde la última de la plana.

Jamas se les cumpla lo que *más* desearen.

Texto corriente : «Lo que *mal* desearen.»

64 Pág. 57, líneas 5 y 6, contando desde la última.

Don Quijote vuelva á ejecutar sus *antiguos* y *nuevos* pensamientos.

Texto comun : «Sus *altos* y nuevos pensamientos.»

Volver á ejecutar *lo nuevo* parece locucion impropia, como lo notó el señor Clemencin; y ademas los pensamientos nuevos de Don Quijote no eran más altos en esta salida que en las anteriores. *Altos* quizá *y nobles* diria el original de Benengeli.

En las líneas siguientes :

Si no *instigase* y persuadiese á este caballero.

Texto corriente : «Si no *intimase* y persuadiese.»

65 Pág. 58, líneas 6 y 7.

Se ponga vuesa merced y su *gran rocin* en camino.

«Su *grandeza*», traen las demas ediciones.

Puesto Don Quijote en camino, excusado era encargar que le acompañara su *grandeza*, su pequeñez ó su medianía. Errata grosera : quizá, en lugar de ella, escribiria CERVÁNTES el nombre de *Rocinante;* se imprime aquí *gran rocin*, por aprovechar la sílaba *gran.* A no ser por ella, hubiéramos impreso : *y su Sancho.*

66 Pág. 58, lín. 13.

Ínclito Bachiller.

Texto ordinario : « *Inaudito* Bachiller. »

67 Pág. 58, lín. 11, contando de abajo arriba.

Desbarate y quiebre la coluna de las letras.

En todas las demas ediciones : « *Desjarrete.* »

Consta la columna de basa, fuste y capitel, que se pueden *desbaratar;* no se le conocen *jarretes.*

68 Pág. 61, líneas 5 y 6, contando desde la postrera.

Fundándose, no sé si en astrología judiciaria que él se *sabria...*

«Se *sabia*», dice la primera edicion, aunque parece que se debiera leer *sabria*, porque siguen estas palabras : «*puesto que* (aunque) *la historia no lo declara.*»

69 Pág. 63, lín. 12, contando desde abajo.

Compuestas y tejidas.

Texto comun : « *Contextas* y tejidas. »

70 Pág. 63, lín. 11, contando desde la última.

La de mi señora.

« *El* de mi señora », dice la primera edicion ; mas parece que debe entenderse aquí omitida por elípsis la palabra *labor*, que, en plural, está más arriba. Tambien se hallan los masculinos *menester* y *ejercicio*, pero á mucha mayor distancia.

71 Pág. 65, líneas 13 y 14.

Con mejor *advocacion.*

Texto comun : «Con mejor *vocacion.* »

72 Pág. 66, lín. 10.

A *Julio* César.

Primera edicion : « A César. »

Julio César, y no *César* á secas, hubo de escribir CERVÁNTES, porque despues hace á Sancho decir : «Esos *Julios* ó Agostos... ¿dónde están agora?» Y más adelante se le llama en efecto con el nombre de *Julio.* Para no añadirlo, se ha tomado de un lugar ese nombre y puéstose en otro : queda el uno bien, y el otro no mal.

73 Pág. 66, líneas 5 y 6, contando desde la última de la plana.

A la *avaricia* y envidia en la generosidad y buen pecho.

Ninguna edicion trae aquí la *avaricia*, palabra que si no la escribió

CERVÁNTES en su borrador, de seguro estaba en su pensamiento cuando escribia esto, porque nombra á todos los demas vicios, y á la virtud contraria de la *avaricia*, la *generosidad*.

74 Pág. 69, lín. 7.

Segun *dicen*.

Las demas ediciones : «Segun *dije*.»

«No lo habia dicho Sancho, y comprendo que *segun dije* es errata, por *segun dicen*.» (Clemencin.)

75 Pág. 69, líneas 3 y 4 del último párrafo.

En fin, al anochecer...

Primera edicion : «En fin, *otro dia* al anochecer.»

Siete leguas, ó poco más, hay de Argamasilla de Alba al Toboso; con que no habian de haber tardado nuestros caminantes dos noches y dos dias en tal jornada. Donde la primera edicion trae *otro dia*, debe leerse *el mismo dia*, ó quizá escribiria CERVÁNTES aquí palabras distintas de *otro* y de *dia*, que no fueron entendidas, y que en realidad no hacen falta. Suprimiendo el *otro dia*, corre la narracion sin tropiezo.

76 Pág. 69, línea última, y pág. 70, línea primera.

Como *casi* no la habia visto su señor.

El *casi*, que en ninguna edicion se halla, es preciso para que no haya contradiccion absoluta entre lo que se dice aquí de Don Quijote y lo que él expresó en la Parte Primera, capítulo XXV, donde se lee (tomo primero de esta edicion, página 249) : «En doce años... que há que la quiero... no la he visto cuatro veces.» Aunque no la viera sino de prisa y de léjos una vez sola, ya no podia sostener que *no* la habia visto.

77 Pág. 70, líneas 3 y 4.

Como su *señor no* le enviase *primero* al Toboso.

Primera edicion : «*Cuando* su *dueño* le enviase al Toboso.»

El apuro mayor de Sancho no habia de ser que le enviara Don Quijote al Toboso, sino que le llevara consigo, y entrasen en la villa los dos. En el fin de este capítulo y al principio del siguiente menudean erratas.

78 Pág. 70, líneas últimas del capítulo VIII.

Entraron en la ciudad, donde *no* les sucedió *cosa* que á *cosa llegara*.

Esta es la verdad, no lo que trae la primera edicion : «Donde les sucedió *cosas* que á *cosas llegan*.»

Entran Don Quijote y Sancho en el Toboso, no saben la casa de Dulcinea, preguntan á un mozo, no les da razon, y se salen del pueblo.

¿Habia CERVÁNTES, para esto, de emplear la enfática expresion de que les *sucedió cosas* que llegaban á cosas? Imposible. El verbo *sucedió* en singular pide un nominativo singular, *cosa*, y no *cosas;* y el contexto del capítulo IX manifiesta que sólo pudo CERVÁNTES decir, al acabar el anterior, que nada notable aconteció á Don Quijote y á Sancho dentro del Toboso.

79 Pág. 70, lín. 12, contando desde la última de la plana.

Disculpa de *sus enredos.*

Dicen las demas ediciones: «Disculpa de su *sandez.*» *Enredos* ó *enredo* escribiria CERVÁNTES, *embuste* ó *mentira*, porque eso fué, y no *sandez*, lo de la respuesta que Sancho embocó á Don Quijote acerca de la carta dirigida á Dulcinea.

80 Pág. 71, al medio.

Advierte, Sancho, que *ó* yo veo poco, *ó* aquel bulto grande...

Primera edicion: «Que yo veo poco, *que* aquel bulto grande...»

Ediciones modernas: «Que *ó* yo veo poco, *ó que* aquel bulto grande...»

Aunque se ha preferido, como leccion más sencilla, la que ha visto el lector, quizá convendria conservar las mismas palabras de la primera edicion, dándoles, á favor de un paréntesis, el sentido que sigue: «Advierte, Sancho (que yo veo poco), que aquel bulto grande y sombra que desde aquí se descubre, la debe de hacer el palacio de Dulcinea.»

81 Pág. 72, líneas 11 y 12, contando desde la última.

En todos los dias de mi vida, *apénas* he visto á la sin par Dulcinea.

Se ha introducido el adverbio *apénas* por las razones expresadas en la nota 76.

82 Pág. 73, lín. 12.

Que *habia* madrugado.

Primera edicion: «Que *habria* madrugado.»

Que *habia* madrugado era indudable; podria dudarse si *sería* ó no labrador, porque no le verian bien.

83 Pág. 74, lín. 9.

Por quien *os* pregunto.

Primera edicion: «Por quien *te* pregunto.»

Don Quijote habia hecho la pregunta al mozo, tratándole de *vos.*

84 Pág. 74, líneas 6 y 7, contando desde la última.

El consejo que ahora me has dado, le *agradezco.*

Clemencin: «*Apetezco* probablemente es errata, por *agradezco.*» Quizá el *le* seria un *te.*

85 Pág. 75, fin del capítulo IX.

Le sucedieron cosas que piden nueva atencion y nuevo *capítulo*.

«Nuevo *crédito*», dicen las demas ediciones.

Si hasta aquí daba el lector *crédito* á la narracion, con aquél bastaba, sin pedirle de nuevo: *capítulo* escribiria CERVÁNTES. Nótese ademas que ántes se dice: «*le sucedieron* á Sancho *cosas*», no «*le sucedió cosas*», como en la primera edicion se lee al fin del capítulo precedente.

86 Pág. 75, principio del capítulo X.

Las palabras *Cuenta la historia*, con que en la actual edicion se da principio á este capítulo X, se han tomado del XVII, al cual se han trasladado las doce primeras líneas del capítulo X, pareciéndome que estaban trocadas y era necesario corregir la mala colocacion que tenian. Léase el principio de nuestro capítulo XVII, y se verá que allí declara Cide Hamete su recelo de no ser creido, porque va á referir ciertas locuras de nuestro hidalgo, *las mayores que pueden imaginarse*, y *que pasaron más allá de las mayores*, *con dos tiros de ballesta*; vuélvase despues á este capítulo X, donde observará el lector con asombro que todas las locuras que *hizo* en él Don Quijote se reducen á *haber creido* que una aldeana de mal parecer, á quien Sancho llamaba Dulcinea, y Don Quijote no conocia, era Dulcinea encantada. ¿Pudo considerar ésta CERVÁNTES como la mayor locura que *hizo* Don Quijote? De ninguna manera. El mismo Don Quijote se habia ya creido encantado no ménos de tres veces: una, cuando no pudo apearse delante de las tapias del corral en que manteaban á Sancho; otra, cuando le tuvo Maritórnes atado de la muñeca; otra, en fin, cuando le sujetaron y encerraron en la jaula. Si tres veces se habia tenido él por encantado, ¿era extraño que una creyese encantada á la señora de sus pensamientos? Ciertamente que no. A otro lugar correspondia el trozo que de aquí se ha quitado: pásese á la nota 116, y averiguaremos cuál era.

87 Pág. 81, lín. 13.

A *la jumenta*.

«*Al jumento*», dice la primera edicion equivocadamente, porque se llama despues á la misma caballería *cananea*, *borrica*, *pollina*, y en fin *jumenta*.

88 Pág. 85, al fin del capítulo.

Y siguieron el camino de *las aldeanas*, *dejando para otra ocasion el viaje* de Zaragoza, adonde pensaban llegar á tiempo que pudiesen hallarse (*porque faltaba mucho*) en unas solenes fiestas.

Primera edicion: «Y siguieron el camino de Zaragoza, adonde pensaban llegar á tiempo que pudiesen hallarse en unas solenes fiestas.»

En el capítulo XXVII (páginas 245 y 246 de este tomo) hallará el lector estas cláusulas: «Don Quijote... determinó de ver primero las riberas del rio Ebro y todos aquellos contornos, ántes de entrar en la ciudad de Zaragoza, pues le daba *tiempo* para todo el *mucho* que faltaba desde allí á las justas.» Nuestro paréntesis, *porque faltaba mucho*, despues del sustantivo *tiempo* está pues tomado de CERVÁNTES. Que Don Quijote habia abandonado el camino de Zaragoza, ó inmediatamente despues del encanto de Dulcinea, ó en otra ocasion (que para la necesidad de alterar el texto es lo mismo), no puede dudarse, porque Don Quijote se encontró de frente con el carro de los leones, enviados á Madrid por el general de Orán: caminando el carro á Norte, Don Quijote debia caminar en direccion contraria, y por consiguiente, no iba entónces á Zaragoza. El texto de los capítulos posteriores debe servir para el arreglo, ó por lo ménos para la inteligencia, de éste.

89 Pág. 86, líneas 1 y 2 del párrafo último.

Con voz *ronca* y desmayada.

Primera edicion: «Con voz *no muy* desmayada.»

Lo propio del caso era que hablase Don Quijote con voz *desmayada*. Parece que la *y* del *muy*, que trae la primera edicion, ha de ser la copulativa necesaria para unir con el adjetivo *desmayada* otro anterior, sea el de *ronca*, sea el de *floja* ó *flaca*, sea otro más oportuno.

90 Pág. 88, lín. 8.

Con ese *arbitrio*.

Texto comun: «Con ese *artificio*.»

91 Pág. 90, lín. 2 despues de la division de párrafo.

Vestido de bogiganga.

Léase: «vestido *de diablo* de bogiganga», esto es, de diablo ridículo. No cabe duda que figuraba el tal actor como *diablo*, porque en la página siguiente leemos: «El *Diablo* se ha llevado el Rucio.—¿Qué *Diablo?*... El *Diablo* ha dejado el Rucio... habiendo caido el *Diablo*... el *Diablo* se fué á pié.»

Más abajo, casi al medio de la página.

Cuya mala *y diabólica* vision.

Si se admite la enmienda arriba propuesta, deben suprimirse las dos palabras *y diabólica*, añadidas al texto en esta edicion para justificar el repetido uso de la palabra *diablo* despues.

92 Pág. 93, líneas 2 y 3 del párrafo penúltimo.

Sancho *sin pero*.

En las demas ediciones: «Sancho *sincero*.»

No parece muy propio lo de *sincero* para último toque del elogio de Sancho en aquella ocasion.

93 Pág. 94, lín. 11, contando de abajo arriba.

La corona de oro *del Emperador.*

En la primera edicion se lee: «la corona de oro de *la Emperatriz.*» Errata clarísima, porque ántes habia escrito CERVÁNTES (página 88 de esta edicion): «A un lado estaba *un emperador* con *una corona*, al parecer *de oro*, en la cabeza.»

94 Pág. 100, líneas 9, 10 y 11, contando desde abajo.

¿Qué gente? ¿es por ventura del número de los contentos ó de los afligidos?— De los afligidos.

Primera edicion: «¿Qué gente? ¿es por ventura *de la* del número de los contentos, ó de *la del de* los afligidos? — De los afligidos.»

95 Pág. 106, lín. 11, contando desde la última de la plana.

Pero no cojea *sólo* del pié de la crudeza.

Primera edicion: «Pero *no cojea* del pié de la crudeza.»

Léese ántes que la dama del caballero del Bosque «es la *más cruda*»: ¿cómo se ha de afirmar á continuacion que *no cojea* del pié de la *crudeza?*

96 Pág. 108, líneas 4 y 5 del segundo párrafo.

Coman lo que *ellas* mandaren.

Parece que se debe leer *ellas*, y no *ellos*, como en las demas ediciones, porque el pronombre se refiere al femenino *leyes.*

97 Pág. 109, lín. 5.

A su *nacimiento.*

Texto comun: «A su *conocimiento.*»

98 Pág. 109, línea última.

Hasta que mi amo..., etc.

En la edicion pequeña se ha puesto este trozo en párrafo aparte, precedido de un guion, para significar que es Sancho el que habla: así lo entendemos; pero elija el lector entre un escudero y otro.

99 Pág. 110, líneas 9 y 10 del capítulo XIV.

Su *madrastra* á Hércules (Juno).

Texto ordinario: «Su *madrina.*»

Bien sabia CERVÁNTES que los semidioses de la gentilidad no tenian madrinas.

100 Pág. 113, lín. 11.

No há más de *diez horas*.

Texto comun: «No há más de *dos dias*.»

La supuesta metamorfósis de Dulcinea habia ocurrido en el mismo dia de aquella noche: debemos por eso creer que CERVÁNTES en su borrador escribió *diez horas* donde el copiante ó el tipógrafo leyó *dos dias*.

101 Pág. 114, líneas 1 y 2 del párrafo último.

Esa costumbre... puede correr... con los *andaluces* peleantes que dice.

Primera edicion: «Con los *rufianes y* peleantes que dice.»

Antes habia dicho el otro escudero: «Tienen por costumbre los peleantes *de la Andalucía*...»

Con que deberemos suponer que CERVÁNTES ó escribiria arriba *rufianes* y *peleantes*, ó *peleantes andaluces* abajo, ú otra cosa oportuna.

102 Pág. 115, lín. 12.

Guijarros, *limpios* y pelados.

Texto usual: «*Lindos* y pelados.»

103 Pág. 115, lín 9, contando desde abajo.

Buscando *arbitrios*.

Texto ordinario: «Buscando *apetites*.»

104 Pág. 118, lín. 17.

El *contendido*.

Las demas ediciones: «El *contenido*.»

Contendido parece más propio que *contenido*, para dar á entender el caballero acerca del cual se *contiende* ó disputa, ó con el cual habia *contendido* (ó peleado) el de los Espejos.

105 Pág. 119, línea última, y pág. 120, línea primera.

En lo que se detuvo Don Quijote *á* que Sancho subiese en el alcornoque.

Las demas ediciones: «En lo que se detuvo Don Quijote *en* que Sancho se subiese en el alcornoque.»

106 Pág. 123, líneas primera y segunda del último párrafo.

Tomé Cecial, *ó* su escudero.

Las demas ediciones: «Tomé Cecial, *su* escudero.»

Parece que escribiria CERVÁNTES la partícula dubitativa *ó*, absteniéndose de afirmar en este capítulo que el escudero del Caballero de los Espejos era Tomé, reservando esto para el capítulo siguiente, «donde se cuenta y da noticia de *quién era* el Caballero de los Espejos y *su escudero*.»

107 Pág. 123, al fin.

Con intencion de buscar *el vencido* algun lugar donde *bizmarse* y *entablarse* las costillas.

En la primera edicion vemos: «El de los Espejos y su escudero, mohinos y malandantes, se apartaron de Don Quijote y Sancho, con intencion de buscar algun lugar donde *bizmarle* y *entablarle* las costillas.» Algo hacia falta si se queria dar á entender que era Tomé Cecial quien buscaba proporcion para curar á su amo; pero no escribió eso CERVÁNTES, como se prueba con el principio del capítulo que inmediatamente sigue, pues en él se lee: «Uno pensaba Don Quijote, y otro *el de los Espejos;* puesto que por entónces no era otro *su pensamiento*, sino buscar dónde *bizmarse*, *como queda dicho.*» Se pueden, pues, introducir las palabras *el vencido*, y corregir en los dos verbos *se* por *le*.

Sigue la narracion diciendo que Don Quijote y Sancho volvieron á proseguir su camino *á Zaragoza:* se han borrado estas dos palabras, porque, segun ya se ha indicado en la nota 88, nuestro aventurero habia cambiado de direccion.

108 Pág. 125, primera línea de la primera division de párrafo.

Hablo dello Carrasco.

En la primera edicion: «*Aceptólo* Carrasco.»

Otra cosa escribiria CERVÁNTES, porque lo de salir á encontrarse con Don Quijote fué *parecer particular* del mismo Carrasco.

109 Pág. 128, líneas 5 y 6.

Se pusiese *ante* los filos de mi espada y el rigor de mi brazo.

Texto ordinario: «Se pusiese *entre* los filos de mi espada y el rigor de mi brazo.»

Movida la espada por brazo rigoroso, lo natural, y lo que escribiria CERVÁNTES, era que la amistad se pusiera *delante*, no *entre*.

110 Pág. 128, al medio.

Una zafia labradora con *lagañas* en los ojos.

«Con *cataratas*», dicen las demas ediciones, en cuyo caso la contrahecha Dulcinea seria ciega, y eso no se infiere del texto. Se ha puesto *lagañas* en vez de *cataratas*, por ser voz que no tiene, como ésta, más vocal que la *a*.

En la misma línea y en la siguiente.

Así que...

Texto corriente: «Y *más* que...»

111 Pág. 129, lín. 3.

Asimismo de *leonado* y verde.

Primera edicion: «Asimismo de *morado* y verde.»

Se ha dicho ántes que el Caballero vestia un gaban de paño fino verde, gironado de terciopelo *leonado*.

112 Pág. 132, lín. 11 del último párrafo.

Con *mi hijo*.

La primera edicion y las otras: «Con *mis hijos*.»

No se dice que el Caballero del Verde Gaban tuviese más de un hijo.

113 Pág. 133, líneas 3, 4 y 5.

No escudriño las vidas ajenas, ni soy lince de los *vicios* de los otros.

«Lince de los *hechos*», etc., dice la primera edicion.

Si en lugar de *hechos* no se lee *vicios*, *yerros*, *defectos*, ú otra palabra más al caso, la segunda proposicion es repeticion inútil de la primera.

114 Pág. 135, líneas 6 á 10, contando desde la postrera.

Hala de tener el que la tuviere (*la poesía*), á raya, no dejándola correr, si ya no fuere en poemas heroicos, en lamentables tragedias, ó en comedias alegres y artificiosas, no en torpes sátiras ni en desalmados sonetos; *no ha de ser vendible en ninguna manera*...

Primera edicion: «Hala de tener el que la tuviere, á raya, no dejándola correr en torpes sátiras ni en desalmados sonetos; *no ha de ser vendible en ninguna manera*, si ya no fuere en poemas *heroicas*, en lamentables tragedias ó en comedias alegres y artificiosas...»

Parece que no estaba en su lugar la cláusula *no ha de ser vendible en ninguna manera*. Garcilaso no escribió epopeya, tragedia ni comedia ninguna: ¿querria decir aquí CERVÁNTES que si Garcilaso lo hubiese necesitado, no hubiera debido *vender* sus rimas á un editor? No ciertamente. Más bien querria decir que el poeta no ha de servir de instrumento á pasiones viles, ni propias ni ajenas. Podria por eso imprimirse tambien: «No ha de ser vendible en ninguna manera en torpes sátiras ni en desalmados sonetos.»

115 Pág. 137, lín. 16.

A las *costas* del Ponto.

Las demas ediciones: «A las *islas* del Ponto.»

«Ovidio (á quien se alude al parecer) no fué desterrado á las *islas*, sino á las *costas*, del Ponto ó Mar Negro.» (Clemencin.)

116 Páginas 138 y 139.

El principio del capítulo XVII es, como ya se dijo en la nota 86, el que la primera edicion trae por principio del capítulo X, al cual, en mi concepto, no pertenece. Entiendo que es aquí su propio lugar, por estas razones:

Dice don Diego de Miranda, en el trozo que se tomó del capítulo X:

«*Las locuras* de Don Quijote llegaron aquí al término y raya de *las mayores.*»

Dícese en este capítulo XVII: «¿Qué *más* locura puede ser que ponerse la celada llena de requesones, y darse á entender que le ablandaban los cascos los encantadores! y ¿qué *mayor* temeridad y *disparate* que querer pelear por fuerza con leones!»

Dice don Diego de Miranda tambien, en el capítulo XVIII, pero refiriéndose á lo que se cuenta en el XVII, de Don Quijote: «Le he visto hacer cosas del *mayor loco* del mundo.»

Dice CERVÁNTES, despues de pintar con maravillosa maestría el cuadro del leon que se asoma á la puerta de su jaula miéntras Don Quijote le aguarda intrépido: «Hasta aquí llegó el extremo de su *jamas vista locura.*»

Se lee en el trozo arrancado del capítulo X, que el autor lo quisiera pasar en silencio, temeroso de que *no habia de ser creido.*

En el capítulo XVII exclama el autor, dirigiéndose al héroe: «¿Con qué palabras contaré esta tan espantosa hazaña, ó con qué razones la haré *creible!*»

Hay, pues, una correspondencia cabal, completísima, entre el principio del capítulo X, segun la primera edicion, y el contexto de este capítulo XVII; hay contradiccion evidente entre aquel principio y lo que se refiere despues en el décimo capítulo: no es, por consiguiente, aquel trozo de allí, es de aquí.

117 Pág. 139, líneas 12 y 13.

Hacienda de su Majestad.

Texto corriente: «*Moneda* de su Majestad.»

Nótese que dice luego el carretero: «Las banderas son del Rey Nuestro Señor, en señal que aquí va *cosa suya.*» *Cosas*, *efectos*, como ahora decimos, significaba muchas veces entónces la palabra *hacienda*, la cual, lo mismo que *moneda*, concluye con la sílaba *da.* Se observará que los carros en que se llevaba dinero del erario no eran los solos que llevaban banderas reales: el que vieron nuestros caminantes llevaba fieras.

118 Pág. 140, líneas 5 y 6.

Qué cosa era la que, *á su parecer*, le enfriaba la cabeza.

Se la enfriaba en efecto, le parecia lo que era verdad. Quizá ántes de las palabras *á su parecer* falten otras, verbi-gracia, las de *por encanto*, pues el don Diego de Miranda dice despues: «¿Qué más locura que... darse á entender que le ablandaban los cascos los *encantadores?*» La *frialdad* que asustó á Don Quijote ¿podrá tener algo que ver con la inscripcion que hay en la parroquial de Argamasilla, en el retablo de Nuestra Señora de la Salud? Allí se dice del caballero retratado en la parte inferior del

cuadro, que *sentia gran dolor en el celebro, de una gran* frialdad *que se le cuajó dentro.* En este capítulo se dice de Don Quijote que se le *enfrió* la cabeza, y temió que se le ablandaban los cascos, y se le maduraban y derretian los sesos.

119 Pág. 150, lín. 7, contando desde la última.

Quedar el temerario.

Texto comun : «*Dar* el temerario.»

120 Pág. 151, segunda línea del capítulo.

Hecha como de aldea.

Texto corriente : «*Ancha* como de aldea.»

El *empero*, que viene despues, indica algun género de oposicion con lo que precede. Que fuese *ancha* la casa de don Diego, nada se oponia á que tuviese armas sobre la puerta; que la casa fuese *hecha* sin lujo como las más de los pueblos, y que sin embargo tuviese *armas*, era particularidad que debia advertirse, porque en las poblaciones de la Mancha no son muchas las casas que ostentan aquel distintivo.

121 Pág. 151, lín. 3 del capítulo XVIII.

La bodega en el patio.

Sigue en la primera edicion : «*La cueva en el portal.*»

122 Pág. 156, lín. 12, contando desde abajo.

Mentecato *no* flojo.

En las otras ediciones : «Mentecato flojo.»

123 Pág. 158, segunda quintilla de la segunda estrofa.

Léase, como en las demas ediciones :

Si tú me vuelves allá,
Fortuna, *templado* está
Todo el *rigor* de mi *fuego*, etc.

124 Pág. 162, título del capítulo.

Donde se cuenta la aventura del *Pobre* enamorado.

Texto comun : «Del *pastor* enamorado.»

No se dice que Basilio fuese *pastor;* en el título del siguiente capítulo se le llama «Basilio el *Pobre.*»

125 Pág. 167, lín. 2.

No te puede *entender.*

La primera edicion : «No te puede *esperar.*»

Debe ser *entender*, porque Sancho replica : «¡Oh! pues si no me *entienden*...»

126 Pág. 168, lín. 4.

Mirad, Bachiller *Corchuelo*...

En todas las ediciones falta el apellido *Corchuelo*, que no omitiria CERVÁNTES aquí, pues inmediatamente escribe : «replicó *Corchuelo.*»

127 Pág. 168, al medio.

Con mi destreza *mostrenca* y zafia.

Texto corriente : «*Moderna* y zafia.»

Más moderno aún es el arte de la esgrima que la ignorancia del arte; *mostrenca* ó *rústica*, ó algun calificativo de este género, escribiria CERVÁNTES aquí.

128 Pág. 169, al medio.

Asió la espada por la *zapatilla*, y arrojóla por el aire con tanta fuerza, que uno de los labradores... que... fué por ella, dió despues por testimonio que la alongó de sí casi tres cuartos de legua.

Cuando el Bachiller esgrimia con el Licenciado, forzosamente habia de tener la espada *asida por la empuñadura;* y como no se dice que la soltara, claro es que al asirla para tirarla tan léjos, la hubo de coger por otra parte que por el puño, y seria por donde ménos peso tiene, por la *zapatilla* ó por la *punta.*

129 Pág. 170, líneas 2 y siguientes.

Y no queriendo esperar al escribano... por parecerles que tardaria mucho (y así *fué*), determinaron seguir...

Primera edicion : «Y no queriendo esperar al escribano... y *así*, determinaron seguir...»

Ediciones modernas : «Y no *quisieron* esperar...»

130 Pág. 170, á la mitad del último párrafo.

Los músicos *y danzantes*...

Faltan los *danzantes* en el texto comun; pero luego se dice que «andaban, *unos bailando* y otros cantando.» Músicos, pues, y *danzantes* (ó *bailadores* ó *bailarines*) regocijaban la fiesta.

131 Pág. 171, línea primera.

Lo pidieron así el *labrador* como el Bachiller.

Creible es que escribiese CERVÁNTES *el Licenciado*, porque éste habia figurado principalmente en el capítulo, y no el labrador.

132 Pág. 171, lín. 8, contando de abajo arriba.

Duerme, digo *una* vez, y lo diré otras ciento.

Así escribiria CERVÁNTES, y no *otra vez*, como se lee en la primera

edicion : en aquel caso era la primera vez que decia Don Quijote *duerme*, dirigiéndose á Sancho.

133 Pág. 172, líneas 12 y 13.

Olor... de *juncia* y tomillos.

Texto ordinario : «*Juncos* y tomillos.»

Clemencin : «Tratándose de yerbas olorosas, como el tomillo, y no siéndolo los juncos... pudiera sospecharse que *juncos* es error de imprenta, por *juncias*.»

134 Pág. 172, líneas penúltima y última, y pág. 173, líneas primera y segunda.

Habilidades y gracias que no son vendibles, más *vale* que las tenga el Conde Dírlos; *pues* cuando las tales gracias caen sobre quien tiene buen dinero, tal sea mi vida como ellas parecen.

Si la habilidad en la esgrima y otras así parecen tan bien en un rico, no se debe leer, como trae la primera edicion : «*mas que las tenga el Conde Dírlos*», porque *mas* en este caso equivale á *aunque* : por eso se ha añadido el verbo, y en lugar de *pero* se ha impreso *pues*.

135 Pág. 174, líneas 10 y 11.

Los quesos, puestos como ladrillos en *tejares*, formaban una muralla.

Se comprende bien el texto leyéndolo así; no sucede lo mismo leyendo en las demas ediciones : «como ladrillos *enrejados*.»

136 Pág. 177, líneas 11 y 12.

En la frontera del castillo y en todas *las otras paredes* de su *cuadro*...

Primera edicion : «En la frontera del castillo y en todas *cuatro partes* de *sus cuadros*...»

Lo de *en todas cuatro partes* da á entender que el castillo de madera era cuadrado; pero, como se menciona aparte la cara ó pared *frontera*, resulta contradictoriamente de cinco fachadas. Por eso se han introducido las variantes anotadas arriba.

137 Pág. 181, líneas 9 y 10, contando desde abajo.

Sedienta de beberse *sola* las vidas de cuantos viven.

La primera edicion : «Sedienta de beberse *solas* las vidas de cuantos viven.»

Las ediciones modernas : «Sedienta de beberse *todas* las vidas de cuantos viven.»

138 Pág. 185, lín. 5.

Acudió á *sostenerle*.

Texto ordinario : «A *favorecerle*.»

Lo que resulta de la narracion es que los amigos de Basilio acudieron á *favorecerle*; pero quien le tomó en brazos fué Don Quijote.

139 Pág. 188, línea antepenúltima.

Os hace.

Texto usual: «*Nos* hace.»

140 Pág. 190, líneas 1 y 2.

Quien los lisonjee y *aplauda*. (Léase: *y acompañe*.)

141 Pág. 191, al fin.

Yo no soy casado, ni *estoy* agora *muy avenido con el* pensamiento *de* serlo.

Primera edicion: «Yo no soy casado, ni *hasta* agora *me ha venido en* pensamiento serlo.»

Vuélvase á la Primera Parte, capítulo XLVII (tomo II, página 292), y se verá que nuestro caballero, aunque enamorado platónico y continente, creyó que habia de ser esposo de Dulcinea y tener de ella hijos. Lo que CERVÁNTES querria decir aquí seria que ahora (por el encanto de Dulcinea) no estaba para consentir en el pensamiento de casarse, pues la novia no parecia, ó habia negado su personalidad.

142 Pág. 192, lín. 9, contando desde la última de la plana.

Murmuraba esto algo *recio* Sancho.

Las demas ediciones: «Murmuraba esto *algo* Sancho.»

Parece que ó sobra el *algo* ó falta el *recio*, ó cosa equivalente.

143 Pág. 195, lín. 8.

Cabeza y *manos*.

Primera edicion: «Cabeza y *cabellos*.»

Se trata de rascarse, para lo cual hacen falta las *manos*, palabra que no está en las demas ediciones, y no seria por culpa del autor.

144 Pág. 198, lín. 14, contando desde abajo.

Se detuvieron como *una* hora.

«*Media* hora», hay en las demas ediciones.

Debe leerse *una*, porque se dice más adelante (página 207) que habia estado Don Quijote en la Cueva de Montesínos poco más de *una* hora.

145 Pág. 199, línea última.

Estadme, hijos, *los dos* atentos.

«*Todos*», leemos en las demas ediciones; pero no eran más que *dos*.

146 Pág. 200, líneas 3 y 4 del capítulo.

Sus dos *carísimos* oyentes.

«*Clarísimos*», traen las demas ediciones. Obsérvese que Don Quijote

los habia llamado *hijos*, expresion cariñosa, con la cual se hermana mejor lo *querido* que lo *ilustre*. *Hermanos carísimos* llamó á los galeotes en el discurso que les dirigió despues de puestos en libertad. *Clarísima Dulcinea*, acaba de decir en el capítulo XXII (página 197 de este volúmen). *Señor clarísimo*, dice en la página 201 al buen Montesínos: parece pues que Don Quijote aplicaba el dictado de *carísimos* á sus inferiores, y el de *clarísimos* á las personas de su respeto.

147 Pág. 202, lín. 10.

No fué daga, ni pequeña *ni grande*.

Texto ordinario: «No fué daga, ni pequeña.»

148 Pág. 202, líneas 3 y 4 del párrafo último.

Una sala baja... toda *enlosada* de alabastro.

Toda de alabastro, dice la primera edicion; y falta algo entre *toda* y *de*, porque las paredes de aquella sala eran de cristal, segun más adelante se lee, página 205, cerca del fin. No podia ser, pues, la sala *toda de alabastro*. «Sala *enlosada* (ó *solada*) de alabastro», escribiria nuestro autor.

149 Pág. 204, líneas 13 y 14.

Sus siete *hijas*.

Falta la palabra *hijas* en las demas ediciones; y no la omitiria CERVÁNTES, habiendo llamado inmediatamente *sobrinas* á las otras dos lagunas de Ruidera.

150 Pág. 207, al fin.

Yo no sé... cómo... en tan poco espacio de tiempo como ha *estado* allá bajo, haya visto tantas cosas.

Primera edicion: «Yo no sé... cómo... en tan poco espacio de tiempo como *há que está* allá bajo, haya visto tantas cosas.»

No puede leerse *está*, en presente, porque se dice esto de Don Quijote cuando *está* fuera de la cueva.

Más abajo:

¿Cuánto *he estado?*

Primera edicion: «¿Cuánto *há que bajé?*»

151 Pág. 209, líneas penúltima y última.

La que escanciaba el vino á Lanzarote cuando de Bretaña vino.

La primera edicion: «*Escanciando* el vino.»

152 Pág. 213, al medio.

Pero *á* ésta *de la* cueva no le hallo entrada.

Primera edicion: «Pero ésta *desta* cueva no le hallo entrada.»

153 Pág. 216, al medio.

Han de servir *acaso* mañana.

El adverbio *acaso*, que en las demas ediciones falta, va en ésta, porque en el capítulo siguiente (página 225 de este tomo), hablándose de lo mismo, se dice que las armas han de servir *mañana ó esotro*, y se ve despues (capítulo XXVII) que sirvieron á los cuatro dias.

154 Pág. 216, líneas 5 y 6, contando de abajo arriba.

El derecho camino de la venta *y la ermita.*

Este pasaje ha dado mucho que hacer á varios comentadores de nuestro *Quijote:* la dificultad consistia en conocer que faltaban las palabras: *y la ermita.*

155 Pág. 218, lín. 4 del párrafo quinto.

Del tinelo suelen *sus pajes* salir á ser *alféreces* ó capitanes.

Primera edicion: «Del tinelo suelen salir á ser *alférez* ó capitanes.»

Parece que falta el sujeto del verbo *salir*, que puede ser *pajes* ó *algunos*, etc.

156 Pág. 221, título del capítulo.

Donde se *cuenta* la aventura del rebuzno.

Texto corriente: «Donde se *apunta* la aventura.»

Se *cuenta* por extenso, como lo notó el señor Clemencin.

157 Pág. 224, líneas 11 y 12.

Se tornaron á dividir, y *volvieron* á sus rebuznos.

Primera edicion: «Se tornaron á dividir y *á volver* á sus rebuznos.»

Parece que no escribiria CERVÁNTES: «se tornaron á *volver.*» *Volvieron á sus rebuznos*, ó *vuelta á sus rebuznos*, parece más gramatical.

158 Pág. 225, al medio.

A *dar una* batalla.

Texto corriente: «A *darse la* batalla.»

Parece que sobra el artículo definido, y que deberia leerse: «*a darse batalla*, ó *á dar* (ó á darse) *una batalla.*»

159 Pag. 226, líneas 3 y 4 del párrafo último.

Un retablo de Melisendra, *libertada* por... don Gaiféros.

Primera edicion: «Melisendra, *dada* por... don Gaiféros.»

160 Pág. 230, lín. 12.

Con el *espíritu* del diablo.

Las demas ediciones: «Con el *estilo* del diablo.»

161 Pág. 231, lín. 4, contando desde abajo.

Parte *verdaderas.*

Texto ordinario : « Parte *verisímiles.* »

Verdaderas, y no *verisímiles*, debe leerse, porque al principio del capitulo XXIX se dice, con referencia á esto mismo, que parte de aquellas cosas eran *verdad*, y parte mentira.

162 Pág. 235, líneas 2 y siguientes del último párrafo.

Esta figura que aquí parece á caballo, cubierta con una capa gascona, es la mesma de don Gaiféros, á quien su esposa ha *visto* (ya vengada del atrevimiento del enamorado moro), con mejor y más sosegado semblante *puesta* á los miradores de la torre.

Dice la primera edicion : « Esta figura que aquí parece á caballo, cubierta con una capa gascona, es la mesma de don Gaiféros, á quien su esposa, ya vengada del atrevimiento del enamorado moro, con mejor y más sosegado semblante *se ha puesto* á los miradores de la torre, y habla con su esposo, creyendo que es algun pasajero. »

A quien su esposa... se ha puesto á los miradores, y habla con su esposo, son palabras que no forman proposicion. Para que la formen, se ha añadido en algunas ediciones modernas : *á quien su esposa esperaba;* y en otras : *á quien no olvidaba su esposa.* Todo es oportuno.

La correccion más sencilla quizá fuera leer : « se ha puesto *á mirar desde* la torre. »

163 Pág. 238, á la mitad del penúltimo párrafo.

El rey Marsilio *degollado*, y el emperador Carlo Magno, partida la corona y *el cuerpo* en dos partes. (Mejor seria : « Partido *desde* la corona y *la cabeza*, en dos partes. »)

Primera edicion : « El rey Marsilio *mal herido*, y el emperador Carlo Magno, partida la corona y *la cabeza* en dos partes. »

En la página 241 leerá el curioso : « Maese Pedro alzó... con la *cabeza ménos*, al rey Marsilio. » Y más adelante : « Por esta abertura *de arriba abajo*, tomando en las manos al *partido* emperador Carlo Magno... »

164 Pág. 241, lín. 9, contando desde la última.

Modérese la partida.

Las demas ediciones : « *Médiese* la partida. »

165 Pág. 242, primera línea del párrafo último.

Ninguno nos lo *podria* decir mejor.

Texto ordinario : « *Podrá* decir. »

166 Pág. 244, lín. 11 y siguientes.

Este Gines... á quien Don Quijote *llamó* don Ginesillo de *Paropitto*...

Véase en esta edicion la página 209 del primer tomo. Las otras dicen

en este lugar: «A quien Don Quijote *llamaba* Ginesillo de *Parapilla.*» Con el pretérito *llamaba* parece se quiere dar á entender que Don Quijote hacia frecuente mencion de Gines, lo cual no se ve en nuestro libro.

167 Pág. 244, al fin del párrafo de enmedio.

Gines le hurtó (el Rucio), estando durmiendo Sancho Panza, y despues le cobró Sancho, como se ha contado.

Primera edicion: «Gines le hurtó, estando *sobre él* durmiendo Sancho Panza, *usando de la traza y modo que usó Brunelo cuando, estando Sacripante sobre Albraca, le sacó el caballo de entre las piernas;* y despues le cobró Sancho, como se ha contado.»

Trozo omitido por las razones que se expusieron en la nota 35 de este volúmen.

168 Pág. 245, lín. 12, contando desde la última.

A todos hacia *mamonas.*

Quiere decir que se burlaba de todos. En las otras ediciones se lee: *hacia monas.*

169 Pág. 246, líneas 5 y 6.

Oyó un gran rumor de atambores, de trompetas y *atabales.*

Primera edicion: «Atambores, trompetas y *arcabuces.*»

No diria el original *arcabuces*, porque viene en seguida: «Pensó (Don Quijote) que algun tercio de soldados pasaba por aquella parte.» Claro es que no habian de caminar los soldados haciendo descargas.

170 Pág. 246, lín. 12.

Y muchos *varapalos.*

En las demas ediciones: *rodelas.*

No hay razon para que las *rodelas* abundasen más que las armas ofensivas en aquel batallon de gente aldeana: palos, estacas ó garrotes eran más propios de tales soldados. Más adelante se hace mencion de un *varapalo:* prescindiendo de la primera sílaba de esta voz, que pudo estar borrosa é ilegible, queda *rapalo*, trisílabo que pudo ser convertido en *rodela* por un copiante. Probable es que escribiese *varapalos* el buen Cide Hamete.

171 Pág. 247, líneas 7 y 8.

Conocieron ó *supusieron.*

En la primera edicion: «Conocieron *y supieron.*»

No habia persona de quien *saberlo*, porque áun no habian llegado á los del *escuadron.*

172 Pág. 248, lín. 16.

Aunque *tambien* es verdad.

Primera edicion. «Aunque *bien* es verdad.»

173 Pág. 250, líneas 2 y 3.

Si no lo es, *á fe* que lo parece.

Primera edicion: «Si no lo es, que lo parece.»

174 Pág. 251, líneas 1 y 2.

Dió *consigo* Sancho Panza en el suelo.

Parece que se debe leer así, porque se lee ántes: *sin ser poderoso á otra cosa;* expresion que ha de referirse al que recibe el golpe, y no al que lo da. En las otras ediciones lo que hay es: «Dió *con* Sancho Panza en el suelo.» Clemencin indicó la necesidad de esta enmienda. Puede omitirse la preposicion *con*.

175 Pág. 251, líneas 7 y 8.

Le amenazaban *muchas* encaradas ballestas, y, *aunque ménos*, cantidad de arcabuces.

Primera edicion: «Le amenazaban *mil* encaradas ballestas, y *no ménos* cantidad de arcabuces.»

Si *no ménos* equivale á *ni más ni ménos* ó *tambien*, el texto no necesita variacion; pero tiene el inconveniente de que el *ménos* parece adverbio que se refiere al sustantivo *cantidad*, y entónces hay contradiccion con lo dicho ántes, á saber, que en aquel escuadron habia pocos arcabuces.

176 Pág. 252, principio del capítulo.

Cuando el valiente huye, la *superioridad del riesgo basta á disculparle.*

Texto corriente: «Cuando el valiente huye, la *superchería está descubierta.*»

Superchería suele significar, en las obras de nuestro autor y en otras, *engaño*, *celada*, *perfidia*, *traicion*, pero no alarde de fuerza mayor, que es lo que hubo en el lance con los del rebuzno. Sospechamos por eso que CERVÁNTES no usó aquí de la palabra *superchería*, equivalente á *ventaja oculta:* las ballestas y los arcabuces que apuntaron á Don Quijote constituian una ventaja harto patente. Si, en efecto, *superchería* fué lo que nuestro gran autor escribió, deberemos entender aquella palabra en el sentido de fuerza insuperable ó desproporcion.

177 Pág. 252, lín. 3 del segundo párrafo.

Bien en hora mala.

Texto ordinario: «*Tan* en hora mala.»

178 Pág. 254, líneas 4 y 5.

Muchas averías.

Texto ordinario: «*Muchacherías.*»

No llamaria Sancho *muchacherías* á los percances que, segun él dice, le salian *á las espaldas.*

179 Pág. 255, líneas 1 y 2.

Esta tercera vez salí *con vos.*

Las demas ediciones: «Esta tercera vez *salimos.*»

No es posible que escribiese CERVÁNTES: «Mirad cuánto há que esta *tercera* vez *salimos* de nuestro pueblo.» ¿Habia de olvidar que Sancho no salió de Argamasilla con Don Quijote más que dos veces? Quizá seria lo mejor leer: «esta *postrera* (ó *segunda*) vez salimos.»

180 Pág. 255, líneas 12 y 13.

Despues que *esta vez* sirvo á vuesa merced.

Primera edicion: «Despues que *há que* sirvo á vuesa merced.»

181 Pág. 256, líneas 2 y 3.

Quince dias há que salimos de nuestro pueblo.

Primera edicion: «*Veinte y cinco* dias há.»

Hacia quince que Don Quijote y Sancho habian salido de su patria. Creo que el 1 fué entendido por 2.

182 Pág. 256, líneas 12 y 13.

Debe de haber *más de veinte años.*

Dice Sancho á Don Quijote que, segun él recuerda, se le prometió el gobierno de la ínsula *más de veinte años há;* Don Quijote se echa á reir: démonos cuenta de esta risa de Don Quijote. El, históricamente, prometió á Sancho la ínsula por primera vez en Agosto de 1589; se ventilaba esta cuestion históricamente el año 1614, y (segun nuestro *Diario*) el dia 19 de Junio; con que Sancho tenia razon, y áun se quedaba corto: el compromiso llevaba ya casi veinticinco años de fecha. En el sentido de la fábula, se rie Don Quijote aquí de la ambiciosa impaciencia de Sancho, á quien las semanas se hacian años; pero en el sentido crítico, se rie de los anacronismos que se cometian en las obras de invencion de aquellos y anteriores tiempos, y áun se burla de esta licencia de su historiador, aunque tomada bien de propósito. Y como de la codicia de Sancho no debemos imaginar que hiciese rebaja en el ajuste de su cuenta, justo es inferir que diria esto cuando hacia veinte años que se le habia hecho la promesa, y no llegaban á veintiuno: quiérese decir que CERVÁNTES hubo de escribir este diálogo veinte años despues de 1589, esto es, ya mediado Agosto

de 1609, casi cinco años ántes que escribiera la carta de Sancho, fechada en 20 de Julio de 1614. (Véase la página 329 de este tomo.)

183 Pág. 256, al medio.

No anduve yo en *mi salida primera*, ni en todo el discurso de nuestras *jornadas*, sino *mes y medio* apénas.

Primera edicion: «No anduve yo en *Sierra Morena*, ni en todo el discurso de nuestras *salidas*, sino *dos meses* apénas.»

Segun nuestro *Diario*, Don Quijote salió de su casa á buscar aventuras por primera vez el dia 28 de Julio, y volvió (ya en su segunda salida, en la cual le acompañó Sancho) á 10 de Setiembre. En Sierra Morena entró á 29 de Agosto: así, áun contando los quince dias de la salida última, no resulta un mes desde que principió Don Quijote á caminar por Sierra Morena. Véase si estas consideraciones pueden disculpar las variantes.

184 Pág. 257, líneas 6 y 7.

A pesar de tu *bajeza*.

Texto corriente: «A pesar de tu *mujer*.»

No se opuso Teresa á que su marido tuviese tratamiento, sino á que diese á su hija marido superior á su clase.

185 Pág. 257, líneas 10 y 11, contando desde la última de la plana.

Vuesa merced... se duela de mi *necedad*.

«*Mocedad*», las demas ediciones.

186 Pág. 258, línea primera del capítulo XXIX.

Diez dias despues.

«*Dos* dias», dice la primera edicion, y probablemente escribiria CERVÁNTES *diez*, tiempo necesario para ver aquellos contornos y llegar al Ebro, teniendo ademas en cuenta las fechas principales que se expresan despues.

187 Pág. 262, líneas 11 y siguientes.

No nos habemos apartado de la ribera cinco varas, ni hemos decantado de donde están las alemañas *diez* varas.

En la primera edicion se dice primero *cinco* varas, y despues *dos*: error conocido, porque habiéndose entrado en el barco Don Quijote y Sancho, habiéndose movido el barco algo, aunque poco, y habiendo quedado sujetos en la orilla Rocinante y el Rucio, el punto del rio donde flotaba ya el barco habia de distar más de las bestias que de la orilla. Hubo de suceder aquí lo mismo que en la nota anterior se advierte: álguien leyó *dos* en lugar de *diez*.

188 Pág. 265, líneas 3 y 4.

Los ojos *elevados* al cielo.

En las otras ediciones: «Los ojos *clavados* al cielo.» El señor Clemencin advirtió que lo de *clavados al* deberia ser errata. «*Elevados al* cielo ó *clavados en el* cielo», escribiria el autor.

189 Pág. 266, líneas antepenúltima y penúltima.

Muy al reves de lo que él *pensado tenia.*

Primera edicion: «Muy al reves de lo que él *temia.*»

No se dice que Sancho *temiese*, sino que pensaba separarse de su señor.

190 Pág. 266, línea última.

Otro dia, al *despuntar del* sol.

Las demas ediciones: «Al *poner* del sol.»

No seria al *ponerse el sol*, porque despues comieron y se habló de dormir la siesta. No se comia entónces de noche.

191 Pág. 268, lín. 9.

Con su *permiso* y beneplácito.

La primera edicion: «Con su *propósito* y beneplácito.»

192 Pág. 268, líneas 3 y 4, contando desde la postrera.

Y *creyó* que si no le habia llamado el de *los Leones*...

Falta el *creyó* en la edicion original.

193 Pág. 272, líneas 2 y 3.

Que ya no hay triste figura *ni figuron.*—Sea el de los Leones, prosiguió el Duque.

Primera edicion: «Que ya no hay triste figura. *El figuro* sea el de los Leones, prosiguió el Duque.»

La enmienda que en este lugar introducimos, importante y feliz sin duda, se debe á don Juan Calderon. Véase el capítulo xxx de su obra póstuma, titulada *Cervántes vindicado en* 115 *pasajes del texto del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha.* Madrid, 1854.

Se ha impreso aquí *figuron* en lugar de *figuro*, por ser voz corriente y propia del caso, preferible por ello á la de *figuro*, de pura invencion.

194 Pág. 279, líneas 11 y 12.

Por el buen crédito que de mi *ingenio* tiene.

Falta en las demas ediciones la palabra *ingenio*, que parece precisa (ella ú otra equivalente), porque sigue despues *aunque en mí no* lo *haya*. El *lo* no se puede referir á *crédito*. Sancho, hablando otra vez de sí (página 305

de este volúmen), dice: «De mi ruin *ingenio* no se puede... presumir que fabricase... tan agudo embuste.»

195 Pág. 283, líneas 3 y 4 del capítulo XXXII.

Las *presencias* ante quien me hallo.

Léase *presencia*, como en las demas ediciones, ó *personas*.

196 Pág. 284, al fin.

No hay más que decir, ni más que pensar, ni más que *persuadir* en el mundo.

Texto comun: «Ni más que *perseverar* en el mundo.»

Persuadir ó *predicar* parecen verbos más del caso en éste que el de *perseverar*.

197 Pág. 287, líneas primera y siguientes.

Los niños no *pueden* ni las mujeres *suelen herir*, ni tienen para qué esperar (y lo mesmo los constituidos en la sacra religion), porque estos tres géneros de gente carecen de armas ofensivas y defensivas.

Léese en la primera edicion: «Los niños no *sienten*, ni las mujeres, ni pueden *huir*», etc.

Es claro que no pudo CERVÁNTES decir que los niños y las mujeres no *sienten;* precisamente por ser delicados, sienten más cualquier mal tratamiento de obra ó palabra. Y aunque no corran tanto como un hombre listo, cierto es que pueden *huir*. Como se dice más adelante que *carecen* (ordinariamente se supone) *de armas*, he creido que se deberia leer *herir* donde se imprimió *huir*, y esta variante produce las de *pueden* y *suelen*. El razonamiento de Don Quijote, donde se halla el trozo arriba copiado, contiene contradicciones y repeticiones, que me hacen pensar si CERVÁNTES querria abreviarlo, escogiendo lo mejor de lo que extendió de primera intencion.

198 Pág. 292, líneas 5, 6 y 7, contando desde abajo.

Dios sabe si hay Dulcinea ó no en el mundo, y si es fantástica ó no es fantástica; y éstas no son de las cosas cuya averiguacion se ha de llevar hasta el cabo.

Para mí es indudable que aquí no habla Don Quijote, sino CERVÁNTES: ¿cómo ha de dudar Don Quijote de que existe su dama? Nadie cree con más tenacidad que un demente lo que concibe, ya sea realidad, ya imaginacion suya. Tal vez algun habitante del Toboso hubo de resentirse del equívoco retrato que se hace de Dulcinea, y á este hombre responde aquí nuestro autor. Don Diego Clemencin trae, en su edicion del *Quijote* (página 165 y siguientes del tomo V), una curiosísima nota acerca de la figura de Dulcinea, y conjetura que nos la podemos representar en la

persona de Ana Zarco y Morales, hija de Pedro Martinez Zarco y doña Catalina de Morales, y hermana del doctor Estéban Martinez, el cual era persona de las más notables en el Toboso á fines del siglo XVI y principios del XVII. A la verdad, aunque la llama CERVÁNTES *moza de muy buen parecer*, aunque afirma que en ser *hermosa* ninguna le iguala, y en la *buena fama pocas le llegan*, tambien dice de ella que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de *cortesana*, que tuvo asomos de *dama*, y que se estaba *como la madre que la parió*. Sancho exclama una vez, enojado (tomo primero de esta edicion, página 256): «¿Dónde se ha de sufrir que un caballero andante, tan famoso como vuestra merced, se vuelva loco sin qué ni para qué por *una!*... no me lo haga decir la señora.» Dias despues, aconseja á su amo que se case con la princesa Micomicona, porque luego podria *amancebarse* con Dulcinea (tomo II, página 74). En la 76, siguiente, afirma que reverencia á la tal señora como á una reliquia, *aunque en ella no* la *haya*. En la 81 del mismo volúmen dice: «Aquel olor (y no era bueno)... me pareció que salia de la señora Dulcinea; pero no hay que maravillarse; que *un diablo* parece á *otro*.» Un caballero pregunta á Don Quijote (véase, en el tomo IV, la página 176) si Dulcinea se habia casado, si estaba *parida* ó *preñada*; y el caballero debia suponer que Dulcinea permanecia soltera. En fin, el mismo Don Quijote, hablando de su Dulcinea con la Duquesa (tomo IV, página 32), dice: «En la boca de las buenas señoras no ha de haber ninguna que sea *mala*.» Todo esto no da mucha honra en verdad á la señora Aldonza Lorenzo. Repárase tambien en la página 293 la singular expresion: «puesto que se conceda que hay Dulcinea *en el Toboso ó fuera de él*»; expresion que no parece escrita sino para quitar á la supuesta dama del Ingenioso Hidalgo la determinada personalidad que pudiera aplicársele. Asimismo parece que habla en disculpa suya CERVÁNTES cuando, habiendo por boca de Don Quijote expresado, en la citada página 293, *que* Dulcinea es *hija de sus obras*, la Duquesa, al principio del siguiente párrafo, contesta á Don Quijote, asegurándole que en todo cuanto él ha dicho «va con pié de plomo, y como suele decirse, con la sonda en la mano.» ¿Qué obras dignas de alabanza constan de Dulcinea? Salar tocino y tirar la barra. Si en ella retrató á una persona de carne y hueso, ¿tuvo ánimo de representárnosla honrada y amable? Lo dudo: poco la favorece la declaracion puesta en boca de la Duquesa: «Yo desde aquí adelante creeré y haré creer... que *hay* Dulcinea en el Toboso, y que *vive hoy dia*, y es hermosa y principalmente nacida, y merecedora que un tal caballero como es el señor Don Quijote la sirva, que es lo más que puedo ni sé encarecer.» Ambiguo parece este elogio: Don Quijote era un pobre insensato, que habia ofrecido servir y honrar, siempre que la ocasion se le presentase, á las dos *mozas del partido* que ayudaron á ar-

marle en la venta del andaluz : cuando habla CERVÁNTES de las excelentes prendas de Alonso Quijano, más claro se explica.

199 Pág. 295, lín. 4, contando desde la última.

No le cabe poca *suerte con* la sin par Dulcinea.

Léase : *poca parte á...*

200 Pág. 300, lín. 7.

Vino *encontinente* (incontinenti).

La primera edicion : « *En comiendo.* »

Parece que Sancho habria comido ya. Véase la página 290, donde se lee : « El maestresala... se fué *á comer*, y llevó consigo á Sancho. » El lavatorio de barbas de Don Quijote habia sido despues de comer.

201 Pág. 300, línea penúltima.

Cosas que no vienen bien.

Texto ordinario : « *Y todas* que no vienen bien. »

202 Pág. 301, lín. 4 ántes de la division de párrafo.

Habrá *veinte y* seis ó *veinte y* ocho dias.

Primera edicion : « *Seis* ó ocho dias. »

Lo más conveniente para el mejor órden cronológico de la novela, seria leer *veinte y* seis ó *veinte y* ocho dias. (Véase el *Diario*, en el tomo primero.)

203 Pág. 301, lín. 3 despues de la division de párrafo.

Las oyentes.

Texto ordinario : « *Los* oyentes. »

Debe ser *las*, porque en este mismo capítulo (página 303 de nuestra edicion) se imprime, conforme á la primera : *las escuchantes*.

204 Pág. 302, líneas 6, 7 y 8.

Ese escrúpulo viene con parto derecho : *pára y* dígale vuesa merced ; que (hable claro ó como quisiere) yo conozco que dice verdad.

Primera edicion : « Ese escrúpulo viene con parto derecho ; *pero* dígale vuesa merced, que hable claro, ó como quisiere, *que* yo conozco que dice verdad. »

Realmente ya habia dicho la Duquesa, y bastante claro, su escrúpulo, por lo cual, ni la adversativa *pero*, ni el verbo *dígale*, parecen oportunos : quizá seria mejor leer : « *pero dígalo todo* vuesa merced ; que (*porque*, *pues*) (hable claro ó como quisiere) yo conozco que dice verdad. » *Dígalo todo* podria en este caso significar : « Diga claramente la señora Duquesa si no quiere que se me dé el gobierno. »

205 Pág. 304, líneas 12 á 15, contando desde la última de la plana.

Podria ser que á quince dias de gobernador, me *anduviesen* las manos *tan bien en* el oficio, *que* supiese más dél que de la labor del campo.

Primera edicion : «Me *comiese* las manos *tras* el oficio, *y*...», etc.

Comerse las manos tras el oficio es desempeñarlo con gusto, y no queria decir Sancho eso : hablaba de *desempeñarlo bien*. Ademas, verá el lector en la carta de Sancho á su mujer (página 330) las palabras siguientes : «Me ha dado *gran pena* que me dicen que si una vez le pruebo (el gobierno), que *me tengo de comer las manos tras* él ; y si así fuese, no me costaria muy barato.» La expresion, pues, de *comerse las manos tras el oficio* no es de Sancho. El Duque es el que más adelante se la dirige (tomo IV de esta edicion, página 15, línea 13).

206 Pág. 306, líneas 5 y 6.

Y demasiadamente *rigurosos*.

«*Curiosos*», dice la primera edicion.

En la misma página, á continuacion :

Si mi señora Dulcinea... está encantada, *es claro* que yo no *la encanté de véras*, sino los enemigos de mi amo.

En la primera edicion : «Si mi señora Dulcinea del Toboso está encantada, *su daño ;* que yo no *me tengo de tomar yo con* los enemigos de mi amo.»

En las ediciones modernas : «Si mi señora Dulcinea está encantada, su daño *será ; que yo no me tengo de tomar con* los enemigos de mi amo.»

Evidente es que hay falta y yerro en la edicion original : no hacen buen sentido ó no vienen al caso las palabras *si mi señora está encantada*, *su daño*, aunque se añada el futuro *será*. Impropio de Sancho parece decir : «Si Dulcinea está encantada, *peor para ella :* yo *no he de reñir por eso* con los encantadores.» Nadie le propone que tal haga, y de nada sirviera. En lugar de *su daño*, puede leerse *es claro*, ó *sin duda*, porque CERVÁNTES no suele escribir *es claro*, sino *está claro*. Despues de *es claro* ó *sin duda*, parece que no cuadran mal las palabras añadidas en esta edicion : *que yo no la encanté de véras ;* y si se quisiere aprovechar el *tengo* de la edicion primitiva, se pudiera leer : «*sin duda que yo no la tengo encantada* ó *no la tengo de haber encantado*, *sino* los enemigos de mi amo.»

207 Pág. 309, líneas 8 y 9.

Tomaron motivo de lo que *Sancho ántes* habia contado.

En la primera edicion se lee el nombre de *Don Quijote* donde aquí el de *Sancho :* equivocacion visible, porque Sancho, y no su amo, fué quien

refirió la tal aventura de la cueva. *Ya les* probablemente será otra errata, en lugar de *ántes*. Más abajo hay un *pero* en la primera edicion, que parece debiera ser un *porque*. Al fin del párrafo se lee : de allí á *seis* dias.» Para disponer la aventura de Merlin y los otros encantadores, más tiempo se necesitaba; y para la combinacion oportuna de los lances que vienen despues, convendria leer, en lugar de *seis*, *quince* dias.

208 Pág. 313, lín. 3 del penúltimo párrafo.

Por la *verdad* de las sentencias.

Texto comun : «Por la *brevedad*.»

209 Pág. 314, líneas 7 y 8, contando desde la última.

Con voz horrísona y *desentonada*.

Primera edicion : «Con voz horrísona y *desenfadada*.»

210 Pág. 317, líneas 6 y 7, contando desde la última de la plana.

Y luego *no* se oyó otro ruido, sino un són de una suave y concertada música.

Así dicen las ediciones modernas; pero bien se podia conservar el texto de la primitiva, que es éste : «Y luego se oyó otro, *no* ruido, sino un són de una suave y concertada música.»

211 Pág. 318, al medio.

Los lados y *delantera* dél (*el carro*) ocupaban *otros doce* diciplinantes.

Primera edicion : «Los lados y *encima* dél, ocupaban *doce otros* diciplinantes.»

Las ediciones modernas traen *otros doce* por *doce otros*.

212 Pág. 323, líneas 4 y 5, contando desde la última.

Habian de considerar estos *mal mirados* señores...

«*Lastimados* señores», dice la primera edicion, lo cual no parece propio de Dulcinea ni de Don Quijote, que acababan de hablar á Sancho, no con lástima, sino con ira.

213 Pág. 324, líneas 12 y 13.

O vos habeis de ser azotado *por vos*, ó os han de azotar.

Las demas ediciones : «O habeis de ser azotado, ó os han de azotar.» Era decir lo mismo de dos maneras, y no querian aquellos señores que azotasen á Sancho, sino que él se azotara : esto seria una burla, no muy ligera, pero al fin cómica; lo otro hubiera sido una atrocidad. Por supuesto que alguna pena merecia Sancho tambien por haber engañado á su señor con el encanto de Dulcinea.

214 Pág. 324, líneas 12 y 13, contando desde la última.

O Dulcinea volverá á la cueva de Montesínos y á su *rústico* estado de labradora...

«*Prístino estado*», se halla en las demas ediciones, lo cual es equivocacion: para Don Quijote y los que adoptaban sus locas ideas, el estado *prístino* (esto es, *antiguo*, *primero*) de Dulcinea no era el de *labradora*, sino el de dama, el de *princesa*. El calificativo de *rústico*, á lo ménos es propio.

215 Pág. 324, párrafo último, y pág. 325, líneas primeras.

Sancho... hablando con Merlin, le preguntó... y hasta agora *¿dó* hemos visto á Montesínos ni á sus semejas?

Primera edicion: «Y hasta agora *no* hemos visto á Montesínos ni á sus semejas.»

Si *preguntó* Sancho, necesario era dar forma interrogativa á la cláusula. Ademas, ántes se habia dicho que era *disparatada* la tal pregunta: convenia, pues, que preguntara Sancho lo que debia saber él mejor que Merlin. «¿Hemos visto á Montesínos hasta ahora? dice al encantador el apurado escudero. — Disparate, contesta el lector para sí: bien sabes que no.»

216 Pág. 325, línea última.

Si algunos azotes fueren de *ménos cuantía*... (Léase de *mosqueo*.)

217 Pág. 326, lín. 8, contando desde abajo arriba.

Las florecillas de los campos descollaban y *se* erguian.

Primera edicion: «*Se* descollaban y erguian.» ¿Escribiria CERVÁNTES *se desplegaban?*

218 Pág. 327, línea penúltima.

Despues de las palabras *por tan poco precio*, siguen éstas en la primera edicion: «Y advierta Sancho que las obras de caridad que se hacen tibia y flojamente, no tienen mérito ni valen nada.» Esta cláusula fué mandada suprimir en el Expurgatorio del año 1619.

219 Pág. 331, líneas 6 y 7.

Unos roncos y *destemplados tambores.*

Primera edicion: «*Un ronco* y *destemplado tambor.*»

Eran dos los tambores, como se expresa nueve líneas despues.

Pág. 333, hácia el medio.

Apenas há *diez y ocho* dias que la vuestra bondad está en este castillo.

Primera edicion: «Apénas há *seis dias.*»

La fecha de la carta de Sancho, 20 de Julio, precisa á variar el número de los dias, ó habria que hacer otras alteraciones en otros pasajes, ó resultaria desatinada la cronología de la obra.

220 Pág. 335, líneas 10 y siguientes.

Y nadie diga mal de las dueñas *viudas*, y *ménos* de las *doncellas;* que aunque yo no lo soy, bien se me alcanza... la ventaja que hace una dueña doncella á una dueña viuda.

Primera edicion: «Y nadie diga mal de las dueñas, y *más* de las *antiguas y* doncellas», etc.

Parece que el singular *viuda*, con que acaba la primera cita, pide el plural *viudas* arriba despues de *dueñas*, porque á la verdad, el reparo de Sancho, que dió principio á este diálogo, fué acerca de la Trifaldi, dueña *viuda*. El adjetivo *antiguas* ha de ser equivocacion, porque si aventaja la doncella á la viuda, la doncella de pocos años aventajará tambien á la antigua.

221 Pág. 335, á la mitad.

Segun mi *boticario*.

Texto comun: «Segun mi *barbero*.»

Sancho en esta conversacion sólo ha hablado de un *boticario*, grande enemigo de las dueñas.

222 Pág. 343, al medio.

De Pancaya el *incienso*.

Primera edicion: «De Pancaya el *bálsamo*.»

No es célebre Pancaya por ningun *bálsamo*, sino por sus aromas. Quizá convendria dejar el *bálsamo*, porque este trozo parece parodia de unos versos sueltos, donde se hallaria aquella palabra. A la verdad, con levísimas alteraciones, pudiéramos leer aquí lo siguiente:

Pues ¿qué cuando prometen
El fénix *del* Arabia,
La corona de Ariadna,
Los caballos del Sol, del Sur las perlas,
De Tíbar oro, y de Pancaya el *bálsamo!*

223 Pág. 350, líneas 5 y 6.

El cual caballo se rige por una clavija que tiene en *el cuello*.

«*En la frente*», dicen las demas ediciones, en las cuales tambien se lee, en el capítulo inmediato, con relacion á la misma clavija, que estaba en *el cuello* de Clavileño.

224 Pág. 351, lín. 14, contando desde la inferior.

Ni *Etonte* ni *Piroente*.

Primera edicion: «Ni *Boótes* ni *Peritoa*.»

Nunca estos últimos fueron nombres de los caballos del Sol. Al darles los que arriba se ven, hemos seguido el ejemplo de otros editores, que imprimieron *Ariadna* en lugar de *Aridiana*, corrigiendo el yerro de la primera edicion. (Véase la nota 222.) *Piroente* pudiera ser tambien *Piroéis*.

225 Pág. 353, líneas 17 y 18.

De la *ménos* melindrosa hasta la más repulgada.

Se lee en las demas ediciones: «De la *más* melindrosa hasta la más repulgada.»

Parece que *melindrosa* y *repulgada* vienen á ser lo mismo, por lo cual parece tambien que necesitan diferentes adverbios, el *ménos* y el *más*. Ya se entiende que aquí la preposicion *de* equivale á *desde*.

226 Pág. 353, al fin.

A su misericordia me atengo (la de Dios), y no á las *alabanzas* de nadie. (Habla doña Rodriguez.)

«A las *barbas* de nadie», dice la primera edicion.

La Duquesa acaba de asegurar de doña Rodriguez que puede ser ejemplo de dueñas.

FIN DE LAS NOTAS AL TOMO III DEL QUIJOTE.

INDICE

DEL TOMO III DEL QUIJOTE.

		Págs.
APROBACION.		V
EPÍSTOLA DEDICATORIA AL CONDE DE LÉMOS.		VII
PRÓLOGO AL LECTOR.		XI
CAPÍTULO PRIMERO.	De lo que el Cura y el Barbero pasaron con Don Quijote cerca de su enfermedad.	1
— II.	Que trata de la notable pendencia que Sancho Panza tuvo con la Sobrina y Ama de Don Quijote, con otros sucesos graciosos.	15
— III.	Del ridículo razonamiento que pasó entre Don Quijote, Sancho Panza y el Bachiller Sanson Carrasco.	21
— IV.	Donde Sancho Panza satisface al Bachiller Sanson Carrasco de sus dudas y preguntas, con otras cosas dignas de saberse y de contarse.	31
— V.	De la discreta y graciosa plática que pasó entre Sancho Panza y su mujer Teresa Panza, y otros sucesos dignos de felice recordacion.	37
— VI.	De lo que le pasó á Don Quijote con su Sobrina y con su Ama; y es uno de los más importantes capítulos de toda la historia.	45
— VII.	De lo que pasó Don Quijote con su escudero, con otros sucesos famosísimos.	52
— VIII.	Donde se cuenta lo que le sucedió á Don Quijote, yendo á ver su señora, Dulcinea del Toboso.	61
— IX.	Donde se cuenta lo que en él se verá.	70
— X.	Donde se cuenta la industria que Sancho tuvo para encantar á la señora Dulcinea, y de otros sucesos tan ridículos como verdaderos.	75
— XI.	De la extraña aventura que le sucedió al valeroso Don Quijote con el carro ó carreta de las Córtes de la Muerte.	86

Págs.

CAPÍTULO XII. De la extraña aventura que le sucedió al valeroso Don Quijote con el bravo Caballero de los Espejos. . . 94
— XIII. Donde se prosigue la aventura del Caballero del Bosque, con el discreto, nuevo y suave coloquio que pasó entre los dos escuderos.. 102
— XIV. Donde se prosigue la aventura del Caballero del Bosque. 110
— XV. Donde se cuenta y da noticia de quién era el Caballero de los Espejos y su escudero.. 124
— XVI. De lo que sucedió á Don Quijote con un discreto caballero de la Mancha.. 126
— XVII. Donde se declara el último punto y extremo adonde llegó y pudo llegar el inaudito ánimo de Don Quijote, con la felicemente acabada aventura de los leones. . . . 138
— XVIII. De lo que sucedió á Don Quijote en el castillo ó casa del Caballero del Verde Gaban, con otras cosas extravagantes. 151
— XIX. Donde se cuenta la aventura del Pobre enamorado, con otros en verdad graciosos sucesos.. 162
— XX. Donde se cuentan las bodas de Camacho el Rico, con el suceso de Basilio el Pobre.. 171
— XXI. Donde se prosiguen las bodas de Camacho, con otros gustosos sucesos. 182
— XXII. Donde se da cuenta de la grande aventura de la cueva de Montesínos, que está en el corazon de la Mancha, á quien dió felice cima el valeroso don Quijote. . . . 190
— XXIII. De las admirables cosas que el extremado Don Quijote contó que habia visto en la profunda cueva de Montesínos, cuya imposibilidad y grandeza hace que se tenga esta aventura por apócrifa. 200
— XXIV. Donde se cuentan mil zarandajas tan impertinentes como necesarias al verdadero entendimiento desta grande historia. 213
— XXV. Donde se cuenta la aventura del rebuzno y la graciosa del titerero, con las memorables adivinanzas del mono adivino. 221
— XXVI. Donde se prosigue la graciosa aventura del titerero, con otras cosas en verdad harto buenas. 233
— XXVII. Donde se da cuenta quiénes eran Maese Pedro y su mono, con el mal suceso que Don Quijote tuvo en la aventura del rebuzno, que no la acabó como él quisiera y como lo tenia pensado.. 243
— XXVIII. De cosas que dice Benengeli, que las sabrá quien le le-

Págs.

yere, si las lee con atencion. 252
CAPÍTULO XXIX. De la famosa aventura del barco encantado. . . . 258
— XXX. De lo que le avino á Don Quijote con una bella cazadora. 266
— XXXI. Que trata de muchas y grandes cosas. 272
— XXXII. De la respuesta que dió Don Quijote á su reprehensor, con otros graves y graciosos sucesos. 283
— XXXIII. De la sabrosa plática que la Duquesa y sus doncellas pasaron con Sancho Panza, digna de que se lea y de que se note. 300
— XXXIV. Que da cuenta de la noticia que se tuvo de cómo se habia de desencantar la sin par Dulcinea del Toboso, que es una de las aventuras más famosas deste libro. 309
— XXXV. Donde se prosigue la noticia que tuvo Don Quijote del desencanto de Dulcinea, con otros admirables sucesos.. 318
— XXXVI. Donde se cuenta la extraña y jamas imaginada aventura de la Dueña Dolorida, álias la Condesa Trifaldi, con una carta que Sancho Panza escribió á su mujer, Teresa Panza. 327
— XXXVII. Donde se prosigue la famosa aventura de la Dueña Dolorida. 334
— XXXVIII. Donde se cuenta la que dió de su mala andanza la Dueña Dolorida. 337
— XXXIX. Donde la Trifaldi prosigue su estupenda y memorable historia.. 344
— XL. De cosas que atañen y tocan á esta aventura y á esta memorable historia. 348
NOTAS.. 357

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO III DEL QUIJOTE,
QUINTO DE LA COLECCION.